

I.

IMPRESIONES DE UN LIBRO.

Acababa yo de leer el libro *Constantinopla*, de Edmundo d'Amicis, aquel artista incomparable de la frase, en quien parece que está encarnado hoy en Italia el espíritu de Benvenuto Celini, el de los ricos joyeles.

Las visiones de "Stambul," las del "Cuerno de oro," las de "Pera" y de "Galata," ejercían sobre mí una verdadera obsesión. Ya me creía paseando á orillas del Bósforo, el punto más admirable del planeta; ya sobre el famoso puente que une á Europa con Asia, frente á la gran mezquita de la Sultana Validé, y en el cual se pueden estudiar todas las razas que misteriosamente van

deslizándose de un mundo á otro; ya entreveía, al través de las celosías, á la cadina seductora, tocando la guzla, mientras el Effendi, en dulces éxtasis de voluptuosidad y de amor, arrulla sus sueños de mundos lejanos á los ecos de la música, viendo volar en espirales azules el humo perfumado del Narghilé.

Ese libro me reveló el Oriente; por él conocí el secreto de sus harenes; la historia trágica y voluptuosa del gran serrallo; las crueldades y los amores de los Padischas; la curiosidad infantil de la mujer turca en todo lo que se refiere á su congénere del occidente; las intrigas y los celos entre odaliscas, y las crueldades de los eunucos con estas aves cautivas del amor.

Los eunucos, sobre todo, han sido siempre para mí, objeto de viva curiosidad, como psicólogo. ¡Son tan infelices!

Cuando oigo hablar de sus maldades, me pregunto: ¿si no tendrán derecho á vengarse por medio de ellas, del horrendo crimen de que han sido víctimas cuando niños? Si los hombres han sido implacables con ellos, ¿qué derecho tenemos para esperar que sean buenos?

Se necesita tener un temple de alma como la de Abelardo para sufrir resignado su miseria.

Se acusa al amante de Eloísa de ser frío en sus cartas.

Y efectivamente, leyéndolas, parecieran las de él, escritas en la Siberia, y las de Eloísa inspiradas en Andalucía. Cuando se reflexiona

por primera vez sobre este asunto, involuntaria sonrisa de lástima brota á los labios para Abelardo, en tanto que se admira y ama á Eloísa, la esposa más castamente enamorada y la escritora más fervientemente erótica que se conoce.

Y, sin embargo, creo que hay injusticia en los juicios respecto del filósofo, y que el mundo no se ha dado cuenta aún de la inmensa extensión del martirio, ni de la poderosa fuerza de voluntad que tuvo para ocultarlo.

Un hombre vulgar, habría conmovido al mundo con sus lamentos; mas eso no era para el sabio, artista y poeta, que el mundo vió con asombro en el siglo XII, admirado de sus discípulos y dueño del alma de la mujer más portentosa entre las que han sentido y han pensado.

Y permítase insistir en este punto delicado, porque, como se verá más adelante, la comparación de esta desgracia corporal con otra, no menos espantosa del alma, constituyen la base de esta narración.

¿Aman los eunucos?

Sí, contesta de plano de Amicis; y en prueba de ello, refiere este caso patético:

Un día, fué llamado en Constantinopla un médico francés, célebre en su profesión, para asistir á una cadina enferma en el harem de un Effendi rico. El médico es el único hombre europeo que tiene acceso al gineceo misterioso.

No bien había traspasado la primera puerta, cuando un joven como de 20 años, dice el médico, bello como un Benjamín, pálido con color

de espectro, con el rostro abismado en profunda tristeza y con los ojos preñados de lágrimas, se apodera de un brazo del doctor, y le dice: Franco, tú que sabes remedios para todos y cada uno de los males; tú que devuelves la vida á los moribundos, dí, no sabrás uno para el mío?... El médico comprendió en seguida, y una lástima profunda se apoderó de su alma; quiso responder algo, mas le faltó la voz, apagándose en su garganta, y no sabiendo que partido tomar, le rechazó con dulzura y se precipitó, abriendo bruscamente la puerta de la habitación á donde se dirigía.

Al leer esta dolorosa escena, he estado á punto de renegar de los hombres y de pedir cuenta al cielo por qué permite tánta crueldad, sin

que se hunda el firmamento, se apaguen las estrellas y se aniquile el Universo.

Prefiero á Heniskan y á Atila, con sus destrozos sin cuento, con sus montañas de cadáveres, con sus teas incendiarias y sus caballos con san gre hasta el cuello, y la desolación de las ciudades que encontraban á su paso, que á *un solo caso* de estos crímenes espantosos de Roma y del Oriente.

Aquellos monstruos eran más compasivos que estos verdugos, porque siquiera tenían la bondad de arrancar la vida á sus víctimas.

Uno de los más inapreciables dones que hizo Dios á los hombres, fué el de la vista: por ella alcanzamos los primeros confines del cielo estrellado; pero, ¿qué comparación

cabe entre ella y el alma muy más grande, pues con ésta se abarca el infinito y se ve á Dios por medio del amor dulce y puro que es el gran ojo del alma?

Un hombre que no haya amado ó que no ame, es una cabeza con órbitas huecas, un cielo sin estrellas, un Universo sin Dios.

Y si eso es monstruoso, figuraos cómo no lo será el sentir dentro del pecho el germen de una pasión; el hervir abrasador del amor, y no poderlo expresar por miedo del ridículo! Tener la inmensa desgracia de ser un hombre incompleto; ver pintadas las sonrisas en labios de los verdugos; oír el eco de la voz atiplada que sale de la garganta, de allí donde tan cerca están hirviendo en ira los dolores, que exigen voz

cavernosa para expresarlos; irse poniendo obeso el cuerpo como el de un berraco, á costa del tedio del alma; y todo ésto, sin esperanza, sin remedio.

Rumiaba yo estas ideas una mañana, por la calle, cuando oí la voz de una persona tras de mí, que me llamaba familiarmente por mi nombre y que trataba de echarse en mis brazos.

Detuve el paso, y ví á un anciano enjuto de carnes, tembloroso, agobiado, de ojos apagados, negras ojeras y mejillas hinchadas y transparentes; en fin, un sér misterioso que causaba lástima y curiosidad al mismo tiempo.

—Caballero, voy de prisa, le dije; hable usted pronto, mas antes le digo que creo usted se equivoca;

pues no tengo el honor de conocer á usted.

—Un muerto, que sale de la tumba, te saluda. Soy Julio, tu mejor amigo.

—¡Julio,....? Los nervios se me crisparon, y serio y encolerizado: respete usted la memoria de un hombre desgraciado. La imagen querida de aquel hermano mío en el corazón, es para mí sagrada, y jamás consentiré que sea profanada por nadie, y menos por un desconocido....

—Gracias, replicó, casi llorando; pero es lo cierto que un muerto te saluda, y en prueba, oye: y pronunció en mi oído, quedamente, el nombre de una mujer á quien yo había amado en mi juventud, y cuyo secreto conocía solamente el difunto.

Volví á estremecerme de nuevo y sentí un sudor frío en las espaldas. Aquel nombre adorado, sepultado en el fondo de mi corazón, que yo mismo no me atrevía á pronunciar ni aun en el silencio de la noche, cuando, sin sueño, evocaba los fantasmas de mi juventud; el recuerdo de mi mejor amigo, á quien creía reposando de sus fatigas en un sepulcro ignorado; el aspecto de aquel hombre, que en vano procuraba ocultar su emoción, ¡qué misterio tenía ante mí!.... Y me quedé pensativo.

—Dudas aún, y no me admira; mas es fuerza que me oigas y que te convenzas. Metió lentamente las manos en uno de sus bolsillos, de donde sacó una rica cartera; abrióla, y me hizo ver una guedeja de pelos muertos y sin brillo, y un retrato

de formas confusas por los años, pero siempre adorable: era el de mi dulce novia, cuyo nombre acababa aquel viejo de pronunciar.

Era el rizo y el retrato que yo había confiado á Julio, para que en Europa hiciese engarzar en oro el primero, y mandar sacar una copia del segundo, por Carlos Durán ó por Madrazo.

—Un ladrón, un asesino, que viene á venderme esta cara reliquia, se me pasó por la mente. Y faltándome las fuerzas por el choque que aquella visión inesperada había causado en mi alma, tuve que reclinarme sobre la pared para no caer. Cuando me hube repuesto de mi emoción, dije al viejo: la gente nos observa y no quiero dar escándalo; y agarrándole por un brazo le señalé

mi casa, que estaba cerca: allí nos explicaremos.

Y me llevé tras de mí á aquel hombre, arrastrándolo, porque no tenía libre el uso de sus piernas temblorosas.

Pronto llegamos: nadie nos vió entrar. Pasé el cerrojo á la puerta de mi escritorio por dentro; el hombre se sentó jadeante, por mi grosería; saqué una pistola de mi bolsa, que puse sobre la mesa, y le dije á quemarropa: hable usted. Estoy dispuesto á todo, menos á que se juegue con mis muertos queridos.

El hombre no se inmutó; al contrario, me dijo con calma:

— Tienes razón en no creerme. Está ante tu vista un anciano decrépito, tembloroso, con la voz enronquecida por los pesares; y tu amigo era un joven esbelto, de tu

misma edad, de pelo castaño y de mirada melancólica. Al frente tenemos su retrato, sobre el cual una mano piadosa ha colocado un crespón. Compara, y admira lo que seis años de dolor pueden hacer sobre un hombre.

Yo soy Julio, que viene, no de la tumba, sino de Oriente; soy tu amigo, que surge, no de la eternidad, sino del fondo del infierno á donde se despeñan todos los desgraciados de la tierra.

Oyeme, y te desengañarás de que no soy un farsante, sino tu amigo, que se despidió de tí hace seis años; quizá no tan desgraciado como entonces, pero sí á la puerta de la tumba.

La emoción había aclarado su voz, cuyo eco evocó en mi alma la voz

de Julio. Me fijé más en aquellas facciones envejecidas, y descubrí al través de ellas, los perfiles de la imagen de mi amigo, como al través de una momia, después de muchos años, se descubre el rostro de una mujer que perdimos, amándola y amándonos.

Creí notar que el cuadro que contenía el retrato de Julio se estremecía y que la efigie lloraba.

No pude resistir: me levanté agitado, convulso y le traje á mí estrechándole duramente contra mi pecho.

—Perdón, le dije! Y ambos estuvimos así, abrazados en silencio, hasta que se calmó la tempestad en nuestras almas.

Nos desacimos uno de otro, y nos sentamos de nuevo. No me atrevía á mirarlo de frente. Tenía

vergüenza de la manera como lo había tratado. Pena, no alegría, de volverlo á ver en aquel estado.

Conociendo su alma, presentía que tenía á mi vista una historia Dantesca viviente.

Al cabo de un rato, y con la frente inclinada y sostenida por la mano, le dije: habla, que te escucho.

Y Julio comenzó así:

Mas permítase, antes de su relato, decir á mis lectores quién era Julio.

II.

HISTORIA DE LOS PRIMEROS AÑOS DE JULIO.

Julio Sausforce, á quien conocí desde el Colegio de San Buenaventura, en donde hicimos nuestros primeros estudios, había venido de uno de los departamentos de los Altos, mandado por su tutor para hacer sus primeros estudios en la capital.

Siempre me habló de ese hombre como de un segundo padre; pues él costeaba la mitad de los gastos de la educación, por no alcanzar la escasa renta de los bienes que había heredado para las necesidades de la vida.

Era todo un hombrecito mi amigo, á quien quise desde que lo conocí.

Estudioso, delicado, discreto, no oí jamás palabra malsonante en sus labios, ni supe de acción alguna suya que fuese digna de censura.

Los maestros lo distinguían, porque era uno de los más fuertes entre nosotros.

No que tuviese imaginación viva, verba, ni chisporroteos de frases, sino porque era sólido y seguro. Lo que sabía, lo sabía bien; y no le pasaba lo que á muchos de nosotros, que teníamos que valernos de subterfugios para salir del paso. El era de los mejores *colazos.*

Juntos ascendimos la doble escala mística que nos condujo, en el libro, desde Jacop y Werther, hasta Flaubert y Balzac, pasando por el ardiente sendero de los románticos, que marcaron con su sello de fuego

nuestros corazones. Y en el amor, desde la primera mujer amada, hasta el matrimonio.

Comunes eran nuestras impresiones en todo. El campo solitario, á la hora de la tarde tranquila, nuestro delirio. Fué allí en donde leímos los libros que más impresión han dejado en mi vida: Jocelyn, María, Werther, Atala, los Abencerrajes, Pablo y Virginia y toda esa canastilla de flores perfumadas que produjo la primera mitad del siglo, y que guardamos como pebeteros olorosos, para desinfectar la atmósfera de las hediondeces que trajo consigo el realismo.

Hay libros que no se leen, sino que se lloran. Libros que constituyen un tesoro de recuerdos, en cuyas páginas han quedado impresas

las huellas de nuestros besos, la estrellita globular de una lágrima furtiva que disolvió la tinta y borró la palabra; libros que contienen la flor marchita y pálida, que del seno de la mujer amada pasó á la página silenciosa, para impregnarse en la ambrosía de la frase amorosa, en ella escrita.

Yo conservo los míos muy queridos. Cuando la realidad del mundo me agovia, hago visita á mis queridos amigos—los libros bienhechores;—oh! cuánta flor marchita en ellos; cuánto comentario ingenuo; cuántas veces, repetido en el margen, el nombre de la niña bien amada! ¡Diríase aquello un cementerio de ilusiones, que aun conserva el perfume de la juventud!

Por doce años, fuimos los inse-

parables. Llamaba mi buena madre, hijo á Julio, y se le iluminaba á este el rostro cuando la oía, sin duda recordando á la que había perdido cuando niño. Mi padre, un tanto distraído, solía al hablarle, llamarlo por mi nombre; fenómeno psicológico de delicada confusión de nombres de dos personas queridas, pero que revela involuntariamente cuál es la más pensada y preferida.

Tuvimos la fortuna de salvar los escollos de la juventud, prestándonos mutuo apoyo y conforte. Cuando la suerte comenzó á sernos adversa y sufrimos sus primeros embates, encontramos, uno en brazos del otro, pecho amigo que endulzó nuestras penas. Sólos, quizá habríamos caído en el restaurant, en el garito, en el rumbo, allí donde

se perdieron tantos de nuestros compañeros. Pero nos salvó la amistad, y pudimos concluir nuestros estudios profesionales de medicina, con buenas notas, por allá por el año de 1875.

III.

SUS AMORES.

Había conocido Julio, en el tiempo de nuestros estudios, á Sofía, la que más tarde fué su esposa.

No fué aquello un amor romántico, sino hijo de la casualidad. Visitábamos ambos la casa de una familia acomodada, compuesta de la madre y de tres niñas. Una de ellas, con la palidez de la cera y círculos ojerizos que hacían realzar el brillante carbunclo de sus ojos. Alta, esbelta, lánguida, melancólica.

Pintaba en miniatura virgencitas de Murillo y leía libros románticos. Tenía cuarto solo en la casa, al que las hermanas llamaban "el santuario," pues no dejaba penetrar á nadie en él. Era apasionadísima

por las flores blancas, que exhalan perfumes lascivos. Los nardos, los lirios y las mosquetas, sus flores preferidas En cambio, tenía repugnancia por las violetas, mi flor favorita, cosa que le valió mi antipatía, único secreto que oculté á mi amigo. Explicaba Sofía aquella repugnancia por la delicada flor, primero, por el aroma, olor de virgen, que despide, que la producía la neuralgia, y luego, y sobre todo, porque nace oculta entre las hojas verdes. Yo no puedo, decía, atreverme á meter los dedos entre la planta para buscar la flor (ojalá los dedos tuviesen ojos), porque me da mal de nervios el sólo pensar que en vez de ella puedo hallar un gusano....

Si queréis obsequiarme, dadme la

flor de cera, que tiene castidades de virgen; traedme camelias blancas, aunque sin olores, que yo sabré perfumarlas.

Se pasaba días enteros sin salir á la sala, ni de su cuarto.

La mañana, que al despertar, oía que doblaban á muerto, era día de jaqueca y de llanto. Era devota por meses, y otras veces no practicaba. Dicen que en su cuarto tenía al lado de la Madona, á la Gioconda. Tenía aversión á los perros é idolatraba á un hermoso Angola, que se acurrucaba en sus brazos y que ella acariciaba, diciendo que la finura aterciopelada de aquella piel le causaba deleite. Daba besos al animal, que le hacían esponjar la cola.

Cuando estaba de buen humor,

nos sorprendía con canastillas de albérchigos priscos, que tienen no sé qué perfume de Oriente, que ella, la primera, llevaba á la boca entre el pulgar y el índice, chupándolos con fruición.

Quisiera tener mis mejillas con el tinte de estas frutas, los cabellos dorados, como el champagne espumante y los ojos color de los de Loreralay.

Una vez, que había llorado, nos dijo: Siento que estos románticos no valen nada; me tienen muerta con sus eternas quejas. No hay más que dos libros dignos de leerse en Francia.

—¿Y son, Sofía?

—"Le Rouge a le Noir de Sthendal" y "Bel Ami" de Maupasant.

No se burlen, nos dijo; si yo sigo

con los románticos, me muero. Necesito libros fuertes, necesito ejercicio, luz, vida. Prefiero ser en el campo una paisana robusta, que no en estos salones una *demoiselle* enclenque.

A los pocos días caía con un ataque de asma nerviosa. Quiso que Julio fuese su médico, y no permitió que se llamase á ningún doctor de la ciudad. No, dijo; Julio me curará con amor, va en ello su reputa ción. Cualesquiera de esos viejos médicos que viven entre muertos y enfermos, me causarían asco; siquiera Julio usa mi perfume favorito, y estoy segura de que se lava y desinfecciona después de la disección.

Interesó el caso á mi amigo, y se dió á estudiar; á los pocos días Sofía estaba restablecida, pagándole

sus desvelos con tiernas miradas y llamándole de tú.

El amante sustituyó al médico.

No me dijo una sola palabra; le ví cabizbajo y meditabundo. Se dió con más tesón al estudio; pasó horas enteras sobre el microscopio, que exige concentrar toda la vida en el ojo, en busca de lo infinitamente pequeño; se dió á la disección, al estudio de la fisiología, su ramo predilecto; y en sus horas de descanso, en vez de novelas leía obras de filosofía trascendental. Poco á poco fué cambiando de carácter; se hizo serio; la ráfaga vital del espíritu de Kant fortaleció su cerebro, y el joven se convirtió en hombre. No se contentó con referir lo que había leído, sino que lo razonó. En un instante se puso á

muchos codos de altura sobre nosotros. Se habría dicho que había obtenido una coraza, porque no le ví suspirar más, ni menos mostrar aquella sensibilidad enfermiza de conmiseración por todo lo pequeño y por todo lo que sufre, por el insecto, por el mendigo, por el niño que llora.

A la palidez de Sofía, sucedió el buen color. Algunas veces le decíamos, riendo: que ya los albérchigos tenían que envidiar los colores de sus mejillas.

Locuras de muchacha romántica, decía, riendo. ¡Viva el señor doctor con su hierro y sus reconstituyentes y mueran los melenudos románticos!

Poco á poco fuí yo ausentándome de aquella casa, porque el corazón

me llevaba á otra parte. Algunas veces encontraba á Julio pensativo, sorprendiendo en sus ojos furtivas lágrimas. ¿Qué tienes, amigo mío?, le dije un día. Nada, y mucho, me contestó. Padezco de que soy pobre y de que amo.

—Dos cosas que no son raras en la juventud.

—Pero sí con Sofía, y sí en mí. Esa mujer debe ser mi esposa; pero necesito antes hacer veinticinco mil pesos.

—Cosa que tampoco veo difícil en Guatemala, si tienes la paciencia de aguardar diez años y la fuerza de voluntad de no abandonar tus estudios científicos.

—Antes los tendré, te lo juro, amigo mío, me contestó. Estoy dispuesto á marcharme á la costa;

buscaré allí el lugar más enfermizo, y, ó hago dinero, ó reviento.

Comprendí que el amor triunfaba sobre la amistad, y no dije una sola palabra.

Julio se marchó á la costa, efectivamente, en donde al principio, la malaria, y después la fiebre amarilla, lo pusieron al borde de la tumba. Permaneció allá tres años. Pronto se extendió su reputación de buen práctico, y obtuvo numerosa clientela. La suerte lo favorecía en todo: tuvo tacto para los negocios, y no tardó mucho en hacerse rico.

¡Qué placer cuando volví á verlo! La ausencia no había apagado en ninguno de los dos el cariño; tenía orgullo de tener por amigo á uno de los médicos más distinguidos del

país. Tras la frente despejada y serena del joven, se traslucía al sabio. Presto llegaron los honores y distinciones, y no tuvo que separarse de la capital sino para visitar sus fincas, que iban en auge. Tuvo el tino de no mezclarse en política, por lo que fué respetado de todos los partidos y solicitado de todo el mundo.

IV.

LA AUSENCIA.

Visité á Sofía muchas veces, mientras duró la ausencia de nuestro amigo. A qué negarlo? fuí su confidente é intermediario. Aunque estaba admitido oficialmente como novio, él me escribía que frecuentase la casa y procurase conquistarme el afecto de Sofía.

Sé su amigo, me decía, pues en ella tendrás mañana una hermana. La dicha ensancha los horizontes de la vida. Ayer éramos dos jóvenes á quienes la casualidad aproximó y á los que el hado benigno reunió para siempre con el lazo de los scaldunas. Mañana formaremos una familia. Yo no comprendo la dicha sin ti. Sólo llegué á Gua-

temala, y hallé en tu hogar lo que la naturaleza me había arrebatado. Tus padres, lo fueron míos; tú, mi hermano.

Estas frases me conmovían, pues no eran sino el reflejo del afecto puro que yo profesaba á aquel joven, mi hermano en el espírltu y el corazón.

Pero Sofía era inabordable. Había decaído de colores. La ausencia del novio la estaba matando. Á las batas de armiño ornadas de fino arlençón, había sustituído los vestidos pálidos, como su tristeza, y crespones negros, como su dolor. Bebía vinagre, y se extasiaba al contemplar los frailes rígidos de Zurbarán, de los cuales tenía una colección.

Había adquirido la pasión de las rosas.

No se contentaba con la verde musgosa, que á mí me hace el efecto de una araña y que me parece un monstruo al lado de sus hermanas, ni con la roja, con reflejos oscuros aterciopelados, como los mantos que llevan las reinas de Oriente, sino que quería obtener un *especimen* en negro, de ala de cuervo, á quien llamaría "Rosa Sofía," para lo cual se había entregado al estudio de la floricultura.

Tenía en proyecto el escribir una novela que tuviese por argumento los amores imposibles de una rosa con un colibrí.

Decía que no le parecía difícil aprisionar á los pálidos rayos de la luna y las estrellas en un filtro, liquidarlos después y bebei á sorbos el néctar delicioso, que debe propor-

cionar la eterna calma y el alivio beatífico á este corazón, que latiendo nos devora.

Todas aquellas nerviosidades me asustaban. Cuando le hablaba de éteres y de bromuros, se reía y se burlaba de mí, hasta causarme mal.

Me trataba de médico materialista que busca el alma por medio del microscopio, cuando debe de buscarse en el infinito. Me decía, que nuestros estudios nos infectan tanto el alma como el corazón. Que si la organización social fuese mejor, debiamos habitar los de mi clase en el ghetto, como los judíos en la Edad Media; que éramos los corruptores de la juventud y los implacables destructores de toda ilusión.

Entonces le recordaba la profe-

sión de Julio, y aun me atrevía á hacerle reflexiones sobre la disparidad de sus inclinaciones.

No, me contestaba. Julio es médico, por hoy, como medio para llegar á nuestro intento; pero yo lo convertiré en filósofo. Lo verá usted, amigo mío. Abelardo vencerá á Hipócrates. Yo seré su Eloísa. Y entonces se ponía á escribirle cartas apasionadísimas, cortadas en el molde de las de la Monja de Portugal.

Yo también escribía á Julio; le daba cuenta del estado del alma de su novia; le aconsejaba que se hiciese el hombre fuerte y que curase con saludables consejos aquel espíritu fantástico; que prolongase su estancia, y, una vez me atreví á aconsejarle que olvidase..

Mas, ¿de qué sirven los consejos á los enamorados?

V.

EL CASAMIENTO.—MIS TEMORES.

No fué aquel día, día de regocijo para mí, sino de tristeza egoísta. Sofía me arrebataba á mi amigo, y comprendí que á nuestra vida se le abrían nuevos derroteros. Comprendí que, semejante á un río, después de haber recorrido su cauce siempre engrosando á medida que avanza por los arroyuelos del bosque, el torrente de las montañas, las nieves derretidas de los ventisqueros, y que pasa fecundando las praderas, hasta llegar á un punto en que un obstáculo lo divide, convirtiéndolo de río majestuoso en húmedos arroyuelos que se pierden en la oscuridad y el misterio de las cañadas distintas, entre precipicios,

saltos y obstáculos, hasta encontrarse otra vez en el seno inmenso del océano, así nos pasaba á nosotros.

Pensé que el sol se había puesto, al abandonar la llanura de nuestra juventud; que declinábamos á lo desconocido, que se llama mar de la eternidad.

Juntos habíamos sido fuertes; pero ¿qué sería de nuestro porvenir?

Yo decía á Julio, que era prudente retardar la boda. Mi amistad le hacía ver que Sofía era una muchacha delicada y nerviosa, que necesitaba conocer más el mundo y fortalecer el alma con el estudio y la observación de ejemplos confortantes.

Hasta llegaba á hacerle mi profesión de fe respecto á las cualida-

des de la persona que yo preferiría para esposa, diciéndole, que estaba de acuerdo con aquel periodista ingenioso que prefería á las mujeres que escriben beso con v, á las que lo escriben con b; y aquéllas que toman á *Polonia* por el nombre de una mujer, á las que saben que Polonia es un país.

Y Julio se reía, tomando á chanza esta mi última opinión, diciendo que la edad me iba haciendo maligno. En cuanto á los nervios, decía el médico, poniéndose serio: el matrimonio los curará.

¿Qué quieres tú, continuaba, que haga yo con una mujer que mientras le hable de Platón y me bañe en las aguas del ideal, no me escuche, y se ocupe de hacer calceta?

¿De qué nos hablaríamos?

¿Con qué llenaríamos el abismo que separaría nuestras almas?

No, decía entusiasmado, yo necesito una alma gemela, una alma femenina que endulce y suavice las asperidades de mi espíritu; que prepare, mientras esté ausente y luchando en el mundo con los hombres, el dulce platito del consuelo; que cuando llegue fatigado por el estudio de las miserias del alma y del cuerpo que afligen á los hombres, tenga preparado el bálsamo de azahares y cardamomos, para perfumarme y purificarme de las impurezas de la vida.

¡Oh, poeta!, le decía, ¡qué pronto has olvidado que vives en la tierra!

Asesíname si quieres, porque te hago bajar del ideal; pero á mí nadie me convencerá de que en la lucha

por la existencia, deje de suceder que muchas veces vale más un buen beafsteak que un verso. Todo á su tiempo, mi amigo.

—Y él, entonces: ¿para qué inventó Dios á las cocineras? Ándate á paseo, señor gourmet, señor Brillant Savarin, que yo me quedo con los besos de mi Sofía, que saben á néctar, especialmente destilados por los dioses y en sus labios colocados para uso particular de tu amigo.

Así terminaban nuestras pláticas. Somos muy tontos, somos muy tontos, amigo mío, me decía, en retardar nuestra felicicidad.

El cielo comienza al otro lado de la puerta nupcial. Yo veo en sus umbrales dos ángeles misteriosos que dirigen el dedo al interior del

tálamo, señalándome el gran misterio. Al través de su transparencia, veo al sol sin ocaso del amor; veo cimas de arminio, en donde se agitan mis niños, bellos como ángeles, que crecen, que se hacen jóvenes y llegan á hombres y nos acompañan en el camino de la vida sembrado de flores, hasta llegar á orillas del mar sin riberas, en donde viejos, Sofía y yo, y cansados, nos dejamos caer en el seno de la eternidad.

Pronto la casa de mi amigo fué el centro del buen tono, y Sofía objeto de moda. El matrimonio, gran artista, dió los últimos toques á aquella escultural figura. Turgente surgió el seno triunfante de Venus de Milo en aquella flor del trópico. Parecía que sus ojos hubiesen aprisionado á los relámpagos.

que se entrechocaban en el fondo de dos abismos bien hondos.

Acentuóse en sus mejillas una palidez mate de mujer que ama mucho y que concentra toda su sangre en el corazón. Su talle tomó el delineamiento indescriptible de la palmera balanceada por el céfiro. Á mí me saludaba como una reina que, desde lo alto de su grandeza, me tenía compasión y se burlaba de mi derrota.

¡Cuán bella estaba con sus vestidos negros de terciopelo y sus brillantes de mil aguas, que lucían como las estrellas á media noche en el cielo callado!

Al verla, ya las flores no sonreían llamándola hermana, no.

Los astros pestañaban desde arriba avergonzados de tanta claridad.

Julio vivía en dulce éxtasis, que ¡desgraciados de nosotros! debía pagar bien caro. La dicha es una mundana de la peor especie, que cobra caro sus favores, y los cobra á lo último. Á pocos les es fiel. Es una de las hadas arrojadas de la mansión celeste, y que para distraer sus nostalgias del bien que perdió, se ocupa en hacer entrever el cielo á los hombres para sumergirlos de nuevo en la noche.

Pero no quiero prolongar más mi relato.

VI.

LA CATÁSTROFE.

Pasaron cinco años, y un día se extendió la noticia por la ciudad, como un relámpago, de que Julio había sorprendido á su esposa en brazos de un amigo de la víspera.

Volé á su casa. Era cierto; la infame lo había traicionado.

No me dijo ni una sola palabra, pero se arrojó á mis brazos anhelante, loco, mudo de dolor, con crispaturas nerviosas de desesperación.

Sofía se había marchado á casa de su madre y el seductor había huído.

Te aguardaba, me dijo al fin. No tengo en el mundo más que dos amigos: esta pistola y tú. Mi alma está acongojada y tiende á la noche.

La muerte no es una solución en este caso; ¿qué hago?—Viajar, le dije, y olvidar.

—Pues bien, sea, viajaré. Yo iré á ocultar mi dolor al fondo de la estepa, ó á engañarlo y á engañarme en brazos de Lutecia.

Realiza mis bienes cuanto antes. Cómprame letras, que ya decidiré de mi destino. Estas serán las últimas lágrimas que derrame en esta tierra.

Cumplí los votos de mi amigo; quien pronto se embarcó sin punto determinado. Ya te escribiré, me dijo. Quiero reflexionar lejos de Guatemala.

Lo acompañé hasta el puerto, y nos despedimos en estrecho abrazo, jurándonos en presencia del océano no olvidarnos.

Yo me quedé sumido en la más angustiosa pena, temiendo por la suerte de mi amigo.

Al llegar á San Francisco me escribió una carta, diciéndome que se sentía aliviado; que leía á Goethe, que le prestaba su frialdad olímpica y marmórea; que había tomado su resolución, que algún día conocería.

Y no volví á saber más. Indagué, dí encargos. Nadie lo había visto ni oído hablar de él. Hice un viaje á los Estados Unidos y á Europa, y nada; el abismo se lo había tragado.

¡Ay de mí!, me decía llorando. Cansado sin duda, se decidió á morir. Y desde entonces vistió luto mi corazón, por mi hermano, por mi mejor amigo.

La sociedad olvidó pronto el escándalo, y no hubo en el templo de

aquel desgraciado sino un solo fiel, que no lo olvidó un solo día. No dejé de soñar con él una sola noche hasta el día memorable en que ocurrió el suceso que dejo relatado en el capítulo primero.



VII.

EL REGRESO.

—Habla, pues, Julio, pero con calma, te lo ruego, y modera tu emoción ó tus nervios.

—Lo haré como pueda, dijo con voz cavernosa. El aire de esta tierra, por la que he suspirado tanto, en vez de ablandar mis fibras me produce una tensión como si me hubiese envenenado con la brucina. Me creía curado; creía haber disecado á mi corazón fibra por fibra, arrancándole toda su sensibilidad enfermiza: y después de seis años de esfuerzos, veo que todo ha sido vano. ¿Cómo quieres, pues, que hable con calma?

Sin embargo, escucha y ve; y arremangándose la manga de la ca-

misa, me enseñó un brazo lleno de llagas, piquetes y apostemas. Comprendí en el acto: mi amigo era morfomaniaco. El temblor de sus miembros, su aspecto y ese brazo monstruoso me lo probaban.

—Ves este brazo? Pues peor está mi alma.

—Me desagradó la frase; vaya, pensé, está loco; y haciendo un esfuerzo supremo detuve dos lágrimas que querían asomar á la pupila.

—Bien, le dije, aparentando una tranquila calma, todo eso tiene remedio; pero prosigue y acaba pronto, porque tanto tú como yo necesitamos reposo.

—Llegué á la capital, ayer tarde. Vengo de Oriente. Quise desde luego venir á tu casa, cuya dirección tomé desde el puerto, mas de-

terminé antes hacer mi última prueba y someter el corazón á su última tortura. Fuí á verla, fuí á espiarla, y lo conseguí.

Ha cambiado, mejorando, y eso me desesperó, porque te confieso que habría querido encontrarla marchita por el remordimiento. La ví sonreir, y estuve para desmayarme. Altiva lleva aún la frente la ingrata. Y me puse á temblar. ¡Ver á la mujer por quien he sufrido tanto, á pocos pasos de mí! ¡Pensar que traspasando la reja, yo habría podido ir á echarme á sus plantas, besarle los pies y morir allí! ¿Besarla la frente? No yo, que la conocí pura é inmaculada. ¿Estrangularla? Eso sí; víbora, que con su aliento infeccionó mi alma. Mas no; ¡matar á mi ángel de otros días!

¡Dios! grité desde el fondo de mi alma, aparta de mi mente esta idea asesina.

Y Dios me oyó; pues mientras ella pasaba arrogante, al alcance de mi puñal, yo caía desvanecido y sin sentido en el suelo.

La brisa de la noche me serenó la frente, y me fuí al albergue, en donde he pasado la noche agitado, aguardando la aurora de este nuevo día. Aun no se han calmado mis nervios por completo; pero eso pasará, ya lo verás; lo que necesito es sosiego y reposo.

Si tuviera un padre, le diría: "Yo no soy digno de llamarme hijo tuyo; hazme como uno de tus jornaleros.'

Mas tengo un amigo, y le digo: "Dame hospitalidad, que aun soy digno de llamarme tu hermano."

—Y yo, lleno de contento y ya en sus brazos:

Un amigo tenía que era muerto y revivió; que se había perdido y ha sido hallado. Y como el buen padre de la famosa parábola, puse anillo en su mano, calcé sus pies y mi esposa y mis hijos celebramos juntos el banquete de la bienvenida de aquel por quien había enseñado su madre, á mis niños bien amados, á rogar é implorar del cielo la clemencia en su favor.

VIII.

LA REVELACIÓN.

Á la mañana siguiente, se levantó completamente calmado; y solos en mi despacho, frente á dos tazas de café humeante y oloroso, comenzó su relación de este modo:

—De San Francisco te escribí hace seis años, mi última carta. Cuando tal hice, había ya tomado una resolución definitiva: marcharme á Oriente y perderme en aquel mundo, como átomo en un mar de arenas.

Comprendí, desde luego, que dada la situación de mi espíritu, no eran distracciones lo que necesitaba, que no son más que paliativos, sino una cura radical. Que existen enfermedades morales que no curan los ga-

lenos, sino los filósofos: y por eso me decidí á marcharme á la India en busca de aquellos ascetas psicólogos, de los que tanto había oído hablar.

Como Cortés quemando las naves, yo quise cortar toda comunicación con América, y, para mayor seguridad, me embarqué con un nombre supuesto.

Perdóname que te haya olvidado como un ingrato, pero en ello me iba la vida.

IX.

SUS IDEAS SOBRE LA CIVILIZACIÓN DE OCCIDENTE.

Es cierto que en Europa hay el recurso de la ciencia, las letras y las artes para distraer el espíritu y aliviar el corazón. Mas la ciencia, si es verdad que ha producido admirables descubrimientos en el terreno de los conocimientos prácticos y útiles, no ha dado sino pasos vacilantes y medrosos desde los tiempos de Platón, en lo que se refiere á la incógnita misteriosa que llevamos dentro de nosotros mismos.

La vida! ¿qué es la vida? Conocemos los médicos los resortes del organismo. Cuando se estudia como sabios y artistas el cuerpo humano, vamos de admiración en admira-

ción contemplando los secretos de la prodigiosa máquina. ¿Qué cosa más portentosa que el cerebro, ese microcosmos, la obra maestra del Creador? No le costó, de seguro, tanto trabajo crear el sol, como lo tuvo al formar el encéfalo. Estoy seguro de que al contemplar su obra sonrió de satisfacción, viendo que era buena.

Poned por un lado á la legión de los genios; contemplad con los ojos del alma al Dante, á Homero, á Job, á Esquilo, á Shakespeare, á Cervantes, á Goethe, y cuando os hayáis saciado, volved la vista á las estrellas; y las hallaréis pálidas.

¿Quién me explica el misterio de esa luz que brota del cerebro en forma de verso, de himno, de plegaria?.

No es el médico, seguramente, con su escalpelo sin alma; ni el micrólogo, con el microscopio, que estudia la célula, en que el misterio tiene su regazo. No es tampoco el teólogo, aferrado á su creencia como en una roca, contra el furor de la tempestad. Es, sí, el filósofo.

¿Pero en dónde está la filosofía?

No en Europa, seguramente. Cuanto sabemos los occidentales sobre la materia, podría escribirse en la hoja de un cigarro.

En cuanto á las letras y á las artes, es verdad que proporcionan fugitivos placeres. Al oir una melodía ó leer un buen libro, el alma ansiosa os dice desde adentro: *¡más, más!* Pero como éstos son tan raros, no podréis dar gusto á la eterna hambrienta.

¡Cuántos millones de hombres han vivido en el mundo! y, sin embargo, no ha habido sino un Rafael.

¡Cuánto han llorado y cantado los pueblos, y no hay sino un Rossini y un Palestrina para consolarlos, ó para prestar notas á nuestros propios cantos de alegría ó desesperación!

Por eso, en vez de marcharme á Europa, como otro cualquier desgraciado lo hubiera hecho, me fuí al Asia misteriosa, llegué á la India y me interné hasta llegar al Tihbet, en busca de los fakires.

X.

EN LA INDIA.

Te confieso que traté de despojar á mi alma de todo lo que aquí había aprendido. Religión, ciencia, arte, todo fué á un lado, porque me estorbaba. Quise penetrar hasta el fondo del secreto de los indios, en la concepción que tienen de Dios.

Quise abismarme en Él, caer en su seno, como el aerolito en el sol, para derretirme en su fuego, y así olvidarme á mí mismo y acallar aquella pena desgarradora que me corroía el corazón.

Me acerqué humilde á los brahamanes. Conocía, por mis estudios, su orgullo de raza y la dureza de sus castas, y temía verme rechazado, porque ¡ay de mí! me sentía con el

alma de un paria; ¡tanto era mi dolor! Hallé, sin embargo, paternal acogida. La hospitalidad figura entre los brahamanes en el número de los sacramentos, y no hacen de ella, como nosotros, una mercadería.

Me hice yôgi. Por dos años estuve embebido en la lectura de los libros sagrados, los Vedas, El Ramayana y las leyes de Manú, en inglés, bajo la dirección de mi maestro Bhagiratha, un brahaman tan sabio como flaco, que se alimentaba de hojas secas y maceraba su cuerpo tres veces al día, y en las horas que destinaba á la penitencia, durante cada aspiración pronunciaba ochenta veces la palabra *Oun*, inmóvil, con los ojos cerrados pensando en Dios y buscando su claridad.

Cuando yo lo conocí, había lo-

grado soportar ese ejercicio hasta media hora, y me decía que tenía esperanzas de llegar á la perfección, si antes no reventaba.

Para prepararme, ayunaba yo día y noche y me pasaba horas enteras sin movimiento, olvidándome de mí mismo. Pero el dolor no me dejaba, y venían, sin embargo, involuntariamente las lágrimas á mis ojos. Mi maestro, que conocía mi secreto, me confortaba aplicándome unos cuantos disciplinazos sobre las espaldas, las que á los pocos días tenía chorreando sangre.

El dolor físico me despertaba, y seguía en la oración.

Cuando mi maestro me tuvo suficientemente preparado, buscó para mí un lugar solitario, ni muy alto ni muy bajo, expuesto al sol abra-

sador de la India y á las lluvias; tendió un cuero, telas y yerbas; me hizo sentar, y me dijo: "Voy á dejaros solo, dueño de tu pensamiento y despojado de toda esperanza.

Eleva tu espíritu hasta la unidad; domina tus sentidos y concentra mentalmente tu pensamiento en el firme propósito de tu purificación.

La prueba será dura para ti. Eres hombre, y eres occidental, y, por lo tanto, estás doblemente manchado.

El silencio del sepulcro reinará á tu alrededor. Permanece largas horas sentado. Olvida á tu patria, á los que dijeron ser tus amigos, y llega al éxtasis, pensando en la gran claridad. Mantén el cuerpo en equilibrio, con los ojos hacia

arriba, sin mirar ni á un lado ni á otro. Levanta los índices hacia las estrellas, manteniendo los brazos contra el pecho.

No desmayes; que tu propio cansancio te dé nuevas fuerzas, y si te agobia, levántate de nuevo, hasta donde soporte el miserable organismo.

Puedes levantarte de cuando en cuando, y entonces te sostendrás sobre un pie, apoyándote tan sólo en los dedos, y con los brazos extendidos y sin apoyo, y entonces comienza el ejercicio del *Oun*, reteniendo cuanto más puedas el aliento.

Yo vendré á saber de ti de cuando en cuando. Un *paria* te traerá cada día el alimento; no lo veas, que la vista de esos miserables envenena y echa á perder la buena obra."

—Y me dejó.

Yo temblé al verme abandonado en aquella soledad y frente á frente con mi destino.

En el acto saltó como una fiera hambrienta el recuerdo de mi dolor.

Y para librarme de ella me senté en la posición mandada por mi maestro, con los ojos dirigidos al cielo.

Triunfé por largas horas, á costa de mi cuerpo. Cuando no podía más, caían mis brazos exánimes. Tenía la cabeza ardiente. Mil bolas de fuego surcaban el espacio; todo cintillaba; un ruido atronador, como de universal catástrofe, sonaba á mi alrededor; rayos rojizos cruzaban el firmamento; aquello era un placer doloroso; la nuca me dolía; sentía una tensión general; ago-

nizaba de dolor. ¡Gracias, Dios mío! pues que olvido; y al sólo pensar en que olvidaba, venía otra vez á la memoria la furia amenazante.

¡Oh, lucha cruel y bienhechora al mismo tiempo!

¡Oh, dolores bendecidos; vosotros me hicisteis entrever la esperanza!

Entonces pude dormir algunas horas, cosa que no había logrado hacía largo tiempo; lo que ya era algo.

Para mí no había estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Resistía cuanto más, y caía anonadado, sin tener conciencia de que me iba á dormir.

¡Oh! ¿por qué despertaba?

Desvanecido completamente y sin conciencia, cuando menos lo espe-

raba, sentía un doloroso sacudimiento que me volvía á la vida, espantado, tembloroso. ¿Quién me llamaba? El dolor, el eterno dolor!

Y yo, espantado, gritaba: ¡piedad! y volvía á la oración y al éxtasis.

¿Por qué no me volví loco?

¡Oh, razón! ¿por qué conmigo, tan fieramente tenaz?

Mi cuerpo se enjutaba y trataba, según las buenas reglas, de apergaminar mis carnes. Comía lo menos posible. Oía á lo lejos el bramido de los tigres hambrientos, y ¡miserable humanidad! ¡temblaba de miedo esta máquina, tan ruin de cuerpo como de alma!

¿Cuánto tiempo duró este primer ensayo? No lo sé. Un día me desperté en la choza de mi maestro, que estaba en oración. No tenía

conciencia de nada. ¿Quién era aquel hombre extraño, que me hablaba en idioma tan especial? ¿Y mi patria, y mis amigos y mi S . . .?

En el acto se descorrió un velo misterioso, y vi todo mi pasado claramente: mi infancia, mi madre amorosa, la dulce juventud y mi desgracia sin igual, y me puse á llorar como un niño, con la misma amargura con que lo hice cuando por vez primera sondeé el abismo de mi desesperación.

Un disciplinazo contuvo mis lágrimas. Di gracias á mi bienhechor y le pedí que me refiriese lo que había pasado, á lo que me contestó, que habiendo ido hacía quince días á examinar mis progresos, me había encontrado exánime; que como no me despertase luego, se puso en

oración, y como aunque ésta duró largas horas y yo no volvía en mí, no dando señales de vida más que por la respiración tranquila, comprendió que yo había caído en una especie de sueño cataléptico, primer grado de la perfección, por lo que creyó prudente traerme á su casa, para cuidarme y alimentarme, ya que corría peligro de morir de inanición si me dejaba abandonado.

¡Oh, maestro! le dije, ¿por qué no dejaste á este pobre gusano, á este paria, á este nadie, abandonado á su destino?

Lo que está escrito, escrito está, me dijo, y me dió otro disciplinazo en castigo de este mi acto de rebelión.

Yo callé y besé la mano de mi amigo.

Poco á poco me fuí reponiendo. Mis vestidos caían á girones. Los gusanos me carcomían las espaldas, y yo sentía fruición en aquellos agudos dolores. Me creía ya un cadáver devorado por las larvas del cementerio, y daba gracias á Dios.

Cuando estuve algo repuesto, el buen Bhagiratha me llevó arrastrando al lugar de mi penitencia.

Yôgi, me dijo, continúa en la oración; no desmayes; estoy contento de tí, porque, aunque al principio de tus pruebas, me das muestra que se puede aguardar algo de tí, bajo la dirección de un buen maestro.

Modera tu alimento; la gula es el principal enemigo del hombre; el verdadero bien: el ascetismo y la maceración. Si dentro de un año se nota que has hecho algunos progre-

sos, ya pensaré en las maceraciones que debes adoptar.

Por ahora, aunque el calor de este sol tropical no es despreciable, se te rodeará de cinco fuegos noche y día. No bebas agua, que es impura. No vuelvas á abrir los dedos, y procura perforarte las manos á fuerza de apretar las uñas contra las palmas. Por eso no he permitido que te las cortes hace seis meses.

Triunfa de toda ilusión de los sentidos. Hiedes, es verdad, pero es necesario que ese hedor te parezca un perfume. Extingue en tu alma todo deseo, hasta el de la muerte. Prepárate á la anquílosis; no muevas los brazos hasta que queden tiesos para siempre.

Trabaja contra tí mismo. Si sonríes, si lloras, retrocedes. Debes ser

impávido ante el placer y ante el dolor. Piensa en Dios.

—Bien, maestro, tú me salvarás.

Y en el acto me apliqué á obedecer las instrucciones de aquel hombre sabio y piadoso. No tuve conciencia de si se quedó ó se fué. Mis ojos se dirigieron á lo alto. Yo me quedé inmóvil, rígido, perforándome las manos.

El cielo estaba negro, presagiando tempestad. Poco á poco fué clareando, y así como en una linterna mágica colosal fué surgiendo, cada vez más aparente, una visión que me heló la sangre. Vi retratada toda la historia de mis amores; oí el eco de mis castos besos, el sí pronunciado ruborosamente, la primera lágrima de goce al sentirme correspondido, nuestras pláticas,

nuestros idilios, no en prosa, sino en verso puro y riquísimo, el velo nupcial, los azahares olorosos, el cántico argentino de mi niño á los cuatro años al despertar cuando yo iba á besarle la frente.

Estaba perdido.

Cerré los ojos, y la escena cambió de color: esa vez veía verde; volví á abrirlos y ví el cerro del Carmen, y las siluetas de los volcanes, y la puesta del sol, y los amigos con sus parejas; á tí, con tu novia, que me saludó sonriente; y esa vista se desvaneció, y me vi al lado de Sofía, que tocaba al piano la serenata de los "Angeles," su pieza favorita; y caí á tierra ahullando, arrastrándome sobre la arena caliente y sedienta, que chupaba la sangre de mis heridas y hacía que los gusanos se chamuscasen.

De repente me puse en pie y salí huyendo despavorido en busca de mi maestro, como perseguido por la visión espantosa. Llegué moribundo, me dejé caer de rodillas á sus pies y le revelé mi desventura.

Desgraciado, me dijo, separándose de mí con horror; muy grande debe de ser tu infortunio, cuando no alcanzas gracia ni en el cielo. Marcha de aquí, réprobo, más miserable que esa lepra verminosa que te está corroyendo el cuerpo; que esta sea la última conversación entre los dos. Yo abandono esta choza, mi abrigo preferido de largo años y que tú has infeccionado con tu presencia. Te abandono al paria, y yo, tu maestro, te ordeno que dentro de un mes abandones la India para siempre.

Besé la tierra, y en esa posición lloré por largas horas, lamentando la nueva desgracia mía de haber perdido el afecto de Bhagiratha, á quien no volví á ver más.

El paria limpió los gusanos de mi cuerpo, puso bálsamo en mis heridas, perfumó mi cabello, me alimentó con huevos de cocodrilo, me vistió; todo eso, llorando de profunda compasión al ver que al fin había encontrado un hombre más infeliz que él.

Yo besé aquella mano caritativa, una y mil veces, y tomé mi bordón de peregrino, camino del puerto. Cuando hube llegado al monte vecino, volví la vista y vi á mi bienhechor entre un estercolero, dándome el último adiós; y lo perdí de vista.

XI.

EN CHINA.

¿A dónde ir? Quizá lo más prudente habría sido arrojarme al fondo del mar.

Mas yo nunca pensé en serio en el suicidio. Eso habría sido perderme en la tierra y en el cielo.

Pensé en el interior de Africa, en un oásis perdido en el mar de arena del Sahara ardiente: pero encontré aquello como un deleite, y me reprimí á mí mismo. Me acordé de la Thebaida, á donde se retiraban los primeros cristianos horrorizados de los desenfrenos de Roma; mas con sideré que aquel era un asilo al cual no tenía derecho de refugiarme, ya que yo había abjurado de mi religión.

En ese momento me acordé que allá en los tiempos fabulosos, un día, la infeliz Dido, abandonada por Eneas, y presa de iguales tormentos que los míos, había dicho á su hermana, que "allá en las extremidades del océano, en donde el sol se abisma en las ondas, se extienden las regiones más apartadas de la Etiopía: es allí en donde el gran Atlas sostiene sobre sus espaldas el eje resplandeciente de los cielos estrellados. Allí vive una sacerdotisa de los Massilianos, guardiana del templo de las Hespérides, á cuyas puertas y bajo las ramas del árbol sagrado, alimenta con miel y adormideras al dragón, su compañero de vigilias. Aquella mágica se jacta de poder desligar á su antojo á los corazones de sus tormentos, ó

de inspirarles los amargos desasosiegos del amor. Ella detiene el curso de los ríos; fuerza á los astros á que desanden su carrera; evoca los manes de su noche eterna, y á su voz muje y tiembla la tierra."

Eso nos cuenta Virgilio en la Eneida. Pues á Etiopía, me dije, en busca de la maga. Pero ¡ay! que yo me olvidaba que los tiempos clásicos habían muerto, y que ni aun nos queda el consuelo de recurrir á los conjuros de las Circes y Medeas, para pedirle los jugos que embrutecen, ni de bañarnos en las aguas del Leteo, que hacen olvidar.

Pensé en la columna de Simón el Stilita, y esa idea me sedujo. Rumiábala cuando se me apareció mi amigo Pedro Schlemihl, aquel hombre sin sombra que anda vagando

por el mundo con sus zapatos de siete millas, y que había conocido en el interior de la India el año anterior. Voy de prisa, me dijo, cuenta tu historia, que urge. Se la referí en breves palabras. Y me dijo: ándate á la China, que allí sufrirás bien y bastante.

Voy camino del Polo Norte, á donde sé que unos europeos tienen el proyecto de llegar en globo, y quiero que me hallen allí, en donde tengo mi habitación de verano y no se apropien del descubrimiento, que de derecho me corresponde como primer ocupante. Adiós; y dando un paso, desapareció.

¡La China! me dije; yo, entre los chinos, la raza que más odio y desprecio; yo, perdido entre aquellos celestes, egoístas, viciosos, que nos

desprecian como bárbaros; que hablan una lengua monosilábica, imposible para toda garganta cristiana? No; Schlemihl se equivoca. Entonces, á Europa, me dijo mi conciencia; y dí un paso atrás. Sea la China, dije, y me sonreí de esperanza, acordándome que era el país del opio y del hadchis.

Y me puse en camino, de regreso, pues mi intención fué el entrar en el gran Imperio por la Tartaria y perderme en el corazón de aquel mundo desconocido.

Llegué después de un viaje penosísimo. Para mayor seguridad, compré un traje de bonzo y me disfracé con él. Me hice rapar la cabeza; iba por los caminos con los pies descalzos; parecía un asceta consumido por la maceración. Rezaba

en un rosario como los que usan nuestros frailes católicos; los tártaros salían á los caminos á besarme el hábito, y me dirigían la palabra; yo les decía por señas que había hecho voto de no hablar, y me hincaba y hacía que oraba. Mis devotos me llevaban nidos de golondrinas, como el plato más exquisito de su rica cocina, y guisos sabrosísimos confeccionados con carnes de perros y de gatos, criados para el efecto, ó lomillos de hipopótamos introducidos del Nilo.

No me atrevía á mirar para lo alto, de miedo que se repitiese la visión que me arrojó de la India; pero el recuerdo real lucía como un clavo ardiente encendido noche y día, y que brillaba hasta en el sueño.

Yo lloraba y me azotaba. Los

chinos me creían un santón, y me volví un objeto de culto para los infelices amarillos. Me llevaban taeles en ofrenda, carnes, dulces que sabían á pomada y bizcochos embadurnados de emolientes. Guardaba los taeles y no comía sino lo necesario para no morir: tal era la repugnancia que me causaban aquellas comidas.

Pero yo no había llegado allí con el objeto de ser un farsante. Me repugnaba la comedia que estaba representando. Me había disfrazado porque no me matasen y para poder hallar refugio entre la raza odiada.

Poco á poco fué cediendo y minorando mi maceración. Mas el dolor siempre en su punto. Un chinito que me iba á besar la punta

de la nariz todos los días, se hizo mi amigo y no me abandonaba. Me espantaba las moscas y me limpiaba la vermina que había vuelto á aparecer más numerosa.

Estando sólo una vez, le hice seña de que se acercara, y lo hizo de rodillas, no sin antes darme el beso acostumbrado.

Como pude le dí á entender que necesitaba opio y en qué fumarlo, insinuándole que lo trajera oculto. Comprendió el rapaz en el acto; le dí unos taeles, y salió disparado fuera de mi santuario.

No sé cómo se ingenió el chinito para conseguirlo, pero al rato volvió con dos buenas pipas, que aun conservo, y buena cantidad del delicioso jugo.

Aguardé que llegase la noche pa-

ra hacer mi primer ensayo. ¡Cuán largo me pareció el día! Como la fama de mi santidad se había extendido por el Imperio, venían á visitarme hasta de las más lejanas regiones. Si hubiera querido, me habría hecho erigir un templo con las ofrendas de los fieles.

Yo me decía: si me viesen mis amigos de Guatemala, ¡cómo se indignarían contra de mí!; pero ¿qué hacer? Yo tenía que sacrificar mis instintos de hombre honrado para lograr mi objeto. ¿No había sufrido tanto? Pues era justo que aspirase siquiera al alivio; porque la pena me seguía devorando.

Llegó la noche deseada. Me encerré y echéme al suelo, reclinándome sobre unos riquísimos almohadones de la seda más preciosa que produce el Imperio.

Acerqué la lámpara, para mí más misteriosa que la de Aladino. La pipa, de palo de cereza, hueca, tenía como media vara de largo; coloqué el hongo, y en la punta del alambre, tan largo como la pipa, cogí un poco de jugo bienhechor. La acerqué á la llama, y pronto se produjo un olor que no podría describirte, pues es propio del Oriente. La estancia se llenó de un grato aroma. Yo temblaba de emoción. Cuando estuvo roja la bolita, la acerqué á la pipa y dí la primera chupada, que me produjo una comezón agradable en todo el cuerpo, como el que precede al sueño.

Volví de nuevo á la tarea y dí varios chupones más, que fueron aumentando la intensidad de la sensación. Me sentía ligero del alma y del cuerpo.

Una jocosa hilaridad se apoderó de mí, y pude reir después de cuatro años de llanto. ¡Gracias, Dios mío!

Ya no sentía el cuerpo, pero tenía conciencia de que estaba el alma despierta. Mi alma, es decir, *yo*, era una mariposa azul gigantesca, con antenas doradas y reflejos en el abdomen. Probé á volar y me encontré en el espacio.

No me elevé mucho, de miedo que me sucediera lo que á Icaro y á otros muchos fatuos de la tierra.


JORGE AGUIRRE MATHEU
ANTIGUA GUATEMALA
GUATEMALA, C. A.

XII.

EN LAS CUATRO ARTES INTELECTUALES.

Un céfiro suave me condujo al país de la belleza. Recorrí el Asia Menor, deteniéndome sobre cada montículo y evocando recuerdos gratos á mi corazón. Evoqué el nombre de sus héroes y el de sus sabios, nuestros padres intelectuales. Visité las ruinas de sus Ciudades, que brillan en la historia con caracteres de fuego, y cuyo nombre no han olvidado los hombres, por más que la bárbara dominación turca los haya hecho desaparecer del mapa.

Fuí á Troya y, como Alejandro, consagré ofrendas sobre el sepulcro de Aquiles. Atravesé las islas y

pagué tributo de admiración á Juan, en Patmos, á Hipócrates, en Cos; á Venus, en Milo. Visité en Samos el soberbio templo de Juno; en Mitilene, conocí á Arión, el inventor de la lira, y á Terpandro, que agregó una séptima cuerda al dulce instrumento; oí cantar á Safo misma sus elegías; y á Hellénicus recitar su historia; saboreé el perfumado vino de Lesbos, del que Aristóteles gustaba tanto; en Creta visité el Laberinto; en Delos rendí culto á Diana y á Apolo, en sus respectivos templos. Bajé á la gruta de los Antíparos; fuí á donde crece el mármol de Paros, semillero de dioses; y por todas partes me regocijé en aquellos archipiélagos maravillosos, cuyas aguas resplandecientes reflejan la imagen de los verdes ribazos

llenos de viñedos, cantados por Virgilio.

Llegué al Atica, y tuve la visión de Atenas, tal cual era en tiempo de Pericles. Visité sus calles llenas de dioses de mármol, que parecían vivir la vida, bajo aquel sol purísimo. Fidias me llevó de la mano á los Propiléos. Visité la Acrópolis; fuí al Partenón á contemplar su Minerva prodigiosa, ante quien caí de hinojos abrazándome á sus pies y rogándole que me comunicase el espíritu griego y me purificase de estas ideas que inspiran á los hombres de mi siglo.

¿Qué somos los americanos? me he preguntado muchas veces.

En nuestras venas corren glóbulos de sangre de todas las razas. Por españoles, los hijos de Iberia

tanto son celtas como cartagineses, árabes como godos; y nosotros descendientes de españoles, al menos por nuestros nombres, tenemos, sin duda, también sangre de aborígenes; por manera que estamos impregnados con todas las impurezas de la tierra. Y lo mismo nos sucede con nuestras ideas, con la lengua que hablamos, con la religión que profesamos.

La buena Palas, la de los ojos verdes, puso su regia mano sobre mi frente, y, como por encanto, me sentí transformado en ateniense.

E inmenso júbilo se apoderó de mi alma Oh! sí, dije; he aquí satisfecha la única aspiración de mi vida: beber en las fuentes puras de la belleza y gozarla inefablemente. Y el griego de Esquilo fluía de mis labios en forma de verso.

Yo soy pagano, lo he sido siempre. Los dioses no han muerto. El gran Pan existe.

Y arrebatado de alegría, me lancé al Olimpo á dar gracias á los dioses.

Y tuve una nueva visión: la de Homero, que recitaba el canto IX de la Ilíada, rodeado de su corte de hemérides y de aquellos semidioses, como Píndaro, Sofócles, Esquilo y Platón, que escuchaban arrobados al prodigio. El cuadro se destacaba en una playa; el mar había acallado sus ondas, y las ondinas y las sirenas, sostenidas en los hombros de los delfines, habían acudido á la orilla al reclamo de la voz del dulce ciego. Nada faltaba allí; Aspasia, la hetaria ilustre, al lado de Elena, el ideal de la eterna belleza. Alejandro, coronado con los laure-

les del conquistador, poniendo á los pies de Aristóteles las inmensas colecciones de plantas del Asia misteriosa.

¡Visión encantadora! ¿por qué os desvanecisteis?

Busqué á Ulises, el hijo de Laertes, y repetimos la Odisea por los mares procelosos. Abordamos á la tierra en donde vivían los Cíclopes y encontramos á Polifemo rabiando por la pérdida de su ojo. Esta vez emprendimos lucha á brazo tendido con los gigantes, y quedaron todos en el suelo; por manera que la tierra nos debe de estar agradecida por haberla purgado de aquellos monstruos.

Fuimos á la isla de las Sirenas, sin taparnos los oídos con cera como una vez lo había hecho el mis-

mo Ulises al pasar frente á sus costas, y la encontramos desierta, diciéndonos una vieja que allí vive, que sus compañeras se habían esparcido por el mundo, en donde ejercen el oficio con mayor provecho.

Exploramos Scila y Caribdis, y mi venerable amigo no pudo menos de sonreirse al comprender que se había equivocado en la descripción de aquellos dos monstruos.

¿Qué importa maestro, le dije, si el verso subsiste siempre bello y es cada día más admirado?

Circe nos recibió en su palacio, bella aún y siempre amante, y al despedirnos nos dió en pequeños botes, extractos de los jugos de que se vale para transformar á los hombres en berracos. Visitamos tam-

bién los jardines del rey Alcinoo, que nos colmó de presentes, y me despedí de mi acompañante, en Itaca, después de haber conocido á Penélope y su famosa tela y haber apretado la mano á Telémaco.

Pasé á Italia y visité la Roma de Augusto. La tierra todavía estaba manchada de sangre de las víctimas de la guerra civil. Aun se oían los lamentos de la Elocuencia llorando la muerte de Cicerón. No me fué simpática la figura del sobrino de César; pero tuve el placer de conocer á Horacio y oir recitar la Eneida entera por boca misma de Virgilio.

Me trasladé á otros tiempos y á otros lugares, al esfuerzo de mi voluntad soberana; y me hallé en la Corte del Rey Sol. Después de ha-

ber visto los edificios de Atenas, ligeros y puros en sus delineamientos, y los palacios y las termas de Roma, Versalles me pareció muy mediana construcción. ¡Qué figura tan ridícula la de Luis XIV: melenudo, empolvado, perfumado, lleno de encajes y de chorreras, con largo bastón en la mano, zapatillas de damisela, ceremonioso, tonto! ¡Cuántas preciosas ridículas á su alrededor! ¡Cuántos *petit-maîtres* llenos de pomadas y de menjurges, jugando al amor en aquellos parques recortados en línea recta y atildados, como cortesanos que en día de recepción se hubiesen hecho la barba para asistir á la leveé de S. M. Cristianísima.

Pregunté por Corneille, y me dijeron que había muerto pospuesto

á Scudéry. A Molière se le negaban las puertas de la Academia de los cuarenta inmortales, por ser comediante, aunque hubiese escrito obras en nada inferiores á las de Aristófanes, y en nuestros tiempos no igualadas. Racine, que aunque cometía el anacronismo de hacer representar los héroes griegos de sus magníficas piezas con trajes de la época del Rey Sol, estaba en vísperas de caer en desgracia por haberse atrevido á decir la verdad; desgracia que el pobre cortesano pagó con la vida; pues murió de tristeza por la ingratitud del amo, que lo trataba como á un sirviente y le pasaba una pensión miserable. Tiempos de decadencia, ¿qué habría dicho Horacio, que tenía la amistad de Mecenas y la de Augusto, al ver tanta miseria?

Disgustado de la corte, me fuí con Lafontaine, quien, entre los boscajes del parque de su protector el Intendente Fouquet, me recitó sus fábulas encantadoras. Me parecía oir revolotear las abejas áticas, y los versos me producían la sensación de la miel del Himeto. No me daba cuenta de si estaba en Arcadia ó en Francia. Mucho me gustó el indolente poeta. Se ha dicho que no sabía hablar en sociedad. Hasta había leído sobre él, lo siguiente: es fácil ser un hombre de espíritu ó de talento; pero ser ambas cosas á la vez, y ésto en un grado tan superior, es ciertamente admirable y que no se ve sino en Lafontaine.

Pase que fuese olvidadizo y descuidado, ¡pero no saber hablar! Lo

que sucedía era que hablaba el lenguaje de los dioses, y sus contemporáneos no entendían sino el de la corte.

Desilusionado de aquel olimpo, me trasladé á Weimar, pequeña cortecita de un ducado alemán, todavía más pequeño.

Hallé que todos los cortesanos vestían el traje de Werther, puesto de moda por Goethe. Allí me sentí *at home*, encontrando al duque en una casa patriarcal más que un palacio, departiendo fraternalmente con su corte de poetas y de sabios. Goethe me infundió respeto. A no oirlo hablar alemán, esa lengua de las nieblas hiperbóreas, yo le habría confundido con Júpiter. ¡Qué belleza, qué serenidad, qué frente tan apolínica! Lo ví representar

una vez el papel de su Efigenia en Táurida, y tuve la ilusión de estar en la Grecia del tiempo de los Atridas. ¡Hombre maravilloso, más fuerte que el dolor, yo debí haberte tomado por maestro para curar mis penas! Pero era tarde. Ví al dulce Schiller, inspirado y dulce, enfermo ya del jugo de la uva, amigo de Júpiter olímpico; y á Juan Pablo, el de las ideas abracadantes, y á Wielland, el Voltaire alemán, cuya efigie quemaron los poetas de Göthingen, y á Herder, tan temeroso de Dios como amigo de las letras, á quien los españoles deben que se haya hecho conocer su romancero y otras piezas, á aquellos germanos de nombres no pronunciables en el lenguaje de los dioses, y al gran patriota y gran filósofo Fichte, agru-

pados alrededor del joven monarca, y por él protegidos y alentados.

Y mi corazón se puso contento, porque vi que el genio tiene su recompensa, aunque no sea más que en la pequeña corte de Weimar.

XIII.

LOS GRANDES POEMAS Y LAS TEOGONÍAS.

Estaba radiante y alegre. Pero me fué forzoso despertar y seguir en mi papel de santo, casi elevado á la categoría de un nuevo Boudha.

Tenía la cabeza pesada, mas el labio sonriente. Tuve que ponerme serio de nuevo, y que dar regidez á mis facciones, soportando impávido las genuflexiones de aquellos mis fanáticos, que continuaban con sus ofrendas.

Apenas llegó la noche, volví á la tarea, aumentando la cantidad de opio.

Esta vez, fueron mis visiones todas las desarrolladas en los grandes poemas y en las grandes teogonías.

Asistí, en espíritu, á aquella guerra estupenda en que dos dinastías se disputaron la posesión de los llanos de la India.

No leí jamás, en ninguna literatura, una hecatombe más grandiosa que aquella en que pinta el *Mabarabata* la ruina del partido vencido y la matanza de la familia real. Yo amaba á Hécuba, la triste viuda de Héctor, llorando sobre los muros de Troya la muerte de su esposo; amaba á Príamo, viejo héroe, audaz y orgulloso, vencedor y vengador de los suyos, arrastrándose á los pies de Aquiles y besando la mano aun ensangrentada con la sangre de su hijo é implorando perdón y misericordia á los pies del aquéo, para que le devolviese el cadáver del héroe; pero la guerra de Troya

no me produjo sino la impresión de dos familias que se combaten; mientras que la lectura del poema Indio me hizo el efecto de dos mundos que chocan entre sí, y cuyas repercusiones alcanzan á los nietos de aquellos héroes nacidos miles de años después de la espantosa catástrofe.

De la India, pasé á la Germania brumosa, la madre de todos los pueblos. Alemania es la India de Europa. Me acordé de aquella página de Víctor Hugo, el gran galo vidente, cuando después de muchas cavilaciones y de andar entre los genios, sus iguales, dice:

"En la bruma colosal en que se mueve el espíritu alemán, Isidoro de Sevilla, introduce la teología; Alberto el Grande, la escolástica;

Hraban Maur, la lingüística; Tritemo, la astrología; Ottnit, la caballería; Reuchlin, la vasta curiosidad; Tutilo, la universalidad; Estadiano, el método; Lutero, el examen; Alberto Durero, el arte; Leibnitz, la ciencia; Puffendorf, el derecho; Kant, la filosofía; Winckelmann, la arqueología; Herder, la estética y la erudición; Euler, el espíritu de integración; Humboldt, el genio de los descubrimientos; Neibuhr, la historia; Gottfried de Estràsburgo, la fábula; Hoffman, el sueño; Hegel, la duda; Ancillon, la obediencia; Werner, el fatalismo; Schiller, el entusiasmo; Goethe, la indiferencia, y Arminio, la libertad...." y no quise seguir al gran hombre en sus citas, porque me abrumaba.

Oh, Alemania! oh, mi patria bienhechora del espíritu! yo llegué un día á tus playas, triste y melancólico, y tú me revelastes lo que es un gran pueblo. Me abristes tu seno bienhechor y pude en él curar mis penas, y lo que es más, redimir mi espíritu, por los grandes pensamientos. ¡Salud, mi amada Alemania! dije yo mismo.

Alemania es algo extraordinario en el mundo. Tiene el mar alemán; sus héroes y leyendas, distintos de las de otras razas; su gran poema simbólico, los Nibelungos; su olimpo, la Walhalla; Ulfilas le dió la letra gótica; allí se ideó la ogiva y se elevaron las primeras catedrales góticas.

Fuí á la Walhalla, el gran templo que se encuentra entre las nubes

radiantes y que tiene quinientas ochenta puertas por donde salen y entran los héroes; allí conocí á todos los valientes que han caído muertos en defensa de su país en los campos de batalla, desde los héroes de los tiempos fabulosos, hasta Herman, Arminio y Körner, el joven poeta y soldado, muerto durante las guerras napoleónicas. Ví á las Walkirias, escanciando hidromiel, y al héroe de los Nibelungos, Sigfrido, en brazos de su esposa Krinhilda, que con la venganza espantosa que tomó de los enemigos de su esposo, en el día de la gran catástrofe del palacio de Atzel, logró de los dioses llevar á Sigfrido á la Walhalla, á donde no tenía quizá derecho á entrar el héroe de tantas hazañas, el vencedor de Brunequilda y del enano Alberico.

Y como estaba en pleno delirio, mi imaginación revoloteaba en un huracán sin fin de visiones. Tan pronto me encontraba en la Gruta de Merlín el encantador, como en la Cueva de Montesinos; ya sentado en la mesa redonda del Rey Arturo y los Caballeros de San Graal, ya con Tanhausser en las orgías de Venus-berg. Bajé á todos los infiernos conocidos. Con Ulises, evoqué las sombras de los griegos, á quienes conocí en la edad fabulosa y sagrada. Ví allí á Climenréstra, la adúltera, no más cruel que Sofía, y á Egisto, su cómplice, sufriendo martirios crueles de manos de las Euménides. Con la Sibila de Cumas bajé al Averno, y pasamos por donde otra vez lo hizo el piadoso Eneas.

Con Dante, crucé los círculos espantosos, reconociendo á todos los condenados, á quienes el poeta florentino flajela en su obra maravillosa.

Muchos millares más han caído desde entonces, y á varios de ellos reconocí por sus nombres y apellidos. Los tiranuelos de América hacen digno *pendant* á los de las repúblicas italianas.

Un célebre ministro de los nuestros, se quejaba de que en el infierno no había bastante oscuridad, y estaba muy afanado en hacer una nueva edición de su famosa ley de instrucción pública, corregida y aumentada para uso propio de los condenados.

Aquel mundo necesita un nuevo libertador, porque allí están muchos

que no deben y faltan muchos que debieran.

Salí de aquel lugar sombrío, petrificado de miedo. Satán, al verme, me había hecho una mueca espantoso y lanzado un rugido que se repercutió por todos los ámbitos del infierno, y al cual contestaron en coro los millones de desesperados que lo habitan. Ese día hubo temblor general en la tierra.



XIV.

EL CREPÚSCULO DE LAS DIOSAS.

Una tarde, vine en espíritu á Centro América, trayéndome la imaginación á las orillas encantadas del lago de Atitlán, que nada tienen que envidiar á los más bellos panoramas del universo.

Presa mi alma de ensueños vagos y deleitosos, oía el murmullo blando de las ondas, que al besar las arenas de la orilla producen rítmicamente un sonido que una vez escuchado, no olvida el oído: rúit, rúit, rúit, dicen las linfas, por dos ó tres veces, y callan un segundo, para volver á empezar. Diríase que las espumas se quejan de dolor al contacto de su albo seno con las arenas y guijarros de la tierra.

Comenzaba á entrar la noche, y el cristal de las aguas mansas retrataba las estrellas del cielo. La luz de la luna rielaba en la laguna. A lo lejos se oían murmullos confusos, que eran contestados por voces dulces y misteriosas. Yo estaba bajo unos sauces llorones, y me complacía, en un silencio mudo, en arrojar á las ondas, en señal de ofrenda, puñados de lirios y de nenúfares. Las flores sobrenadaban, y era de verlas, cuando empujadas por la brisa y besadas por el céfiro, pasaban bajo la luz de las estrellas, iluminarse de súbito y adquirir vida, transformándose en una cosa así como almas que vogaban y que hubiesen adoptado la forma de flores.

Los vapores del lago formaban

una nube celeste que unía á la tierra con el espacio. Tenía esa nube diafanidades y chisporroteos de luz. Era aquello un crepúsculo de diosas. Repentinamente, una maravillosa ilusión perturba mi espíritu. La laguna se ilumina con una llama desconocida. Temblando, me arrimo y veo: los lirios se transforman en seres humanos, que forman como un coro de vírgenes, y entre una nube de oro, como la de la Aurora de Genido Renni, aparece un carro tirado por cisnes, llevando el conjunto más prodigioso que pudiera soñar un mortal. Son las heroínas del amor, del sacrificio, del patriotismo.

Allí va Velleda, con su segur como luna; allí va Efigenia, sacrificada por su mismo padre en aras de

la patria; allí Juana de Arco, con su oriflama victoriosa; las doncellas enloquecidas del amor: Ofelia, Lucía de Lamenmoor; allí las castas vírgenes: "María," de Isaac, y la incógnita niña del "Idilio," de Núñez de Arce; allí Mignon, Federico y Lilí, y aun la inocente pecadora Margarita.

Ellas pasaron camino del Empíreo, y yo me quedé extático y arrobado ante aquel conjunto maravilloso de tanta perfección.

XV.

METENSÍPCOSIS. — ME TRANSFORMO EN ÁRBOL. — MI NACIMIENTO Y DESARROLLO. — GOCES Y DOLORES. — MUERO DE NUEVO.

Uno de los estados más extraños de mi ánimo, fué por el tiempo en que tuve el convencimiento de que había muerto y sufrido una transformación singular.

Delirios son estos de un cerebro enfermo, que no presento como creencia particular sobre el destino futuro del alma.

Morí para el mundo y me enterraron en un bosque. La tierra negra me abrazó cariñosa, y quedé descansando, al fin, en aquella sepultura ignorada. Sentía todos los misterios de la descomposición de-

mi cuerpo. Los gusanos, aquellos mis amigos de la India, prosiguieron su obra, pero más profunda y desvastadora. Me fué revelado el secreto del idioma de los insectos, y oía sus pláticas. Decían que encontraban muy amarga mi carne, cosa que no les sucedía con otras que en su vida habían saboreado. Y yo me avergonzaba de mí mismo, por no poder, siquiera, proporcionar con mis despojos un opíparo banquete á aquellos animalitos que me estaban destruyendo.

Los pobres murieron envenenados, y la química completó la obra que no pudieron llevar á cabo los seres organizados.

No quedó de mí sino un montón de cenizas *(cinere)* rica en sustancias azoadas, mas no desprovistas

de sensibilidad ni de inteligencia. Sentí una mañana que una cosa había repercutido en la tierra, como si alguien tocara sobre mi sepulcro para despertarme. Era la semilla de un boadad vecino que se había desprendido de lo alto. Poco á poco fué introduciéndose en las entrañas de la Isis, y nos dimos á un trabajo agradable, nuevo para mí y misterioso.

El agua, la electricidad y el calor fueron ablandando la cubierta de la semilla, y presencié el nacimiento de un nuevo sér, y por una fuerza desconocida me incorporé en él, hallándome desde ese momento transformado en vegetal.

Largo fué mi desarrollo, y me costó no poco trabajo llegar á la superficie de la tierra; al fin lo con-

seguí, y una mañana, á la hora de la aurora, logré de nuevo ver la luz de los cielos, á la que saludé cantando con trinos triunfales.

Mi crecimiento fué tardío, mas me fuí desarrollando robusto y firme como mi padre. Extraña era aquella mi nueva vida. Con los pies aprisionados en la tierra, no me quedaban movimientos; mas sin embargo, eso no me molestaba; al contrario, sentía placer, porque por mis innumerables radículas me mantenía absorbiendo á boca llena los deliciosos jugos, que tienen perfume y sabor delicioso, un perfume de que los hombres no pueden formarse sino una idea incompleta, si recuerdan aquel olor que en abril se desprende de la misma tierra á la caída de las lluvias tempraneras.

Como estaba cubierto de hermosas y numerosas hojas, absorbía á pulmones llenos el aire, aprovechándome del carbono y exhalando oxígeno con fruición. Ese fué mi único goce por muchos años. No tenía conciencia de mi vida anterior, ni ideas, ni recuerdos, ni esperanzas; todo se reducía á una vida completamente orgánica.

Dolores, si tenía algunos. Siendo joven, como de cincuenta años, robusto y hercúleo, se enamoraron de mí unas lianas, que poco á poco fueron enroscándose sobre mi cuerpo, y cuyos abrazos me mataban. Hoy que recuerdo aquello, puedo comparar la sensación que tales caricias me producían, á las que Lacaoon y sus hijos deben haber sentido cuando las serpientes de Tene-

dos fueron á ahogarlos entre sus anillos. Además de esos dolores, los sentía y muy agudos, con los innumerables piquetes de todo un mundo de insectos que vivían sobre mí y oradaban á todas horas mi epidermis sensible. Y llegó un día en que me vestí de flores. Por todos lados de mis ramas surgieron éstas, y aquello fué el pan–misterio. Más dichosos los vegetales que los animales, tienen el placer de la fecundación sin los dolores del alumbramiento. Ellos no tienen la necesidad del trabajo para el alimento, pues la naturaleza se los da ya preparado; y tienen un papel en la economía de la vida terrestre de tal modo importante, que el día en que, por una catástrofe, se destruyese el reino á que pertenecen, al

siguiente el reino animal dejaría de existir.

En cuanto á mí, tuve conciencia de haber vivido siglos, hasta la hora en que una tormenta puso fin á mis días, no quedando de mí en el bosque, sino el desnudo esqueleto de un boadad gigantesco calcinado por el rayo.


JORGE AGUIRRE MATHEU
ANTIGUA GUATEMALA
GUATEMALA, C. A.

XVI.

LOS ALQUIMISTAS, LAS BRUJAS, LA MISA NEGRA, EL DIABLO.

Te hago gracia del relato de mis otras excursiones imaginarias, por que temo cansarte. Pero no dejaré de referirte mi visita á dos grupos de seres que viven en la historia envueltos entre la niebla de la leyenda y sobre cuyas obras el mundo no ha dicho la última palabra.

En un lugar misterioso y sombrío, que no podría precisar donde está situado, encontré reunido como un centenar de hombres pálidos, flacos, calvos, rodeados de libros y de retortas. Tenían toda la apariencia de sabios ocupados en el estudio del gran misterio. Eran los alquimistas, nuestros padres espiri-

tuales en esa gran familia de la ciencia.

¡Qué conjunto aquel, de hombres, tan exótico; qué diversidad de trajes y de nacionalidades! Sin embargo, se entendían perfectamente, pues hablaban el lenguaje sólo conocido por los iniciados de "La Gran Obra."

Allí había caldeos, egipcios, árabes, indios, alemanes. Allí estaba el papa Gerberto al lado de Averroes; el fraile franciscano Rogerio Bacon, departía amistosamente con Paracelso; Raimundo Lulio y Arnaldo de Villanova, aunque españoles, oían embebidos las lecciones de su maestro Al Geber, árabe andaluz. Don Enrique de Villena estaba rodeado de judíos, viendo si por fin podía dar vida y espíritu al

hormúnculos. Yo que me pico de conocer algo de la materia, y que he traveseado con matrices y crisoles, me acerqué curioso y pronuncié la palabra misteriosa de los adeptos: en el acto se volvieron á mí los maestros, y me hicieron avanzar. Les dije que llegaba de la tierra, y en el acto me molieron á preguntas, que yo contesté como mejor supe.

—Mucho hemos sufrido, me dijo el que llevaba la palabra. La iglesia nos persiguió, el mundo nos llamó locos, los hombres de saber nos han negado toda ciencia, hasta hace poco, concediéndonos, cuando más, conocimientos empíricos. Muchos hubo en la tierra que supieran menos que nosotros, y, sin embargo, gozan en la historia, de reputación de doctos.

Del Renacimiento á la fecha, ¡cuántas teorías y cuántos errores! El flogístico, el vitalismo, la doctrina de Mesmer, la generación espontánea, la curación de los lamparones por los reyes de Francia, la subdivisión de los cuerpos, tomando por diversas sustancias las que no son sino estados alotrópicos de un mismo simple, las teorías del calórico, del éter y del flogístico.

Hipótesis, y sólo hipótesis.... Y en verdad que mientras estas últimas han caído en descrédito, las nuestras tienden á restablecerse sobre bases científicas inconmovibles.

Dijimos que podían hacerse piedras preciosas artificiales, y no nos creyeron; y, sin embargo, Fremy nos ha dado la raya con sus dia-

mantes y rubíes. Y así la alcanzaremos en el porvenir, cuando llegue á descubrirse las leyes de la transmutación de la materia. Berthelot es el profeta de la ciencia regenerada, que resucita triunfante y avasalladora.

—Estarán tocados todavía? me pregunté. Que juzgue el mundo y lo diga el porvenir.

Oí cerca, ruidos desacompasados y gritos de mujeres locas, y fuí á ver qué los causaban. Eran las brujas que estaban en orgía, desgreñadas, poseídas del demonio, ahullando. Allí estaban las horribles viejas del Macbeth; allí la Celestina; allí las Traquíneas, las Far maceutrias, y las Manteías, dotadas de doble vista, cuyo tipo ideal es Casandra, figura hermosa levantada

entre el cielo y la tierra. Allí Hécate, negra de la sanguasa de los sepulcros profanados, y Medea, y mil viejas montadas en palos de escobas; en universal confusión, los tipos clásicos, con los sombríos y repugnantes de la Edad Media.

Al verme á mí, mortal, ahullaron más y más furiosas. En poco estuvo que no me devoraran. Pedíles piedad, y más se enfurecieron.—¿La tuvieron acaso con nosotras en la tierra? gritaron mil voces á la vez. ¿La tuvo Sprenger, aquel dominicano feroz, que él sólo se jacta de haber achicharrado más de cinco mil de nosotras en su hoguera inquisitorial? En Treveris perecimos siete mil; quinientas en Génova, en el espacio de tres meses; ochocientas en Wurtzburg, en

una sola calderada; mil quinientas en Bamberg...

—Yo nada tenía que responder á aquellas justas acusaciones. Me contenté con decirlas que no son ellas las únicas víctimas de las preocupaciones de los hombres; que, aun en nuestros tiempos de tolerancia y de luces, muchos hay que llevamos el anatema sobre la frente, porque queremos reivindicar su memoria, ó porque avanzando un poco á nuestro siglo, predicamos la doctrina de la emancipación del espíritu fuera de toda preocupación teológica y metafísica, que tan fatal ha sido para la humanidad.

Eso las calmó un poco, y me dejaron que me mezclase en su *Aquelarre.*

Pero ¿qué os pasa? les pregunté;

¿qué motiva esta algazara demoniaca?

—Es que aguardamos al príncipe de las tinieblas, me dijeron: estamos en la noche del *Sabbat* y vamos á celebrar la *Misa negra*. Satán se acerca.

Y efectivamente se sentía trepidar la tierra. Surgían de los antros y de las madrigueras nubes cargadas de humo de azufre y con el vientre repletas de tinieblas. Se sentían como desperezos de muertos y bocanadas de sepulcros: ahullidos que helaban la sangre; se veían relámpagos fosfóricos que cruzaban el espacio, para iluminar aquella intensa negrura, tan sombría como la nada.

Los ojos de las brujas parecían hogueras infernales, en que se re-

torcían mil dragones y serpientes en lucha de odios endemoniados.

Y Satán se aproximaba más. Una banda monstruosa de esqueletos se puso á tocar una marcha, que hizo que los cabellos míos se herizasen y cayesen muertos de miedo, de mi cabeza encanecida en un momento. Con huesos de tibias de muerto, habían hecho aquellos seres perdidos en la sombra, unas especies de flautas que daban sonidos estridentes; los cráneos servían como de atambores; y alaridos de condenados acompañaban á aquella música espeluznante.

Llegó Satán, y reinó un silencio más negro que la misma oscuridad; y el gran misterio se cumplió....

Yo me retiré callado, mudo, sombrío, espantado. Jamás me imaginé música tan pavorosa y sombría.

Permanecí como seis meses abismado en aquella sombría visión.


JORGE AGUIRRE MATHEU
ANTIGUA GUATEMALA
GUATEMALA, C. A.

XVII.

EN LOS ESPACIOS Y EN EL FONDO DE LA TIERRA DE LOS GEÓLOGOS.

Otro día me vino el delirio por creerme que era yo un sol brillante, pero que me consumía al dar luz, sufriendo penas inexplicables.

Vagaba, vagaba en el espacio, sin órbita determinada, atropellando mundos que á mi contacto se evaporaban, produciendo colosales incendios.

Mi carrera había durado millones de años, con una velocidad vertiginosa, imposible de describirla con números.

Yo tenía ojos del tamaño del sol cada uno, que me hacían sondear el espacio sin límites, y ante ellos, atónitos, aparecían, se acercaban, pasa-

ban enjambres de nebulosas, miriadas de constelaciones de mil modos coloreadas.

Aquello era un fuego de artificio colosal y maravilloso. No los siete que los hombres conocemos, sino centenares de colores iluminaban los mundos. ¡Pobres ciegos que somos! Las moscas deben ser más dichosas que nosotros en ese punto, y ¡quién sabe si en los demás! con sus ojos de tantas facetas en que brilla el iris. Mi excursión duró una eternidad, y apenas si columbré un pequeño rincón del infinito; cuando me faltó fuerza, sentí que comenzaba el descenso vertiginoso también. No sé cómo tuve fuerzas para soportar aún el delirio de aquella sensación vaga y extraña; sentía que me abismaba,

perdiendo masa y aligerándome de peso; que de sol pasaba á estrella, de estrella á planeta, de planeta á satélite, de satélite á bólido, logrando así llegar á la tierra sin causar daño ni sufrirlo yo tampoco.

Al sentir el contacto de la tierra, me convertí otra vez en hombre, y empujado por fuerza misteriosa, caí hasta el fondo de ella y pude sondear sus entrañas.

Existe, efectivamente, el fuego central. Semeja un océano de metales fundidos á una temperatura altísima, en el que navegan los avaros y codiciosos de todas las razas, que pescan tesoros sin saciarse jamás. Yo los contemplé desde la orilla, compadeciéndolos.

Atravesé Saharas con arenas de oro y guijarros de esmeraldas y de rubíes.

La plata se desprecia allí como broza; en cambio el tungsteno, el rubidio, el platino y el oro son muy apreciados Allá adentro se ve la superficie al revés, como un espejo cóncavo, en la cual los picos de los volcanes y las cordilleras formaran estaláctitas de fuego. Millones de gnomos empujan para arriba á las cordilleras y los volcanes que amenazan desplomarse sobre ellos. Su trabajo debe de ser muy fatigoso, pues por cada siglo apenas consiguen elevar unos cuantos milímetros las colosales masas de los volcanes; efecto que ya conocíamos los hombres, al exterior, pero que no habíamos logrado explicar.

Ví á multitud de koboldos diabólicos, poner en comunicación á los volcanes, por medio de troneras que

semejan infiernos, y atizar, de cuando en cuando, el fuego; lo que se traduce en la tierra por terremotos.

Cuando esos demonios logran arruinar una comarca ó una ciudad, ¡cómo se ríen de gusto! Yo me había fijado que á los terremotos, preceden ó siguen ciertos ruidos subterraneos; y entonces me expliqué que son los ecos cavernosos de la alegría de aquellos endríagos odiosos.

La vista de tales seres me causó repugnancia, me esçapé por una grieta y me encontré una vez en Tartaria.



XVIII.

EN EL PAÍS DE LAS HADAS.

Sentía que mi espíritu se iba extraviando poco á poco y que iba perdiendo la razón. Se había apoderado de mí un temblor nervioso que no podía contener.

Vivía en un mundo intermedio entre la razón y la locura. Me creía yo mismo un fantasma; y cuando el eco de mi voz resonaba en aquel mundo, temblaba de espanto, porque eso sólo hacía que surgiera la visión maldita.

¡ Ah ! cuántas veces resonó el nombre de Sofía en aquellos páramos de la Tartaria; ¡ cuántas veces, patria mía, mi querida Guatemala, invoqué tu dulce recuerdo en aquel mundo solitario!

Todos los sueños de mis noches pasadas los atribuía á que, apesar de haberme engolfado últimamente en la lectura de los libros de los filósofos indios y los moralistas chinos, no era posible que olvidase el alimento espiritual de mi juventud, los libros que leímos juntos, amigo mío, y que causaron mi deleite. ¿No es verdad que nuestra mente es un vasto escenario en donde viven y se mueven los seres creados por la fantasía del genio? Mientras más leemos, más se aumenta la claridad de nuestro espíritu y más son los consoladores que buscan nido en nuestras almas.

Los hombres tenemos el rostro vuelto á dos mundos. Con los ojos de la cara vemos hacia afuera, y la tierra nos parece un cementerio y los hombres espectros ambulantes.

Con los ojos del alma, miramos el infinito. Allí contemplo á Homero y las homeriadas: allí á Venus palpitante y á Apolo bello. Allí á Cervantes, que me sonrie; á Dante, que truena; á Hugo, que piensa; á Spinoza, que medita. Campos inmensos y fecundos donde todo es dicha pura é intelectual.

Oh! qué dicha es mirar para adentro y sondear las claridades de nuestro espíritu. ¡Cómo compadezco á lòs que no saben leer, y, más aún, á los que sabiéndolo no lo hacen!

Mas llegado al estado de alucinado que me había producido el opio y el hadchis, de que también hacía uso, caí en la extraña manía de visitar el país de las hadas.

Recordarás el deleite con que

juntos leímos "El sueño de una noche de verano," de Shakespeare, y los cuentos de Perrault y el Gran Poema de Orlando el Furioso, con Merlín el Encantador y todas las locuras del pobre Arlequín.

Tomé, una noche, una dosis más fuerte de hadchis que de ordinario, é invoqué á Puck, el buen muchacho, nuestro amigo.

El travieso duende se apareció en el acto. Puck, le dije, necesito esta misma noche ir al país de las hadas, que sé que está en la India, pero cuyo camino no conozco; tú eres mi amigo y me podrás conducir allá. Mas júrame antes que no me jugarás ninguna mala pasada. —Quédese el juramento para los mortales, dijo el enanito; yo no juro; mas fía en mí, que aunque no lo hago, no te engañaré.

—Puck es muchachuelo capaz de dar la vuelta al mundo en cuarenta minutos; mas me propuso que fuésemos despacio, divirtiéndonos por el camino, á costa de los hombres. Convenido, le dije, y en marcha, que según creo, tenemos que andar largo.

Conservaba el travieso muchacho restos del jugo de aquella planta que los poetas llaman "amor desconsolado," y el cual tiene la propiedad de que vertido entre los párpados dormidos, hace que el hombre ó la mujer se enamoren perdidamente de la primera criatura que vean al despertar.

¡Qué de diabluras hizo el chicuelo en el camino, con la maldita droga! Cómo nos divertimos al ver á los viejos chochos muertos de

amores, ante la sirena á la moda, ó la comedianta, que esprime las bolsas de los pobres diablos enamorados.

Vimos á niñas bellísimas, embelesadas ante mozalbetes pasajeramente hermosos, pero tontos como asnos, y que relinchaban en vez de hablar.

Vimos á Adonis, que al despertar se habían visto ellos mismos en el espejo. ¡Cómo se adoraban, cómo se llenaban de polvos y perfumaban! Y luego, cuando salían á la calle, cómo se pavoneaban, mirando al soslayo á todas las vitrinas, riéndose llenos de satisfacción interior, diciendo al pasar ante las muchachas: aquí voy yo, abridme paso y contempladme.

Y nosotros, escondidos, nos des-

ternillábamos de risa. ¡Oh, cómo me recordaban esas escenas mis buenos tiempos! ¡Cuánto nos reímos mi amigo y yo, de esas *petite maitres!*

Otras veces Puck se ponía á rebuznar como una potranca, con tal perfección, que los muchachos de que hablo volvían instintivamente la cabeza.

Cuando entraba la noche, nos metíamos por los bosques; y se complacía en jugar con los viajeros, extraviándolos del camino, lo que estuvo á punto de costarnos caro, pues uno de ellos, que no gustaba de bromas, se dió á perseguirnos, y de seguro nos hubiera dado caza, si no nos hubiésemos escondido en el cáliz de una bellota.

Llegamos á Alemania. ¡Cuántas

perrerías hizo mi divertido acompañante! Nada ha olvidado de lo que sabía en los tiempos en que lo conoció Shakespeare.

Se ingeniaba para hacer que no echase espuma la cerveza, lo que daba á los diablos á los buenos bávaros; cortaba la leche, se metía á casa de los aldeanos, se acurrucaba y tomaba forma de un trípode, y cuando la mujer iba á sentarse, se escurría, produciéndole batacazos que causaban la hilaridad de la familia.

A mí me parecían de muy mal efecto aquellas chanzonetas; pero ¿qué hacer?: cuando el mismo Oberón se divertía con ellas, no había de ser yo, simple mortal, el que se las criticase.

Por fin, nos encaminamos al lu-

gar de nuestro destino. Cesó toda vegetación, y reinaron el silencio y la noche. Yo no veía nada: un temblor sagrado se apoderó de mí. Iba disfrazado de koboldo, para poder tener acceso en aquel mundo misterioso. Después de mucho andar, clareó la luna en aquel mundo. Poco á poco fueron surgiendo figuras extrañas como yo no las había visto antes.

Los sátiros y los silvanos se escondían en los montes al escuchar nuestros pasos. Las ondinas salían á la orilla de los ríos, vaporosas y aéreas como exhalaciones, pero bellas sobre toda comparación. No les hagais caso, me decía Puck, son seres sin alma que arrastran al fondo de los ríos á los mortales, á donde los destrozan sin piedad.

Y más allá, los elfos y las korriganas bailando al rededor de los dólmenes druidas y los trolls, con las misses; y los stromkarls con las brownis, bailando al són de una música deleitosa. ¡Oh, paisajes feéricos! ¡oh, dulce calma!

Seres misteriosos, ¿por qué habéis huído de la tierra? Vosotros constituíais la ilusión de los niños; vosotros erais el alma alada de los poetas; vosotros la misma poesía, en aquel mundo áspero y abrupto.

El camino estaba sembrado de flores: las fuentes y los arroyuelos, al murmurar, exhalaban perfumes sutiles que me hacían adquirir la conciencia de que me había convertido en un sér transparente y etéreo.

Al llegar á lo alto de una colina,

descubrimos un palacio, ceñido de torres almenadas, con arabescos de oro, y coronado por una cúpula inmensa, formada por un solo ópalo que quebraba la luz de un modo que parecía que en su interior estaba hirviendo el mismo iris.

Hemos llegado, dijo mi acompañante: allí viven la reina Mab y su esposo Oberón.

Caminamos más, y comenzamos á descubrir legiones de enanos, vestidos de tela de araña, con morriones hechos de un solo rubí y petos formados con alas de escarabajos; por armas llevaban antenas de articulados, y aquello, efectivamente, era un ejército temible. Los zancudos estaban vestidos á la gran tenu, y nos ensordecieron con su malvado silbido, al traspasar los límites de aquel lugar sagrado.

Dimos la palabra de pase, y nos dejaron seguir. Más adelante había una escuadra de koboldos y de gnomos borrachos, por haber librado mucho rocío, cogido de las campánulas.

Por fin llegamos á la puerta, guardada por dos de los cícoples, con su ojo como soles. Reconocieron á Puck, que según veía, era favorito en aquellas tierras, y nos dejaron entrar.

¡Cómo describiré aquel espectáculo maravilloso! ¿En dónde hallar colores para prestarlos á la frase, ni palabras para describir aquellas impresiones?

Allí estaba Titania, chiquitilla, refulgente y bellísima, reconciliada ya con Oberón.

Allí Melusina, la protectora de la

casa de Lucignan; allí Viviana, la amiga de Lancelot del lago y toda la corte de las hadas, y las ninfas y las dríadas, amigas de los hombres.

Cuando pude fijarme, después del primer deslumbre, ví que el palacio aéreo estaba dividido en muchos salones, quedando el de las fiestas en medio, de donde se destacaban aéras columnas de oro que sostenían la cúpula colosal. Las paredes eran de piedras preciosas.

La iluminación daba, á esa hora, reflejos sonrosados y hacía resaltar la alegría en aquellos rostros encantadores, Titania me recibió con bondad. Sabía, sin duda, mi historia, y me tenía compasión. Pronto me sentí como en casa. Curioso, demandé en dónde estaba el foco de

luz que producía aquel prodigio de iluminación, y me señalaron multitud de seres, que al batir las alas sobre el éter, hacían surgir la luz radiante que producía el efecto de una eterna aurora.

La fiesta, un momento interrumpida, continuó en toda su fuerza. Salió un enjambre de ninfas vaporosas, vestidas con hojas aterciopeladas de velloritas y pétalos de rosas, todas salpicadas de piedras preciosas, que brillaban y dejaban emanar perfumes del paraíso, pues son como ánforas que guardan la quinta esencia de los perfumes que sólo se destilan en aquellos bosques.

Terminado el baile, aparecieron á la escena las dríadas, caprichosas y pequeñas criaturas que se alimen-

tan de lirios y de jazmines, y las sirenas, llevando arpas, laúdes y liras. Entonaron las sirenas sus instrumentos, y las dríadas empezaron á recitar, en dulcísima melopea, baladas tiernas del Rhin, leyendas y tradiciones sentidas de amores desgraciados de la tierra, entre castellanas y trovadores. ¡Oh Goethe, oh, Schiller, oh, Bürger!

¡Minnesingers, que me enseñasteis á amar! ¡Trovadores provenzales, que prestasteis nota á mi alma para entonar mi primera canción de juventud, cuán feliz fuí al oir vuestras estrofas en boca de aquellas celestes criaturas!

Después hubo representación teatral por una compañía de duendes maliciosos y silvanos de las montañas. Había callado la música; pero

decían aquellos seres gracias tan peregrinas, que yo gozaba celebrándolos con la sonrisa de los dioses.

¡Qué placer el de la risa! La risa es chispa divina que sólo los escogidos saben encender en el pecho de los mortales.

En el mundo no he conocido sino dos que poseyesen ese divino secreto: Cervantes y Rabelais.

Siguióse á esa una música de ángeles. ¡Cuánto siento no haber podido conservar en la memoria siquiera una de aquellas melodías!

Eran de la clase de las que Orfeo entonaba para aplacar á las fieras. Si fuese posible oirlas otra vez en la tierra, los hombres dejarían de ser malos, y el dolor moriría para siempre en sus corazones.

Los dos dones mayores que hizo

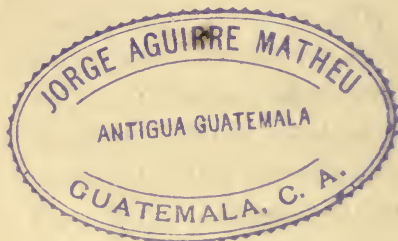
Dios á los hombres, fueron el sol y la música.

El sol que da la luz, y la música que da la armonía.

El próximo libertador de la especie, será un músico. El mayor hombre que ha producido la tierra, es Beethoven.

Y llegó el refrigerio, frugal, pero delicioso: néctar, ambrosía, miel de abejas del Atica, servidas en pétalos de flor, vinos generosos en copas talladas en esmeraldas y topacios de una sola pieza; y por último, un elíxir que produjo el sueño.

Al otro día, al despertar, me encontré de nuevo en la Tartaria.



XIX.

REACCIÓN.

Pero aquello no podía continuar así; yo no quería que continuara.

Verdad es que había logrado acallar mi pasión; que por medio de las drogas benéficas logré, en mis ensueños, visiones paradisiacas; mas no era eso el fin de mis aspiraciones.

Yo quería olvidar, por la filosofía, y que quedase el alma en paz. Quería borrar de mi memoria aquella página dolorosa y seguir siendo lo que había sido.

¿Qué, el dolor es eterno? ¿No tenía ya el derecho de sentarme en el banquete de la vida y seguir participando de la parte de felicida-

des y dolores que caben al hombre en la existencia?

La virtud consiste en dominar las pasiones; y yo no podía acallar á la que me estaba devorando.

¡Pero si lo que tú tienes no es pasión, es dolor, me decía la conciencia! E interrogaba al corazón . . y éste quedaba mudo. ¿Amaba aún, por desventura? Yo mismo no podía afirmarlo.

Cinco años habían pasado, y me encontraba como en el primer día. Pedí un espejo, y ¡oh, espanto! no me conocí á mí mismo, sucediéndome lo que á tí, el día en que nos encontramos.

Mis cabellos habían encanecido. Yo, que nunca me dejé crecer la barba, porque no hay nada que más me repugne en sociedad que un

hombre barbudo, noté que la mía había brotado, salvaje, hirsuta, gris, llena de tierra; mis pómulos estaban hinchados, y la piel transparente, dejaba ver las venillas por donde circulaba una sangre sin hierro y sin vida: en el fondo de dos cavernas brillaban dos ojos sombríos. Me palpé con los dedos; cogíme la cabeza entre las manos; abrí y cerré los ojos apresuradamente, y dije: Sí, yo soy; volví la vista al rededor, y me encontré en una especie de templo búhdico, rodeado de chinos; todo lo comprendí en seguida, y agaché la cabeza cayendo en un silencio que duró una semana.

Al cabo de ella, ya era otro hombre. Revelé mi secreto; dije quién era, y me entregué en brazos de mi

fortuna. ¿Qué me puede pasar, me dije; que me martiricen; que me quemen á fuego lento las plantas de los pies y atraviesen todo mi cuerpo con agujas; que me vacíen los ojos ó me corten la lengua, y, después de todo esto, que me maten?

En todo caso, bien merecido lo tengo por mi impostura. ¡Venga la muerte!

Afortunadamente, aquellos hombres tuvieron compasión de mí, y me llevaron á un colegio de bonzos á hacer penitencia.

XX.

EN UN CONVENTO DE BONZOS.—LOS FILÓSOFOS CHINOS.—LOS LIBROS BUDHISTAS.—EL NIRWANA.

Habitan los monjes budhistas en mujestuosos monasterios, y están organizados de una manera muy parecida á la de las órdenes religiosas de Occidente. Hacen ellos los votos de castidad, pobreza y obediencia, y hay que confesar que son unas gentes descaradas, pues el voto no se reduce más que á palabras, y lo infringen á sabiendas de todos. ¡Oh, cuántos misterios y cuántos secretos no se ocultan tras las paredes de aquellos edificios!

El monasterio que me tocó habitar, estaba compuesto de templos suntuosos, muy visitados por los

fieles, y rodeado de parques y de jardines llenos de riachuelos murmuradores.

Me dieron una celda estrecha y sucia, inundada de malos bichos; mas como yo no buscaba mis comodidades, pronto me acostumbré á ella. Allí habría podido, quizá, ser feliz, si la felicidad no hubiese huído para mí de la tierra. Mi aspecto de sufrimiento, mi humildad, el aniquilamiento de voluntad que me hacía un sér completamente pasivo, todo eso me conquistó la benevolencia de aquellas gentes.

Estaba sediento de beber en las fuentes de los moralistas chinos. Había oído hablar de Khoung-Fou-Tsen (el Confucio de los occidentales), como *del más grande institutor del género humano que los si-*

glos hayan producido, entusiasmo de que participan en común los misioneros cristianos con los hijos del Imperio florido.

Y efectivamente, aquel hombre admirable cumplió su misión como ningún otro filósofo de la antigüedad clásica. Es Sócrates y Platón al mismo tiempo; Sócrates, por sus bellísimas máximas, por la sencillez de su doctrina, por su vida simple y pura, por la tendencia de su doctrina, que era la *tendencia constante del mejoramiento de sí mismo y el de los otros hombres*; pero un Sócrates sin preocupaciones, que el esposo de Xantipa tuvo la debilidad de inmolar un gallo á Esculapio al tiempo de su muerte; y es Platón al mismo tiempo, porque de su mano escribió sus obras en un estilo claro, que se conservan como modelo de perfección.

Otro de los filósofos que está considerado entre los clásicos de su nación, es Khoun Tsen, discípulo y admirador del primero, por quien profesaba la más alta admiración. Su estilo es vivo y petulante, mas su doctrina está llena de sabiduría.

Ellos han ejercido una influencia duradera y poderosa en aquel vasto imperio, conciliándose el amor de más de cuatrocientos millones de habitantes, que no ha disminuido desde hace dos mil años. Con razón un autor dice de ellos, que deben ocupar uno de los primeros rangos entre los primeros genios que han iluminado á la humanidad y la han guiado en el camino de la civilización.

Sus doctrinas son eminentemente sociales. Ellos se anticiparon á la

democracia moderna en dos mil años. He aquí algunas de sus máximas:

"Hay una comunicación íntima entre el cielo y el pueblo; que aquellos, pues, que gobiernan á los pueblos, sean atentos y reservados."

"Obtén la afección del pueblo, y obtendrás el Imperio."

"Pierde la afección del pueblo, y perderás el Imperio."

Y así como esas, hay multitud de máximas en los libros chinos. Jamás se vió en aquella raza un escritor venal, que tuviese la impiedad de hacerse el apóstol de la tiranía y negase sus derechos á los hombres, reivindicándoles con provecho de uno solo. Maquiavelo habría sido lapidado en China.

Pero no era precisamente el mé-

todo de gobernar á los hombres lo que yo buscaba. No fuí nunca político ni tuve inclinación á esa diosa, cuyas veleidades me eran conocidas.

Cuando no podía gobernar mi propio corazón, comprenderás que no era de gran interés el saber cómo subyugar á los demás. Por eso, aun cuando no dejé de admirar á aquellos sabios, los hice á un lado y me dí al estudio del budhismo.

Mas aquello es un verdadero trabajo de titanes. No hay en Occidente ni aun idea de la inmensa cantidad de libros que ha producido la casuística Oriental. Tienen fama entre nosotros los Benedictinos y los Bolandistas, de haber sido asiduos trabajadores; pero se quedan muy atrás.

Se cuentan más de ochocientos mil volúmenes de exégesis y comentarios. Hay algunos de ellos, tan largos, que contienen letanías tan cansadas y tan monótonas, que no alcanzaría la vida de un hombre para leerlas.

El Kandjour, es una especie de Summa de la religión de Budha, y está compuesta de 108 volúmenes, que no pueden ser conducidos de un lado á otro, sino en el dorso de un camello.

Voltaire, que se consagró un año entero á la lectura de los Padres de la Iglesia, dijo al cabo de ese trabajo fatigante: *¡ya me las pagarán!* Y se las pagaron, efectivamente.

Yo no podía decir otro tanto á los budhistas. Mi curiosidad no les era adversa. *Sicut tabula rasa*, es-

taba mi inteligencia para sus doctrinas, y no pedía á aquellos maestros sino que me iluminasen, dándome la luz que me faltaba.

¡Luz, fuerza, olvido! ¿qué otra cosa se puede pedir á la filosofía?

Omito entrar en detalles sobre las ideas cosmogónicas de los indios, pues en esto disvarían tanto como sus hermanos los hebreos, sólo que dan al mundo millones de años de existencia. Ya sabes tú, que en materias de esa clase, busqué siempre la verdad en la ciencia experimental, y que consideré lo que las teologías nos dicen sobre el asunto, como sueños y delirios de los videntes asiáticos, de donde nos vienen todas las religiones.

Me enseñaron aquellos libros el amor más puro á todo lo que exis

te. Me abstuve de toda carne y no me alimenté más que de yerbas; caminé suavemente, por temor de no dar muerte á algún animalillo viviente con mis pies; no bebí sino agua filtrada, y en fin, puse cuidado especial en no ser la causa destructora de ningún sér, por pequeño y miserable que fuese.

Embargué mi alma en el amor de todo lo creado, y me dejé caer en brazos del gran Pan. Mas al fin de todo ésto, había una doctrina aterradora que me desconsolaba horriblemente, y era la de la metensípcosis, ó sea la transmigración de las almas de unos seres á otros, con la herencia del mal y del dolor, y ésto al través de centenares de kalpas.

El mismo Sakia-Munie, aquel

sér admirable, cuya caridad y belleza de alma no ha tenido igual entre los hombres, estuvo sujeto á esa ley fatal.

Refiérese de él, que estando un día entre sus discípulos, se le acercó una vieja desgreñada y repugnante que lo llenó de insultos. El budha no se inmutó, y oyó tranquilo á aquella arpía desbocada, sin causarle daño.

Cuando la furia se cansó de insultarlo, dijo el maestro á sus discípulos: No os extrañe la conducta de esta mujer. Hace mil años, vivíamos ambos ya en la tierra.

Había entonces un hombre disipado que convidó á una bayadera á irse á divertir al bosque, en donde pasaron la mañana en brazos uno del otro. Cerca de allí se en-

contraba el albergue de un penitente, que á mediodía se encaminó á la ciudad á mendigar sustento. Cuando el santo varón se ausentó, el hombre malo dió muerte á su compañera de orgía y de placer, enterrándola en el albergue del anacoreta. Pronto se extendió la noticia del crimen, y las malicias recayeron sobre el budha, en cuyo solar se encontró el cadáver. El santo hombre fué condenado á ser quemado vivo; mas el asesino, compadecido de él y lleno de remordimientos, confesó su falta y recibió el castigo merecido.

El asesino fuí yo, dijo Sakia y mi víctima esa mujer, que después de mil años no me ha perdonado.

—Ya ves, pues, que aquella es una doctrina espantosa: la del sufri-

miento sin término y sin recompensa.

Porque, ¿qué recompensa es esa que aquellas imaginaciones fantásticas entreven en la bruma, en brazos del Nirwana?

El Nirwana, ó sea el vacío, el anonadamiento, la palabra mágica y el ideal lleno de promesas seductoras, para todo budhista creyente?

Entonces me acordé de aquellas palabras de Hugh Conway, en su obra *Misterio*:

¡Tiniebla, la eterna tiniebla!

¡Mejor las llamas del infierno que la oscuridad eterna!

XXI.

DESILUSIÓN. — REFLEXIONES. — LA GUERRA CIVIL EN EL IMPERIO FLORIDO.—ME EMBARCO Y REGRESO Á GUATEMALA.

Así es que yo había hecho un viaje, que algunos calificaron de imposible y disparatado, y todo, ¿para qué? Reflexionando con calma, ¿qué había logrado? Macerar mi cuerpo, doblegar mi espíritu en cierto modo, quitándole la sensibilidad enfermiza, fruto de las lecturas románticas, adquirir el vicio de la solánea y el cannabis y comprender que si hay algún órgano rebelde, es el corazón.

Haciendo el balance entre mis sufrimientos y lo que había aprendido, ví que no valía la pena tantos

sacrificios, para tan pequeños resultados.

Me acordé que en el tesoro de nuestra civilización, poseemos inapreciables consoladores entre los grandes maestros del pensamiento. Libros por libros, me dije, me quedo con la Biblia, el monumento más grandioso que, en conjunto, posee el espíritu humano.

Podrán los de la India poseer más poesía; los himnos de los Vedas serán más etéreos que los de los cantores del Jordán pero ¿qué poema igualará jamás al de Job?

El era feliz, tanto, que por sus riquezas estaba reputado por el más opulento de todos los hombres del Oriente.

Con siete hijos y tres hijas había bendecido Dios su casa, y se supone

que su esposa contribuía á mantener la paz de aquel hogar santo y feliz.

Turnábanse los hijos con sus amigos en las fiestas y holocaustos que en casa del santo varón se hacían diariamente.

Y tan contento estaba Dios de su siervo Job, que decía de él, que no tenía semejante en la tierra; varón sencillo, recto y que se apartaba de toda sombra del mal.

Y Satanás produce la catástrofe. En el espacio de pocas horas, sus bienes le son arrebatados y sus hijos todos muertos por el huracán del desierto, que levantado de improviso, desencaja la casa bajo cuyo techo estaban y los sepulta en sus ruinas.

Y la desgracia convierte al hom-

bre en sabio. No se queja ni se lamenta de su inmensa desgracia, sino que dice, señalando á la tierra: "desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré á ella." Y no es eso lo peor que le pasa. Su mujer en vez de alentarlo y darle consejo y consuelo, lo riñe y le dice:

"¿Quieres aún permanecer en esa tu estupidez y necedad? Da tus bendiciones á Dios, y muérete después."

Y él: Como una de las mujeres necias has hablado. Si de las manos de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibiremos los males? y se calla, y sigue limpiándose la podre de sus llagas.

Y como padece de la lepra, y no tiene casa, ni quién lo cuide, lo arro-

jan al exterior de la ciudad, á un muladar.

Y allí se destaca en toda su grandeza aquella inmensa desgracia. La tierra es la escena, dice Víctor Hugo, el hombre el campo de batalla y las plagas los personajes.

Se le viene el sol del mediodía sobre la cabeza, que lo abisma y lo derrite; mas él no se queja. Llegan tres amigos curiosos, y más implacables que las oceánidas de Prometeo, lo atormentan con sus censuras, y él les dice, sonriéndose á fuerza de sufrimiento: "No os divirtáis conmigo, que soy cómo un tamboril en que suena el dolor."

Una de las escenas más espantosas de aquel libro, es la llegada de los amigos que no lo conocieron, y lloraron rasgando sus vestiduras.

Y vieron, dice el poeta, "que tan vehemente era su dolor, que se sentaron en tierra y estuvieron siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra."

Su grito más agudo es quizá este: "Perezca el día en que nací," y la noche en que se dijo: "Concebido ha sido un hombre."

En su desconsuelo, dice: "Denegrida está mi piel sobre mí, y mis huesos se *secaron* á fuerza del gran ardor."

"En llanto se ha convertido mi cítara, y mi órgano en voz de lloradores."

El resto del gran poema es bien conocido de todos. Hay que convenir que aquella monstruosa visión del dolor, no podía nacer sino en un cerebro oriental. La musa

helénica jamás habría tenido cánticos más desgarradores.

Y no sólo me recordaba de Job, que pone su esperanza en Dios, sino de Spinoza, el gran panteista, hijo también de la raza Hebrea, vidente más que filósofo, y con alma que poseía las transparencias del genio; y de Blas Pascal, el más bello ornamento de Port-Royal; y de Miguel de Montaigne, cuyos "Ensayos" se leen con tanta fruición, y de los que puede sacarse tanta doctrina para comportarse bien en la vida y saber aguardar la muerte como seguro tranquilo contra todas las desgracias de la existencia.

Entonces me vino la idea de regresar á mi país, en donde pensé que en el seno de la amistad y en compañía de mis buenos libros, po-

dría completar mi regeneración y volver á la sociedad á llenar mi destino hasta entonces incompleto.

Yo pensaba realizar este propósito al cabo de dos años, tiempo en que creía habría llegado á un completo apasiguamiento. Mas la suerte lo dispuso de otro modo.

La guerra civil, de que habrás oído hablar, se desencadenó en el centro del Imperio. Aquello fué un huracán demoledor. El convento que me daba abrigo fué demolido, robadas sus riquezas y los bonzos fugitivos tuvieron que buscar asilo en otros conventos. El hambre y la miseria vino como natural consecuencia, haciendo morir á millares á aquellos infelices. Jamás se ha formado el mundo idea de aquella espantosa calamidad, aunque me

consta que en Inglaterra y otras partes de Europa, se levantaron suscripciones para ayudar á aquellos desgraciados.

Yo conservaba algunos taeles, con cuya ayuda y pasando mil angustias, pude llegar á Hong Kong, en donde lo primero que hice fué recobrar mi traje de hombre de Occidente.

Allí dejé el opio por las inyecciones de morfina, que han puesto mi cuerpo en el estado en que lo has visto y que ya no me proporcionan las visiones de otros días.

Me metí al comercio, y algo pude economizar para mi pasaje y los gastos que necesite el resto de mis días.

Y aquí me tienes, mi querido amigo, viejo antes de tiempo, vicio-

so de un jugo implacable, el cual, una vez que os ha concedido sus favores, no os suelta más, y os consume y embrutece hasta dar con su víctima en el sepulcro.

En Estados Unidos conocí á mi amigo el poeta venezolano Pérez Bonalde, que no ha mucho murió del mismo mal que también me llevará á mí á la eternidad.

XXII.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JULIO.

Tal fué el relato fantástico que oí de labios de mi amigo. Esa especie de confesión, parece que lo calmó completamente. Muchos días duró su narración, con multitud de detalles que he omitido por no ser prolijo. Yo sentía que mi cariño se había duplicado al ver su desgracia; mas en mí había nacido un nuevo sentimiento para aquel mártir del corazón. Lo admiraba, como á un filósofo, y me impuse el deber de servirlo y consolarlo; lo que tengo la satisfacción de haber logrado en parte.

Pasaron así seis meses, durante los cuales fuí descubriendo nuevas claridades en su alma. No lo oí

quejarse más. Muchas veces lució en su espíritu el destello de la esperanza. Sonriendo hacía proyectos de un porvenir en que escribiría por sí mismo su historia, dando por extenso, para bien del mundo, una teoría sobre la impavidez filosófica ante el dolor.

Pero ni ésto pudo lograr aquel mártir. La morfina fué marcando más y más sus estragos. Os podéis salvar del alcóhol y libertaros de otros vicios; mas no del opio. Él mismo lo comprendía, y teniendo el fatal inyector en la mano, decía meneando la cabeza: vaya un día menos de vida, en cambio de un momento de tranquilidad de los nervios.

Y aumentaba los jeringazos con locura. Yo lo dejaba hacer, tem-

blando de lástima. Siendo médico, comprendía que la catástrofe era irremediable, y que habría sido una tortura inútil y criminal, retirarle la droga bienhechora.

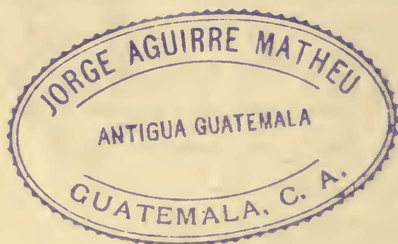
Y la muerte llegó al fin, y lo encontró sonriente.

Sus últimas palabras, fueron:

¡ Tengo un dolor dentro de mí!

¡Ay! ¡mi alma enferma!!....

Y el labio enmudeció para siempre. Cerré piadosamente aquellos ojos, y mi corazón vistió luto por Julio, mi mejor amigo.



XXIII.

CONCLUSIÓN.

Dos años después, recibí una extraña misiva. Sofía me llamaba desde el hospital, en donde se hallaba enferma de muerte. Creí un deber asistir á su llamado, y la encontré muriendo de una dolencia horrible. Nanná no me habría causado más horror. Como estaba ciega, no me vió, mas sí reconoció mi voz, y me dijo, con eco gangoso y apestante:

—He llamado á usted para que presencie mi castigo, que no puede ser más horrendo.

El remordimiento me lanzó en brazos del vicio, y ya ve usted que Julio, el hombre justo, está bien vengado. Como usted fué su her-

mano, y el espíritu de él vive en usted, yo necesito que á su nombre me perdone en la tierra; ¡y lloró!

—Yo le dije: Señora; sólo Dios es el Supremo Juez de las acciones de los hombres. Á Él y no á mí recurra en esta hora suprema de la reconciliación. Y me retiré.

*

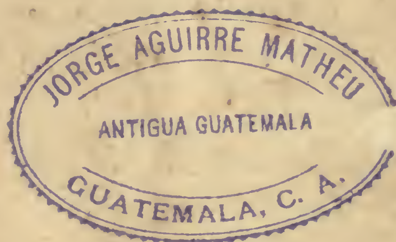
Al escribir esta narración verídica, de uno de los tantos casos de su género, he deducido esta última reflexión:

Que no son las víctimas del Oriente de las que hablé en el primer capítulo de esta obra, los seres más desgraciados de la tierra, sino aquellos desventurados que llenos de vida, de amor y de esperanza, vieron en un momento su porvenir

truncado, su nombre mancillado y su corazón escarnecido.

Razón tenía Fígaro cuando ante el cadáver de Campo Alange exclamaba:

"¡Ay de los que lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño, tienen antes que pasar por éste que por aquélla; que esos viven muertos y la envidian!"



JORGE AGUIRRE MATHEU
ANTIGUA GUATEMALA
GUATEMALA, C. A.

BIBLIOTECA DE "EL PORVENIR DE GUATEMALA"



No 2

LOS
HOMBRES DE LA INDEPENDENCIA

POR

RAMÓN A. SALAZAR



GUATEMALA
IMPRESO EN LA TIPOGRAFÍA NACIONAL
1899

Los Hombres de la Independencia

MANUEL JOSÉ ARCE

El mes de noviembre del año de 1811 fué para el reino de Guatemala, hasta entonces tan sumiso y tan tranquilo, de grandes alarmas y novedades.

Motivaba dichas alarmas la supuesta presencia en nuestro territorio de un emisario francés tanto más temido cuanto más oculto y misterioso. No se sabía su nombre, pero sí se tenían sus señas cabales. "La Gaceta" lo describe de este modo: "Es alto de cuerpo, grueso, lleno de cara, bermejo, pelo cortado á la frente, nariz larga y abultada, ojos grandes azules, dentadura blanca completa, patillas hasta la barba. Edad, de treinta á treinticinco años. Vestido de levita ó frac, de paño celeste de primera, con gorrita de pico alto. Cinturón negro de

lustre, laboreado de plata. Caballo tordillo flaco, herrado de los cuatro pies, silla brida, anquera de paño azul, con fleco amarillo, estribos de plata."

El terrible Bustamante, que no necesitaba mucho para extremar sus rigores, en tratándose de conatos revolucionarios, dá la voz de alerta, azuza á sus esbirros y dirige una *circular* á todos los *nobles ayuntamientos* del reino para que persigan á los sospechosos, teniendo por tales "á todo el que viniere comunicando noticias falsas y capciosas, sea á favor de los franceses en España, ó de los insurgentes del reino de México; al que hable mal del Gobierno Supremo de la Nación y de su Augusto Congreso en las Cortes extraordinarias; al que trate de distinción ó desavenencia entre españoles, americanos y europeos: y universalmente es enemigo público, y parcial del enemigo común, todo el que directa ó indirectamente siembre

cizaña en los pueblos, ó procure con rumores vagos, ó fingidas relaciones, sobresaltar ó conmover los ánimos y alucinar las gentes incautas."

Tal decía el célebre *Sonto* en una proclama que hizo circular por todos los ámbitos del reino.

Pero aquello era prosa pura en comparación con lo que decía el Muy Noble Ayuntamiento de Guatemala dirigiéndose á las ciudades y villas del mismo reino. Sentimos no insertar íntegro el documento, que es digno de estudio porque revela el espíritu bombástico y asustadizo de los nobles concejales de aquella época; pero bastará á nuestro intento el copiar un párrafo, para que el lector se forme idea del resto del escrito. Decían así los Municipales: "Este vil emisario, Medea del mundo para disponer el robo del hermoso vellocino de la lealtad, ha venido sembrando en este fidelísimo reino, dientes de sierpes, que son las discordias, con el perverso

fin de que naciendo escuadrones de hombres armados se consuman entre sí. Veneso Esteleón que con el estrellado manto de falsa humanidad y apariencias de bondad quiere encubrir sus dañosos fines. No todo lo que reluce es por buena calidad del sujeto, pues por señal de lepra ponen las divinas letras los relucientes."

Siguen aquellos concejales eruditos haciendo en su escrito paráfrasis más ó menos ridículas de los libros santos; y después de citar el Levítico, á Isaías, el Exodo, al Obispo Palafox y á otras autoridades, terminan haciendo profesión de fidelidad á la Metrópoli, pues dicen: "Todos somos españoles y lo hemos de ser hasta morir, sin los nombres y distinciones que forman el odioso espíritu de partido, ruina y destrucción de los mayores imperios."

El Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo don Ramón Casaus y Torres, que acababa de llegar al país á tomar posesión de la Sede para que había

sido electo procedente de México en donde había publicado muy terribles libelos contra los insurgentes de aquel reino y muy principalmente contra el heroico Cura de Dolores, Hidalgo y Castilla, no quiso ir en zaga del Capitán General ni del Muy Noble Ayuntamiento, y publicó una Pastoral como las que él acostumbraba.

Trata en ella á Napoleón de infame; lo llama monstruo de Córcega, enemigo de la paz y felicidad de toda la tierra. Al supuesto Emisario, que nosotros creemos que no fué más que un ente de razón, pues no tenemos noticia de que se haya llegado á descubrir su paradero, lo trata de enviado vil, mentiroso, sin pudor y sin destreza, satélite de Bonaparte, que iba esparciendo por donde pasaba el veneno ó fermento de la insurrección." Y después de esfogarse de ese modo termina el Arzobispo lanzando excomunión mayor, *ipso facta incurrendo* "contra los que tengan pasquines, ó papeles

sediciosos y subversivos y no los entreguen; ó no denuncien á los autores y propagadores de ellos, y á los que siembran la cizaña de la discordia civil."

"Además, continúa el metropolitano: "de los casos reservados en esta diócesis, nos reservamos el crimen de conspirar pública ó privadamente contra la monarquía española; y el intentar con palabras, escritos ú obras destruir el gobierno establecido y jurado; ó conmover á los pueblos con tan depravado intento; y él no denunciará semejantes conspiradores y enemigos manifiestos, ú ocultos de la seguridad y de la tranquilidad públicas; pues que son enemigos del Altar, de la Patria y del Trono Católico de España é Indias."

La capital del reino estaba aterrorizada con aquellas fulmíneas amenazas de sus primeras autoridades política y religiosa, cuando en 5 de noviembre del citado año de 1811, estalló en la

provincia del Salvador una conspiración á la cabeza de la cual se hallaban los curas doctor don Matías Delgado y don Nicolás Aguilar, dos hermanos de este último y los señores don Juan Manuel Rodríguez y don Manuel José Arce, que tuvieron la gloria de ser los primeros promotores de la independencia de Guatemala.

Trataban aquellos patriotas de apoderarse de unas armas que existían en la casamata de San Salvador y de doscientos mil pesos depositados en las arcas reales. Con esos elementos creían tener bastante para lanzar el grito de libertad, pero siempre invocando el nombre de Fernando Séptimo, prisionero por entonces de Napoleón, después de los escandalosos sucesos de Bayona que parecían que habían terminado con los Borbones en España.

Hasta esa hora el que debía ser Fernando VII era llamado, tanto por los españoles como por los america-

nos, Fernando *el deseado*. Ellos no presentían la negra ingratitud de este príncipe para los que tanto se sacrificaron por él. En América se decía: "dependientes de España con los Borbones, sí; pero nunca con los Bonapartes." Tal sucedió en México bajo el plan de Iguala; tal en Chile con Camilo Enríquez y los primeros precursores de la independencia; tal sucedió en Centro-América con Delgado, Arce y sus demás compañeros. Estos que tenían bien preparado su plan, mandaron papeles á todas las provincias convidándolas, para que se uniesen á ellos y dar así el *grito* de consuno. Algunas de ellas contestaron al llamamiento, como Metapán, Zacatecoluca, Chalatenango, Cojutepeque y Usulután, en donde hubo alborotos y cambios de autoridades. "La Gaceta" dice que en todos esos pueblos "la baja plebe seducida é insolentada hizo cuantiosos robos y saqueos en varias casas de vecinos y

comerciantes;" pero hay que recordar que eran Bustamante y sus paniaguados, quienes hablaban y que por lo tanto no hay que dar crédito á esas noticias que parecen sensacionales.

De todos modos no hubo que lamentar más que la muerte de un *chapetón* llamado José Gregorio Zaldaña que fué muerto á manos de Pablo Castillo y cuyos dos hijos que quedaron huérfanos, fueron recogidos, el uno por el Arzobispo Casaus, á quien inclinó á la carrera eclesiástica, lo hizo su familiar y con el tiempo llegó á ser un clérigo ilustrado que escribió un folleto virulento contra el doctor don Matías Delgado cuando éste se hallaba con su locura de la mitra del Salvador. Al otro se le agregó al batallón del Fijo de esta capital, equipándosele á costa de Bustamante. Nada sabemos más acerca del paradero de este joven, pues su nombre no vuelve á sonar en la Revolución. La muerte de Zaldaña tuvo lugar en la hacienda de

"Miraflores" del partido de Zacatecoluca; y tan sentido fué, que el Gobierno mandó á hacer solemnes honras á su memoria y que en su sepulcro se colocase una lápida que recordase sus virtudes.

Aquella empresa, dice Marure, no tuvo efecto, por haberse empeñado sin plan, concierto ni decisión; pero lo cierto del caso es que conmovió todo el país y que desde Chiapas hasta León, de Quezaltenango hasta Costa-Rica todos se pusieron en alarma y se movilizaron las milicias cívicas. Más precavido el Capitán General que oía venir la tormenta revolucionaria, creó y estableció varias compañías con el título de *Voluntarios distinguidos* de Fernando VII en Guatemala, cuyo objeto era, según el acuerdo, "la conservación y defensa de nuestra sagrada religión, de los derechos de nuestro amado y querido monarca y el mantenimiento del orden y tranquilidad públicos en esta capital."

Arce y sus compañeros, á decir del doctor don Pedro Molina, sufrieron larga y estrecha prisión; que no duraría hasta 1814, pues en ese año, lo vemos comprometido en otra nueva conspiración, que esta vez le valió estar preso por cinco años de la que salió conforme á la real orden de 28 da julio de 1817 y que no se cumplimentó en Guatemala hasta 1819.

La constancia del revolucionario, su energía y sus sufrimientos le dieron aureola de gloria entre sus conciudadanos, así es que en los días de la independencia Arce pasaba por uno de los patriotas más notables. Dos días antes de que aquel glorioso acontecimiento se proclamase, escribía desde San Salvador á don Pedro Molina una carta llena de fuego y ansiedad. "Estoy que me exaspero, le decía, por saber bien el estado político de esa capital, pues es mucha la variedad que aquí se oye un punto. Han llegado papeles que marcan las buenas y

malas intenciones, y no podemos decidirnos. Esto está en la más bella disposición y solo falta una mano diestra que se dedique á dirigir la opinión; ó mejor decir, falta un ejemplo que deshaga los fantasmas que nos dejó el duro gobierno del tiempo del terrorismo. Los espíritus genízaros que todo lo pisaban con el indomable orgullo, han caído desfallecidos á la presencia de unidad de sentimientos que clama por la libertad, y los vemos ahora tan humildes como soberbios en las épocas sangrientas de Bustamante. Soy de sentir que las recojamos como á hijos pródigos, y que después de sus desvaríos reconocen sus extravíos y piden indulgencias: quizá sus corazones sean fementidos, pero no importa, porque el gran secreto de economía política es no desperdiciar hombres y hacerlos útiles á todos."

Como se ve, la carta es incongruente, pues si revela en su autor fuego

revolucionario, deja conocer también el poco cultivo de su inteligencia.

Curiosos por conocer las almas de los hombres de la Independencia y faltándonos tradiciones de familia de la mayor parte de ellos por haber muerto todos los que á aquella generación pertenecían, no nos queda otro medio para nuestro estudio que los pocos escritos que les han sobrevivido, salvándose del tiempo y de las revoluciones.

En las cartas de Arce que hemos tenido á la vista se manifiesta con un espíritu vivo é inquieto, capaz para toda empresa y presto al sacrificio si se trata de la independencia de su país. Como revolucionario y corifeo no hay duda que poseía cualidades inapreciables. El era capaz de todo, hasta de improvisarse soldado y llegar en poco tiempo á General, como pronto lo veremos.

No hacía un mes que se había proclamado la Independencia cuando ya

se hallaba en dimes y diretes con la primera autoridad de su provincia y esta vez también con razón, pues el español Barriere que la desempeñaba, en calidad de Intendente, no queriendo autorizar la elección de siete individuos que debían constituir una junta económica y consultiva, destacó á sus tropas acuarteladas, contra el pueblo que pedía á gritos la elección, poniendo presos, entre otros, al señor Arce que era uno de los más exaltados vociferadores.

Arce fué remitido preso á Guatemala y desde el pueblo de Yupiltepeque escribe airado contra el tirano á su amigo don Pedro Molina para que ponga en juego todos sus recursos á fin de obtener su libertad.

"Es preciso, le dice, que en este asunto empeñe Ud. á todos los amigos porque es el mayor y de más trascendencia que puede imaginarse por ahora; pues nada menos importa que el feliz ó adverso éxito de nuestras cosas

políticas, á virtud de haber Barriere y sus partidarios, dado un golpe mortal á nuestra libertad naciente."

Dice Arce que su enemigo ha inventado contra él mil calumnias groserísimas; y agrega: "No dudo que habrán sido todas despreciadas cuando han sido inventadas contra unos hombres que sin reparar en los riesgos de su misma existencia, hace diez años están en continua lid con sus tiranos y sus secuaces por conseguir esta libertad tan amada."

El quejoso fué puesto en libertad y Barriere murió el año 27 en la memorable acción de Milingo.

Los asuntos públicos no marchaban bien en Centro-América. En la capital de la República, dos bandos antagónicos libraban entre sí una lucha ruda y desesperada. Los unos, los republicanos, aspiraban ver á su patria regida por una constitución democrática, para cuyo efecto se proponían echar por tierra todas las antiguas

leyes españolas que habían sido los instrumentos de su opresión, y emitir otras nuevas conforme á nuestras circunstancias y á la altura de las luces del siglo.

El otro bando, compuesto de los españolistas y los ricos hombres que se tenían por nobles, propendían al *statu quo*. Algunos de ellos habían trabajado por la independencia, pero resistían toda innovación que les arrebatara los privilegios de que gozaran á sus anchas durante la colonia. De ellos habían sido los monopolios; para ellos los mejores empleos y canongías, tanto que los individuos de lo que se llamaban *las familias* ocupaban casi todos los puestos de mayor importancia en Centro-América y aun algunos de México y la Nueva Granada.

¡Todas esas gollerías las iban á perder bajo el nuevo sistema republicano!

Por eso fué que se acogieron con tanto entusiasmo á la anexión á Méxi-

co bajo el trono del emperador Iturbide.

Nos reservamos para la biografía del corifeo de ese partido, don Mariano de Aycinena, el tratar más extensamente esta cuestión.

Guatemala tuvo la desgrácia de verse uncida al carro del usurpador mexicano, y quiso arrastrar en su suerte á las demás provincias centro-americanas. San Salvador resistió y eso será motivo de su eterna gloria. No tenía elementos de guerra, mas supo improvisarlos, fundiendo cañones y creando un ejército para resistir la invasión que le amenazaba para imponerle el yugo mexicano.

La república estaba en efervescencia; y para que se vea hasta dónde llegaba ésta y el furor contra los aristócratas anexionistas, copiamos el párrafo de una carta que el célebre don Cayetano Bedoya, que se hallaba en El Salvador agitando á los patriotas, escribía á su cuñado don Pedro

Molina, con fecha 7 de febrero, desde Quezaltepeque:

"....quiero una San Bartolomé con todo mi corazón, quiero ver sangre vil derramada, para imponer así algún respeto á estos malditos imperiales...."

El lenguaje no será muy culto pero tiene entonaciones épicas. Así hablaban aquellos patriotas de los días de la Independencia.

Se levantó el pueblo salvadoreño á la voz de sus caudillos, nombrando por su Jefe y General á Manuel J. Arce que pocos días antes recibía de Bedoya instrucción de recluta. Fué afortunado al principio, derrotando á los imperialistas en un primer encuentro, pero la táctica, como casi siempre, superó al patriotismo y las fuerzas cuzcatlecas tuvieron que replegarse sobre El Salvador. El sitio fué largo y penoso, y al fin Arce sucumbió en la lucha, pues fué vencido por el General Filísola en la acción que se

libró el 7 de febrero de 1823, que dió por resultado la toma de San Salvador y tuvo que emigrar á los Estados Unidos del Norte, en donde permaneció un año.

A la caída de Iturbide y la proclamación de la Independencia absoluta de Guatemala, el General regresó al país, lleno de proyectos y esperanzas. El hombre era vanidoso y creía de buena fé que en su corta permanencia en la tierra de Washington, ignorando el inglés, había podido comprender la organización complicada de la gran república sajona.

Durante su ausencia el Congreso lo nombró triunviro para gobernar el país en unión de los señores José del Valle y Tomás O'Horan.

Por ese tiempo Valle y Arce eran evidentemente los hombres más notables y de mayores méritos de la revolución.

Verdad es que Valle había sido españolista y servido á los opresores de

su patria. Verdad es que también fué Ministro de Estado de Iturbide y vice-Presidente del Congreso de aquel imperio; pero también es cierto que fué Ministro á la fuerza, y que sufrió larga prisión antes de serlo por haber figurado en las filas opositoras del autor del sistema trigarante. Y si es cierto que no fué un gran entusiasta por la independencia de su patria de la dominación española, en México se hizo perdonar sus antiguas faltas empleando toda su energía y sus talentos para desligar á Guatemala de la malhadada unión á que los aristócratas la habían sometido.

Esto fué un servicio eminente de aquel gran patriota, que por sí solo bastaría para hacer imperecedera su memoria, si no tuviese otros tantos títulos para que su nombre sea un objeto de orgullo nacional.

Pero en medio de todas estas cualidades, don José Cecilio tenía un gran defecto, que era su vanidad inso-

portable. Sus compatriotas le daban el título de sabio, que él aceptaba con toda naturalidad.

Arce padecía de la misma debilidad aunque por otras causas, así es que ni uno ni otro pudieron soportarse porque en realidad eran incompatibles en el Poder. Desde luego estuvieron en desacuerdo en los asuntos que se referían al Salvador, de donde el General era originario. Tampoco pudieron entenderse en los relativos á Nicaragua, por entonces en plena anarquía; así es que pronto fueron rivales y aun enemigos, venciendo por el momento el vanidoso sabio al quisquilloso General.

Curiosa de leerse es la renuncia que éste elevó ante el Congreso, del cargo que desempeñaba. Dice así: "Desde que entré al Gobierno Supremo de la nación me propuse alejar cuanto pudiese todo motivo de disgusto con tal que no comprometiera la rectitud de mis operaciones ó el decoro con que

debo proceder. Muy pronto experimenté que el C. José del Valle tiene el arte de exasperar, que no sufre opinión distinta, y que su humor se exalta cuando se le contradice, y no siendo yo ni pudiendo ser un ciego suscriptor á sus opiniones porque juzgo por mí mismo, y no habría entrado al Gobierno si no pudiera hacerlo, son varias las ocasiones en que me he visto comprometido á causa de su preponderancia de genio que hace difícil la discusión y algunas veces la empeña. Me sucedió así cuando se trató del arreglo de la hacienda, en cuyo acuerdo está mi voto salvado en lo relativo á las dietas de los CC. diputados.

Yo soy hombre que en el Gobierno no tengo más objeto que el de la Patria y la Ley; y aunque es muy fácil que yerre á cada instante, me es muy sensible que mis reflexiones sean oídas con desagrado. Puedo citar todos los acuerdos en que he tenido

parte, en prueba de que ningún siniestro fin me inclina á opinar de este ó de otro modo, siendo más evidente esta conducta mía en los asuntos que tocan con San Salvador."

Y así sigue en son de queja amarga contra el ciudadano Valle en quien veía un rival insoportable. El hombre no poseía la virtud de la paciencia y le dice á la Asamblea:

"Para evitar un lance desagradable que menoscabe la reputación de nuestra gloriosa marcha, porque ya me faltan los auxilios de la prudencia, que demasiado aplicados se han ido disminuyendo sucesivamente: estoy cierto que obrando así hago un servicio á la patria y quedo expedito para hacer todos los que de mí se quieran; en cuyo concepto os suplico tengais la dignación de admitir esta renuncia; que pongo, resuelto á no volver al gobierno en ningún caso etc."

Grande era el apuro de la Asamblea. Hasta entonces Arce no había dado más

que motivos de satisfacción á sus correligionarios, los cuales no dejaban de conocer que tenía bastante razón en sus quejas contra su orgulloso rival; así es que emplearon todos los medios, hasta el de exitar su patriotismo para que continuase en el mando, pues Valle no inspiraba por entonces plena confianza á los liberales por vérsele que más se inclinaba al partido aristócrata, cuyo candidato iba á ser en la próxima lucha electoral, para Presidente de la República.

Pero Arce no cejó, y al fin el Congreso tuvo que admitir la renuncia.

Mas si las circunstancias lo obligaban á retirarse del primer puesto de la República, no queriendo ser el segundo en Roma, la ambición de mando ó de hacer la felicidad de su país, lo llevó otra vez á aceptar la Comandancia de Armas en su provincia. El Salvador, en donde era muy querido y contaba con la amistad del padre doctor Matías Delgado.

Se encontraba en ese puesto cuando la guerra civil de Nicaragua recrudeció.

Medio año hacía que la desgraciada provincia era presa de la más horrorosa anarquía.

Arzú, aquél táctico tan distinguido que fué director de la primera escuela militar que tuvo Centro-América, fué nombrado por el P. E. para pacificarla, y no había logrado poner de acuerdo á los leoneses con los granadinos; y aquello en realidad, era un verdadero campo de Agramante en el que se cometían excesos lamentables.

En esa situación se hallaba aquel Estado cuando con buen acuerdo de las autoridades salvadoreñas se comisionó al General Arce para que sustituyese á Arzú en la empresa en que éste había fracasado.

El caudillo salvadoreño á la cabeza de 1600 hombres se puso en campaña, y haciendo uso, ora de severa energía, ora de halagos y promesas, logró paci-

ficar á aquellos espíritus revoltosos, herederos de los famosos Contreras, aquellos hermanos que muy á raiz de la conquista asesinaron al obispo de León, se incautaron del tesoro de las arcas reales y dieron el primer grito de rebelión que se oyó en esta tierra ¡ay! que parece madre legítima de bochincheros y caudillejos.

Arce con aquella su hazaña hizo méritos nuevos para el agradecimiento de sus conciudadanos.

Sus miras estaban puestas en el sillón del Ejecutivo de la República.

En Guatemala había una facción poderosa con la que tenía que contemporizar á fin de lograr sus planes ambiciosos; así es que trató, y lo obtuvo, el conciliarse con el partido mederado granadino, que era como conciliarse con los nobles de Guatemala, con los que los de Nicaragua estaban emparentados.

Fué por lo tanto doble la victoria de Arce, que refluyó sobre Valle el cual no

veía con buenos ojos el triunfo militar y político de su afortunado adversario.

Las elecciones generales para primer Presidente de Centro-América, se habían verificado mientras tanto en la República, según la Constitución de 1824.

El candidato del partido liberal fué Manuel José de Arce, y el del *gasista*, *caco, ó servil*, que todos esos nombres han tenido los conservadores, lo fué Valle.

Pero los nobles no estaban contentos con su corifeo. Valle era provinciano y plebeyo. Si hubiera tenido un carácter maleable, quizá se habría hecho perdonar aquellos defectos; pero nó; ya lo hemos dicho, el hombre era inflexible, por vanidoso. Veía al rededor de él y no encontraba quien pudiera compararsele en sabiduría. Al mismo Aycinena no podía mirarlo con ojos de consideración, pues conocía sus secretos y no ignoraba sus ma-

nejos rastreros con Iturbide, de quien mendigó una pensión para mantener á su familia que decía se hallaba arruinada con motivo de la revolución pasada. Don Manuel Montúfar era por ese tiempo muy joven y no se había revelado sino como un valeroso soldado. De Córdovita no había que hablar, pues fué fogoso anti-imperialista, aunque ya por ese tiempo era el oráculo del partido servil. Los que lo conocieron personalmente, dicen que este notable hombre público era de pequeña estatura, nervioso, decidor y con ribetes de intrigante. Su genio sarcástico le atraía enemigos aun entre las personas de su círculo, circunstancias todas que junto con su figura ridícula lo hacían imposible para la primera magistratura. El Coronel don Antonio José de Irisarri era todo un hombre de temple que había figurado en Chile en primera línea hasta llegar á ser dictador, aunque por pocos días; fué allá amigo íntimo de Camilo En-

ríquez el fundador de la prensa chilena, y él mismo redactó el célebre "Monitor Araucano," prestando otros eminentes servicios á aquel país que lo considera como uno de los fundadores de la República; pero en Guatemala, su patria, fué desgraciado como militar y como político y no logró figurar en primera línea, pues de aquí salió en el año de 1830 y según tenemos entendido no volvió á visitar á su país, aunque sí murió en su servicio, pues en la época de su fallecimiento y ya cargado de años y de merecimientos desempeñaba la representación de Guatemala cerca del gabinete de Washington.

Así fué que los aristócratas se vieron obligados á aceptar la candidatura de Valle, luchando por ella con tal ardor, que obtuvieron 41 votos, entre 82 que era el número de círculos electorales en que estaba dividida la República.

Obrando de buena fé la elección habría sido de Valle, pues Arce no obtuvo más que 34 sufragios.

Pero los tiempos habían cambiado; el General se manifestó hábil guerrero en los campos de Nicaragua y un hombre flexible con los conservadores que ya adivinaban que empleando sus medios maquiavélicos de adulación y de astucia se lo podían atraer y embriagarlo con sus zalamerías hasta hacerle olvidar sus antecedentes y sus compromisos con el partido liberal, cosa que en nuestro concepto, no habrían podido lograrlo con el inflexible Valle.

Por eso fué que la cuestión se llevó al Congreso; y como nunca faltan razones para cohonestar toda clase de chicanas parlamentarias en estos desgraciados países, se hallaron las que se buscaban, y por un convenio entre liberales y conservadores se decidió que Valle no tenía la mayoría necesaria y procediéndose á nueva elección en el mismo Congreso, no la suerte, sino la intriga hizo que Manuel José Arce, resultara electo primer Presi-

dente de las Provincias Unidas de Centro-América.

¡Incautos de nuestros padres! No preveían que no es posible ninguna clase de contubernios entre liberales y conservadores.

Querían engañarse unos á otros á fin de ganar la partida en aquella hora suprema para la República, contando con el apoyo de aquel á quien elevaban al primer puesto de su país. Y mientras tanto, el militar vanidoso y sin conciencia creía á su vez engañarlos y jugar con los partidos, amasarlos entre sus férreas manos y hacerse el árbitro de la situación.

Arce llegó al poder en momentos bien críticos; las pasiones hasta entonces latentes iban á dar de sí todo lo que tenían de furibundas y airadas. Guatemala era un pueblo nuevo y viril que no había sufrido los desangres de sus hermanas del Sur que las aplacaron y las purificaron las guerras por la independencia.

Verdad es que nos habíamos declarado independientes de España; pero el espíritu monárquico subsistía aun vivo en la sociedad y altivo por contar con los prestigios del capital, del poder y del clero.

El acta de Independencia de 15 de septiembre que redactó Valle en ese mismo día y bajo la presión del pueblo amenazante, si se examina detenidamente no merece los elogios y ditirambos de que ha sido objeto. Se ve por ella que la independencia fué arrancada á las autoridades españolas por el miedo; y no se nota en ninguno de de sus artículos ni entusiasmo por un acto de tal trascendencia, ni las razones de conveniencia políticas y económicas para llevarla á cabo.

El 15 de septiembre no se hizo más que borrar en nuestras leyes el nombre de Fernando VII, cuyo cariño estaba borrado tiempo hacía del corazón de sus súbditos guatemaltecos, á quienes no podrá atacárseles de desleales.

Por lo demás, en aquella memorable fecha todo quedó como estaba: hombres, leyes, usos, abusos y preocupaciones.

Ni aun se tuvo el valor de declarar la forma de Gobierno que debía regir á Guatemala; dejando al Congreso que iba á reunirse próximamente el que decidiese de tan vital asunto. Desde luego los hombres que suscribieron la indicada y célebre Acta se conoce que no eran republicanos y que aun tenían miedo á la democracia.

Sabido es que los Barrundia, los Molina, los Ibarra que después fueron corifeos del partido radical, no figuraron el 15 de septiembre. sino entre la muchedumbre á la que agitaban y daban aliento en las calles, en la plaza de armas y en el patio y galerías de Palacio. Mientras tanto el Capitán General, el Arzobispo, los prelados de las órdenes religiosas, los canónigos, los oidores y los maestros y doctores, casi todos españoles ó

españolistas la *sudaban gorda* en el gran salón de los Capitanes Generales en donde, con raras excepciones, tuvieron que suscribir, por la fuerza moral y por temor al pueblo casi amotinado, el famoso documento que legalmente nos declaró independientes.

Por eso es que nosotros creemos que nuestra verdadera independencia data del año de 1824 en que nos desligamos del ridículo cuanto efímero imperio mexicano, época en que los guatemaltecos tuvieron verdadera conciencia de sus derechos y en que ya escarmentados por las dolorosas pruebas que los imperialistas guatemaltecos los habían sometido, se decidieron á entrar de lleno en el terreno de la revolución, proponiéndose por ella la regeneración de su patria.

Aquella famosa acta que es la que en todos los años se lee en Palacio ante las autoridades y corporaciones congregadas, para conmemorar nuestra independencia fué redactada por don

José Francisco Córdova y en ella sí se expresan los motivos de queja que teníamos contra la metrópoli y la inconveniencia y dificultad de seguir siendo gobernados por una monarquía de la que nos separaba en el espacio, el océano, y en lo moral y político, todo un mundo de ideales, pues mientras España con Fernando VII quería quedarse en las regiones del absolutismo, Guatemala y sus patriotas tendían á la libertad.

Resultado de aquellas esperanzas generosas fué la Constitución del año 24, sobre la cual nos será preciso detenernos por algunos instantes.

Dos cuestiones se presentan sobre este asunto dignas de estudio y de meditación. La primera es, si nuestros padres pudieron hacer otra cosa que organizar á Centro-América bajo la forma federal, y la segunda, si la citada Constitución del 24 fué perfecta, ó por lo menos si con ella era fácil gobernar á estos países, hacer su feli-

cidad y cimentar entre nosotros el régimen republicano.

Grandes y memorables fueron las discusiones que se ventilaron en aquellos días históricos de la Constituyente. En el recinto de ésta se encontraban frente á frente dos civilizaciones distintas cuyos choques iban á conmover á la República entera. De un lado estaban los *centralistas, los juicistas*, ó á los que desde entonces se les llamó *serviles*. Del otro, los *federalistas, los fiebres* ó liberales. Opinanaban los primeros, y lucharon valientemente por obtenerlo, por el *statu quo*, concediendo cuando más que si debía hacerse algún cambio en la República se realizase paulatinamente y sin las precipitaciones con que lo querían sus adversarios. Ellos deseaban cuando más una república aristocrática con sus ribetes de teológica, á manera de las de Venecia, Treveris, Florencia ó Maguncia. Querían los otros introducir en nuestras leyes re-

formas radicales, inspirados en lo que los americanos del Norte habían hecho en el gran Congreso de Philadelphia ó en lo que los franceses en la Constituyente del 93. Y he aquí que desde el primer momento se hallaron de tal modo divididos que no hubo modo de que se pusieran de acuerdo.

Los primeros creían que un sistema central era más acomodado á las circunstancias de la República, por ser más sencillo en su organización, más económico en cuanto á los gastos y por necesitar de menos hombres que pudiesen llenar los cargos públicos. Los otros decían que ni la independencia, ni la libertad ni la igualdad quedarían aseguradas, sino bajo un régimen federal. Y de ahí otros conflictos y desavenencias que dieron lugar á serias discusiones y aun á la publicación de escritos luminosos entre los que sobresale uno de José Francisco Córdova, corifeo del *centralismo*..

Setenticinco años han pasado de aquellos días memorables. Nosotros á la distancia, podemos juzgar tranquila é imparcialmente á los próceres; y aunque el que estas líneas escribe sea el más incapaz entre sus conciudadanos, procurará hacerlo de ese modo, sin que la pasión política le ciegue, ni lo incline á un lado ni al otro, sino lo que él cree ser la justicia.

Las provincias acusaban á Guatemala de haber influido despóticamente sobre ellas. Residencia de las primeras autoridades civiles y eclesiásticas; emporio de las riquezas del itsmo, la capital á pesar de todas las calamidades que habían llovido sobre ella, como varias pestes que la asolaron y los terremotos de 1773 que destruyeron á la Antigua, la Nueva Guatemala de la Ermita en cuyo valle se construyó, puede decirse que surgió como por encanto con todos los atavíos y arreos de una ciudad de primer orden. Los provincianos no

veían con buenos ojos aquella resurrección; decían que las construcciones de los nuevos templos y palacios se hacían á costa de ellos, y como la veían bella y floreciente le tenían odio y envidia. Y pase si sólo eso fuera. De la capital partían los edictos que les ponían trabas en su comercio y en sus industrias. De aquí habían partido los esbirros que sofocaron los generosos conatos de independencia, intentados en Granada y San Salvador. En las cárceles de la *Corte* yacían, sufriendo crueles prisiones aquellos que pudieron salvarse de ir á morir á los presidios de Ultramar por el delito de querer que su patria fuese libre. En la Nueva Guatemala existía la única Audiencia del reino y hasta aquí debían venir los litigantes si querían que sus negocios progresaran. En Guatemala, estaban radicadas las grandes casas comerciales de Irisarri, Beltranena, Aycinena y Pavón que ejercían toda clase de monopolios y

que extorsionaban á los tabaqueros y mineros de Honduras y á los plantadores de cacao y de jiquilite de Soconusco, Nicaragua y El Salvador.

Al declararse la Independencia del reino se rompieron y aflojaron entre la capital y las provincias los vínculos que las unían; y mucho más cuando los *serviles* tuvieron la malhadada idea de unir su patria á México. En aquellas críticas circunstancias San Salvador proclamó su anexión á los Estados Unidos, pues quiso mejor ser de los yanquees que de los *anahuaques* que era como con desprecio llamaban á los mexicanos. En las otras provincias reinaba la misma división.

Proclamar, pues, el sistema *central* en aquellas circunstancias, habría sido en extremo impolítico, pues eso indefectiblemente nos habría acarreado la guerra civil. Así es que los liberales fuera de sus ideas políticas que ya hemos enunciado hicieron bien en proclamar el federalismo, pues comprendieron su

tiempo y el espíritu de las provincias que estaban por ese sistema, no obstante los trabajos y protestas de la aristocracia guatemalteca.

La Constitución de 1824, vista desde el punto de los derechos que garantiza á los guatemaltecos no podía ser más liberal; y en esto los próceres que la redactaron é hicieron triunfar su proyecto en la Asamblea se anticiparon á las demás colonias de Hispano-América. Tiene artículos que debieran estar escritos con letras de oro en nuestra historia. El décimo tercero, por ejemplo, dice así: "Todo hombre es libre en la República. No puede ser esclavo el que se acoja á sus leyes, ni ciudadano el que trafique en esclavos."

Se ve por este artículo que Centro-América tuvo la gloria de ser uno de los primeros países de este Continente que suprimieron el ominoso sistema de esclavitud.

Por aquel tiempo, carecíamos de códigos propios y los constituyentes

quisieron que fueran leyes fundamentales del Estado, las que prohibían en los juicios el *apremio* el *tormento* y la *infamia: la confiscación de bienes, azotes y penas crueles.* Prohibió asimismo el establecer vinculaciones, dar títulos de nobleza, pensiones, condecoraciones ó distintivos que fuesen hereditarios, no consintiendo la ley que los ciudadanos de Centro-América admitiesen esas distinciones ó regalías que las naciones extranjeras pudieran concederles. Abolió las leyes de proscripción y las que tuviesen el carácter de retroactivas.

En cuanto á derechos positivos, garantizó el uso ilimitado del pensamiento, ya sea de palabra ó por la imprenta; y para ser breves reconoció todas las garantías individuales y los derechos á ellas afecta, proclamados por los famosos convencionales franceses del 93.

Al lado de esas hermosas teorías, los patriotas, olvidando para qué país

legislaban, pusieron en la ley fundamental las bases de la anarquía que devoró después á la República.

Aleccionados en la escuela amarga del despotismo, cuyo recuerdo estaba vivo y palpitante en el país, pues muchos de los mismos diputados habían sido víctimas del furor terrorista del célebre Capitán General don José de Bustamante y Guerra, de tan ingrata memoria, quisieron quitar al Presidente de la República la ocasión de volverse tirano, poniéndolo en el dilema de ser un simple autómata en manos de un Congreso apasionado ó el de alzarse con el poder y convertirse en déspota para poder gobernar.

Las atribuciones del Poder Ejecutivo de Centro-América eran mucho más restringidas que las del de los Estados Unidos. Las provincias, que según la Constitución se convirtieron en Estados, casi quedaron independientes de la Metrópoli.

Y esto en un país no acostumbrado á gobernarse á sí propio, no habituado á las Asambleas ni aun al régimen municipal, pues ya se sabe que en América los ayuntamientos fueron cuerpos privilegiados en donde tenía asiento únicamente la nobleza criolla.

Y ojalá, que los individuos del Senado hubiesen sido personas llenas de años, de experiencia, de calma y serenidad; pero nó, las más influyentes en aquella situación tenían un temperamento revolucionario no calmado por la edad. Sus nervios estaban aun bastante excitados después de lo que habían sufrido, antes de la Independencia bajo el terrorismo español, y lo que habían luchado después de ella en los primeros tormentosos días que la habían sucedido. Así es que se dieron á teorizar y hacer una Constitución propia para regir á las Repúblicas de Platón ó de Tomás Moro.

Esa fué la ley fundamental cuyo primer ensayo le tocó en suerte hacer

á Manuel José de Arce en concepto de primer Presidente de Centro-América.

Ahora bien: ¿era aquél hombre á propósito para encaminar nuestra revolución y salvarnos de los múltiples escollos, sirtes y abismos que íbamos á encontrar en nuestros primeros pasos de vida independiente?

De ningún modo.

Militar afortunado, ambicioso é insolente, su puesto cuando más se hallaba en el cuartel, pero no en la primera curul de la República. El estaba desnudo de todo conocimiento de la ciencia administrativa y era uno de tantos declamadores, de esos que por haber ganado una acción militar y saber redactar una proclama ampulosa ó en estilo ditirámbico, se creen portentos de su tiempo y llamados á regir los destinos del país.

¡Cuán distinto de él era Valle! y ¡cuán grande la equivocación de nuestros próceres, al proponerlo al soldado de cuya vida política venimos ocupándonos!

En primer lugar Arce no tenía fé ni entusiasmo por la Constitución con que iba á gobernar á su patria, á la cual en sus "Memorias" califica como "una ley que en vez de establecer un sistema político de libertad y orden, ha sistemado la anarquía."

Y sin embargo, juró sostenerla y hacer efectivas las promesas de libertad que contenía.

A este propósito dijo el General don Francisco Morazán, refiriéndose á la falacia de Arce, lo siguiente:

"Puede sin descrédito un ciudadano sacrificar sus opiniones particulares al cumplimiento de sus deberes como hombre público: esto es posible. Pero no puede voluntariamente colocarse, sin mancillar su reputación en la difícil alternativa de faltar á sus juramentos ó de causar la desgracia de su patria."

Y esto último hizo Arce.

Desde el siguiente día de su llegada al poder se encontró en situación bien

Resumiendo, los gastos del Gobierno federal después de muchas reducciones ascendían, á $652,608 y las rentas federales, apenas llegaban á $208,000.

Tal era el estado de la Hacienda Pública en 1825.

El país no contaba con ejército, pues lo que pudiera llamarse tal se reducía en Guatemala al Batallón del Fijo, unos cuantos milicianos y una compañía de morenos.

¿Cómo poder hacerse respetar el Presidente con tan pocos elementos, sobre todo cuando en la capital era cada día mayor el descontento de los liberales contra él, y las Provincias se hallaban en plena efervescencia, habiéndose recrudecido en una de ellas la guerra civil; cuando España nos amenazaba con la reconquista, hablándose de que en Cuba se preparaban expediciones que operarían sobre México y Centro-América?

Jamás pasó la República por más apurado trance; pues sin ejército, sin

fondos para crearlo y sostenerlo, con dos partidos frente á frente que se hacían cruda guerra y de los cuales uno de ellos prefería el absolutismo de Fernando VII al régimen republicano y con un presidente tornadizo y sin más resortes que su ambición, aquello era verdaderamente un caos.

Los liberales habían sido excluidos del Palacio del Ejecutivo, pues no se quería escuchar más en él sus consejos. Pero les quedaba un recurso legal que era el Congreso.

Conforme los artículos 58 y 59 de la Constitución la Asamblea tenía que renovarse por mitad cada año, debiéndose en la primera legislatura decidirse por la suerte cuáles eran los representantes que deberían sustituirse. Se insacularon todos los nombres de los diputados y al hacerse el sorteo resultó que el mayor número de las cédulas contenían las de los departamentos que estaban representados por individuos del partido servil.

Se procedió á nuevas elecciones y el triunfo en toda la línea fué para los liberales de los que estuvo compuesto el segundo Congreso que se reunió el 1º de enero de 1826.

Hay que hacer la justicia á Arce de que no influyó en aquellas elecciones, pues como él mismo dice en sus "Memorias" "Lejos de ingerirse en ellas se mantuvo en indiferencia fría, aunque presenciaba las tortuosidades que estaban en ejercicio y proveía lo que iba á sobrevenir."

¿Era esa conducta resultado de su buena fé administrativa; era que se hallaba impotente para contrarrestar con sus adversarios políticos, ó meditaba acaso maquiavélicamente el plan que llevó á cabo pocos meses después dando el golpe de Estado con el que echó abajo la Constitución y se declaró Dictador omnipotente?

Nos inclinamos á creeer lo último.

A la falanje vencedora se unió un nombre que por sí solo era una gran

potencia Valle que no podía olvidar su derrota de la presidencia resultó electo diputado por tres departamentos: él había estado durante los últimos meses retirado en el campo á donde lo llamaban sus inclinaciones literarias; pero halló una ocasión propicia y no tuvo embarazo en unir sus fuerzas á las de los liberales para contribuir al derrumbamiento del coloso, pronunciando desde el mismo día que tomó posesión de su cargo uno de sus más brillantes discursos que ya hacía presagiar que en él iba á encarnarse el verbo airado de la oposición.

Entonces comenzó un período en que cuesta trabajo á la distancia distinguir quiénes estaban más exaltados y prevenidos, si los liberales en filas compactas enfrentándose al Ejecutivo ó Arce influenciado por los aristócratas; haciéndose con su conducta el objeto de las censuras de la Asamblea. Dice el historiador Marure, "que cuando el Presidente debió proceder con

más tino y corrección fué cuando descubrió todo el fondo de su política, creyendo hallarse en el caso *de pelear para conservarse.* Bajo este concepto Arce marchó desde entonces en contraposición con el Congreso, ya eludiendo, ya embarazando, ya protestándole sus acuerdos."

La suerte, pues, estaba echada: Arce había entregado el Rubicón y con bagajes y todo entregádose á los enemigos de la República.

Imposible sería en nuestros tiempos, en que ha bajado tanto el diapasón del entusiasmo patriótico, el formarnos idea de las escenas que tuvieron lugar en el Congreso en aquellos días tormentosos. El jefe de la oposición era don José Francisco Barrundia que se hallaba en todo el ardor de la juventud y que había abrazado la causa de la independencia y libertad con el fervor de un verdadero patriota. Tribuno popular más inspirado que sabio, aborrecía con el alma todo el sistema

español; era un idiólogo generoso á quien le faltaban la experiencia que dan los viajes y el conocimiento de los hombres, y apasionado por las instituciones de la gran república del Norte trabajó en la Constituyente por amoldar á Centro-América al patrón de los célebres congresistas de Philadelphia; era obstinado en sus ideas y su alma vivía ardiendo en el deseo de ver transformada á su patria, por medio de las instituciones de que ya hemos hablado. Junto á él se hallaban Valle, espíritu más tranquilo y más profundo, escéptico quizá, pero no menos útil por las razones que ya hemos dicho; el doctor don Pedro Molina, patriota benemérito, periodista de primera talla, diplomático y muy escuchado de todos los suyos; el doctor don Mariano Gálvez, personaje muy inteligente, notable jurisconsulto á quien tan grandes destinos le estaban reservados en la República, aunque en concepto de algunos pasaba por intri-

gante y amigo de imponer su opinión por medio de labias; Rivera Cabezas, todo un carácter que así sabía blandir una espada, como manejar en el periódico el chiste inimitable, como lo probó en los diálogos de Don Melitón y don Epifanio que publicaba por entonces, causando vivo escozor á los serviles y al clero, que no podían menos de celebrar las gracias que aquel papel, y que aun hoy se lee con fruto, pues nos revela muchos secretos de la familia y de la política en la infancia de la República.

Frente á ellos, ya en el mismo Congreso ó ya en "El Indicador" se encontraban don José Francisco Córdova, don Juan y don Manuel Montúfar, don Juan Francisco Sosa, don Fernando Antonio Dávila y don Domingo Diéguez, que no eran inferiores á sus contrarios, sino en la oratoria, cuyo verbo de fuego se hallaba entre los liberales, al menos en la prensa, pues "El Indicador" es uno de los periódi-

cos más doctrinarios que se hayan publicado en Centro-América y de más fecundas lecciones para el que quiera imponerse del estado del país en aquellos agitados días.

Como ha sucedido en años posteriores y en casos que nosotros mismos hemos presenciado, después de una lucha parlamentaria brillante, pero inútil, los amigos de Arce tuvieron que abandonar la Asamblea en minoría y esta habría terminado por disolverse sinó hubiese sido que los liberales hicieron un baluarte de ella desde donde desafiaban la cólera del Presidente. Hay quien diga que el doctor don Mariano Gálvez, con aquel su carácter movedizo que por entonces lo distinguía, negoció la conciliación entre los diputados amigos de Arce que se retiraron del Congreso y los que habían quedado reunidos; y que cuando se recrudecieron las cuestiones entre aquél y los liberales, celebró varias conferencias en palacio con el Presi-

crítica. Sus compromisos de la víspera con los aristócratas y los halagos mañosos de éstos lo ofuscaron de tal modo que no hay duda que el hombre tuvo el vértigo de la altura, que hizo se olvidara de sus trabajos patrióticos, de sus sufrimientos, de los ideales, de los compañeros á cuyo lado había militado y ¡quién lo creyera! se inclinó al lado de los imperialistas prefiriéndolos para los primeros y más importantes destinos de la República, á ellos que como se ha dicho, eran enemigos de la situación.

Cabe preguntar: ¿es posible una defección semejante ó Arce se proponía algún plan político en beneficio propio?

La respuesta no es dudosa. No comprendiendo la hora suprema por que atravesaba el país, en vez de unirse á sus partidarios como era lo consecuente y patriótico, dejando entregado á su suerte al bando aristocrático, destinado á sucumbir en la inac-

ción, usó el sistema de contemporizaciones y halagos con unos y otros, dándose á hacer lo que malamente, dice un escritor centro-americano, se ha llamado "política nacional" que consiste en contemporizar con todos y no quedar bien con ninguno.

A los pocos días los liberales se le retiraron y en periódicos y corrillos no se hablaba más que del *tirano que pretendía levantarse.*

Uno de los defectos de la Constitución fué el no haber fijado un distrito para las autoridades federales, ni el lugar en donde debían residir las primeras autoridades del Estado de Guatemala: de ahí las coliciones entre ambas autoridades, como la del 25 de julio de 1825.

Hablaremos ligeramente de ese incidente, para que se vea en qué estado se encontraban los ánimos por aquel entonces, cómo germinaban entre los patriotas el espíritu de la discordia y qué asuntos tan insignificantes ocupaban su atención.

Debían las autoridades, en el indicado día, reunirse en la iglesia metropolitana para celebrar con un *te deum* el aniversario de la instalación de la Asamblea Nacional Constituyente. Y aquella fiesta que prometía ser solemne y de general alborozo, en que los patriotas iban á dar gracias al Eterno por haberles concedido el beneficio de la Libertad, se convirtió en motivo de querellas y terminó con vejaciones y actos abusivos del Poder; ¡quién lo creyera! por un simple motivo de asientos.

Pretendía Arce que él y los miembros del Gobierno federal tenían derecho á los primeros sillones de preferencia á las autoridades del Estado.

Don Juan Barrundia, que ejercía la presidencia de este último y que según sus contemporáneos era un espíritu tenaz y terco, consideraba aquello como una mengua para él y los suyos. Se consideraba como en su casa y á las autoridades federales como hués-

pedes incómodos; y si bien es cierto que cedía el primer dosel y sus asientos al Presidente de la República y su gabinete, pretendía que el segundo le correspondiera á él y á sus empleados.

Arce no cejó y Barrundia mucho menos.

Le vino á este último la idea de celebrar la fiesta con todos los suyos en el templo de Santo Domingo, dejando á Arce la iglesia Catedral; pero el Presidente ya estaba sulfurado, creyendo que se le desairaba, que no se obedecían sus órdenes, que se le hacía oposición, que se le faltaba al respeto, é hizo intervenir á la fuerza armada para obligar á los renuentes á asistir á los oficios divinos, cosa que ni aun así logró, viéndose obligado á reducir á prisión á los más de ellos.

Reflexionando cinco años después, sobre aquel malhadado suceso, decía Arce en sus memorias:

"Confieso que un sistema nuevo en que la Administración está mal esta-

blecida y en que todos se creen dispensados de obedecer habría sido quizá más conveniente desentenderse de la oposición que se hizo, pues en verdad era una pequeñez; pero no le es dado al hombre atinar siempre, y á mí me pareció que el asunto era digno, á lo menos, de manifestar firmeza."

No hacía dos meses que el Presidente había tomado posesión de su cargo *y ya manifestaba firmeza*, es decir: ya abusaba de la fuerza, compeliendo á sus correligionarios con el rigor á que cumpliesen, no una ley sino una simple formalidad que tanto se prestaba al ridículo, y que "El Melitón," el periódico más intencionado y de más fina crítica que haya producido Guatemala, supo explotar con tanta gracia como oportunidad.

Como se comprende, este asunto y otros parecidos que por entonces tuvieron lugar no eran de gran trascendencia. Un poco de buena fé y otro tanto de buena voluntad por ambas

partes, habrían salvado aquellos conflictos, propios de gentes nuevas por cuyas venas corría la sangre de los españoles finchados y eternos formalistas.

Pero lo que preocupaba á los liberales era el aire altanero del jefe y sus secretos contubernios con los aristócratas: de ahí la oposición naciente que se le hizo por tales ó parecidas nimiedades y que, poco á poco, fué tomando cuerpo hasta convertirse en deshecha tempestad que dió por resultado la guerra civil, como luego lo veremos.

Durante la época colonial las rentas reales habían sido las siguientes: Derechos sobre el producto de las minas, llamados el *quinto* en estilo burocrático, Alcabala, Almojarifasgo, Tributo de los indios y de los pardos. Idem de la bula de la Santa Cruzada, Media annata, Impuestos sobre el tabaco, el añil y los naipes. Renta de papel sellado. Estancos de la nieve y de la

pólvora. Juegos de gallos. Derechos sobre oficios comparables ó reversibles. Además de estas rentas, y con motivo de la ruina de la Antigua Guatemala, Carlos III dispuso que para ayuda de la construcción de la nueva capital, se enviase de México un *situado* de cien mil pesos, como se hacía con Cuba, Chile y otras colonias pobres.

Al proclamar la independencia ya no había que contarse con esta última entrada, que dicho sea de paso nos costó bien cara, pues durante la fugaz dominación mexicana, Centro-América tuvo que devolver con creces aquella pequeña ayuda en presentes al Emperador, subsidios, empréstitos, pagos de la columna *protectora*, festejos de coronación, etc.

Las Cortes españolas, que temían el levantamiento general de los indios á la voz de los caudillos de la independencia, suprimieron el tributo que aquellos pagaban. La Asamblea Nacional abolió las medias annatas y los

derechos que se seguían cobrando sobre la bula de la Santa Cruzada, ó la redención de los cautivos, cosas imaginarias, pues ni habían en el mundo cruzado alguna contra los herejes ó los turcos, ni se redimían más cautivos apresados por los argelinos, cuyas piraterías estaban dominadas por los cruceros de las naciones europeas cristianas ribereñas del Mediterráneo. También se suprimieron los derechos del *quinto* y los del *apartado.*

Así es que para los gastos generales del Gobierno federal, no pudo contarse más que con los productos de la alcabala marítima que ascendían á $200,000.00, los de las rentas de pólvora y correos que producían una suma insignificante y los de la de tabacos que un tiempo habían constituido una pingüe entrada fiscal, pero por entonces estaba casi arruinada por la nueva planta que se dió á ese ramo en el 24. Pesaba además sobre la República una deuda interior de $3.726,114.

dente á fin de evitar el rompimiento definitivo entre uno y otro.

Pero todo aquello era inútil, pues Arce ya tenía preconcebido el plan que lo iba á conducir á la dictadura. En aquellos momentos de verdadera crisis, tenía éste tres vías expeditas.

Renunciar á la presidencia habría sidò un acto patriótico, pues así, sin duda, habría evitado á su país la guerra civil.

Volver sobre sus pasos y reconciliarse con sus antiguos amigos y continuar con ellos la revolución era un acto político que le aconsejaban sus antecedentes y aun su propio decoro; pero el Gobernante era muy orgulloso y creyó sin duda rebajarse confesando su equivocación, y se decidió por lo tanto á pasar sobre su propia fama y á echarse sobre los liberales, desarmarlos, aprisionarlos, romper la Constitución y deshacer de un solo mandoble la obra de la revolución liberal que venía operándose en Centro-América.

Sirvió de pretexto la conducta irrespetuosa y asaz altanera de un militar francés que se hallaba por entonces al servicio de la federación.

El coronel de ingenieros, Nicolás Raul, era un soldado liberal que durante 15 años había militado en Europa bajo las banderas de Napoleón Bonaparte y que tuvo que emigrar de su país con motivo de la Restauración. Raul era uno de aquellos soldados, mitad ambiciosos, mitad caballeros andantes de la libertad que al levantarse las colonias americanas contra su metrópoli, ocurrieron en legiones á prestar la ayuda de sus brazos y de sus luces á los insurgentes. En Colombia y en Chile algunos de estos valientes fueron de innegable utilidad á los patriotas hasta dejar sus nombres indelebles en la historia y dignos del respeto y del cariño de las posteriores generaciones: tales fueron, para no mentar más que á los más grandes: lord Coschrane, Wilson, Browne, Mac Gregor, O'Leary, Mac Kenna, etc.

En Centro-América, aunque no tuvimos que lanzarnos al campo de batalla para zanjar nuestras dificultades con España, no faltaron tampoco de estos adalides como Raul, Sachet, Pierson, Perks, Cáscara y otros que vinieron á ofrecer sus espadas al servicio de la República, inclinándose los más de ellos al lado de los liberales, á excepción de Cáscara, de origen italiano que había servido algunos años en el ejército español.

Raul fué contratado en Colombia por el doctor don Pedro Molina cuando este desempeñaba la plenipotencia de Centro-América cerca del gobierno que presidía el libertador Bolívar. Al llegar al país fué acogido con simpatías por sus ideas y por las recomendaciones de que venía precedido, empleándosele, desde luego, en el estudio de un plan de la organización del ejército que se trataba de levantar para el caso probable que tuviésemos que resistir la invasión, tantas veces

anunciada, que intentaba España. Raul era de un carácter altanero al mismo tiempo que de un genio extremadamente voluble en sus afecciones particulares. La gratitud del bien recibido no se contaba en el número de sus virtudes, siendo como buen francés, irascible y atropellado. De lo que no puede acusársele es de que haya faltado alguna vez á sus compromisos políticos. Liberal en europa, desde luego no podía congeniar con aquellos ampulosos criollos que tenían ínfulas nobiliares, pues él que había combatido contra la brillante nobleza de francia y contribuido á arrebatarle sus prerrogativasde seguro no era á propósito para entrar en acuerdo con los pseudo-marqueses y demás comparsa de realistas centro-americanos; así es que pronto se le vió unido á la oposición que en la hora á que hemos llegado trataba de aducir responsabilidades á Arce ante el Congreso y hacerlo descender del poder. La conducta del coronel

Raul, en aquellas circunstancias, fué por demás censurable y nosotros no encontramos nada que lo disculpe, siendo como era un militar y un extranjero que recibía sueldo del gobierno constituido de la nación. Desconfiando Arce de él lo había comisionado para que pasase al norte á estudiar el estado de la defensa de nuestras costas por aquel lado. Raul comprendió que aquella comisión equivalía á un confinamiento en un lugar tan mal sano como es el en que está situado el castillo de Omoa. El congreso que contaba con el militar francés con un brazo fuerte, probablemente para fines ulteriores, se opuso á su partida; pero Raul debió marchar, y en efecto marchó á Omoa, en donde permaneció algunos días, airado contra lo que llamaba tiranía del Presidente y temeroso de atrapar una fiebre en equellos pantanos del mar Caribe.

Pronto se le vió de regreso en Gualán sin el permiso correspondiente;

desde cuyo punto mandó al Ejecutivo la renuncia de su puesto en términos descomedidos. Indigna á la verdad leer sus cartas dirigidas al Gobierno por aquella época; aquello era el lenguaje de un rebelde que ha perdido toda consideración á las autoridades; y, cualquiera que haya sido la conducta política de Arce en aquellos días, creemos que hizo muy bien en prenderlo y hacer que se le siguiese causa por insubordinación.

Pero Arce hizo más: á pretesto de que la señora Teresa Alvora, esposa de Raul que solicitaba que se trasladase á su marido de Gualán donde estaba preso, á esta capital, y que en momentos de exaltación había amenazado á don Atanasio Urrutia, auditor de guerra de la federación con un movimiento revolucionario en el cual él, Urrutia, sería la primera víctima, Arce la dió por encendida, y el dicho de aquella mujer acongojada é imprudente le dió motivo para llevar á cabo el plan que venía meditando.

En efecto, con fecha 5 de septiembre el Presidente firmó una resolución cuya parte dispositiva, contenía, entre otras cosas, lo siguiente: "Que se acuartelasen en esa noche con la mayor reserva á todas las fuerzas de la capital; que se preparasen municiones competentes para que pudieran obrar los cuerpos de artillería, infantería y caballería; que puesto todo en orden se procediese á arrestar al Jefe del Estado ciudadano Juan Barrundia; que en el caso de resistencia, *se obrase fuertemente* hasta concluir el arresto y la ocupación de las armas que aquél tuviese, y que cumplida esa disposición la fuerza se mantuviese en pié hasta nueva orden."

Estas disposiciones se tomaron con el mayor sigilo y la orden del Presidente fué cumplida al pie de la letra. La casa de Barrundia que vivía con su hermano, el Senador, fué allanada por dos veces, rompiéndole las puertas y registrando los armarios y otros luga-

res secretos. Don Juan Barrundia que aún se encontraba en la cama fué levantado atropelladamente de ella, y entre insultos y desacatos se le condujo preso á Palacio en donde se le encerró en un cuarto indecente. Lo mismo se hizo con el Teniente Coronel don Gregorio Salazar, de cuya casa se extrajeron algunas armas, y con el Coronel Jonama. Al doctor don Mariano Gálvez se le buscó por toda la capital y como no se le hallase se dió orden á los alcaldes del pueblo de San Sebastián en donde se suponía que se encontraba, de que lo prendiesen.

La ciudad se despertó amedrentada ante el espectáculo de terror desplegado por Arce y que hacía temer una general conflagración. La plaza de armas estaba coronada con una fuerza respetable; los cañones del dictador apuntaban desde las bocas-calles y los batallones en sus cuarteles descansando sobre las armas y aguardando órdenes.

Tal fué aquel famoso golpe de estado que sumió á los liberales en momentaneo estupor.

La capital, al mismo tiempo que último asilo y baluarte de los aristócratas, era un foco de fanatismo religioso, siendo el Arzobispo Casaus y Torres el jefe de aquel movimiento y sus corifeos los padres don Tomás Beltranena y don Ignacio Saldaña, dos de los eclesiásticos más intolerantes que ha tenido Guatemala. Ellos se introducían por todas partes, desde las más elevadas y nobles casas, hasta las humildes chozas de los barrios, ponderando como el colmo de la herejía, las disposiciones de la Asamblea del Estado que por una serie de actos legislativos suprimió el servicio y las raciones de los curas; abolió la exención de que gozaban y de que abusaban las iglesias y monasterios de no pagar alcabalas sobre los productos de sus ingenios de azúcar y haciendas de ganado; redujo la contribución del diez-

mo á la mitad; determinó que los hijos ilegítimos, aunque estos fuesen de seglares ó frailes, pudiesen heredar bajo testamento ó ab-intestato; limitó la admisión de jóvenes en los conventos, disponiendo que no pudiesen ingresar en ellos las jóvenes menores de veintitrés años, ni profesar sino hasta tener veinticinco cumplidos; prohibió bajo pena de expatriación el que los prelados regulares de Guatemala se comunicasen con los generales de su orden existentes en España y les prestasen obediencia; y por último, dictó severas medidas para que el arzobispo no siguiese comunicándose con la madre Teresa, monja carmelita de esta ciudad, de la familia de Aycinena, declarada ilusa por el papa Pio VII y que traía alborotadas á las buenas gentes de esta tierra con sus profecías, su comunicación con los ángeles y otras patrañas que le daban olor de santidad.

Todo esto se tenía en la curia eclesiástica de Guatemala en concepto de ataques á los derechos de la iglesia y de su prelado, y por lo tanto, la Asamblea que tales medidas había dictado, pasaba á los ojos de los fanáticos por herética y excomulgada.

Figúrese, pues, el lector el alborozo y alegría que el arresto de don Juan Barrundia y la persecución de los liberales causarían entre aquellas gentes sencillas aguijoneadas sordamente por los indicados sacerdotes, que tuvieron la astucia de formar una pesada atmósfera de recelos, odios y rencores religiosos al rededor de los autores de las disposiciones relacionadas las que con razón, han sido calificadas por el señor Marure como unas de las que más honor hacen á Guatemala.

Esos trabajos de zapa tan hábilmente urdidos no podían limitarse tan solo á la capital, pues repercutiéndose en los departamentos fueron, sin duda

alguna, la causa de la espantosa catástrofe que tuvo lugar pocos días después en la ciudad de Quezaltenango, en donde el vice-jefe don Cirilo Flores fué lapidado por una horda de mujeres fanáticas, asuzadas por los frailes franciscanos de aquella provincia, en el interior de la iglesia parroquial y á los gritos de ¡viva la religión! ¡mueran los herejes!

Aquel estupor de los liberales de que hablamos en uno de los párrafos anteriores no fué más que momentáneo. Don José Francisco Barrundia, á quien ya conocemos por sus ardores tribunicios, vió en la prisión de su hermano, el jefe, un atentado de lesa-patria.

Con tal motivo en un escrito que revela ira patriótica se presenta ante el Senado de que era miembro conspicuo, increpa duramente á Arce, lo acusa de sus medidas violentas que él considera inconstitucionales y por lo tanto tiránicas, diciendo:

"Quiero que conste ante el Senado la manifestación terrible de los atentados y crímenes cometidos por el poder público y por agentes de este mismo poder. Quiero reclamar la Constitución hollada en el polvo, la República á merced de un hombre violento y sin freno, y la guerra civil con todos sus horrores, como único medio de oponer al dominio absoluto y arbitrario del que ha establecido una horrible dictadura."

Barrundia terminó con esta amenaza: "Si el Senado está disuelto ó no me oye, hablaré á la Nación, tomaré en su caso la espada para defender la libertad y acabaré de ser víctima de un ciudadano ya que no lo fuí del extranjero."

Arce, ó creía tener la razón y la ley de su parte, ó tuvo miedo de extremar sus medidas, como mal aprendiz de tirano. Lo cierto fué que pocos días después puso en libertad á Barrundia en vez de pasar en tiempo al acusado

con la causa ante la Asamblea que era la que lo debía juzgar. Publicó asimismo una serie de proclamas y documentos que hemos tenido á la vista, en los que nada había de concreto, sino que todo se reducía á conjeturas ó chismes de vecindario, tales como aquel dicho de la esposa de Raul que hemos citado que es el motivo más fuerte de acusación que se presenta contra los liberales achacándoles conatos revolucionarios.

Don Manuel Montúfar que por ese tiempo era ya uno de los partidarios de Arce y que aplaudía el atentado contra los liberales *como un golpe maestro de aquellos que afianzan el orden*, comentándolo algunos años después en sus "Memorias de Jalapa," lo califica como un acto ridículo, verdadero parto de los montes que dió por resultado que desde ese mismo momento todos los que se habían comprometido, es decir los serviles, comenzasen á temer y á dudar para lo sucesivo.

¡Cuán pronto principiaba á cosechar el desdichado Arce el resultado de sus traiciones!

Para seguir paso á paso todos los actos que fueron desarrollándose desde fines del año 26 y todo el siguiente necesitaríamos escribir un libro. Mas como no nos hemos propuesto hacer, sino un estudio político-biográfico del primer Presidente de la Federación, tenemos que limitarnos á marcar los puntos más salientes de aquel movimiento reaccionario á que dió origen el atentado de 5 de septiembre, la guerra civil en que las provincias del Salvador y Honduras se lanzaron contra la de Guatemala, la ocupación de esta plaza por el General Morazán el 13 de abril de 1829 y la proscripción de Arce y todos sus concejeros del territorio de la República.

La muerte del vice-jefe Flores de que ya hemos hablado, dejó acéfala la gobernación del Estado de Guatemala, cosa muy del agrado del dictador.

En Honduras gobernaba un liberal, pariente de Arce, y uno de los patriotas más puros y mejores gobernantes que ha tenido Centro-América, que en aquellos tiempos de la gran patria gobernó sucesivamente en el Estado á que nos hemos referido, en Nicaragua y en El Salvador. Se llamaba don Dionisio Herrera.

Herrera hacía sombra á Arce y de seguro no estaba con él en su atentado contra la República; de allí que, bajo pretextos más ó menos capciosos mandó fuerzas federales á Comayagua, que dieron por resultado la toma é incendio de esa plaza y la guerra civil; en El Salvador los agentes de la reacción guatemalteca obraron de tal modo que aquel Estado también se puso en armas; en Nicaragua no se necesitaba de tanto, pues allí si en ese momento no estaba encendida la revolución, sí se hallaba latente y Arce creía gozar aun de grandes prestigios

en aquel Estado para arrastrarlo en los fines que tenía preconcebidos.

De hecho había destruido la Federación y se proponía, por medio de las armas, el imponer el centralismo.

Había pisoteado la ley constitutiva y sin embargo, hombre sin valor para el bien como para el crimen, todavía la invocaba, pues disuelto el Congreso convocó uno de nuevo para la villa de Cojutepeque, alterando la base de la elección, pues en vez de un diputado por cada treinta mil como mandaba la carta fundamental, ordenó que se eligiesen dos.

El Presidente en la embriaguez de su triunfo se creía omnipotente. Salvador de la patria y futuro restaurador del orden lo llamaban ya los serviles. Pero uno y otros olvidaban que en el recinto de la Corte superior de justicia tenían asiento unos varones probos que no dejarían pisotear la ley suprema del país sin una severa protesta. Esos varones justos, esos

jueces intergérrimos se llamaban: Nicolás Espinoza, José Antonio de Larrave, José Venancio López, José Moreno y Francisco Javier Valenzuela, que dieron un ejemplo de rectitud y entereza que debieran tener presente todos los magistrados en la hora de conflicto con los tiranos.

La convocatoria de un nuevo Congreso decretada por Arce era en concepto de aquéllos, ilegal, y como la ley los tenía encargados "de sostener con toda su autoridad la Constitución federal de la República y ser fieles á la Nación y al Estado," aquellos ciudadanos modelos de buenos jueces protestaron de la conducta de Arce, en acuerdo de 13 de octubre de 1826, que es digno de eterna recordación y que dice así:

"Teniendo en consideración que la principal base de la sociedad civil, del orden público y de las garantías individual. es es el exacto cumplimiento de la Constitución adoptada: que

el Presidente ha infringido la de esta República desconociendo el Congreso federal legítimamente convocado y convocando otro á su arbitrio; que semejante conducta, dando un ejemplo funesto á los depositarios de la autoridad, abre al mismo tiempo la puerta á los estragos del despotismo y á los horrores de la anarquía: y que hallándose en esta misma ciudad el Supremo Poder Judicial del Estado de Guatemala, su silencio podría calificarse de una aprobación tácita, acordamos: manifestar á la Nación que esta Corte, no reconoce en el Presidente de la República facultades para la convocatoria que ha hecho por su citado decreto."

No obstante esta protesta viril se verificaron las elecciones para diputados al Congreso, que no llegó á reunirse en Cojutepeque, pues la República entera se conmovió muy pronto por la guerra civil.

No sucedió otro tanto con las autoridades departamentales de Guatemala. El asesinato de don Cirilo Flores y la dispersión de los diputados de este Estado, desorganizó completamente la administración, y Arce dispuso que se eligieran otras nuevas, obteniendo fácilmente el triunfo como era de preveerse.

Don Mariano de Aycinena, el principal instigador de la anexión á México, fué electo Jefe de Guatemala, y por renuncia de don José Francisco Córdova, quedó nombrado vice-jefe don Manuel Montúfar, aunque no llegó á tomar posesión del cargo, pues este jefe se hallaba en el ejército de Guatemala, por entonces en movimiento contra el Estado de El Salvador que se había levantado en armas.

Esta nueva infracción de la ley dió motivo, á que los individuos mencionados del tribunal de justicia pasasen á la nueva Asamblea otra nota enérgica en que protestaban contra los

abusos de Arce y hacían palpable su ilegalidad.

"La Corte está bien penetrada, decían, de que sólo conserva el orden, la tranquilidad y todas las ventajas que da la sociedad, la observancia de la ley.

"La propia Corte se fatiga y entristece al ver las ocurrencias que han sucedido: al considerar el sacudimiento que ha recibido la República, y las consecuencias que son naturales, y no puede desconocerlas aun el menos experto de la ciencia de calcular. Los magistrados están bien lejos de personalizar el grave asunto que ha llamado su atención: protestan que la promesa que han hecho á Dios y á los hombres les obliga á la presente manifestación; y si encontrasen arbitrio para continuar de simples espectadores lo harían con gusto. Si la resolución de la Asamblea fuese, cual no es de esperar, en oposición de la Constitución, la Corte no tiene poderío alguno; sus individuos están resueltos á mantenerse pa-

cíficos y retirarse á seguir una vida privada con la satisfacción de haber practicado lo que podían."

Pero ya en el camino de los abusos y en plena dictadura, los agentes de ésta, congregados en Asamblea compuesta toda de serviles, dictaron un decreto inícuo, cuya parte resolutiva, contiene los siguientes puntos:

"1º Que se diga á la Corte que inmediatamente preste el reconocimiento debido á las Supremas Autoridades legislativa y Ejecutiva del Estado; 2º que el reconocimiento de la Corte Superior de Justicia sea llano: en tribunal pleno con sus dos cámaras reunidas; que dentro de veinticuatro horas de recibida esta orden avise el tribunal de estar cumplimentada; que el Gobierno al comunicarla cuide de documentarla á efecto de justificar la hora en que la Corte la reciba, etc."

La presión no podía ser mayor ni más escandalosa. Aquella Asamblea intrusa sostenida por las bayonetas de

Arce, creyó infundir pavor á los magistrados, los más de ellos ancianos, hombres de poca acción y que no se habían visto mezclados en el furor de las contiendas revolucionarias; pero nada consiguieron. Aquellos dignos hombres cumplieron lo que habían prometido, y no queriendo quebrantar sus juramentos hicieron dimisión de sus empleos, retirándose á sus casas á esperar tranquilos las decisiones del tirano.

Arce los sometió á un Consejo militar que los condenó á la dura pena de la deportación, medida que se hubiera ejecutado á no ser el disgusto general del pueblo que se dolía de tales extremos.

Y ya que por desgracia Arce había llegado á tal punto no le quedó más remedio que cerrar los ojos y entregarse por entero á lcs enemigos de la república.

Entonces prerenció el país una serie de actos á cuales más abusivos. Enton-

ces se desencadenó la reacción con todos sus furores.

Fué aquella una *reacción colonial*, pues en el ejército encontraron grados los españoles ó españolistas que habían luchado contra la independencia ó á favor de la anexión al imperio mexicano. En efecto fué favorito de Arce desde ese momento el español don Tomás Sánchez, en concepto de Teniente Coronel. Este hombre había sido cómplice en México del padre Arce en una conspiración monárquica; en el año de 22 bajo el mando del general Filísola, atacó á los salvadoreños anti-imperialistas, en el de 27 asesinó en Malacatán á multitud de patriotas inermes y por último fué á morir bajo als trincheras de Milingo.

El español Barriere que en el año de 21 había puesto preso al mismo Arce en San Salvador, encontrándose de Intendente, se reconcilió con éste, fué dado de alta en el ejército y también halló la muerte en Milingo. Don

Lorenzo Romaña, español casado con una criolla y conocido por iguales tendencias que las anteriores fué ascendido á Coronel; el célebre don Antonio del Villar, aquél fiscal inícuo que pidió la pena de muerte para muchos de los conjurados de Belem, que en 1822 oprimió á los liberales de Nicaragua, que resistió en 1821 á jurar la Independencia y no la juró nunca pues prefirió irse á la Habana en donde murió, obtuvo el mando en jefe del ejército de Arce; y así se ocuparon Juan Manuel Ubieta y á Ramón Guzmán, á un tal Fernández, traidor en Honduras á don Dionisio Herrera, y á otros empedernidos españolistas.

Fué aquella, además, una *reacción terrorista*, pnes se decretaron medidas de proscripción contra el doctor Pedro Molina, Antonio Rivera Cabezas. Miguel Ordóñez, Isidoro Saget, Pedro Esteban Moliua y Juan Rafael Lambur.

Pierson, Teniente Coronel de caballería y Comandante general del Es-

tado, fué fusilado en el llano de San Juan de Dios, el 11 de mayo de 1827; y un pobre oficial de la milicia activa llamado Isidro Velasco, sufrió la misma pena el 30 de abril de aquel año desdichado. Larga fué la lista de las persecuciones y prisiones de todo aquél que había militado en las filas liberales. Los dos Barrundia anduvieron prófugos, lo mismo que don Manuel Julián Ibarra, y fueron presos en varios departamentos José Mariano Vidaurre, presbítero José Eusebio Arsate y Carlos Gálvez, diputados, los primeros del Estado de Guatemala y el último del Congreso federal. La misma suerte corrieron el Jefe Político de Totonicapam don Juan J. Gorris, los capitanes Angel Sánchez, Manuel Figueroa y Mariano Lorenzana, los tenientes José Castillo y Doroteo Corzo y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Y esa inquina no se limitó tan solo á la Capital contra los liberales, pues en El Salvador sufrieron igual suerte el

senador don José Mariano Méndez que fué también destituido de su curato, y sesenta personas más, connotados por enemigos de Aycinena. El jefe de Estado de Honduras don Dionisio Herrera fué conducido preso á Guatemala y don Santiago Milla agente de la aristocracia en aquel país, mandó desterrados al puerto de Omoa cerca de treinta patriotas. Cleto Ordóñez, oriundo de León y coronel del ejército federal fué puesto fuera de la ley, y lo mismo sucedió con Cayetano de la Cerda, á Juan Hernández y á Juan Bendaña, todos nicaragüenses.

Fué aquella una *reacción de pricinpios*. Ya hemos dicho que conforme á la Constitución federal la emisión del pensamiento era libre ya fuera por la palabra ó por la imprenta, lo mismo que las reuniones de los ciudadanos que se congregasen para tratar de la cosa pública. Pues bien, la Asam blea Legislativa emitió en marzo de 1827 dos decretos fulminantes amena

zando con la prisión ó con la muerte á los que de viva voz ó por escrito desconociesen á los nuevos gobernantes, así como contra los jueces que no castigasen inmediatamente dichos actos, ó contra aquellos que no los denunciasen oportunamente.

Fué una *reacción clerical.* Arce y sus antiguos amigos pasaban hacía mucho tiempo por herejes, y el Arzobispo y el clero les tenía ojeriza por ser autores de las leyes que suprimieron el fuero eclesiástico y otras tantas prerrogativas de que ya hemos hablado en anteriores páginas. El nuevo dictador, olvidando esas antiguas enemistades no tuvo embarazo en perdonarlas y para hacerse perdonar sus faltas mismas no puso obstáculo en que se desconociesen las leyes de la anterior legislatura encaminadas á suprimir los abusos del clero. Así fué como se expidió con fecha 4 de septiembre una disposición en que Aycinena decía lo siguiente:

"1º Que se ruegue y encargue al P.



MARIANO DE AYCINENA.

Arzobispo que proceda, conforme los cánones, contra los contumaces que sin respeto á sus edictos ya publicados, introducen ó retienen los libros ó estampas que se han prohibido en aquellos. 2º Que las autoridades civiles y militares, requeridas que sean por la eclesiástica, recojan los mismos libros y estampas del poder de sus respectivos súbditos. 3º Que sin otra justificación que la aprehensión real, se aplique á los tenedores la multa de diez pesos por la primera vez, veinticinco por la segunda y cincuenta por la tercera; y en defecto de medios para pagar la multa, otros tantos días de arresto en la misma proporción. 4º Que el producto de estas multas, se destine á beneficio del Hospital Militar; y los libros y estampas se quemen en presencia de los ministros de ambas autoridades. 5º El ministro de policía queda encargado de la ejecución de este decreto y lo mandará imprimir, publicar y circular."

La contribución del diezmo quedó restablecida en su antiguo ser. Por decreto de 11 de septiembre se declaró como insubsistente la ley de 20 de junio de 1825 que, como ya hemos dicho, fijaba edades para el ingreso en los conventos de religiosos y la que se debía tener para poder profesar en ellos. En fin, parece que aquella Asamblea tuvo por objeto el deshacer todo lo bueno y radical que se había hecho durante la anterior. Estudiando todos los actos legislativos emitidos en aquel período se ve que nada de positivo ni de nuevo se hizo durante él, pues ni se tomaron providencia respecto á la enseñanza pública que había tenido momentáneos florecimientos durante la administración de Valle y que después vino tan á menos hasta llegar á un estado lastimoso, ni sobre otros asuntos de tan capital importancia.

En efecto, ya desde el año de 24 se habían hecho esfuerzos para introducir

el sistema lancasteriano, por entonces muy en boga en las escuelas. El Congreso había públicamente expresado su determinación de transformar la vieja rutina de la enseñanza, nombrando comisiones para que dictaminasen sobre tan importante asunto, escribiesen textos nacionales ó tradujesen algunos extranjeros para uso de las escuelas nacionales. Entonces se fundó un colegio militar, el primero que tuvo Centro-América; se hizo venir del extranjero un profesor de Mineralogía, se establecieron las clases de arquitectura y de química, la primera bajo la dirección de don Santiago Marqui el arquitecto de la Catedral de Guatemala, y la segunda bajo la de Mr. J. B. Fourconier; y por último, se pusieron las bases para el establecimiento de una escuela de artes y oficios.

La enseñanza primaria había tomado relativo auge, pues, en noviembre del citado año 24 ya se contaba en solo la capital diez escuelas á las que

asistían seiscientos setenta y dos alumnos.

En la época en que Arce dió su golpe de Estado, el viajero inglés Henry Dunn visitó el país, y entre otras cosas que en la relación de su viaje dice, se encuentra lo siguiente: "No hay en la capital más que dos escuelas para niños, cuyos maestros gozan de la dotación de quinientos pesos anuales. Los que hoy regentan estas escuelas son dos viejos ignorantes que las dirigen bajo el antiguo sistema español. Una gran porción de tiempo se dedica á los niños á recitaciones religiosas, ó á lo que aquí se denomina enseñanza de la doctrina cristiana. El número de muchachos que concurren á ellas con bastante irregularidad, apenas llega á cuatrocientos. El estado desastroso porque atraviesa el país, la falta de recursos, la secreta hostilidad del clero, y la indolencia del Gobierno, hacen creer que este estado de cosas se prolongará por mucho tiempo."

Así pues, todo pareciá confabulado contra el país. Las esperanzas de los patriotas de verlo regenerado por la libertad y por el progreso, casi estaban desvanecidas. El clero había recobrado su antiguo predominio: los escándalos del convento de santa Teresa se hacían mayores cada día; ninguna luz de civilización clareaba en el horizonte, pues hasta las mismas funciones teatrales eran censuradas, por considerárselas como inmorales y contrarias á las buenas costumbres.

Pero ¡ay! que la cosa no paraba en esto tan sólo. La república se hallaba en plena anarquía revolucionaria. Fuerzas salvadoreñas invadieron el Estado de Guatemala, hasta llegar á la villa de Guadalupe, que dista de la capital menos de una legua. Esta ciudad se puso en armas, acordándose de los desmanes de otra columna, procedente del mismo origen, que en el año 23 vino á auxiliar á las autoridades federales con motivo de la intentona de

Ariza. Pero esta vez venía en son de guerra, con Raul á la cabeza, aunque el mando nominal se había dado á un militar oscuro, y Arce supo escarmentarlos derrotándolo á los invasores en Arrazola, el día 23 de marzo de 1827, ocasionándoles más de cincuenta muertos, ochenta heridos, y tomándoles su artillería, parque, considerable número de fusiles y muchos prisioneros.

El pánico fué grande en la ciudad en aquellos días. Se improvisó un ejército de tres mil hombres, y turbas de mujeres furiosas encabezadas por los frailes que se hallaban igualmente excitados, recorrían las calles alentando á los débiles, insultando á los cobardes y lanzando gritos frenéticos contra los liberales, causa de aquella irrupción de los provincianos, enemigos, según ellos, de la capital y de la religión.

El triunfo causó en la ciudad amedrentada una reacción equivalente al miedo que en la víspera la tenía sobrecogida.

"A las diez de la mañana, dice "El Indicador," ya los repiques, los cohetes y las salvas habían anunciado el triunfo: las calles de la ciudad se hallaban llenas de gente que corría animada de la alegría y satisfacción naturales después de un suceso semejante; y el patriotismo se veía pintado con los colores más vivos en todas las caras."

¡Oh Providencia! exclamaban los serviles. Tú velas en nuestro favor y ayuda: tú nos proteges visiblemente: tú no permitirás que la ambición, la envidia y el odio, triunfen de la justicia y de la inocencia.

En la tarde del propio día y en el siguiente, Guatemala no se ocupó más sino en oficios de piedad, según relatan los papeles de la época. Los muertos del ejército federal fueron enterrados en los conventos de religiosos, por la prestación espontánea de los regulares de los indicados asilos; los más notables de ellos encontraron su

última morada en la parroquia principal, y el mismo Arzobispo Casaus y su cabildo metropolitano no desdeñaron el celebrar solemnes honras fúnebres en la capilla del Sagrario, anexa á la iglesia Catedral. Las monjas de los conventos mandaron palmas y coronas, tegidas por sus manos virginales, para adornar los féretros de aquellos héroes á quienes tenían por mártires, y *Guatemala lloró sobre su tumba,* dicen los redactores de "El Indicador," de cuyas columnas tomamos estos datos.

Arce era el héroe del día. Hasta entonces, usando de su traidora política, había puesto en derrota á los liberales en el congreso. Estos se hallaban ó fugitivos, ó presos, ó confinados en la Antigua como el Dr. Gálvez y don Carlos Salazar. Los consideraba subyugados, pues, y él triunfante, con un pie sobre la facción de los fiebres y tendiendo su mano protectora á los aristócratas que en ese momento lo

endiosaban dándole el título de benemérito de la patria y entonando en todas las casas de los serviles, himnos de alabanza por sus virtudes heroicas y por sus proezas de guerrero.

El soldado vanidoso se lo creía todo y él lo dijo, ó se lo hicieron decir que en aquel entonces *sus miras eran extensas y su cabeza estaba llena de una gloria futura.*

Esas miras y esa gloria tendían á dominar á los Estados de la federación é imponerles por medio de su voluntad arbitraria el régimen del centralismo.

Pero la gloria alcanzada en la jornada del 23 de marzo fué fugitiva. Aquella hada veleidosa no hizo más que colocarle en su frente una corona para hacer más ridícula y oprobiosa su caída. Los que lo adulaban y endiosaban iban á arrojarlo del poder por inepto.

La guerra continuó con varios sucesos, los más de ellos de escasa impor-

tancia. Ya sea porque no quisiese ó porque no pudiese, Arce no persiguió á los fugitivos de Arrazola y aguardó un mes para situarse en Apopa, pueblecillo cercano á la capital de El Salvador. Mientras tanto el ejército de ese Estado se reorganizó y se hizo fuerte, preparándose para rechazar el ataque que iba á hacer contra sus atrincheramientos el ejército federal; y efectivamente, cuando después de muchas dudas, vacilaciones, pasos ineptos, concesiones extemporaneas, armisticios aceptados bajo pretexto de miras humanitarias y burladas al siguiente día, Arce se decidió al fin á emplear la fuerza y cumplir su promesa de pacificar á la República, no consiguió más que irse á estrellar miserablemente contra las trincheras de Milingo, en donde hallaron la muerte tres de los jefes españolistas que tenía á su servicio y en la que los soldados guatemaltecos, al decir de sus mismos enemigos, lucharon heroicamente hasta

llenar con sus cadáveres las fosas de las trincheras sobre los que sus compañeros pasaban, caían y morían también, peleando con un ardor digno de mejor causa y de otro jefe que no aquél ambicioso y desleal, que ni servía para político ni mucho menos para militar.

Arce fué derrotado en Milingo, y no se detuvo en su huida sino hasta Mataquescuintla, en donde reunió los restos de su mermado ejército y quiso reorganizarse para una nueva intentona. Los jefes que lo rodeaban y fiscalizaban, pertenecientes á las familias de la aristocracia guatemalteca, murmuraban de él. En la metrópoli, en donde tanto se habían prometido del valor y estrategia de su héroe de un día, los nobles se arrancaron coléricos la venda que cubría sus ojos, y no queriendo verse arrastrados á la ruina por aquél fanfarrón, lo obligaron á que abandonara el mando del ejército y volviera á hacerse cargo del poder ejecutivo, cuyo ejercicio había depositado en manos

del vice-presidente de la república, según la Constitución.

Arce tuvo que obedecer y la capital lo vió regresar y ocupar de nuevo su puesto, cariacontecido y con sus laureles marchitos.

Desde entonces no fué en el poder más que una figura de relumbrón. Los nobles se le habían envalentonado y subídosele á las barbas. Ya casi no se contaba con él para nada. La guerra continuaba, es verdad, cada día más iracunda y devastadora. Todos los escritores de la época están de acuerdo en decir que la situación de la república era por demás desconsoladora, pues la anarquía había cundido, y de un confin al otro del país no se oían más que gritos de desesperación ó amenazas de esterminio.

Pero hemos prolongado, quizá más de lo que conviene á un estudio biográfico, la relación de los acontecimientos en aquellos luctuosos días, que cada vez que los estudiamos nos causan

penosa y amarga impresión. Procuraremos ser más lacónicos en lo que sigue hasta llegar al suceso final.

Arce comprendió la situación desairada á que lo había llevado su impericia, y queriendo salvarse de ella é imponerse de nuevo, recurrió á un arbitrio que no hizo más que precipitar su caída.

Amenazó con retirarse del poder, creyéndose todavía necesario; y los astutos de los serviles, que no deseaban otra cosa, le tomaron la palabra desde luego.

La Asamblea del Estado, que por entonces se hallaba reunida, y á la cual el Presidente se había dirigido en son de consulta sobre su retiro temporal, no se hizo esperar mucho tiempo en su contestación, que es digna de leerse y de meditarse, pues jamás transfuga alguno ha sufrido mayor bofetón moral que aquél que le dieron los serviles.

El documento es extenso, y por eso no lo insertamos íntegro. Leído con

frialdad y sin pasión, aquello, desde luego, encierra burla y denota cansancio y desprecio por el Presidente.

Le dicen: "Este paso franco y generoso de usted, ha prevenido en cierto modo á la Asamblea, que meditaba excitar hoy mismo el patriotismo y desprendimiento del C. Presidente; á fin de que ofreciendo á la patria un nuevo sacrificio, tuviese á bien adoptar la medida que por ahora parece capaz de ocurrir á todo y de conciliar con el estado de la opinión la existencia del Ejecutivo general."

La Asamblea, por medio de sus secretarios, le protesta al Presidente su afección y sus respetos; le dice que le será muy sensible su separación del poder, pero en seguida descarga sobre él todas las responsabilidades de la mala situación de la república; le hace ver que desde el año de 26, y *todo por efecto de una prevención contra su persona*, el Gobierno ha sufrido una guerra ruinosa y destructora; que esa

prevención aumenta cada día; que por causa de continuar él en el mando se dificultan los recursos necesarios para la guerra, y ha puesto á las autoridades muy cerca de perder sus prestigios; que él mismo los ha perdido enteramente en el ejército y que por lo tanto cree *de absoluta necesidad* que se retire del mando, si es que quiere evitar en algún modo la ruina que amenaza á la patria.

Supóngase como recibiría aquella misiva este personaje, para quien comenzaban las amarguras que deben causar en una alma como la suya, la ingratitud de los hombres.

El había sacrificado á los nobles todo lo que de glorioso tenía en su pasado. Por ellos hasta fué traidor á sus amigos. Por ellos había amado á los que ayer aborrecía y persiguiera. Y todo, ¿para qué? Para que al siguiente día se burlasen de él; para que lo expulsasen del poder, con formas exquisitas, es verdad, pero no por eso

menos zahirientes; para que lo hiciesen bajar de las alturas, sin prestigios, sin amigos y quizá sin esperanza de reconciliación, con los unos, por el odio, con los otros, por el desprecio y la infamia.

El atribulado presidente quísose resistir, pues se conoce que á última hora le vino la reacción del arrepentimiento por el paso falso que había dado.

Pero ya era tarde: la Asamblea se había declarado en sesión permanente y ya no le pidió, sino que lo requirió, á efecto para que le dijese terminantemente cuáles eran sus propósitos, *para que en su vista, pudiera dictarse por parte de la misma asamblea la resolución que más conviniese á los intereses del Estado.*

Arce que en sus memorias se muestra tan resentido con los liberales, casi nunca habla de los conservadores, y cuando lo hace es en son de elogio. Sin embargo cuando trata de este asunto tan doloroso para él, no puede menos

de manifestar su resentimieuto, dejándolo traslucir en las siguientes frases: "Yo busqué en la Asamblea un consejo que me ayudase á acertar en aquellas difíciles circunstancias, y ella me dirigió un pronunciamiento tan precipitado, que se atrevió á decir: *que me sirviese comunicar mi resolución en todo el resto del día, para que en su vista pudiera dictarse por parte del mismo cuerpo la que conviniera.* Era necesario tomar algunas horas para deliberar en un asunto de tanta gravedad, y desde luego me ocupé de preparar una comunicación en que declaraba: que la paz decretada por el S. P. E. estaba pendiente: que actualmente se trataba de ella, y que dentro de cinco días se sabría si se ajustaba ó se comenzaban de nuevo las hostilidades: que el deseo de no interrumpir esta negociación, era el único motivo porque el Presidente se resolvió á separarse totalmente de la administración cuando supo el fatal acontecimiento de Jalpatagua, y

este mismo deseo era el que en el día le obligaba á no desprenderse voluntariamente del ejercicio del poder. Mas los miembros de la expresada Asamblea en su mayoría, no estaban en capacidad de conocer lo que hacían, y sin detenerse en ninguna consideración, pasaron un requirimiento á la secretaría de relaciones, reclamando mi determinación, porque en el calor de sus errados cálculos la menor demora los consumía, y se me avisó al mismo tiempo que estaba dispuesto un decreto, separando el Estado de la Federación de los demás, que equivalía á decretar la destrucción de la República."

De ese modo, pues, fué expulsado Arce del poder. Desde ese momento el hombre en otros días tan temido y tan ensalsado se convierte para los conservadores en un objeto de burla. El tenía la nostalgia del poder que se lo habían birlado tan descaradamente, y para recobrarlo de nuevo se dirigió

á Beltranena que lo hábía sustituido reclamándoselo. "Se me contestó, dice, en frases no claras, rehusando devolverme las funciones que la nación me confió, y como no pudiese ser que en este asunto faltara la claridad, insté para que se me respondiera sí ó nó con franqueza."

Y no se le contestó con la franqueza que deseaba, ni se le dijo sí ó nó.

Lo cierto fué que Beltranena fundándose "en que no había autoridad que decidiese si Arce debía recobrar el mando" retuvo éste y redujo al desdicado Preiidente á la condición de simple ciudadano, enemigo de tirios y de troyanos.

Arce estaba despechado y tuvo la avilantez de abocarse con el Dr. Gálvez, que era el alma de la contrarevolución, y que se hallaba confinado en la Antigua, para unir sus fuersas contra los serviles que lo habían burlado del modo que dejamos expuesto. Pero aquellos ya no lo creían ni bajo su

palabra, é hicieron poco caso de sus insinuaciones. Entonces, se dirigió al Salvador, aguardando sin duda auxilio de su antiguo amigo el Dr. don Matías Delgado. Como caminara sin pasaporte, requisito indispensable en que aquella época, lo detuvo una fuerza federal en el tránsito, y de allí el motivo de quejas y lamentos de aquél que siendo aún Presidente por la ley, se veía el juguete de las autoridades. Lo que más le molestó en aquella ocasión fué que el jefe del piquete de fuerza que lo detuvo era español y de allí que se deshizo en diatribas contra los gachupines cuyo odio no se había apagado en su corazón. Era lo único que le quedaba de sus días de patriota y de revolucionario. En santa Ana se hallaba, cuando el vice-jefe Prado del Salvador le conminó para que dejase aquel territorio, dándole orden de concentrarse á la capital de la República.

Los acontecimientos se habían precipitado y las fuerzas del Salvador y de Honduras al mando del General Morazán operaban sobre Guatemala para derrocar á las autoridades que ellos llamaron *intrusas.*

Morazán sería el vengador de los liberales. Es tan grande esta figura centro-americana que nos proponemos dedicarle un capítulo especial en esta nuestra galería de hombres políticos de la revolución guatemalteca.

El General Morazán ocupó la plaza de Guatemala el 13 de abril de 1829, siendo este acontecimiento uno de los episodios más tristes que se recuerdan en la era sangrienta de nuestras revoluciones. Aquello fué la implacable venganza de las provincias contra su antigua dominadora. Aquello fué la explosión de los odios concentrados por trescientos años contra lo que representaba la autoridad colonial. Nuestros patriotas no habían podido vengarse de la autoridades españolas;

mas como quiera que todas las grandes revoluciones exigen víctimas con cuya sangre se laven los errores y crímenes del pasado, en el año de 29 tuvieron los nobles de Guatemala que sufrir la dura ley de los vencidos. Entonces, por un decreto implacable firmado por don José Francisco Barrundia entonces, en concepto de Senador más antiguo encargado de la Presidencia de la República, se expulsó del país á los miembros más notables de las familias conservadoras que habían tomado parte en el Gobierno surgido de los acontecimientos del año 27.

Aquello fué un éxodo doloroso, pero necesario de todo lo que los aristócratas guatemaltecos tenían de más ilustrado y prominente. Trataremos de este asunto en la biografía que vamos á escribir de don Mariano de Aycinena, el jefe de ese partido en aquel entonces, que ensangrentó el país en los cortos meses de su administración y dictó leyes draconianas

que le fueron aplicadas á él y á los suyos y que les valió un prolongado destierro del que la mayor parte de ellos no volvió.

Arce merecía la muerte. Un decreto del Senado la había decretado contra los que atentasen contra la Constitución y alterasen la leyes establecidas.

Parece que se pensó seriamente en aplicar la dura pena tanto á él como á don Mariano de Aycinena, pues habiéndose expulsado á todos sus partidarios, sólo ellos permanecieron presos en la capital. Por fortuna prevalecieron en los consejos de los vencedores las inspiraciones de la benevolencia; y el día 7 de septiembre del mismo año de 29 el coronel don Isidoro Saget comunicó á los detenidos el decreto en que se les extrañaba perpetuamente de la república, señalándoseles por residencia cualquier punto de los Estados Unidos de Norte América, sin que pudiesen salir de

aquella república ni menos pasar á la de México, bajo la pena de ser perseguidos, exponiéndose á sufrir todo el rigor de las leyes. Como caución, debían dejar un apoderado con quien el Gobierno pudiera entenderse en la tercera parte de sus bienes que se les confiscaban mientras rendían cuenta de su administración.

El decreto se llevó á cabo, durando el destierro de Arce cerca de diez años, pues no volvió á su patria sino hasta cuando los conservadores recuperaron el poder y Guatemala tuvo que sufrir la despótica administaación del general Carrera y la vengativa influencia de los nobles que se adueñaron de sus consejos.

Arce no cumplió con las prescripciones del decreto de su confinamiento, pues en lugar de quedarse en los Estados Unidos como lo hizo Aycinena, su compañero de infortunio, se dirigió á México en ese mismo año.

Durante los cinco meses que duró su prisión en esta capital preparó la

defensa que al año siguiente de 1830 publicó en la capital de la república mexicana en la imprenta de Galván, con este título: "Memoria de la conducta pública y administrativa de Manuel José Arce, durante el período de su presidencia."

Este opúsculo de 140 páginas, fuera de los comprobantes, es bastante raro entre nosotros.

Está escrito en un estilo pretencioso que hace su lectura insoportable. Arce, ya lo hemos dicho, no era un hombre de letras; pero entre aquellos pecadores contra la gramática como fué la mayor parte de los hombres de nuestra independencia, Arce se distingue como el que más. Tiene frases como las siguientes que copiamos con todas sus faltas de ortografía:

"El contrabando y la *indefención* de nuestras dilatadas costas se *tubieron precentes* tratándose de seguridad."

La primera palabra que dejamos subrayada, será castiza puesto que

figura en el diccionario, pero á nosotros nos suena mal, pues no recordamos haberla visto usada por ningún escritor de nota.

Otra frase:

"Una obra de marina en que están detallados los importes de toda clase de buques, *armamiento* etc."

Acápite de un capítulo:

"Se *habre* de nuevo la campaña."

Y así otras muchas faltas que hacen ingrata la tarea de leer aquel escrito.

¡Y ojalá que el fondo de él lo salvase de ser una publicación pesada!

Pero nó: aquello es una auto-apología, en que el autor á pesar de los rudos golpes que su mala suerte le deparaba, revela todo su fondo de orgullo cada día más inexplicable. Pero es todavía más que eso: es una diatriba contra el general Morazán y una sangrienta acusación contra el vice-jefe Prado del Salvador.

De la primera, el ilustre hijo de Tegucigalpa supo defenderse brillante-

mente en sus "Memorias," publicadas en David, que revelan una pluma maestra; y de la segunda se encargó el coronel don Manuel Montúfar, que aunque enemigo de Prado y desterrado como Arce, supo hacer justicia al mismo Prado que sin disputa fué una figura distinguida de aquella revolución.

El ex-presidente, que era un hombre honrado en materia de manejos de los caudales públicos, llegó pobre, pobrísimo á la república mejicana; y para vivir tuvo que aceptar el auxilio de algunos de sus correligionarios que como él se hallaban proscritos de su país, pero que tuvieron la fortuna de encontrar una buena acogida en aquella sociedad en donde muchos de ellos formaron hogar y encontraron honores y distinciones.

Con la publicación de su "Memoria" debió Arce terminar su vida política y aguardar el juicio imparcial de la posteridad. Si así lo hubiera he-

cho no tendríamos que ocuparnos de asuntos en que tomó parte posteriormente, que deslucieron más sus prestigios y su nombre y que lo colocan al nivel de los más vulgares ambiciosos que no trepidan ni aun en recurrir en busca de auxilios de naciones extranjeras y enemigas para saciar no sólo su ambición sino sus enconos, no importándoles el buen nombre de su patria ni los peligros que ésta pueda correr, dando intervención en nuestras contiendas interiores á elementos que nos son hostiles y antagónicos. Tal hizo Arce, como vamos á verlo en breve.

La "Memoria" de Arce no era lo que pudieran llamarse sus Memorias definitivas. Los accidentes desgraciados de la guerra civil que por su causa se desencadenó en Centro-América, creemos que en su concepto, no fueron más que un episodio de su vida política. El no podía desengañarse de haber perdido sus prestigios de guerrero. Como sucede casi siempre con tales

hombres, echaba la culpa de las calamidades del país á sus adversarios y no se convencía de que en gran parte eran debidas á sus propios desaciertos.

Veía á sus enemigos triunfantes ocupando el capitolio de su país; veía que hasta sus mismos conterráneos se habían levantado contra él y que en el mismo lugar de sus hazañas patrióticas de otros días, se le maldecía por las calamidades que la invasión servil había producido en los campos de El Salvador, en otros tiempos tan florecientes y en aquel entonces tan desolados, y aún soñaba en que su voz que dirigía desde la frontera mexicana con fuerzas levantadas en aquel país y con armas suministradas por sus autoridades, hallaría eco y que á esa voz se levantarían los pueblos para derrocar la administración liberal que desde abril del año 29 imperaba en Guatemala.

¡Vana ilusión de la que pronto tuvo amargo desengaño!

A principios del año 32 don Vicente Domínguez se apoderó del Castillo de Omoa en cuyo fuerte, que como se sabe está situado en las costas del mar Caribe, se enarboló la bandera española, con fuerzas suministradas por el Capitán General de la Isla de Cuba.

A la sola noticia de ese atentado contra la República y la independencia, el patriotismo, como despertando de un letargo, dice el Dr. don Mariano Gálvez, "levanta el brazo fuerte y armándose con las armas victoriosas que hace poco sustentara, hace temblar por todas partes á los aventureros que sin pudor vienen ofreciendo felicidad á los pueblos que devastaron é incendiaron, cuando aún blanquean en los campos los restos de las víctimas que sacrificaron inhumanos, y cuando humean todavía los escombros de las chozas en que puso fuego cobarde su mano criminal é impotente."

En febrero de ese mismo año se tiene noticia de que Arce se encuentra

en Soconusco comprando caballos y aguardando las armas y las fuerzas con que los serviles se habían comprometido á ayudarlo para invadir á su patria. Se dice, que entre otros, venía acompañado de aquél célebre Ariza Torres, que en el primer aniversario de nuestra independencia fué el jefe de la asonada de triste recordación á que nos hemos referido en las primeras páginas de esta biografía. La invasión se hace aguardar porque, según las noticias que se dan al jefe departamental de Quezaltenango C. Francisco Alburez, personaje por entonces muy joven y á quien nosotros hemos conocido lleno de años y merecimientos como Ministro de Hacienda del Gobierno del general J. Rufino Barrios, Arce se halla en Escuintla de Soconusco enfurecido contra los serviles, amenazando con fusilarlos si no le cumplen la oferta con que lo hicieron venir: le habían ofrecido, según él aseguró, doscientos mil pesos y todos los auxilios necesa-

rios hasta colocarlo otra vez en el solio presidencial de Centro-América; y de esas ofertas no recibió más que doce mil pesos de un tal Manuel Garrote.

Arce emplea todos los medios para hacerse de prestigios entre los pueblos incautos de la República.

El libre pensador de otra época á quien las malas lenguas le dieron el apodo de *lámpara*, por asegurarse que en años anteriores se había sustraido una de ellas de una iglesia de Guatemala y que después vendió en Belice, en carta de su puño y letra dirigida á los alcaldes del pueblo de Güegüetán y que después se publicó por la prensa de esta capital, les decía refiriéndose á las tropas guatemaltecas: "Tengan ustedes mucho cuidado no vayan á robar las alhajas de la iglesia y sus bienes como lo hicieron en San Francisco, porque *esos pirujos no son cristianos sino enemigos de Dios y de los hombres, y así los deben matar sin temor ninguno.*"

Se ve, pues, que el procedimiento no es nuevo para desacreditar á los liberales.

Pero de nada valieron á Arce todos esos subterfugios de más ó menos mala ley.

El Gobierno del Dr. Gálvez destacó una columna al mando del coronel Nicolás Raul, aquél francés de las querellas con Arce en el año de 27 y que era su implacable enemigo. Situóse éste con su ejército en la frontera mexicana; el invierno que en aquel año se había anticipado hizo que se retardasen un tanto las operaciones con tanta ansia aguardadas por los guatemaltecos.

Ya se susurraban ciertas especies contra el jefe de la expedición que el Gobierno tuvo que desvanecer; ya se auguraban tristes acontecimientos tan comunes en estos nuestros pueblos, que entre otros defectos tienen el muy grande de carecer de la virtud de la "paciencia," tan necesaria en ciertos

momentos, cuando el 2 de marzo del ya citado año 32 se recibió el siguiente parte oficial del capitán José Martínez, que dice:

"Son las 11 del día en que esta valiente división triunfó de los facciosos que, al abrigo de los montes de Soconusco se atrevieron á invadir el territorio del Estado de Guatemala, como lo hicieron introduciéndose hasta el pueblo de San Francisco, donde atacaron la fuerza que mandaba el capitán Victor Porres.

Ayer á las dos de la tarde nuestra descubierta encontró dos fuertes trincheras sobre el frente y flanco izquierdo del estrecho camino, que una legua antes de este pueblo, tenían obstruido por una tala de árboles que lo hacían impracticable.

La terrible carga que los enemigos dieron sobre nuestra descubierta, mandada por los bizarros oficiales, capitán Antonio Martínez y teniente Pedro Vidal, la obligó á ceder algún tanto el

terreno; mas reanimada por la oportuna llegada del señor Raul y de algunos otros jefes y oficiales que me acompañaban, ellos fueron obligados á reducirse á sus puestos. Entonces todas las tropas de la división fueron militarmente colocadas y comenzó un tiroteo horroroso de ambas partes.

Se pasó la noche sin cesar el fuego y al amanecer dispuso el señor Raul darles un ataque de flanco que surtió el efecto que este acreditado general se propuso, porque el enemigo viéndose envuelto, apeló á la fuga, habiendo tenido muchos muertos y heridos que quedan dispersos por los montes. Se han tomado doce cajones de parque de fusil, doce arrobas de pólvora fina, un cajón de piedras de chispa, muchos fusiles, carabinas y lanzas, veintiuna albardas, y el portador lleva orden de entregar una bandera de guerra tomada á los enemigos.

Tengo el sensible dolor de decir á usted que han sido heridos el teniente

coronel mayor general C. Agustín Guzmán: mortalmente el capitán Antonio Martínez y el subteniente Rafael Ortiz, este último de la compañía federal de infantería: que también fueron muertos dos sargentos y tres soldados y heridos de mucha consideración cuatro soldados y levemente cinco.

No he podido lograr noticias del paradero de la sección de la derecha que á las órdenes del teniente coronel Manuel Figueroa se destinó, antes de mi llegada á la división, para tomar la espalda al enemigo.

Yo no encuentro voces con que elogiar el valor del señor coronel Raul y sus conocimientos. El es un viejo militar y le haría un agravio si fuese á detallar su comportamiento. La Patria en su ausencia perderá una columna que debería conservar para su sostén á cualquier costa .. .."

En una carta del coronel Raul de la misma fecha que la de Martínez, hace grande elogio del valor de este

último, del coronel Máximo Méndez y de otros patriotas que no mencionamos por no alargar demasiado este trabajo.

Se supo después que viéndose Arce perdido, salió á caballo seguido únicamente de tres amigos fieles.

El movimiento de Arce no era aislado, como se puede presumir por lo que dejamos dicho. En carta suya dirigida á Domínguez y publicada en "El Siglo de Lafayette," periódico redactado por Barrundia (don José Francisco), le dice que se unan, ó que él coopere en aquel movimiento revolucionario. Decepcionado de sus amigos, los serviles, le hace esta reflexión: "la unión de usted conmigo en las actuales circunstancias será la medida que puede producir mejor resultado, porque á la verdad, señor Domínguez, es para mi inconcuso que quizá ya estaríamos en Centro-América muy pacíficos si yo hubiese tenido quien me ayudase á trabajar, pues un

hombre solo es nada lo que puede hacer y los guatemaltecos que están en México no han querido cooperar en otra cosa que en escribir algunos papeles, que siempre son inútiles cuando carecen de acción: no han experimentado con todo lo que les ha acontecido; y estoy cierto que si los pusiéramos otra vez como estaban en Mexicanos y en Guatemala, antes del 12 de abril de 1829, volvería á triunfar la anarquía."

Ya se vió cuál fué el resultado de esta y otras varias comunicaciones en igual sentido: Domínguez ocupó Omoa. Está bien comprobado que lo hizo con fuerzas proporcionadas por el capitán general de Cuba. El arzobispo Casaus expulsado del país, se había refugiado en aquella isla y desde allí fomentaba la revolución en Centro-América. El Gobierno del Salvador á cuya cabeza se hallaba Cornejo, se puso en armas para secundar los movimientos de Arce y de Domínguez. En el departamento de Totonicapam un tal Ocaña se levantó

con veinticinco hombres y fué derrotado por un puñado de patriotas. Todo, pues, obedecía á un plan bien meditado al que el Dr. Lorenzo Montúfar llama en la "Reseña Histórica" "la vasta conspiración servil del año 32."

Cuando Arce se vió derrotado en el Soconusco, atravesó el istmo y se dirigió á Bacalar para ponerse de acuerdo con aquellos mismos contra los que había luchado durante los buenos años de su juventud, no importándole, quizá, el ver infamado su nombre con tal de saciar sus deseos de venganza y ambición.

Pero también de ese lado la suerte le fué adversa á los filibusteros, pagando los más de ellos su crimen en el patíbulo.

Arce perdido no tuvo más recurso que internarse en la república mexicana y allí vivió durante ocho años ocupado en trabajos del campo, pues arrendó una hacienda, con cuyos pro-

ductos pudo mantenerse sufriendo muchas escaseces y aun miserias.

Poco nos falta que agregar acerca de la vida del personaje de esta biografía, y aquí concluyéramos si no fuese que, habiéndose, por decirlo así, sobrevivido, tuvo la desgracia de incurrir aún en otro error que fué como el coronamiento de su azarosa vida.

La reacción imperante en Guatemala, cuyo brazo fuerte era el general Carrera y los cerebros don Luis Batres, don Manuel Francisco Pavón y el ex-marqués de Aycinena, le abrió de nuevo las puertas de la patria; y aquí se le vió regresar en el año de 40.

El señor Pavón, redactor de "La Revista," dice refiriéndose á él:....... "Siempre estaba lleno de proyectos, cuando el tiempo de éstos iba expirando, y creía firmemente que con el sistema que había concebido, y no de otra manera, se había de hacer la felicidad de Centro-América. De aquí vino el que de nuevo tratara de pro-

mover cambios y que diera pasos que aumentaron su descrédito hasta el punto de haber tenido que vivir retirado en una hacienda pequeña que le quedaba, sin influencia ninguna y sin la menor intervención en las cosas públicas de su país .... "

En el año de 44 y evidentemente con el auxilio del Gobierno de Guatemala se situó en el río de Paz proponiéndose invadir el territorio del Salvador y derrocar al tirano Francisco Malespín, hechura de Carrera, soldado feroz, crapuloso y sanguinario que en nada desdecía de su jefe y que por aquellos días estaba en dimes y diretes con el dictador de Guatemala. Arce, en una proclama á los centro-americanos, les dice: que jamás en su conciencia se había presentado el deber con más fuerza como en aquella ocasión en que se hallaba con las armas en la mano. Se lamenta de las calamidades de su patria bajo la dominación de Malespín, les recuerda á sus paisanos sus

actos belicosos de otros días y sus luchas por la libertad desde 1811 y no puede menos de condolerse al verlos anonadados y poseídos de espanto ante los cadáveres de sus conciudadanos asesinados en los patíbulos por el tirano de su país. Acusa á aquél, además de sus crímenes de sangre, de ataques á la propiedad y de atentados contra la soberanía del Estado, haciendo resaltar un cuadro el más negro sobre la conducta de Malespín.

Todo era verdad; pero el llamamiento patriótico á las armas que hizo Arce á sus paisanos no fué escuchado y su intentona de invasión tuvo el mismo resultado que la de Soconusco en el año de 32. Los serviles esta vez le jugaron otra nueva pasada, pues viéndolo derrotado trataron á su empresa de locura y Rivera Paz, entonces jefe de este Estado, en un papel publicado en aquella fecha trata al caudillo muy severamente. Hasta parece que

se le extrañó del territorio de la República como hombre pernicioso.

Don Manuel José murió en San Salvador el 14 de noviembre de 1847.

Fuera de su conducta política que nos hemos visto precisados á juzgar con la severidad imparcial que exige la historia, dicen los que le conocieron que el señor Arce, era un hombre desinteresado y generoso, que tenía valor personal, mucho pundonor y acaso un concepto exagerado de sus propias capacidades.

Tal fué la vida y la muerte del primer presidente de la República Federal de Centro-América.

Y ahora, para concluir, daremos á los lectores la razón por qué nos hemos extendido tanto en esta biografía.

Arce, en nuestro concepto, merece estudiarse detenidamente. Fué indudablemente una figura política de primer orden en nuestra revolución. Si hubiera tenido la buena suerte de haber muerto un poco después de la

independencia, su nombre habría pasado á la historia entre lampos de luz, y su figura se mantendría entre las de los inmortales, coronada con aquellas flores conque los pueblos agradecidos adornan la frente de sus bienhechores.

Sus diez años de continua lucha desde 1811 á 1821; sus entusiasmos por la libertad; sus prisiones y sus destierros le dan el prestigio de mártir. Arce mientras no fué más que patriota y revolucionario, tuvo toda la grandeza de los magnos hombres que figuran en la epopeya americana por la independencia. Su tumba, debió haberla encontrado al pie de los muros de San Salvador, cuando la defendía contra Filísola y sus imperiales. Pero no le fué dado morir joven, lo que en concepto de los griegos era una desgracia, y elevándose en la opinión de sus conciudadanos hasta el grado de que lo creyesen digno de ocupar la primera magistratura de su país, tuvo la mala

suerte de aceptarla y se perdió para siempre en el buen concepto que le debía á la historia.

Fué aquél acontecimiento una gran desgracia para él y para Centro-América. Para él, ya hemos dicho por qué. Para Centro-América, porque de aquella malhadada administración data nuestra aflictiva situación actual, siendo él el responsable de la desunión en que se encuentra y de las revoluciones que han ensangrentado su suelo.

Y no se diga que porque la Constitución del año 24 era imperfecta debía sobrevenir lo que sucedió. Ya hemos externado nuestro juicio sobre esa obra de la inexperiencia política de nuestros padres. Sí, era imperfecta la Constitución; y con todo, ella nos habría dado el régimen de libertad con que soñaban los miembros del partido radical centro-americano. Pero para ello se habría necesitado de otro hombre para ensayarla; para hacer la experiencia de sus cualidades y de sus

defectos, á fin de aprovechar las primeras y corregir los segundos.

Muchas veces hemos reflexionado en que tal vez ni el mismo Valle habría sido capaz de salir avante en la empresa.

Se habría necesitado en el poder, en aquél entonces, no de un hombre de genio, sino de un varón justo que tuviese fe en los ideales de la democracia y de la libertad. Y eso es precisamente lo que nos ha faltado en las repúblicas latino-americanas: á las altas cimas han llegado por lo general militares más ó menos prestigiados y valerosos; muchas veces ese sagrado puesto se ha visto envilecido por sargentones cuyos méritos no han sido otros que la audacia ó la traición para apoderarse del mando; y en muy pocas y contadas hemos tenido al frente de estas repúblicas hombres civiles como Murillo Toro en Colombia, Pardo en el Perú, y nuestro don Mariano Gálvez que será, mientras exista la

historia, timbre de orgullo para las democracias americanas.

Volviendo á Arce, él se halló en el año de 1825 en las mismas difíciles circunstancias en que Washington en 1789 al hacerse cargo de la presidencia de la Unión.

Allá como en Centro-América, el tesoro se hallaba exhausto al comenzar el ensayo del gobierno federal; allá como aquí había un partido vencido, que en Centro-América fué el de los centralistas y que en la república del Norte tomó el nombre de partido anti-federal.

Pretendían estos últimos el que se establecieran los derechos, la soberanía é independencia de cada Estado de la federación, y, entre nosotros, los centralistas aspiraban á que Guatemala y por ella su capital dominase al resto de la República.

En la Confederación del Norte no faltaron imitadores ardientes de la Constitución británica. Guatemala los

tuvo, y muy apasionados, de la que dieron las Cortes de Cádiz en 1812.

Las fuerzas militares de los Estados Unidos, en la época en que venimos ocupándonos, no llegaban, según el historiador J. A. Spencer, á seiscientos hombres, y ya hemos visto cuál era el número de las nuestras en aquella época de peligro en que estábamos amenazados por la invasión española.

La organización de la hacienda pública en el Norte era tan defectuosa que Washington debió ocuparse de preferencia en darle nueva forma con el fin de aumentar las rentas y definir cuáles de entre éstas correspondían á los Estados y cuáles al gobierno federal. Entre nosotros existiendo el mismo inconveniente, no hubo tiempo de arreglar esa cuestión, que después de la del ejército, y quizá antes que ella, era la más importante de las que debía resolver el Gobierno de aquella época. Los periódicos de aquel tiempo hablan de un señor Beteta que, salido

de las filas burocráticas, fué nombrado por Arce Ministro de Hacienda de la Federación. Parece que el buen empleado era un hombre activo y había tomado á pecho su cometido; pero hubo la desgracia de que murió joven y que no dió los resultados que de él se esperaban quedando la Hacienda en verdadero caos y los empleados en la inopia, pues nunca se vieron con sus sueldos más retrasados.

Siguiendo la comparación, diremos que también en la gran tierra de Washington fué cuestión de mucha importancia, como en Guatemala, el del sitio en que debía residir el Gobierno federal y que hubo grandes debates en el Congreso sobre si debía quedar en Filadelfia, pasar á Nueva York, ó establecerse en su Susquehanah, ó en las márgenes del Potomac, sitio de gloria de las armas republicanas.

Pudiéramos seguir haciendo el estudio comparativo de las dificultades que una y otra nación tuvieron al estable-

cerse; pero bastan las apuntadas para que se vea cuántas venció el Norte con su pléyade de patriotas, y al través de cuántos obstáculos tuvo que pasar el insigne Washington hasta dar estabilidad á aquel pueblo gigante que, como dice uno de sus escritores, nació ayer y ya es el asombro del mundo.

Cada vez que, curiosos, indagamos la organización y desarrollo de las sociedades americanas, nuestras miras se van hacia el Norte. Muchas veces, ansiosos y llenos de llanto en los ojos, nos hemos preguntado por qué las repúblicas latino-americanas no han llenado sus destinos todavía, por qué muchas de ellas viven indecisas sin haberse fijado, y como si estuviesen aún al siguiente día de su emancipación del yugo español.

Hemos pasado al través de las revoluciones más sangrientas y crueles. En el escenario político de este siglo que termina, hemos visto las figuras más diversas y extrañas. Centro-América

tiene el raro privilegio de haber dado el escándalo de un Carrera, un Ferrera, un Casto Fonseca, un Malespín y un Pinto, soldados que ocultaban lo negro de sus entrañas tras los entorchados más ó menos brillantes; y eso cuando al principio de nuestra revolución habíamos tenido la gloria de contar con hombres de Estado de la talla de Barrundia, Gálvez y Molina y J. Francisco Córdova.

Decaímos, sin duda; y de pueblo de pensadores y de patriotas, llegamos á pueblo de bárbaros, porque pueblo bárbaros es en verdad el que soporta, aunque sea por un momento, que lo gobiernen gente de la ralea de los mencionados.

Y al hacer ese estudio y engolfarnos en las meditaciones que él sugiere, nos hemos preguntado si no habría sido posible salvarnos de la afrenta de haber caído tan bajo, cuando los próceres, nuestros padres en la idea liberal, trabajaron tanto por darnos una gran

patria, anticipándose á muchos estadistas del Sur y proclamando los más bellos principios de la democracia y de la libertad.

Y con espíritu sereno nos hemos contestado que todo eso habría sido posible. Nos hemos dicho que la suerte fúé bien cruel con nosotros, dándonos á un Arce por primer mandatario. Si éste hubiera sido honrado; si hubiera tenido fe en el ideal; si como fué grande en la revolución, hubiera tenido energías á la hora de la organización de su país, nuestra suerte habría sido muy distinta.

Uniéndose con los suyos, con los que lo habían elevado al poder, y dejando que muriese por sí aquel partido de las ideas monárquicas y de las preocupaciones coloniales; haciéndose fuerte contra los embates del tiempo y las pasiones de los hombres; amando al pueblo; haciéndose sordo á las censuras de los enemigos naturales de las instituciones que estaba encomendado

de consolidar; posponiendo ridículas vanidades al bien de la patria; aspirando al título de justo, al estilo de Washington, y no al de héroe como uno de tantos que aún fascinan á las muchedumbres; si eso hubiera hecho quizá nuestra revolución se salva.

Hoy le llamaríamos Padre de la Patria. Su nombre sería objeto de nuestro culto y de nuestro orgullo y su memoria digna de la veneración de la juventud para quien escribimos.



MARIANO DE AYCINENA

Una de tantas anomalías histórico-sociales de la época colonial de Hispano-América fué la institución de las cabildos á los que se dió en algunas ciudades de primer orden, el título de Muy Nobles Ayuntamientos.

Y decimos anomalías, porque las municipalidades ó las comunas nacidas en el siglo XII en Francia y establecidas por cartas que concedieron ó se hicieron pagar los reyes del antiguo país de las Galias, fueron por sus tendencias y por el modo con que se organizaron la consagración de algunos derechos de los burgueses, en las ciudades, y el escudo legal contra los señores feudales tan absolutos y tiránicos durante la primera época médioeval.

Lejos estaban, pues, de llevar aquellos cuerpos, tan simpáticos é interesantes para los demócratas, el título de

muy nobles en el sentido que á esas palabras les da la heráldica.

Las municipalidades fueron entonces y los son aún hoy día, la reunión de los plebeyos; sólo que, en la época en que se fundaron, aquellos nuestros antecesores en la libertad iniciaban el gran movimiento que vino operándose durante varios siglos y que significaba la lucha entre los burgueses y la nobleza, lucha que, para orgullo de nuestra raza y dicha del mundo, hizo su gran explosión en el movimiento revolucionario francés del 89 y 93 del pasado siglo.

Pero, como en la América latina todo debía ser anómalo, la cosa pasó de muy distinto modo respecto de la fundación de las municipalidades, de como hemos indicado.

Calmados que fueron los horrores de la conquista y después de haber sido saqueados los palacios y los templos del Inca y del Azteca, se vieron

en estas tierras otras escenas no menos tristes ni menos crueles.

Una sed insaciable de oro se despertó en el pecho de aquellos que se llamaban asímismos *los voceros de la fe*; y el indio fué sometido á la más dura esclavitud; fué herrado con hierro encendido al rojo; sus tierras le fueron arrebatadas y sus dueños repartidos entre los invasores, no quedándole á este nuevo paria que vió hollado el suelo de su patria, derrocados sus dioses, talados sus campos y sus hogares y diezmada su raza, ni aun el consuelo de sentarse á llorar al borde de las tumbas de sus mayores, las desventuras de su tierra, pues, ó tuvo que huir á los montes, ó que suicidarse, ó que plegar al fin la frente á la coyunda y trabajar con ella, y trabajar hasta morir exánime y así llenar las arcas de su señor.

Pero la suerte no dejó sin castigo aquellas iniquidades.

La mayor parte de los conquistadores murieron por la soga ó por el cuchillo, y muy pocos en sus camas.

Aun los buenos no escaparon á esta suerte implacable. Pedro de Valdivia, que fué uno de ellos, sufrió muerte horrorosa en manos de los araucanos; Núñez de Balboa la halló en el cadalso levantado por su propio suegro, el feroz Pedrarias Dávila.

Ya se conoce la suerte de este último, la de los Pizarros, la de Alvarado el Adelantado, la de Olid, la de los hermanos Contreras y la de otros tantos de aquellos hombres.

La misma mano oculta, en sus crueles irrisiones, salvó la vida del grande Almirante y la de Hernán Cortés, Marqués del Valle, las principales y más grandiosas figuras del Descubrimiento y la Conquista; pero no los dejó gozar de sus riquezas ni de su gloria. Los que crean en un Dios implacable, deben reflexionar sobre estas tragedias: Colón muriendo en mise-

rable lecho, con la vista fija en las cadenas con que un día lo aherrojaron, y Hernán Cortez, agonizando de dolor por la ingratitud del emperador su amo, quejándose de la miseria en que se le había sumido, de la indiferencia con que se le veía y de la nulidad á que se hallaba reducido, después de ser por cortos años el señor de un gran imperio y el dueño de las riquezas de la real casa mexicana.

Y mientras esto sucedía con los principales héroes de la conquista, sus descendientes desde la primera generación se vieron pospuestos ú olvidados en América por la Corte de España que debía á sus padres la posesión de un Continente que durante tres siglos la llenaría de orgullo y de riquezas, pero que al fin y al cabo fué el motivo de su ruina.

Las leyes de Carlos V vinieron á llenar una gran necesidad en América, organizando el gobierno bajo el cual debían regirse las colonias. Asunto es

este de gran importancia que nos ha extrañado siempre no verlo tratado con extensión por nuestros cronistas é historiadores, pero sobre el cual no nos detendremos por no ser de importancia capital en el asunto en que venimos ocupándonos.—Sólo sí diremos que según aquella organización, en las colonias había tres autoridades: la de los virreyes ó capitanes generales, según la importancia de aquéllas, la de la audiencia y la de las municipalidades.

Los primeros representaban la autoridad ejecutiva y tenían atribuciones bastante restringidas, las Audiencias eran una especie de senados con derechos y obligaciones de los más diversos y que no siempre marchaban de acuerdo con la autoridad ejecutiva, como en Guatemala se dieron casos muy ruidosos, tal por ejemplo, el sucedido el año de 1700 entre el Conde de la Gomera, Capitán General del reino y los Oidores don Pedro Ozaeta y Oro y don Bartolomé de Amézquita, asunto muy in-

teresante de leer por las sublevaciones y trastornos que causó en el reino y sobre el cual nos proponemos hacer algún día un estudio histórico.

Siguiendo nuestro asunto, las municipalidades representaban los intereses del vecindario; y á la verdad que en ciertos casos sabían defenderlos con valor y entereza como puede leerse en las Actas de los Cabildos, de las cuales don Rafael Arévalo, Secretario de la Municipalidad, paleografió algunas muy interesantes y que sería de desearse se siguiera haciendo lo mismo con las demás, por ser de tanto interés para la historia de la época colonial.

Ya desde el primer siglo de la conquista se despertó un antagonismo manifiesto entre los oficiales que venían de España para gobernarnos y los criollos, ó sean los hijos de españoles nacidos en estas tierras, quienes no gozaban de las mismas prerrogativas que los primeros, antagonismo que cada día fué en aumento, que ahondó el des-

afecto entre los nativos contra la metrópoli, y que, por último, dió por resultado la independencia de las colonias de la madre patria que las veía con tanta indiferencia. En vano los cronistas trataban de amortiguar aquellas desavenencias y aquellos odios. Ximénez, que era español y que escribió la Crónica de su Provincia, hace en algunas de sus páginas los mayores elogios de *la gran nación criolla.* Fuentes y Guzmán, rebiznieto de Bernal Díaz y autor de la "Recordación Florida," se indigna en su obra contra los españoles que hacían burla de los guatemaltecos tan sólo por haber nacido en este suelo. Hablando por ejemplo del nombramiento recaído en la célebre doña Beatriz de la Cueva para gobernadora del reino, al saberse aquí la muerte de su esposo don Pedro de Alvarado, ocurrida en México, dice estas textuales palabras................ "Y aunque este nombramiento hecho en doña Beatriz, le han murmurado

algunos caballeros de España, ignorando el ánimo del Cabildo, y que sólo lo obtuvo esta gran señora en el limitado término de un día, fisgando, ignorantes, de esta resolución, y pareciéndoles que para los que nacimos acá es materia de mucho pudor el que una mujer heroica gobernase un día este reino; pero resurte contra ellos el eco vehemente del golpe, pues los que gobernaron los discursos, caballeros eran de España, paisanos suyos y ninguno *criollo* como nos llaman, y que aquellos prudentes y grandes hombres mirarían con atento desvelo, punto de tanto peso, y que seguirían, sin duda, tantos ilustres ejemplos de las antiguas historias."

El escritor para abonar aquel hecho pone ejemplos de grandes naciones gobernadas por mujeres insignes; y como el diapasón de su cólera ó de su entusiasmo, se conoce que se le había crecido, termina con estas palabras que al lector más serio no pueden

menos de provocarle cierta sonrisa inofensiva: "Qué mucho que en Guatemala, reino recién fundado, gobernara una mujer............? Guatemala tendrá que contar entre sus blasones lo que las monarquías de Francia, Inglaterra, España y Flandes á quienes gobernó y mantuvo el gobierno de mujeres; siendo ejemplar en nuestras Indias occidentales este accidente glorioso de Goathemala que, desde el principio de su infancia, empezó á correr parejas con las mayores monarquías de Europa. Y, en fin, á veces es mejor ser gobernado de una mujer heroica, que de un hombre cobarde y flaco."

A fines del siglo pasado la ojeriza entre unos y otros había crecido hasta tal punto que en la "Gaceta de Guatemala," correspondiente á 3 de abril de 1797, se publicó la carta de la que á continuación copiamos algunos párrafos que prueban la exaltación de los ánimos. Dicen así:

"Una de las causas de que no prospere este país, de que ninguna empresa patriótica surta los efectos saludables que surtirá en otra parte, es el espíritu de partido que reina entre europeos y criollos. Parece que hay una rivalidad enemiga entre estas dos clases de habitantes, cada una de las cuales ambiciona la preponderancia. Hay pandillas, hay bandos, hay secretas parcialidades, no menos funestas al bien público que la de los antiguos Güelfos y Gibelinos en la Italia. Un criollo en el hecho de nacer en América, parece que hereda la ojeriza, y el mirar de soslayo á todo europeo. Un europeo, por la causa de haber nacido en la metrópoli, se cree con derecho de preeminencia sobre todo criollo: y esta rivalidad odiosa se echa de ver en las cosas serias, en las frívolas, en los asuntos públicos, en los privados, en todo aquello en que intervienen criollos y europeos. Unos y otros desprecian todo lo que no es del país donde

nacieron, se desprecian entre sí, y creen que es amor verdadero de la patria lo que no es más que un amor tonto de ellos mismos."

Ese odio entre los peninsulares y los nativos de América que llevaban la misma sangre, no fué un accidente social exclusivo de Guatemala. Todas las historias de las demás colonias españolas están llenas de episodios del mismo género. Y, cosa notable, entre los antiguos pueblos que tuvieron colonias, pasaban á éstas las tradiciones de sus metrópolis. Cartago no renegó de Fenicia, y las colonias griegas de Asia Menor, de Egipto y de la gran Grecia, mantuvieron vivas el amor á su metrópoli rindiendo culto á los mismos dioses y cantando con orgullo las glorias de sus héroes.

Los españoles por el contrario, trasplantaron de la madre patria hombres, cosas y costumbres, notándose que á la vuelta de varios años el aspecto exterior de las poblaciones era muy pare-

cido á la sociedad de donde procedían y que en el interior de ellas reinaban los mismos vicios y preocupaciones de las ciudades de la nación conquistadora.

Y la cosa no pasó á más; poco importó que se bautizase á los reinos y ciudades fundadas en el Nuevo Mundo con los mismos que tenían algunas célebres de la madre patria; los nombres de los héroes de la antigua epopeya española no tenía ninguna resonancia en el corazón de los criollos, pues negándoseles obstinadamente el estudio de la historia del país de su origen así como el de la conquista de este continente, pronto pasaron esos adalides en su imaginación á la categoría de séres fabulosos. La opresión de la metrópoli sobre los criollos entibió mucho en el corazón de éstos el amor á la que era su madre patria; así es que se vió pronto un fenómeno bastante extraño y digno de consideración: un pueblo nuevo sin tradiciones, sin vínculos filiales, sin gran apego á sus mayores, incomuni-

cado con el mundo y obedeciendo casi siempre ciegamente por la fuerza del hábito ó por la impotencia.

Tal fué el germen, que andando los tiempos debía dar por resultado el movimiento de emancipación relatado por tantos historiadores y cantado por tantos poetas.

Ahora bien ¿en dónde se incubaría ese movimiento? Fué acaso espontáneo y providencial el aparecimiento de los grandes hombres que se levantaron en la primera década de este siglo para protestar, al principio contra la invasión francesa en España y después proclamar libres y soberanas á cada una de las naciones que se extienden desde el río Bravo del Norte hasta los confines de la tierra del Fuego?

Nosotros creemos que Bolívar, San Martín, Hidalgo y los demás héroes de nuestra gran epopeya, fueron los ejecutores de la voluntad del pueblo, representado por las municipalidades que de tiempo atrás venían, quizás sin

saberlo, preparando ese gran acontecimiento.

Las municipalidades, los consulados de comercio y algunos puestos secundarios del ejército eran los únicos puntos á que en la administración pública podían aspirar los criollos, antes de haberse emitido la Constitución de Cádiz.

Durante toda la colonia no tuvimos más que un obispo nacido en Guatemala y mucha fatiga costó el que se concediese que las prelacías de los conventos de religiosos fuesen ocupadas alguna vez por los hijos de estas tierras.

Excusado es decir que habría sido en vano el que algunos de nuestros mayores hubiesen aspirado á ocupar los asientos de la real audiencia y, mucho menos á la capitanía general del reino.

Las mismas municipalidades degeneraron mucho de lo que fueran en su origen, pues se habían convertido en cuerpos privilegiados ya no de elección

popular sino hecha ésta entre ellos mismos y recaída para las funciones de alcalde y las demás de importancia entre los individuos de lo que, á fines del pasado y á principios del presente siglo, se llamaban entre nosotros *las familias*.

Mucho se habla en nuestras tradiciones y bastante en las historias, de *las familias* de Guatemala, que tanta preponderancia tuvieron á fines de la dominación española y tan desgraciada influencia durante casi cincuenta años de nuestro régimen republicano.

Ahora bien ¿quiénes eran esas *familias* y qué han significado en nuestra historia política?

Vamos á tratar de decirlo, protestando de antemano que en nuestras aseveraciones no nos guiará más que lo que creemos ser la justicia y la verdad. Fuera de nosotros en esta obra las preocupaciones de partido. Hemos luchado durante casi un cuarto de siglo en la tribuna, en la prensa, en el

libro, no contra esas familias sino contra lo que han representado. En esa lucha habrá habido mucho de movimiento pasional, mucho de encono patriótico, mucho de exaltación tan común en las horas revolucionarias. Al escribir estos esbozos biográficos hemos querido salirnos del palenque de la política en el que puede que hayamos dejado mucho, menos las energías ni las convicciones.

Y dicho ésto, no para satisfacción de círculo político alguno, sino para la de nuestros lectores centro-americanos, pasamos á dar á conocer lo que fueron y quiénes fueron *las familias.*

Por este nombre se designaba modestamente á aquellas personas á las que, en sus horas en que se les sublevaba el *finchamiento quijotesco* del criollo, se llamaban asímismas *nobles.*

¿Ha habido en realidad nobleza en Guatemala, en el sentido que se da á esa palabra en las cortes monárquicas de Europa? Va á contestar por nos-

otros uno que fué su jefe y admirador de ellas por algún tiempo. Don Manuel José de Arce, primer presidente de la federación, de cuyos hechos nos hemos ocupado en la biografía anterior, dice en la página 5 de su "Memoria" lo siguiente:

"......Yo creí que era innecesario atacar la nobleza, porque propiamente dicho, aquí no la hay: que el reino de Guatemala en toda la América española se salvó de esa *plaga*: que todo lo que podía señalarse en esta línea era un único marquesado, cuyo título estribaba en una pensión apocada que tuvo su origen en la riqueza de su fundador, que los acusados de nobles no podían citar en encomio de su alcurnia que el de descender de españoles, etc., etc."

La negativa, como se ve sobre la existencia de esos entes imaginarios es rotunda y de gran peso. Quizá no valdría la pena tratar más de ese asunto, porque en realidad hoy por

hoy, bajo nuestro régimen democrático-republicano es un punto juzgado sin apelación. Pero como estamos tratando de escribir historia y en la época á que hemos llegado sí existía esa preocupación, fuerza nos será dedicarles algunas palabras, tanto más necesarias cuanto que esas personas influyeron en nuestra revolución, deteniéndola tanto tiempo y siendo motivo de que nos hayamos retardado en el régimen de la libertad genuina y de la democracia, única forma posible de gobierno en estos países de América.

Debemos confesar que esta antigualla ridícula no ha sido exclusiva de Guatemala: en toda la parte del continente hispano-americano, cundió la plaga, y los historiadores que se han ocupado en ese asunto lo han juzgado imparcial y severamente negando la existencia de tales entes de razón.

En otro escrito y, refiriéndonos á este mismo asunto, citamos al señor Alamán severo historiador mexicano,

haciendo ver de qué medios se valían las personas que por el trabajo de sus brazos ó un casamiento con una criolla rica habían logrado hacer fortuna bastante para poder así comprar una encomienda de Santiago ó un marquesado que era á lo más que podían aspirar los criollos.

Ahora vamos á citar al que, en nuestro concepto, es el más grande, el más correcto y el más imparcial de los historiadores hispano-americanos; ya se comprenderá que nos referimos á don Rafael María Baralt, quien en su resumen de la "Historia de Venezuela," dice á este respecto lo siguiente:

"La vanidad (del criollo) era efecto de su posición, más que de su carácter, pues allí donde hay distinciones no merecidas, existe siempre y con su ostentación se consuelan los que no pueden alcanzar los objetos de una noble ambición. Es la vanidad vicio de los pueblos regidos por gobiernos absolutos, donde la sociedad está divi-

dida en clases; donde el premio se reparte según ellas, no por el mérito; donde el mayor favor, la más brillante apariencia, la más ilustre alcurnia son los únicos títulos con que se adquieren la consideración y el poderío. Esto explica por qué el americano, idólatra de su patria, mal hallado con el sistema de la metrópoli y celoso de los peninsulares, se esforzaba, sinembargo, en hacer derivar de ellos su prosapia y andaba siempre á vueltas con el árbol genealógico y otras bagatelas de nobleza hereditaria ...."

Y más adelante, refiriéndose al viciado sistema de la enseñanza en las colonias, dice:

"Mas ¿cuál era el método que se seguía en esas escuelas y quiénes eran los maestros? Estos eran personas de la más baja esfera, de ninguna instrucción y que las más veces abrazaban esta profesión (la más importante de todas) para procurarse una subsistencia escasa. El método nos va á ser

explicado por el licenciado Miguel José Sanz, letrado venezolano á quien el gobierno español confió á principios del siglo el importante cargo de formar las leyes municipales de Caracas. No bien adquiere el niño, dice, una vislumbre de razón, cuando se le pone en la escuela, y allí aprende á leer en libros de consejos mal forjados, de milagros espantosos ó de una devoción sin principios, reducida á ciertas prácticas exteriores propias solo para formar hombres falsos ó hipócritas .... Bajo la forma de preceptos se le inculcan máximas de orgullo y vanidad que más tarde le inclinan á abusar de las prerrogativas del nacimiento ó de la fortuna cuyo objeto y fin ignora. Pocos niños hay en Caracas que no crezcan imbuídos en la necia persuación de ser más nobles que los otros y que no estén infatuados con la idea de tener un abuelo alférez, un tío alcalde, un hermano fraile ó por pariente á un clérigo. ¿Y qué oyen en el hogar pa-

terno para corregir esta perversa educación? Que Pedro no era de la sangre azul como Antonio, el cual con razón podía blasonar de ser muy noble y emparentado y jactarse de ser caballero: que la familia de Juan tenía tal ó cual mancha y que cuando la familia de Francisco entroncó, por medio de un casamiento desigual, con la de Diego, aquesta se vistió de luto. Puerilidades y miserias éstas que entorpecen el alma, influyen poderosamente en las costumbres, dividen las familias, hacen difíciles sus alianzas, mantienen entre ellas la desconfianza y rompen los lazos de la caridad, que es á un tiempo el motivo, la ocasión y el fundamento de la sociedad........"

Nosotros asistimos á las escuelas antes del año de 1871 en que imperaba en la república el régimen pseudo-aristocrático que tan rudo golpe sufriera en el año de 24, en que se dió la famosa Constitución Federal que tuvo fuerza de ley, con una pequeña alternativa,

desde aquella fecha hasta el infausto día en que fué derrocado el gobierno del ilustre patriota Dr. don Mariano Gálvez suceso ocurrido en el año de 37. Vino después la reacción: Carrera se hizo dueño de Guatemala. Los aristócratas regresaron del destierro; fueron perseguidos los liberales, quienes para salvar la vida tuvieron que tomar el camino de la emigración. Las leyes coloniales fueron restablecidas y la escuela primaria volvió á ser lo que había sido en otro tiempo. A esas escuelas nos tocó asistir de niños; pues bien, allí oímos lo que el señor Sanz refiere que pasaba en las de Caracas hace más de un siglo: allí contemplamos las mismas necias pretensiones de nobleza, las mismas aspiraciones de ciertos niños, quienes por tener por padres á ciertos señores alcaldes, consejeros ó diputados se creían de alta alcurnia y superiores á los niños plebeyos que asistían juntos con ellos á la misma aula, y que por lo

general, aunque más pobres y de más humilde origen, eran más estudiosos é inteligentes.

Se ve, pues, que estas ridiculeces son de la raza y de la educación.

Pero vengamos á nuestras cosas.

Preguntamos de nuevo ¿quiénes eran esas familias que aquí se llamaban nobles? Vamos á decirlo.

El 7 de julio de 1729 nació en Ecija, lugar del valle de Bastán, en el reino de Navarra, un infante á quien en la pila bautismal se dió el nombre de Juan Fermín Aycinena.

La familia era pobre y su educación fué humilde. Como sucedía en aquella época y aun en el día, el joven navarro que era fuerte y ambicioso, se decidió á abandonar el hogar paterno encaminándose al reino de la Nueva España en busca de mejor fortuna. De la casa de sus padres sacó unos trescientos pesos que, juntos con otros setecientos con que lo auxilió un hermano suyo, fueron la base del caudal que

formaría con el tiempo y que en la época colonial fué uno de los mayores de Guatemala.

Llegó á México en donde se ocupó en las tiendas de comercio y en algunos otros oficios muy humildes. Era trabajador y no rehuía ninguna ocupación con tal de que fuese honrada. Hizo viajes al interior de aquel reino y al puerto de Acapulco, según parece, como dueño de un gran patache de mulas. La fortuna le fué propicia, y con los fondos adquiridos en aquel tráfico pudo trasladarse á Guatemala en donde la suerte le fué todavía más favorable, logrando hacerse dueño de varias haciendas de ganado y de JIQUILITE, tanto en esta provincia como en la del Salvador. Junto con otras personas se dió al rescate de la plata de los mineros de Tegucigalpa y á la habilitación de las cosechas de añil, en lo que, como en los otros negocios, obtuvo pingües ganancias. Abrió casa de banco en la Antigua, de la que fué

cajero el padre de nuestro célebre fabulisia Rafael García Goyena. Dicen de él que era un acreedor nada exigente; que prestaba á moderado precio y que sabía proteger al hombre trabajador. Las virtudes que lo adornaban eran la humildad y la caridad.

Un retrato hemos visto de él, hecho por nuestro famoso miniaturista, Francisco Cabrera, en que está representado de medio cuerpo y alargando con su diestra unas cuantas monedas á la mano de una persona oculta que las implora.

No sabemos en que fecha compró el título de marqués; pero sí que ése, como se ha dicho, fué el único título de Castilla, que existió en Guatemala.

Tales son los datos personales que poseemos sobre este sujeto y que hemos tomado del "Sermón panegírico" que á su muerte predicó en el colegio apostólico de esta ciudad el P. Fr. José Mariano Vidaurre.

Nos parece interesante para el estudio que venimos haciendo el hacer una relación de los entronques del fundador de la célebre casa de Aycinena.

Don Juan Fermín casó en primeras nupcias con doña Ana Carrillo y Gálvez, de cuyo enlace nacieron:

Don Vicente, segundo marqués de Aycinena.

Don José, doctor y Coronel de Milicias.

Casó en segundas nupcias con doña Micaela Nájera y Mencos, de cuyo enlace nacieron:

Doña Bernarda que casó con don Tadeo Muñoz y Piñol.

Doña Josefa que casó con don Juan B. Marticorena.

Doña Micaela que casó con don José Manuel Pavón y Muñoz.

Casó en terceras nupcias con doña Micaela Piñol y Muñoz, con quien procreó á la célebre Madre Teresa de la Santísima Trinidad.

Al P. Don Miguel de Aycinena, provincial de Santo Domingo.

A Don Juan Fermín, coronel de milicias.

A Don Ignacio, muerto en 1815.

A Don *Mariano, objeto de este estudio biográfico*, casado con doña Luz Batres, hermana del célebre ministro de Carrera.

A Don José María, muerto en 1816.

Don Vicente, segundo marqués, casó en 1786 con doña Juana Piñol y Muñoz, hermana de su madrastra y tuvo á:

Doña Manuela, casada con don Manuel Beltranena.

Don Vicente, muerto en 1813.

Dr. don Juan José, obispo de Trajanópolis, autor de tres folletos célebres publicados en New York, conocido uno de ellos, por color del papel con que estaba empastado, con el gráfico nombre de *Toro amarillo.*

Don Pedro, casado con doña Dolores Aycinena y Micheo. Fué ministro de

Estado durante gran parte de la Administración del general Carrera y toda la del general Cerna. Murió hace poco tiempo, cargado de años y acompañado del respeto de sus conciudadanos; por último

Don José Ignacio, casado con doña Antonia Piñol, fué corregidor de este departamento.

Hemos hecho la suscinta relación que precede por creerla necesaria para contestar á la pregunta: ¿qué se entiende por *familias* de Guatemala? Con sólo mirar los apellidos de los entronques quedará satisfecha esa curiosidad, si alguno la tiene.

Esas *familias* constituyeron lo que en su tiempo formó la *oligarquía guatemalteca.*

Qué concepto se tenía de ellas antes de la independencia, no lo diremos nosotros, sino el prócer Dr. don Pedro Molina, quien "La Miscelánea" publicada en 1827, dice:

"Los nobles de Guatemala más tiranos que los reyes de España en tiempo de su gobierno, se acostumbraron á tratar las clases oprimidas, como á seres que había producido la naturaleza sólo para sus comunidades: ocupaban todos los empleos que los españoles europeos no llenaban: sólo ellos tenían derecho de cultivar sus talentos, desarrollar sus facultades naturales y recibir una educación fina y decente. Aun el orden sagrado lo hicieron un bien patrimonial contra la ley evangélica, que no separa de él á ninguna clase de hombres: vendían la justicia y los provincianos jamás, jamás ganaban un solo pleito contra ellos, por claros que fuesen sus derechos, después de gastar inmensas sumas. Compraban los añiles al precio más bajo, mandando al efecto un agente ó apoderado, para que como único comprador, los tomase á su antojo, porque no siendo libre el comercio, no era lícito vender á todos.

"Lo mismo sucedía con las partidas de ganado que precisamente debían de venderse en Cuajiniquilapa, para que las pérdidas y gastos de la conducción fuesen de cuenta de los hacendados ganaderos, que por no volverse con sus partidas, daban al precio que querían los monopolistas de Guatemala. A más de esto, se obligaba á los que compraban ganado, á venir á matarlo á Guatemala por cierto número de días, en proporción con el que se compraba, á fin de surtir de carnes este mercado y ellos repastar el suyo, para después venderlo á precios más subidos; de modo que si un salvadoreño compraba, debía ir á Guatemala á matar su ganado."

Respecto á la aseveración de que esas familias llenaban la mayor parte de los empleos que los españoles no ocupaban, es interesante de leerse un estado que en el año de 1821 publicó don José Cecilio del Valle en "El Amigo de la Patria," en el cual se

manifiesta que los individuos de la indicada oligarquía, llenaban ellos solos, *sesenta y cuatro destinos*, percibiendo por sueldos asignados á ellos la suma de *ochenta y nueve mil veinticinco pesos*, suma que, para aquellos tiempos y para una sola familia, no puede menos que calificarse de escandalosa.

Como pudiera tachársenos de inexactos ó de exagerados, publicaremos como anexo, al fin de este trabajo el estado en referencia.

Pero no era sólo esto. En el consulado de comercio, el espíritu de la misma familia era omnipotente.

El que se tome el trabajo de leer el artículo XXIX de la real cédula de su erección encontrará que los individuos que lo componían eran la mayor parte miembros de la familia privilegiada.

Y aún no hemos acabado: ellos se habían hechos dueños de la municipalidad convirtiéndola, en cuerpo aristocrático. No somos nosotros los que lo decimos: son los conocidos hombres

públicos del tiempo de la independencia, Dr. don Mariano Larrave, Licenciado don Venancio López y don José Ignacio Foronda, quienes en un papel público que vió la luz por aquel tiempo, decían:

"En época anterior, cuando el pueblo no tenía el derecho de elegir que le ha dado la constitución (la de 1812) todos los ojos veían en el Ayuntamiento sucederse los hermanos á los hermanos, los primos á los primos, los sobrinos á los tíos, los parientes á los parientes." Y agregaban: "don José Victorio Retes, don Juan Antonio Araujo, don Mauro Castro, levantaron el grito contra el espíritu de familia: manifestaron que honorificos ó gravosos los oficios consejiles, el honor no debía estar estancado y la carga debía pesar sobre todos los hombres. El Síndico del Ayuntamiento don Sebastián Melón, confesó la justicia en los estrados del Real Acuerdo: éste, reconociéndola, también consultó que ya era tiempo de

dar nueva forma al Ayuntamiento y hacerse la primera elección por el mismo acuerdo ó por el gobierno con voto suyo; y elevado el asunto al Consejo de Indias, se expidió Real Cédula mandando cumplir las leyes que, designando huecos y fijando parentescos, oponían algún obstáculo á la irrupción del espíritu de familia."

Tales eran las acusaciones que se lanzaban sobre la oligarquía guatemalteca que había cerrado, á lo que pudiéramos llamar la clase media del país, todo acceso á los destinos de importancia.

Y cuenta que entre esta clase había personas de importancia de la categoría de los Molinas, Larraves, López, llenas de mérito, y que no pudiendo hallar lugar de acción entre sus compatriotas, ó tuvieron que doblar la cerviz, aceptanto puestos venales muchas veces, entre los españoles, como Valle por ejemplo, ó que refugiarse en los claustros para cultivar la ciencia de la

época, no siempre vista con buenos ojos por aquellos incultos é insolentes hidalgos, ó que vegetar en espera de un porvenir desconocido.

Pero se acercaban los buenos tiempos. Los revolucionarios de Francia habían abierto los odres de Eolo y los vientos de libertad se sintieron refrigerantes, hasta en estas playas.

El Consejo de Regencia en 1810 había dicho á los americanos:

"Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia, y destruidos por la ignorancia."

"Desde el principio de la revolución declaró la patria esos dominios parte integrante y esencial de la monarquía española. Como tal le corresponden los mismos derechos y prerrogativas

que á la Metrópoli. Siguiendo este principio de eterna equidad y justicia, fueron llamados esos naturales á tomar parte en el gobierno representativo que ha cesado: por él la tienen en la Regencia actual; y por él la tendrán también en la representación de las Cortes nacionales, enviando á ellas Diputados según el tenor del decreto que va á continuación de este manifiesto."

El decreto decía:

"........Vendrán á tener parte en la representación nacional de las Cortes extraordinarias del reino, Diputados de los virreinatos de Nueva España, Perú, Santa Fe y Buenos-Aires, y de las capitanías generales de Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Guatemala, Provincias internas, Venezuela, Chile y Filipinas.

"Estos diputados serán uno por cada capital cabeza de partido de estas diferentes provincias.

Su elección se hará por el Ayuntamiento de cada capital, nombrándose primero tres individuos naturales de la provincia, dotados de probidad, talento é instrucción, y exentos de toda nota; y sorteándose después uno de los tres, el que salga á primera suerte será Diputado en Cortes."

El capitán general de Guatemala, que por entonces lo era don Antonio González de Mollinedo y Saravia, mandó con fecha 4 de junio del mismo año que se guardase, cumpliese y ejecutase ese real decreto, como correspondía á los preceptos soberanos; y en efecto, hizo que se publicase por bando solemne en todo el reino en los lugares acostumbrados, y remitió un ejemplar de él á los prelados seculares y regulares, cabildos eclesiásticos, real universidad, tribunales y demás cuerpos y jefes que debían estar enterados de su tenor; y muy especialmente lo comunicó al Muy noble y leal Ayuntamiento de esta ciudad y á los de San

Salvador, León, Comayagua, Ciudad Real y Cartago de Costa Rica, como capitales en que según el sentido literal del decreto debía sin perder momento procederse á la elección y cortes de dichos diputados.

De dos vicios graves adolecía la convocatoria de la Regencia, pues ni el pueblo tenía parte directa en la elección, ni la América una representación proporcionada á la que enviaban juntas las provincias de España.

El célebre escritor don J. Blanco White, asilado por entonces en Londres, hacía sobre ese decreto, en "El Español," periódico muy importante que redactaba por aquella época, reflexiones muy juiciosas respecto de ese documento, calificando las promesas contenidas en él como vanas arterías con las que los pueblos de América se indignarían, por aquello de que ya conocían que el sistema de España durante los últimos tiempos para las colonias, había sido el hacerles "prome-

sas vagas de mejoras, cien veces repetidas y otras ciento olvidadas."

Así y todo el decreto fué recibido en Guatemala con muestras de júbilo y satisfacción por los criollos.

Y este es el momento histórico en que la aristocracia guatemalteca se levantó á una altura á que nosotros, que no pecamos por serle afectos, nos la hace en cierto modo simpática.

El 24 de julio de 1810 hubo una gran reunión en el Ayuntamiento de esta capital, á la que asistió el Excmo. señor presidente, gobernador y capitán general del reino. Se trataba de elegir diputado á Cortes por la provincia de Guatemala; y al efecto se procedió á aquel acto con toda la solemnidad del caso, conforme al decreto referido, resultando electos á pluralidad de votos el señor Dr. don José de Aycinena, coronel de milicias, el regidor don Antonio de Juarros, teniente coronel de dragones y el doctor don Antonio Larrazábal, canónigo penitenciaro, provisor, vica-

rio capitular y gobernador del arzobispado. Se procedió al sorteo, conforme al real decreto y salió favorecido este último personaje con general satisfacción del vecindario, según dice "La Gaceta."

Aquel día fué de regocijo público para esta ciudad. Se cantó *te deum* soleme en la iglesia metropolitana en presencia de todas las autoridades; las calles estaban llenas de un pueblo que al paso de las corporaciones y del que la suerte había favorecido para que nos representase en las Cortes, prorrumpía en estruendosos y repetidos vivas y aplausos. Durante varias noches hubo luminarias en la ciudad, músicas y otras muestras de alegría, por aquel feliz acontecimiento.

También en las provincias se procedió á la elección de Diputados, obteniendo los votos: por la de Comayagua, don José Esteban Milla; por la de León, el Licenciado don Jose Antonio López; por la de Cartago, el Pbro. don

Florencio del Castillo; y por la de San Salvador, don José Ignacio Avila.

Prevenía el decreto de convocatoria que, verificada la elección del diputado en cada ciudad capital, se extendiese á éste el testimonio de ella, así como las instrucciones que el Ayuntamiento que lo eligiese quisiera darle sobre los objetos de interés general y particular que entendieran debían promover en Cortes.

Larrázabal era miembro de *las familias* de que hemos hablado y había sido electo por el influjo de ellas.

Componían la municipalidad por aquel entonces las siguientes personas, cuyos nombres debe recoger nuestra historia: José Antonio Batres, Lorenzo Moreno, José María Peinado, Antonio Isidro Palomo, el marqués de Aycinena, Luis Francisco Barrutia, Miguel Ignacio Alvarez de las Asturias, Antonio de Juarros, José de Isasi, Sebastián Melón, Miguel González, Juan Antonio Aqueche y Francisco de Arrivillaga.

Estos señores concejales, comisionaron al regidor perpetuo y decano del mismo Ayuntamiento don José María Peinado para que formase las instrucciones que debían darse al señor Larrazábal, sobre "la constitución fundamental de la monarquía española y su gobierno."

Y en efecto, aquél escribió unas muy notables que constan en un folleto de ochenta y ocho páginas que después de haber sido impresas en la isla de León, fueron reimpresas en esta capital el año de 1811 y que tenemos á la vista.

No nos hemos equivocado al afirmar en anteriores páginas que nuestra libertad se incubó en el Ayuntamiento de Guatemala. Allí en sus salones resonó por vez primera el sacrosanto nombre de libertad; allí algunos de aquellos aristócratas de quienes tanto hemos tenido que quejarnos después, iluminados por la luz del siglo tuvieron por un instante las visiones de una

patria regenerada por las nuevas ideas. Los manes de los convencionales franceses deben de haberse regocijado en sus tumbas al ver que sus doctrinas se habían abierto paso por entre los bosques de América, y que, en la capital de esta colonia ignorada hallaban eco muchas de las que se habían proclamado desde la tribuna del 89.

Por supuesto que aquellos señores concejales, no eran republicanos, ni mucho menos. No eran ni siquiera demócratas; no tenían fe, ó no les convenía la elección de los ayuntamientos por el voto popular; no pensaban siquiera en que estos cuerpos se renovasen periódicamente, sino que opinaban porque las dos terceras partes de los regidores de cada municipalidad fuesen vitalicios.

Era que querían encastillarse en la casa de la ciudad, y dominar desde ella la situación de su patria.

Querían que á los ayuntamientos se les diese el título de *grandeza* y á los

regidores perpetuos el tratamiento de *señoría*, "á que justamente son acreedores, decían, los que tienen la representación pública y que son la columna del Estado."

Eran monárquicos, mas no absolutistas. En los poderes concedidos á su diputado á Cortes le daban instrucciones para que no reconociese á otro monarca más que á Fernando VII, y en su falta, á sus legítimos sucesores, con la condición expresada de que "para evitar que el despotismo deshonre en tiempo alguno á la majestad, y oprima á los pueblos se instituya y elija constitución formal en que, restableciéndose los derechos de éstos, tenga siempre la nación parte activa en las deliberaciones y materias de estado, en la formación de las leyes y en los demás asuntos graves del gobierno; y que en esto y en todo lo demás, sin la menor limitación sean las Américas consideradas y tratadas como partes esenciales de la monar-

quía, guardándole sus derechos y libertad civil como á la península, sin diferencia alguna, y con toda la extensión que corresponde conforme les compete por derecho natural que les está justamente reconocido."

No se habían desligado aún de muchas preocupaciones sociales y religiosas, por más que en el fondo se conoce que eran discípulos de Rousseau y de los enciclopedistas.

Ellos querían que "la religión de Jesucristo crucificado, católica, apostólica, romana se conservase inviolablemente en toda la monarquía como la única verdadera;" y no contentos con eso, deseaban se impetrase de la Santa Sede el que se declarara el misterio de la concepción sin pecado y que la nación se acogiese bajo el patrocinio de la Virgen; sin perjuicio de que Guatemala siguiese reconociendo al apostol Santiago y á Santa Teresa como patronos especiales.

Deseaban que se celebrasen concilios provinciales á fin de mantener la disciplina eclesiástica y velar sobre la pureza de la fe.

Para la provisión de empleos querían que el mérito personal fuese preferido al hereditario; pero el individuo que reuniese ambos, sería atendido de preferencia.

Por último, en lugar de las Cortes antiguas deseaban que se crease un Consejo de Estado que se denominaría *Consejo Supremo Nacional*, compuesto de individuos de todos los reinos de la monarquía española, tanto en Europa como en Asia y América, eligiendo cada reino una persona que ocupase tan interesante puesto en calidad de diputado.

Pero la parte más interesante y por la cual nos hemos detenido en este asunto es "la declaración de los derechos del ciudadano."

Hé aquí los axiomas sociales que aquellos colonos sentaban como inconcusos:

"1º El objeto de la sociedad es el mejor estar de los individuos que la componen.

"2º La religión es el mejor y principal apoyo del gobierno.

"3º El gobierno es obra del hombre. Se estableció para su conservación y tranquilidad. La conservación mira á la existencia; y la tranquilidad al goce de sus derechos naturales é imprescriptibles.

"4º Estos derechos son: la igualdad, la propiedad, la seguridad y la libertad.

"5º La igualdad consiste en que la ley debe ser la misma para todos, ya proteja, ya castigue: no puede ordenar sino lo que es justo y útil á la sociedad; ni prohibir sino lo que la es perjudicial.

"6º La libertad es la facultad de hacer cada uno todo lo que no daña á los derechos de otro. Tiene por principio, la naturaleza: por regla, la justicia: por garantía, la ley. Su límite

moral se comprende en esta máxima: "*No hagas á otro lo que no quieras que te hagan.*"

"7º La justicia natural se viola cuando una parte de la nación pretende privar á la otra del uso de sus derechos de propiedad, libertad y seguridad.

"8º La seguridad consiste en la protección concedida por la sociedad á cada uno de sus miembros y á sus propiedades.

"9º La propiedad personal está bajo la protección de la ley inviolable al ciudadano, al magistrado y al rey. Sólo las acciones contrarias á la ley la allanan.

"10. Todo procedimiento del magistrado contra un ciudadano fuera del caso de la ley y sin las ritualidades de ella, es arbitrario y tiránico.

"11. La legislatura es propiedad de la nación; no debe confiarla sino á una asamblea ó cuerpo nacional.

"12. La ley no debe establecer sino penas útiles y evidentemente necesa-

rias. Las penas deben ser proporcionadas á los delitos y provechosas á la sociedad.

"13. El derecho de propiedad real es aquél por el que pertenece á todo ciudadano el goce y la libre y absoluta disposición de sus bienes y rentas, del fruto de sus trabajos, y de su industria.

"14. Todo individuo de la sociedad sea cual fuese el lugar de su residencia ó de su naturaleza, debe gozar una igualdad perfecta de sus derechos naturales, bajo la garantía de la sociedad.

"15. La garantía social consiste en la acción de todos, para asegurar á cada uno en el goce y conservación de sus derechos.

"16. La opresión de un ciudadano ofende al cuerpo social y la sociedad debe reclamarlo. Cualquier individuo de la sociedad tiene derecho á esta reclamación, porque la opresión de un ciudadano atenta á la seguridad de los demás.

"17. La garantía social no existe si los límites de las funciones públicas no están determinados por la ley y la responsabilidad de todos los funcionarios no está asegurada.

"18. No puede establecerse contribución, sino por la utilidad general.

"19. Todos los miembros del Estado, de cualquier clase ó sexo, tienen obligación de contribuir para su conservación, aumento y defensa. Esta obligación tiene por principio la sociedad:, por medida, la necesidad del Estado: y por regla las facultades del ciudadano.

"20. Ninguno puede ser privado de la menor porción de su propiedad sin su consentimiento.

"21. Todo estanco es una violación del derecho natural. Debe pues declararse abolido para siempre."

Hemos consultado varios historiadores de América, y en ninguno de ellos encontramos que se haga relación á las instrucciones comunicadas por los cabildos á sus diputados á Cortes.

Creemos que debe ser motivo de legítimo orgullo para los guatemaltecos el poder mostrar que nuestros municipales de principios del siglo, profesasen principios tan avanzados de derecho público; y si es verdad que seguían siendo monárquicos, también lo es que no podía exigirse más de ellos, dada la educación que habían recibido y las preocupaciones de que no habían podido desprenderse.

Los días de la república y de la democracia estaban todavía lejanos. Se necesitó de una década de luchas, de persecuciones y de desengaños, para que el elemento democrático entrara en acción y que rasgando las ligas que nos unían á España y á Fernando VII, el más ingrato y más torpe de los reyes de la casa de Borbón, nos declarásemos independientes y los próceres proclamasen la república.

Larrazábal partió para España, y en las Cortes de Cádiz, de las que alguna vez fué presidente, dió muestras de

energía y de inteligencia, figurando al lado de los liberales y haciéndose notar por sus ideas que no eran otras que las contenidas en las instrucciones de que acabamos de hablar.

También el señor Castillo, representante de Cartago, se hizo notable por sus discursos y proposiciones, pidiendo la abolición de las *mitas* ó *mandamientos* y exigiendo en último termino que, en caso de sostenerse éstos, fueran obligados al trabajo forzoso los mestizos, los negros y los españoles. Defendió con caluroso entusiasmo los intereses americanos y protestó contra la esclavitud.

No entra en nuestro propósito el detenernos en los trabajos de las famosas Cortes de Cádiz. El que conozca la historia desgraciada de España en 1814, sabrá que al ser restablecido Fernando VII en su trono pagó con negra infamia los sacrificios de sus súbditos españoles y americanos, aboliendo la constitución y persiguiendo

con saña cruel á los más ilustres de aquellos constituyentes.

A don Antonio Larrazábal se le condenó á seis años de reclusión en el convento que el arzobispo de Guatemala le señalase, según dice el historiador Lafuente. Mientras esa reclusión duró, hubo prohibición de proporciarle libros y de que le hablase persona alguna.

También en este reino se sintió el contra-golpe de las iras de Fernando; y el capitan general don José de Bustamante extremó toda clase de rigores contra aquellos que se habían manifestado afectos al sistema constitucional.

Lanzóse contra los criollos una caterva de espiones y de delatores que iban sembrando el espanto y la desconfianza entre el pueblo, Se inventó la existencia de un emisario francés, al que nos hemos referido en las primeras páginas de la biografía de Arce, para poderse echar sobre los ciudadanos pacíficos á quienes se incomuni-

caba en las mazmorras. Como un miserable loco fijase por aquel tiempo papeles, que contenían groseras blasfemias, en las puertas de las iglesias, se aumentó el espionaje y se ejecutaron prisiones escandalosas que trajeron mayor consternación á la ciudad.

Unos tres estudiantes de genio alegre y burlón, se imaginaron formar un regimiento que denominaron *de los panduros* con el objeto de divertirse, como lo acostumbran los del gremio aun en nuestros días, y Bustamante viendo sombras en todo, lanzó á sus seides sobre esos jóvenes, los redujo á prisión y los sometió al tormento, resultando al final que nada había de serio en aquel juguete estudiantil. En fin, el feroz Bustamante hizo que reinase en la ciudad un silencio sepulcral, marcando su gobernación como una de las más atroces que recuerda la historia de la colonia. Ocho años duró en el mando este hombre de carácter de hierro, dejando en los guatemalte-

cos el recuerdo de una época que se conoce con el nombre de *terrorismo bustamantino*.

Al restablecerse la constitución española el año de 1820, merced al grito dado en las Cabezas de San Juan por Riego y Agüero, nuevo aliento de esperanzas sopló sobre esta abatida colonia. Aquellas antiguas rencillas entre los criollos y los españoles se habían recrudecido y aumentado. Por desgracia al lado de los segundos figuraban algunos hijos del país de tanta importancia como don José del Valle y el Dr. don Mariano Larrave, enemigos de novedades, y que aparentaban el hallarse bien con el régimen español. Estos señores halagaban á los artesanos con la idea de que se suprimiría la ley sobre el comercio libre, que los había arruinado, sobre todo á los tejedores, cuya industria se había venido al suelo con la competencia que les hacían los géneros ingleses importados de Belice, pues de mil telares que existían en la

Antigua á principios del siglo, que daban ocupación á otros tantos trabajadores y ponían en movimiento más de un millón de pesos, se habían reducido á menos de la tercera parte dejando sumidos en la indigencia á multitud de proletarios que no estaban contentos con las Cortes que tales males les habían causado, ni podían ver con buenos ojos los conatos de independencia en que en que se hablaba de libertad, palabra para ellos tanto más temida cuanto más ignorada en su significación y sus resultados.

Del lado opuesto se hallaban tres grandes patriotas, don Pedro Molina, don José Francisco Barrundia y don Francisco Córdova, caracteres fogosos que se adelantaban á su tiempo en ideas, y tenían ya las visiones de una república democrática, emancipada de las leyes españolas y regida por instituciones liberales. Fué aquel un momento particular que no es extraño en los días de revolución. Los demócratas,

directores de las gentes de los barrios, ó sea de lo que entonces se llamaba plebe, que no tenía entrada ni aun en los gremios, unen sus fuerzas con la aristocracia, de la que en aquel momento don Mariano de Aycinena era corifeo como miembro mayor de su familia por entonces y síndico de la municipalidad de esta capital.

Las pasiones estaban sobreexitadas y como no tenían desahogo ni surgidero, se lanzaban unos partidarios y otros, denuestos de los que la tradición nos ha conservado algunos recuerdos.

Comenzaron para denigrarse unos á otros, por dirigirse feos apodos que aún se conservan en la clasificación de los antiguos partidos.

A Valle y á los individuos que formaban el suyo, se les denominó, según don Pedro Molina el partido del *gas*, para dar á entender que se componía de borrachos. Por represalia este último, llamó al otro, el *partido de Caco,* con intención de darle las cua-

lidades de este famoso ladrón de la fábula. Lo cierto es, dice el indicado señor Molina. que ni todos eran borrachos en el uno, ni todos ladrones en el otro.

Pero la lucha no era tan solo de palabras; pues había llegado la época en que aquellas ideas, por largo tiempo comprimidas sobre independencia y libertad, y que apenas podían expresarse á media voz en los corrillos ó entre los tenebrosos muros donde se reunían los conspiradores iban á tener más nobles respiraderos.

Establecióse por ese tiempo en la capital del reino una "Tertulia patriótica" cuyo punto de reunión era la casa del Dr. don José María Castilla, contando entre sus principales socios al Dr. don Pedro Molina, á don José Francisco Barrundia, á los señores Montúfar y á don Vicente García Granados. Se proyectó en esa tertulia la redacción de un periódico, y efectivamente, en el mes de julio de 1820, vió

la luz el primer número de "El Editor Constitucional," dirigido por el célebre publicista Dr. don Pedro Molina y en el que colaboraron el Dr. Castilla, el señor Barrundia y don Manuel Montúfar.

Las ideas netamente liberales defendidas en ese estimable papel, cayeron como una bomba entre los españolistas y las gentes del gobierno que no ocultaban su inquina y aborrecimientos contra sus valientes redactores.

Valle saltó luego á la palestra con otro periódico que denominó "El Amigo de la Patria," cuyo aparente propósito era tratar de las ventajas de la civilización y de la importancia de las materias científicas, sobre todo de la Economía Política, estudios á los cuales estaba entregado por aquella época aquel hombre notable que pasaba entre sus compatriotas por sabio y hombre de letras. Pero lo cierto del caso es que el fin principal del ilustre hondureño fué el de combatir las ideas

políticas de Molina quien no quería contemplaciones ni miramientos, tratándose de la independencia, ni ocultaba los agravios inferidos á las colonias por la metrópoli, cuando, como con la Constitución de 1812 se las había engañado con las promesas de una representación en las cortes que por lo raquítica era mentida y ridícula.

Muy ligeramente han tratado los escritores nacionales sobre aquellos notabilísimos periódicos que para la mayor parte de nuestros conciudadanos son enteramente desconocidos.

No es este el lugar de hacerlo de la manera extensa que nos proponemos; y así es que nos reservamos hacerlo cuando, próximamente, publiquemos la biografía del Dr. don Pedro Molina.

Lo cierto del caso es que después de un año de existencia de ambos periódicos, en que blandieron sus armas los dos campeones, en que Valle tuvo momentos de mal humor, de salidas

vanidosas y ridículas, que fueron contestadas con fina ironía por Molina; en que el primero lució sus conocimientos nada comunes en las ciencias abstractas y el segundo manifestó que no era inferior á su adversario en las políticas y sociales, el triunfo fué de Molina y de los liberales, y este pudo exclamar el día 15 de septiembre de 1821 en ese mismo periódico, tan duramente atacado, las siguientes palabras que tienen toda la entonación de un himno:

"Es posible, amada patria mía que mis ojos os hayan visto independiente? ¡Oh placer soberano! ¡Oh gloria incomparable á otra cualquiera gloria!"

Tenía razón el buen patriota en cantar así la independencia de su país.

Eramos independientes.

El 15 de septiembre Gainza y las autoridades del país habían proclamado la separación de Guatemala de su metrópoli, como ya hemos dicho en otra ocasión, por temor al pueblo que la pedía á gritos y que amenazaba á

los españoles y españolistas que se la negaban.

¿Qué secreto resorte había movido á este pueblo tímido y sumiso para obrar así? Uno muy sencillo: el del patriotismo. Relatemos ligeramente lo que había pasado.

A las primeras horas de la mañana el Capitán general y las autoridades se reunieron en el salón principal del palacio. La mayor parte de las autoridades era opuesta á la independencia, unas por miedo y otras porque no querían ser desleales al país de su origen. Se entabló una discusión seria sobre tan importante acontecimiento en que la voz del más implacable enemigo de la independencia americana, la del señor Casaus y Torres, se hizo oír con todo el desborde de sus pasiones exaltadas. También se escuchó la del literato Valle, quien como alguno ha dicho, como buen americano era amigo de la independencia, pero como hombre prudente sabía ocultar sus tendencias:

Los más atrevidos de los independientes, que no formaban parte de la junta, se asomaban á la sala en que se discutía negocio tan importante, aplaudiendo á las que hablaban en favor de la independencia, como el señor Castilla que fué el primero que lo hizo y mostrando en murmullos su descontento contra los que emitían votos contrarios.

En la Plaza de Armas había poca gente, y el asunto marchaba, amenazando tener un mal resultado. Entonces se les ocurrió á don Basilio Porras y á doña Dolores Bedoya, esposa del Dr. Molina, una salvadora idea: la de reunir una orquesta y disparar varias gruesas de cohetes; y tan feliz fué aquella invención que á los pocos momentos ocurrió un inmenso concurso de gente en el que figuraban muchas personas opuestas á la independencia y que creyéndola ya declarada, se fingían sus partidarios.

La junta al oír el inmenso clamor del pueblo se resolvió más pronto, y así fué acordada nuestra emancipación.

Recuerde, pues, la historia los nombres de Pedro Molina, José Francisco Barrundia, Basilio Porras y María Dolores Bedoya como instigadores en aquel memorable día de tan venturoso suceso.

También en la noche anterior el síndico de la municipalidad don Mariano de Aycinena anduvo por los barrios de la capital instigando á los vecinos para que asistiesen el siguiente día á la Plaza de armas á formar cuerpo y contribuir con sus compañeros al acto á que tantas veces nos hemos referido. Merece, pues, que se recuerde su nombre, pues hombreándose ese día con la plebe contribuyó también á la libertad de su patria, aunque con la mira y por los motivos que pronto expresaremos.

El acta de aquella fecha, de que ya hemos hablado en la anterior biogra-

fía, dispuso entre otras cosas, que se formase una *Junta provisional consultiva* para que aconsejase en cuestiones de gobierno á Gainza y que sería compuesta de la Diputación provincial establecida por la Constitución española y de dos diputados más por cada provincia, tomados entre los oriundos de ellas residentes en esta capital.

La indicada junta celebró al principio sus sesiones en público, y el sitio en que se reunía se vió muy pronto lleno de gente de toda clase, que ocurría á presenciar aquel espectáculo tan nuevo para ella, cual era el de las discusiones de los asuntos de la naciente patria. Los individuos que la componían eran personas graves, con humos de nobleza y les asustaba encontrarse en contacto con el pueblo entusiasta y que no guardaba, según ellos decían, los respetos y miramientos que les eran debidos á sus personas y á su alta categoría.

Don José Francisco Barrundia, el Dr. Molina y don Francisco Córdova, eran los Jefes de la facción popular y no teniendo asiento en la junta, concurrían al frente de los patriotas á hacer algunas peticiones de interés público.

En una de éstas proponían que desde luego se hiciese de Guatemala un Estado independiente sobre las bases de la libertad, la igualdad y la justicia; que se formase en vez de la Junta consultiva, otra con el carácter de gubernativa, cuyo objeto sería afianzar la independencia, remover á los empleados que no hubiesen sido adictos á ella y reemplazarlos por hombres liberales y patriotas; convocar al pueblo periódicamente para darle cuenta de las operaciones practicadas por la junta en su favor y oír el voto de los ciudadanos que tuviesen algo que decir en el de ese mismo pueblo, y las medidas más oportunas para el gobierno de la nación; convocar un Con-

greso constituyente para organizar definitivamente la república, etc. etc.

Se ve por lo anterior cómo iniciaba sus trabajos el partido liberal guatemalteco. Pero aquello no era del agrado de los señores que componían la Junta consultiva, en su mayor parte monárquicos.

Por primera providencia se fijaron cartelones en las puertas del Congreso, por los que se daba cuenta al público de que la Junta había acordado celebrar en secreto sus sesiones, pretextando que ésta se veía embarazada para el despacho por causa de la concurrencia del pueblo. Tal cosa pasaba el 29 de septiembre de 1821, es decir, catorce días después de declarada la independencia.

Desde aquel momento comenzó á prevalecer entre los gobernantes la idea de unir á Guatemala al imperio mexicano, que según los tratados de Córdova disponía que se ofreciese el trono de Anáhuac á Fernando VII ó á uno de los príncipes de su familia.

¡Tan pocos días habían bastado para que la aristocracia guatemalteca pusiese de manifiesto cuáles habían sido los móviles de su conducta el 15 de septiembre de 1821!

Ellos se dijeron evidentemente en sus corrillos: que sea Guatemala independiente; pero bajo nuestra dirección y para nuestro propio provecho, para que podamos seguir medrando en lo material y que el gobierno nos pertenezca en todas sus esferas y formemos así una oligarquía imperante. Pero oyeron la voz de la democracia que se agitaba, vieron que el pueblo tenía sus tribunos que lo iluminaban y lo encaminarían á la revolución, si era preciso, y temblaron.

El marqués de Aycinena que era miembro de aquella junta consultiva, y que fué el oráculo de su partido, como don Mariano fué el brazo fuerte, decía en el año de 1834, en un opúsculo célebre, publicado en New York, lo que vamos á trascribir:

"En 1821, lo digo con franqueza, no creía aplicable el régimen republicano á mi país. Mi opinión por una monarquía moderada se fundaba en la excelencia de esta forma de gobierno, elogiada como la mejor por los mismos republicanos más sabios de la antigüedad, por escritores modernos, y cuya bondad ha sido comprobada por el ejemplo práctico de Inglaterra."

En el año de 1861, en un discurso religioso pronunciado con motivo de nuestra independencia, el mismo marqués, no curado de sus ideas monárquicas ni de su odio al constitucionalismo, decía: "Hay no pocas naciones tanto en el antiguo como en el nuevo mundo que tienen el prurito desenfrenado de expedir leyes tumultuosas é inconsideradamente sobre todas las materias, sin exceptuar las que conciernen á la religión."

El marqués, ya por entonces obispo de Trajanópolis, califica de frenesí y de epidemia mental que ha cundido por

el mundo á ese sistema de legislar, entrando en santo furor porque merezca los aplausos del pueblo. El no cree en las constituciones que se han dado los pueblos de Europa ó de América. ¿Qué bienes han hecho? pregunta. "Oidlo. Después de enormes sacrificios para plantearlas, y después de haberse derramado muchísima sangre humana para sostenerlas, hoy están en absoluto descrédito, conculcadas y tenidas no sólo como hojarasca inútil, sino como doctrinas perniciosas."

El que quiera convencerse de que en América, en la segunda parte de este siglo se hayan expresado tales doctrinas, puede leer el opúsculo que contiene ese sermón, página 6 y siguientes, que se encuentra, entre otras partes, en la Biblioteca Nacional de esta ciudad.

Ahora preguntamos ¿cómo se explican estas ideas anticonstitucionales del señor marqués, cuando sus parientes dieron en el año de 1811 aquellas instrucciones al canónigo Larrazábal, de

las que tanto se envanecían y por las que tanto sufrieron?

Pues se explica muy fácilmente. En aquella época no eran más que unos míseros criollos, sin derechos sociales, sujetos á una coyunda dura y pesada, despreciados en su misma tierra por los peninsulares, ocupando siempre los segundos puestos cuando se creían con derecho á obtener los primeros; en fin, cosas más que personas, colonos y no ciudadanos.

Entonces sí, querían patria y constitución. Entonces sí suspiraban por la igualdad y la libertad.

Pero cuando el pueblo hizo la independencia; cuando oyeron la voz de la democracia que por medio de sus corifeos clamaba para todos los mismos derechos, entonces temieron la república, se agarraron á la primera rama que encontraron y, con todo y ser tan débil y ridícula la figura de Iturbide, siendo Emperador, aunque traidor y advenedizo, se declararon

súbditos suyos contra la voluntad nacional.

El señor don Alejandro Marure, historiador tan verídico como concienzudo, describe en varias páginas de su "Bosquejo histórico" todas las escenas que tuvieron lugar en aquellos días, tan memorables como angustiosos, que precedieron á la incorporación de estos países al imperio mexicano.

También el Dr. don Pedro Molina en sus "Memorias," tan poco conocidas, nos hace una relación sucinta sobre el mismo asunto, y de las cuales nos valemos para escribir estos renglones.

Los corifeos del partido anti-anexionista eran don José Francisco Barrundia, don Manuel Ibarra, el licenciado don J. Francisco de Córdova, el doctor Pedro Molina y algunos otros de menor importancia.

El marqués de Aycinena con toda su familia se encontraba á la cabeza del partido contrario.

Gainza, ya inclinado en sus veleidades á la anexión, determinó perseguir las reuniones de los libres; y sucedió que el 30 de noviembre de 1821 se hallaban congregados unos dieciséis individuos en una junta, tratando del asunto angustioso que amenazaba á la patria. Dispusieron éstos hacer una manifestación pública, y al efecto se lanzaron á la calle dando los gritos de ¡viva Guatemala libre! La noche era de luna y el grupo iba por las inmediaciones del templo de San José, cuando dos alcaldes reunidos, ambos anti-independientes y por lo tanto partidarios de la anexión á México, aparecieron con una escolta de soldados del batallón "Fijo" y un grupo numeroso de paisanos bien armados.

La colisión era segura. Alguien lanzó el ¡quién vive! y sin esperar contestación, el doctor don Mariano Larrave que era uno de los alcaldes, mandó hacer una descarga de fusilería quedando muertos don Mariano Bedoya y don Remigio Maida.

Esta fué la primera sangre derramada en nuestras revoluciones; sangre de víctimas indefensas; sangre de liberales que querían que su patria no dependiese de ninguna nación extraña.

Nada sabemos de particular sobre Maida.

De don Mariano Bedoya tenemos estos datos: que padeció cinco años de prisión por insurgente y que cuando se promulgó el decreto de independencia de España, este patriota pidió por favor que se le concediese el pregonarlo, el cual obtuvo con gran satisfacción. Setenta y seis días después, caía muerto por las balas de los imperialistas guatemaltecos.

¿Fué aquel triste accidente un acontecimiento debido únicamente al estado de embriaguez en que se hallaban los señores Larrave y licenciado don Antonio Robles que eran los alcaldes que dirigían á aquella banda de asesinos? Creemos que no, pues ya había un plan preconcebido para amedrentar á los patriotas.

Desde luego se opusieron obstáculos invencibles para que no se publicase más "El Genio de la Libertad" que redactaba el doctor Molina, y desde cuyas columnas se hacía oir la voz de los pueblos que rechazaban la anexión. Pero eso solo no bastaba.

Al día siguiente del doloroso suceso que acabamos de relatar, don Mariano de Aycinena á la cabeza de varios hombres del barrio de San Sebastián, simuló un tumulto popular, y se fué á la Plaza de armas á pedir al capitán general la expulsión de diez y ocho de los individuos más notables que resistían la unión á México, cosa á que no se atrevió el tímido Gainza por más que lo azuzasen los que lo manejaban casi á su antojo.

Concluyamos.

La declaratoria de la anexión se hizo el 5 de enero de 1822 y ya sabemos que tristes resultados tuvo para nuestro país ese criminal atentado que se debe exclusivamente á los manejos maño-

sos de la aristocracia guatemalteca. Centro-América fué entregada por ésta al Emperador sin procurarle ventaja alguna, sin reserva de algunos fueros ni garantía la más mínima de que se respetarían los derechos de los guatemaltecos.

Indignado el doctor don Pedro Molina con tanta infamia, dice:

"Una piara de puercos no se enajenaría tan de balde; pero los ambiciosos de empleos y distinciones así lo querían, y los necios los secundaban."

Y de ese modo sucumbió el país.

Pero hubo algunos que sí sacaron beneficio: tal fué el marqués de Aycinena que fué condecorado por el Emperador con la Gran Cruz de Guadalupe de México.

Don Mariano de Aycinena, que como hemos visto, tanto se había afanado por el triunfo de su causa, que hasta anduvo en esta capital de casa en casa recogiendo votos para la anexión no obtuvo desde luego todo lo que

apeteciera. Parece que por ese tiempo no le satisfacía la cruz con que fué agraciado su sobrino; pero es lo cierto que con fecha 20 de febrero de 1823 escribió la siguiente carta á uno de los ministros de S. M. imperial y que la copiamos íntegra para recreo de nuestros lectores:

"Señor don José Manuel Herrera.

(Reservadísima).

Guatemala, febrero 20 de 1823.

Mi querido amigo y señor:—Me acuerdo de haber renunciado la gran cruz con que S. M. bondadosamente me honró, y también de los motivos sinceros que expuse para ello.

"Me es hoy tanto más sensible hallarme en la precisión de quebrantar aquellos propósitos, ó sean fundamentos de mi carrera pública: pero he pesado las cosas detenidamente, me he hecho la reflexión de que la caridad bien ordenada comienza por uno

mismo, y que no debo ser tan severo que me quiera hacer desgraciado para siempre por solo dar ensanche á los principios de delicadeza, que deben ceder á los de honor bien entendido. Por otra parte S. M. el Emperador, por una casualidad ha venido á conocerme en los días de nuestra gloriosa independencia: me favorece como no merezco: la muerte cruel, que á nadie perdona, pudiera arrancárnoslo, así como á Ud., que igualmente me distingue, y en tal desgracia (que Dios no permita) me fuera muy difícil enderezar una suerte, tan triste como la que preveo.

“ Yo, señor don Manuel, vine á abrir los ojos cuando la fortuna de mi casa se veía amenazada allá por el año de 1811, que de los dos hermanos mayores, que manejaban los negocios, el uno se fué á España de Consejero empeñándola en mayores gastos; y el otro que era el marqués, murió agobiado de pesares públicos y domésticos.

"Poseído yo siempre de unos sentimientos de honor y de cariño á toda mi familia, formé el propósito de sacrificarme por ella y porque la casa conservase su reputación.

"Mi hermano Juan Fermín, que murió el año pasado, llevaba aquí la dirección de los negocios y yo me condené á vivir como cuatro años en las haciendas por proporcionarle recursos, para que pudiese cubrir muchos créditos que nos atormentaban, sin faltar al mantenimiento regular de los demás interesados.

"Puede Ud. hacerse cargo de lo penoso que habré vivido con semejantes empeños, y sólo me queda la satisfacción de que, aunque por la fatalidad de los tiempos y del sistema opresor de la España, no hemos podido desembarazar del todo á la casa, sí la hemos conservado en regular reputación, porque Dios seguramente quiso premiar nuestras buenas intenciones, no porque en el estado que tenían las cosas, parecía imposible atender á tantos deberes.

"Habiendo fallecido por los años de 17 y 19 otros dos hermanos, que ya nos ayudaban al sostén de la casa, y últimamente Juan Fermín el año pasado, he quedado solo, para mantener al hermano de Madrid y su familia, la marquesa y sus hijos, la viuda de Juan Fermín y su chiquilla, con otras hermanas, que aunque ya no son partícipes en el caudal, tienen familias y me es preciso auxiliarlas en algo.

"He vivido y vivo siempre en apuros de mucho tamaño, aun cuando no existan los motivos del trastorno de las provincias. Me mantengo en la casa paterna, que por razón del título es de mi sobrino el marqués, así como las fincas que le son propias.

"Aunque por mi estado soltero y las diversas acciones que reuno en el caudal común, soy acaso el más interesado, yo no hago gasto ninguno por saber como andan las cosas, y me esfuerzo porque las viudas tengan lo preciso para mantenerse con decoro. En una

palabra, para no fastidiar á Ud., yo en mis circunstancias, aunque muy amado y respetado de mis familias, que me ven sacrificarme por ellas, parezco un peregrino ó un arruinado en la misma casa de mi padre, que fué el primer marqués. Así es que, deseando casarme con una señorita de mi esfera, mas ha de cinco años no lo he podido efectuar, por no hallarse el caudal con el desahogo que convenía, á pesar de mis continuados esfuerzos, y porque no hago el ánimo de contraer una nueva obligación, que me haga desatender las que ya Dios me ha puesto de estas familias que miro con tanto amor y compasión, como que en ellas recuerdo á mis hermanos.

"Yo no quiero empleo público ninguno, porque no es esto de mi genio, y de otra parte es incompatible con mis obligaciones y manejo de la casa, que no hay otro que la gobierne. Deseara que S. M., por un efecto de su munificencia me señalase una pensión vita-

licia de cuatro á cinco mil pesos, que no recayese sobre las tesorerías de estas provincias para alejar odiosidades. Con esto podré yo ponerme en estado; y asegurado de que no tengo por este motivo, que afligir más á la casa común mientras los negocios se presenten tan difíciles, se enderezará mi suerte no menos que la de aquélla, y yo lograré lo único á que aspiro. Mantendré frugalmente una familia propia y tendré la satisfacción de que vean lo hago sin desatender á las demás, cosa que no se ofrezcan disgustos domésticos.

"Nunca hubiera llegado la vez de parecer interesado. No lo soy, mi buen amigo; sino que Ud. se pondrá en mi lugar y conocerá que esta es una necesidad, una precisión para no verme condenado al celibatismo, menos hoy que S. M. graciosamente me tiene elevado al rango de gran cruz. Me descubro, pues, con mi padre, que no tengo otro que el Emperador, y con un amigo que tantas pruebas me ha dado de su cariño.

"No alego méritos públicos; porque lo poco que he podido hacer lo debía á la patria y á la razón. Me hago el cargo de las apuraciones públicas, y no quiero aumentarlas si no es que se considere mi situación, cuando buenamente lo permitan las circunstancias del Estado.

"Por último, advierto á Ud., que concediéndoseme esta pensión, bien sobre fondos de la orden de Guadalupe ó sobre piezas eclesiásticas de mitras ó canongías, como lo hacían en Francia en la época del Abate Bartelemi, que se haga de manera, que no se entienda haberla yo pedido, y menos que se divulgue demasiado, ocurriéndome para lo primero el arbitrio de decir, que entre todos los agraciados con la gran cruz, parece que sólo yo no tengo renta alguna y es preciso para sostener el decoro, etc.

"Mi juventud hasta la edad que tengo de 33 años, ha sido de trabajos no buscados por una conducta irregular y deseara algún descanso.

"Tenga Ud. la bondad de poner en conocimiento de S. M. esta disposición, que yo espero de su fineza haga propio el negocio; quedando también satisfecho, de que si no tuviera efecto será por algún inconveniente de justicia, cuyos límites no me he propuesto traspasar.

"Soy de Ud. con la mayor cordialidad, apasionado y obediente servidor, que atento b. s. m.

MARIANO DE AYCINENA."

Esaú no vendió tan barata su progenitura; al menos recibió en pago un plato de lentejas.

Los Aycinenas no recibieron más que dos grades cruces de la orden guadalupana, porque esta carta que nos da rubor publicar por haber sido firmada por una mano guatemalteca, no obtuvo ni aun contestación. ¡Bueno estaba Iturbide para pensar en dar premio á los traidores, sus compañeros!

A Gainza, el famoso capitán general, que era según las personas que lo conocieron, un viejo verde, alto, flaco y muy metido en sus entorchados, lo nombró S. M. edecán de su estado mayor, cosa que causó general hilaridad; y obtuvo su merecido muriendo de miseria en México, algunos años después de la caída de Agustín I.

La anexión duró cerca de dieciséis meses con toda su cohorte de calamidades á que nos hemos referido en nuestro escrito anterior y sobre cuyo interesante asunto puede encontrar quien quiera estudiar á fondo detalles de la mayor importancia en el 2º tomo del Bosquejo histórico del señor Marure.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la inserción del siguiente párrafo de las "Memorias" del doctor Molina, que nos cuenta como pasó nuestra separación de México, y á qué papel tan triste se vieron reducidos los serviles que tanto habían aguardado

medrar y adquirir gracias bajo la protección de su ídolo mexicano.

"El brigadier don Vicente Filísola (que gobernó á Guatemala durante la anexión) era un hombre de 43 años, de mediano cuerpo y robusto, italiano de origen, soldado francés en España, español en México, mexicano en Centro-América, parecía que su mala suerte lo había conducido siempre á servir bajo los opresores, y que sus principios le obligaban á cambiar de bandera. Restaba que á la caída de Iturbide abrazara los intereses del Reino de Guatemala: el más pequeño impulso podría inclinarlo á hacerlo. En estas circunstancias, don Fernando Antonio Dávila, que había sido un diputado liberal y de nombre en las segundas Cortes de España, don José Francisco Barrundia y el el doctor Molina, proyectaron presentar á Filísola una exposición demostrativa de la inconveniencia de la unión del Reino de Guatemala al de México, y de los

derechos y motivos que tenía, en el caso, para separarse y recobrar su independencia. La exposición se hizo y fué firmada por los que la proyectaron y por don Manuel Palacios. Don J. Francisco de Córdova, íntimo amigo y compañero de éstos, se negó á prestar su firma; y con esto ya no se solicitó la de otros. Córdova había cambiado de opinión sin que supieran sus compañeros por qué, y no quisieron experimentar otro reproche. El P. Dávila fué á presentar la exposición á Filísola; ella causó tal impresión al general mexicano, que le produjo un ataque de cólera nostra, sin que por esto estallara en manera alguna cantra sus autores. Ocho días después dió un decreto, en que declaraba separado el Reino, y convocaba á las provincias á mandar los diputados á una Asamblea General Constituyente.

Los partidarios del Imperio callaron; los *chapetones*, porque Iturbide les había dado un *quid pro quo* ponién-

dose en lugar de un Infante de España; los frailes porque la variación no tocaba sus capillas; los llamados nobles porque veían eclipsada ya su estrella polar; y en fin, el bajo pueblo, porque no había recibido más que ultrajes, sablazos y la muerte de manos de los mexicanos. No omitiremos decir que el señor Iturbide, que tan prematuramente había aspirado al gobierno absoluto, había dispuesto el modo más sencillo de gobernar el Reino de Guatemala. Lo dividió en cinco comandancias militares. ¿Qué más podía hacer en beneficio de los que se le habían entregado á discreción? Mohinos y abochornados quedaron esta vez los partidarios del imperio mexicano, escondiendo sus cruces guadalupanas los que las habían obtenido y excusándose como podían de haber caído en un error tamaño, como había sido el de renunciar y hacer renunciar al pueblo guatemalteco la independencia recientemente adquirida, buscando

un nuevo amo, que no podía ser mejor que el antiguo."

Y ya que hemos llegado á este punto bueno será conocer la figura física y moral del señor don Mariano de Aycinena. Era un segundón de su familia. Su educación fué bastante descuidada como sucedía generalmente en las grandes casas en donde había muchos hijos, y en las cuales, el mayor, que era el heredero del mayorazgo, gozaba de todas las prerrogativas debidas á la fortuna de haber llegado el primero al mundo entre sus hermanos. No asistió siquiera á las aulas, ni dejó recuerdos en ellas, como su hermano Juan Fermín, quien sostuvo á fines del siglo pasado en el claustro de la Universidad de San Carlos una tesis de derecho, explicando lo que eran las cortes durante la antigua monarquía española anterior á la casa de Austria.

Se conoce que en los planes de su familia, él estaba destinado á los trabajos del campo, á ser, por decirlo así,

el administrador de los cuantiosos bienes de su casa y á ocuparse de esas labores que mantendrían la riqueza de los suyos, mientras el primogénito lucía en la Corte su título y las prerrogativas á éste anexas, y el segundogénito ilustraba su nombre con su espada como coronel del ejército que era.

Dicen que don Mariano fué intachable en su vida moral, muy moderado y hasta tímido; que era afable en el trato familiar y no envanecido por las riquezas de su casa.

Posible es que si se le hubiese dejado rolar en la esfera á que sus aspiraciones y su naturaleza lo inclinaban, hubiera sido un ciudadano estimable.

Gustaba mucho de la iglesia y era muy apegado á las minuciosidades del culto.

Una cosa que le alababan mucho sus parientes era el que asistía devotamente á las festividades de las iglesias, frecuentaba los santos sacramentos y concurría á las funerales de ricos y pobres.

Su padre, el primer marqués, había sido Síndico del colegio de Cristo crucificado; y como él no heredara el título nobiliario de su casa ni vistiera el traje militar que su segundo hermano, quiso al menos seguir las tradiciones de su familia, protegiendo el convento de recoletos de esta capital, compuesto por el tiempo de que venimos ocupándonos de una especie de carlistas recalcitrantes que se negaron á jurar la constitución de la república y levantaron la masa popular de aquel barrio célebre, bajo el pretexto de que dicha constitución atacaba las santas leyes de la iglesia y era contraria á nuestra religión.

Don Mariano tuvo para su fortuna una hora propicia, y fué cuando, en la tarde del 14 de septiembre de 1821, anduvo por allí por el barrio de San Sebastián animando al pueblo medroso á que se uniese á los patriotas y coadyuvase con su presencia á llevar á cabo el acto trascendental que se verificó el siguiente día.

Ese solo acto le ha valido el que se le recuerde entre los hombres inmortales de nuestra independencia.

Pero él, como todos los suyos, creyó haberse equivocado y entonces cambió de rumbo llegando hasta donde lo hemos visto, hasta entregar su patria á la dominación de un tirano extranjero.

Hablando de este asunto, don Manuel Francisco Pavón que fué su panegirista, dice:

"Partidario sincero y ardiente de la independencia, tuvo mucha parte en este acontecimiento, renunciando á la buena posición que tenía su familia bajo el gobierno español. Síndico del ayuntamiento en 1821, fué el primero que pidió se proclamase la independencia, y uno de los que suscribieron el acta memorable del 15 de septiembre.

"Entonces le rodeaban y aplaudían los hombres que después fueron sus adversarios políticos, y su casa era el centro del movimiento de independen-

cia. Pero cuando se trató de establecer el gobierno, combatió con mucha firmeza las ideas demagógicas y desorganizadoras, que por desgracia prevalecieron y causaron la ruina general. Quería la independencia y la había promovido desinteresadamente bajo las bases proclamadas en el plan de Iguala por el general Iturbide, y cuando el país se unió al imperio mexicano, espantado de las ideas exaltadas y anárquicas de nuestros liberales, el señor Aycinena vió volverse contra él á sus aliados políticos y se unió al capitán general y á la Junta provisional para sostener el imperio y la conservación del orden. Su notoria adhesión al imperio mexicano, por la que había sido condecorado por el Emperador con la gran cruz de Guadalupe, se vió entonces como un baldón, y él quedó retirado y sin intervención alguna en las cosas públicas; de manera que, no obstante su decisión por la independencia, ninguna parte tuvo en

los actos de la primera Asamblea Nacional Constituyente."

Tal era el hombre que en concepto de Jefe de Estado, entró á gobernar á Guatemala el 1º de marzo de 1827.

Durante cerca de cuatro años había estado á la sombra después de la derrota que sufrieron los imperialistas.

Veamos qué habían hecho los *fiebres* y qué méritos habían contraído ante la historia.

En primer lugar emitieron la célebre Constitución del año 24, de la que en otra oportunidad nos hemos ocupado, y la que, con todo y sus defectos, es un gran monumento del liberalismo centro-americano.

Después de tantas bajezas como las que hemos visto por parte de los serviles, causa inmensa satisfacción y aun legítimo orgullo contemplar desde lejos á nuestros próceres *haciendo patria.*

Con fecha 30 de mayo del año 24 se publicó en la "Gaceta del Gobierno" un decreto por el cual se prometía una

medalla de oro al que presentase una cartilla en que se contuviesen los principios del sistema republicano imperante en el país.

El 17 de abril del mismo año, se declaró la libertad de esclavos, siendo los principales artículos de aquella memorable disposición: "1º—Desde la publicación de esta ley en cada pueblo son libres los esclavos de uno y otro sexo y de cualquiera edad que existan en algún punto de los estados federados del Centro de América, y en adelante ninguno podrá nacer esclavo. 2º—Ninguna persona nacida ó connaturalizada en estos Estados, podrá tener á otra en esclavitud por ningún título ni traficar con esclavos dentro ó fuera, quedando aquéllos libres en el primer caso; y en uno y otro perderá el traficante los derechos de ciudadano; no se admitirá en estos Estados á ningún extranjero que se emplee en el enunciado tráfico."

En mayo se dirigió una circular á los rectores de las universidades, directores de colegios y prelados de los conventos de regulares para que informasen sobre el estado de la enseñanza que les estaba encomendada, para que á vista de esos informes el gobierno pudiese formar un plan de instrucción general.

En junio se creó una escuela militar bajo la dirección del coronel de ingenieros don Manuel de Arzú.

En julio se fundaron un jardín botánico y una escuela de agricultura.

En septiembre se acordaron ochocientos pesos para gastos de viaje de un profesor de mineralogía.

En diciembre se tomaron en cuenta las bases de una compañía anglo-guatemalteca para el fomento de las minas de los Estados Federales de Centro-América.

En marzo de 1825 se establecieron una clase de arquitectura bajo la dirección de don Santiago Marqui, que

hizo su nombre célebre por haber construido la iglesia catedral de esta ciudad, y otra de química dirigida por don Juan Bautista Fauconier que poco antes se había hecho ciudadano guatemalteco.

En agosto se dispuso el establecimiento de una Escuela de Artes y Oficios, según las bases propuestas por Mr. J. L. Voidet de Beaufort, declarando libres de derechos las máquinas, instrumentos y modelos que se introdujesen para el uso de aquel establecimiento.

En septiembre se formó una Comisión de Estadística; y en fin, se dictaron algunas otras medidas de tan capital importancia como las anteriores, tendentes todas á la organización de la república, al desarrollo de sus riquezas naturales y al mejoramiento intelectual de los hijos del país.

Pero aquellos hombres iban más allá: querían poner á Guatemala en contacto con el mundo, hacerla conocer del

extranjero y aprovecharse de los conocimientos y experiencia de las naciones civilizadas.

Con ese fin nombraron tres ministros plenipotenciarios, uno para Sud-América, otro para el Norte y otro para Europa con residencia en Londres. Sus instrucciones eran más ó menos las siguientes: Proponer una expedición científica, compuesta de astrónomos, geógrafos y naturalistas, costeada por las naciones de América para estudiar este continente; formar colecciones de manuscritos, planos y mapas; informarse sobre los métodos de cultivo adoptados en otros países y que pudieran ser aplicables al nuestro; hacer una colección de semillas, raíces y estacas desconocidas en Guatemala; dar informes sobre las máquinas é instrumentos usados en otras naciones para el laboreo de las minas y el beneficio de la tierra; contratar labradores peritos en el cultivo de los olivos y de las viñas que se trataba de introducir

en el país; hacer venir un profesor de enseñanza mutua capaz de plantar el método lancasteriano, tan en boga por entonces, con el sueldo de ochocientos pesos anuales; formar presupuesto sobre el valor de los instrumentos necesarios para un gabinete de física experimental; y por último, enganchar cuatro ingenieros militares para la organización del ejército de la república.

Tal fué el trabajo llevado á cabo por los padres de la patria en aquellos dos años de paz que sucedieron á nuestra emancipación de México, y á cuya labor fecunda puso término el golpe traidor de Arce y la llegada á la Jefatura del Estado de don Mariano de Aycinena.

Todas aquellas innovaciones no eran del agrado de la casa de Aycinena. Ya lo hemos dicho, lo que ellos querían era el *statu quo*, y por lo tanto cualquiera innovación era en su concepto perniciosa. Oigamos lo que á ese respecto han dicho los dos grandes hom-

bres de ese partido. En el año de 1845 se trataba de hacer algunas reformas en el régimen municipal y el Congreso del Estado emitió para el efecto una ley que derogaba la existente, que entre otros defectos tenía el de restringir el derecho de votar para los cargos concejiles á solo los que los habían ejercido anteriormente. Se dispuso por el gobierno, para dar el pase á la citada ley, oír el voto de personas ilustradas; y el tantas veces citado marqués de Aycinena, que fué uno de los que emitieron opinión sobre ese asunto tan interesante, dijo:

"En 1820, á consecuencia del pronunciamiento militar en la isla de León, se restableció la constitución de 1812. En 1821 toda la América Septentrional española quedó independiente de la Península, pero dividida en tres secciones y quedaron todavía en boga las ideas de aquella constitución, la cual después de haber reducido toda la España á unos cahos (sic) de

confusión y desórden y *repudiado de sus mismos autores*, cayó, no sin haber causado males incalculables y haber hecho odiosa á los mismos pueblos la causa de su libertad. Extraño y muy fuera de orden sería que habiéndose adoptado aquí el mismo principio revolucionario, no hubiera producido iguales resultados. Los produjo, porque así debia suceder, según el axioma de que iguales causas producen iguales efectos. Todas las constituciones de las nuevas repúblicas hispano-americanas, que se formaron conforme á las ideas de la de 1812, han caído igualmente que ella por sí mismas, después de haberse demostrado experimentalmente que, lejos de corresponder á los fines sociales, no han servido más que para fomentar el desorden y desmoralizar á los pueblos.

"Uno de los principales defectos de la constitución española, y que aquí se ha querido imitar ciegamente, es el de trastornar el régimen municipal de las

poblaciones, establecido por el uso ó costumbre, pretendiendo plantear un sistema uniforme que la multitud ignorante, sobre la cual sólo tiene fuerza moral la habitud, no puede comprender con facilidad y prontitud. Es cosa que de bulto se ha palpado siempre, y muy particularmente en los tiempos modernos, que cuando se trastorna súbitamente el régimen municipal, se altera el sosiego público, porque se ataca directamente la primera base del orden social, que es el régimen particular de los pueblos, establecido por ellos mismos, aprendido por tradición y radicado por la habitud."

Se ve, pues, que no se quería ni aun siquiera que se modificara el régimen municipal, base de todo gobierno republicano.

El marqués estaba en todo por el *statu quo*, por la *habitud*, como él decía *ó por el costumbre*, como dicen los indios.

Don Manuel F. Pavón decía en 1855:

"Establecido el régimen federal se trató de constituir, como entonces se decía, el Estado de Guatemala, y fueron nombrados jefe y vicejefe don Juan Barrundia y don Cirilo Flores. Las semillas sembradas comenzaron pronto á germinar y los principios llamados liberales atacaron desde luego la religión, la propiedad y la seguridad públicas; de manera que en poco tiempo sobrevinieron grandes trastornos y estalló la discordia civil. Establecido apenas el primer gobierno, desapareció trágicamente en medio de tumultos populares. Entonces los pueblos se levantaron con gran entusiasmo y decisión, impelidos por la necesidad de darse seguridad y paz, y don Mariano Aycinena fué aclamado en todas partes jefe del Estado, como representante del principio de conservación y de orden, al cual deseaban todos acogerse, como única tabla de salvación."

Dicen que Aycinena se hallaba en Escuintla cuando recibió con sorpresa

el nombramiento que en él había recaído para jefe del Estado de Guatemala; dicen que al principio rehusó aceptarlo, pero que tantas fueron las observaciones que le hicieron sus amigos en aquella hora suprema para ellos, que al fin se resolvió á admitir tan difícil encargo, "haciendo desde entonces abnegación completa de sí mismo, ofreciéndose él, su familia y su fortuna en holocausto de la patria."

El hombre religioso y humilde, el hombre tímido, el nada ambicioso apenas ha puesto los pies en las alturas del poder se transforma como por encanto. Pronto dará de sí todo lo que tiene aquella alma fanática. La llegada de los conservadores al poder da la señal de una general conflagración. Los liberales viéndose traicionados por Arce se hacen fuertes en el único baluarte que les queda, y sus periódicos truenan contra la tiranía que se levanta, y contra los nobles que se han alzado con la presidencia del Estado de Guatemala.

Aycinena entonces emite leyes represivas contra la libertad de la prensa.

Viéndose los *fiebres* perdidos, recurren á la suprema ley de los pueblos oprimidos, á la revolución.

El Salvador se convierte en foco de los descontentos. Allá están Molina, Rivera Cabezas y todos los que han tenido la previsión de marcharse para no caer en las mazmorras de los serviles.

Su bandera es el restablecimiento de la constitución hollada por Arce.

Tienen, con razón, por ilegales las nuevas elecciones hechas y quieren que las cosas se restablezcan al estado en que se encontraban antes del golpe de Arce que dió por resultado la prisión de don Juan Barrundia y el asesinato posterior de Flores en Quezaltenango.

Pero ya aquellos hombres estaban ciegos y sordos, pues ni veían el abismo que iba ahondándose á sus pies ni oían el inmenso clamor de las provincias que los amenazaban por sus ilegalidades.

Arce reparte sus fuerzas. Manda una de sus columnas á ocupar la ciudad de Comayagua, en donde se encuentra el jefe don Dionisio Herrera que le hace sombra; la otra la coloca en Quezaltenango en donde ha tenido lugar el trágico suceso del asesinato de Flores y que se halla aún en efervescencia; la tercera la tiene concentrada en Chiquimula, suponiéndose que ha escogido aquella plaza como base de operaciones para la futura invasión que piensa hacer sobre El Salvador.

Los patriotas se dirigen con dirección á Guatemala y esta ciudad se conmueve presintiendo mil catástrofes. Entonces los serviles que tanto han hablado sobre las dictaduras posteriores, calificándolas de crimen de lesa patria, dan ellos, los primeros, el ejemplo de eso que tanto censuran.

En efecto, dieciséis días después de haberse hecho Aycinena cargo de la presidencia, la Asamblea del Estado lo

autorizó omnímodamente y por un tiempo indeterminado para que reasumiera todos los poderes, obrase en todo sin restricción de ninguna clase, autorizándole además, para suspender los efectos de la constitución y de las leyes.

He aquí, pues, la primera dictadura en Guatemala conferida por los serviles á uno de los suyos.

Aycinena viéndose tan ampliamente facultado, despliega una energía y un rigor de que nadie lo hubiera creído capaz. Lo que quiere es sembrar el terror y lo logra efectivamente con el siguiente decreto que por sí solo basta para dar el título de cruel y tirano al que lo suscribió.

"1º—Todo el que en conversación, escritos ó de cualquiera otra manera, esparza voces alarmantes en favor del enemigo, será juzgado en Consejo de Guerra, y justificada en él la malicia con que ha obrado, por las deposiciones de dos testigos contestes, á quienes el

Consejo examinará verbalmente, será castigado con pena de la vida, aun cuando resulte que ha obrado por encargo de otra persona.

"2º—Todo el que dé la comisión de que trata el artículo anterior será castigado con la misma pena.

"3º—El que tuviere correspondencia con los enemigos, bien sea por escrito ó de cualquiera otra manera, justificándose que la expresada correspondencia es mantenida con el objeto de perjudicar la justa causa del Estado, directa ó indirectamente, será condenado á la pena de muerte.

"4º—El que formare ó concurriere á reuniones que tengan por objeto hacer asonadas ó conspirar directa ó indirectamente en favor de los invasores, incurrirá en la pena que establece el artículo anterior.

"5º—El que ocultare fusiles, furnituras ú otros elementos de guerra, en número ó cantidad que llame la atención, será juzgado por el Consejo de

que trata este decreto y calificada la malicia ó criminalidad con que se han hecho las expresadas ocultaciones, será castigado de muerte.

"6º—El Consejo de Guerra que establece este decreto se compondrá de los tres jefes ó capitanes más antiguos de la milicia activa que existe en esta Corte.

"7º—Publíquese esta disposición por bando para inteligencia de todos y comuníquese al efecto á quienes corresponde.

"Dado en Guatemala á 18 de marzo de 1827.—Mariano de Aycinena.—Por disposición del P. E.,—Agustín Prado, Secretario del Despacho general."

El tirano Bustamante, de quien tanto se quejaron los nobles, debía estar satisfecho desde su tumba, pues había encontrado un discípulo que lo superó con creces.

Para complemento de este terrible decreto, dos días después el mismo

Aycinena y su ministro Prado emitieron otro aún más escandaloso y no menos ilegal y atentatorio á todos los principios del derecho. Por él se dispuso que el tribunal de los tres, creado por el decreto que hace poco copiamos, conociese de todas las causas que versaran sobre delitos políticos aunque ya estuviesen sometidos al juicio de los tribunales ordinarios.

He allí, pues, que se daba á la ley un efecto retroactivo.

Los juicios de ese tribunal debían ser verbales, causando ejecutoria sus sentencias cuando no impusiesen la pena capital.

En este último caso las causas podían llevarse á segunda instancia; pero el juicio seguido en la Corte, debía ser sumario y sin súplica, debiendo el tribunal dar sentencia dentro de doce días después de pronunciada la primera.

No contento con todo esto se reservaba Aycinena la facultad de dictar

las medidas y providencias particulares que convinieran respecto de las personas que más se hubiesen señalado y se señalasen en procurar la ruina de la capital y demás pueblos, en concitar á la guerra civil y en promover el desorden y la anarquía.

El tiro iba dirigido contra los congresistas que protestaron del golpe de Estado que había dado Arce á instigación de los serviles; contra los individuos de la Corte de justicia que condenaron las nuevas elecciones que dieron el poder á Aycinena y á los suyos, como anticonstitucionales; y en fin, contra todos los patriotas que viendo que el país se hundía, al haber sido entregada su suerte en manos de los aristócratas que nos anexaron á México, que odiaban la república y eran encarnizados opositores del federalismo, se levantaron en armas para salvar la situación en que se veían comprometidas la república y la libertad.

Otro terrible elemento se había unido á la reacción aristócrática, y este era el arzobispo Casaus que fué el primer opositor á la independencia, y que no firmó el acta del 15 de septiembre por más que concurrió á la reunión convocada por Gainza para aquel día. Con él estaba casi todo el clero y los frailes, excepto los mercenarios que, aunque pocos, pasaban por liberales.

El artículo undécimo de la constitución declaraba que la religión católica, apostólica, romana era la de Centro-América, con exclusión del ejercicio público de cualquiera otra. Mas esto no satisfizo los deseos del clero. ¡Cómo, haber en la república otras personas que en el interior de sus casas ó en el fuero íntimo de sus conciencias, pensasen de distinto modo de como lo hacían el dominicano Casaus y el fanático clero que lo rodeaba!

Eso era una herejía de los liberales que querían la perdición eterna de este pueblo hasta entonces tan sumiso y tan creyente.

La cosa fué peor cuando la Asamblea del Estado emitió las leyes reformando muchos abusos del clero y quitándoles el fuero. Como todas las clases privilegiadas, el clero estaba muy apegado á este último, porque era como un valladar que lo separaba del pueblo y lo ponía fuera del alcance de la justicia nacional. El fuero lo constituía poder independiente en la sociedad. Le daba una inviolabilidad aristocrática y hacía que las faltas ó crímenes de sus individuos quedasen ocultos entre el misterio de los tribunales eclesiásticos. Todo eso le daba gran prestigio ante los ojos del pueblo que veía en los ungidos del Señor unas personalidades sobre las cuales las leyes comunes eran impotentes. La justicia humana, según aquella monstruosa concesión, se quedaba á las puertas del palacio arzobispal en donde tenían asiento las autoridades eclesiásticas.

Todo eso lo habían destruido los liberales ó sean los herejes, que para los serviles eran la misma cosa.

Desde aquel momento las facciones políticas de Centro-América se dividieron en dos bandos. En la capital de Guatemala se alentaba á los ejércitos de los aristócratas al grito de ¡viva la religión! ¡mueran los liberales! ¡mueran los herejes!

En el campo de los salvadoreños en donde se habían refugiado los hombres más ilustres de la revolución y de la democracia se gritaba: ¡viva la Constitución! ¡abajo las autoridades intrusas!

Aquella encarnizada lucha, que duró los dos años cuatro meses que estuvieron en el poder los serviles, representa en Centro-América lo que en el Sur la lucha entre los independientes y los ejércitos españoles. Fué entre nosotros el esfuerzo por la libertad, contra una aristocracia testaruda, enemiga de toda innovación, encariñada con todo lo viejo que nos legara la España de la decadencia.

Nosotros no tuvimos que matar godos, porque cuando nos declaramos independientes ya el gran proceso contra España se había juzgado en los campos de batalla en donde Bolívar y San Martín habían obtenido espléndidas victorias que serían coronadas por las de Junín y Ayacucho que en posteriores años iban á dar la libertad al continente.

Por eso conmueven tanto los episodios de nuestra primera guerra civil, en que se anegaron en sangre los campos de Centro-América, en sangre de hermanos que con fiera saña peleaban por la causa de la libertad los unos, los otros por la del estancamiento del país y la servidumbre del pueblo en provecho de la aristocracia.

Pero no fueron solamente los campos de batalla los que se tiñeron de sangre.

La aristocracia guatemalteca tiene sobre sí la negra mancha de haber sido la primera en levantar el cadalso político en este país.

El desgraciado teniente de patriotas Isidro Velásquez fué la primera víctima del decreto de Aycinena. Velásquez, según nos dice Marure, era un artesano honrado, con opiniones liberales muy exaltadas. Carecía de todo influjo en su partido y era por lo tanto un hombre de quien nada había que temer. Pero los serviles necesitaban una víctima y escogieron á éste, llevándolo al patíbulo el 30 de abril de 1827, en donde aquel modesto patriota sufrió la muerte con valor.

Otros nueve guatemaltecos fueron condenados en rebeldía á la misma pena, la cual seguramente habrían sufrido, si no hubieran tenido la fortuna de salvar la frontera ó de ocultarse, sustrayéndose así á sus feroces perseguidores.

La más ilustre víctima sacrificada en aquellos días del *terror servil* fué el coronel Pierson, á quien se condenó á morir en el patíbulo el 11 de mayo del mismo año. Este valeroso soldado

admiró á sus mismos enemigos por su serenidad ante la muerte y por la impavidez con que él mismo mandó hacer fuego á la escolta que iba á ultimarlo.

El poeta Alvarez Castro, refiriéndose á ese luctuoso acontecimiento, escribió esta especie de elegía:

¡Oh día infausto! ¡miserable día!
Huye ¡oh momento pesaroso! y rando
Vuela á ocultarte al tenebroso seno
Que abre el Leteo en su profundo espacio:
Huye y no más los soledosos sitios
Tornen á ver tus refulgentes rayos,
Do el despotismo la inocente sangre
Audaz regara con infame mano.

Por no alargar más este trabajo no referiremos uno á uno todos los desmanes cometidos por los serviles en aquellos días en que la vida y la fortuna de los ciudadanos estuvieron á merced de aquel poder formidable con que Aycinena fué investido por sus correligionarios, y del que supo hacer uso de una manera tan espantosa. Nos referimos á lo que sobre el particu-

lar hemos dicho en las páginas 88 y siguientes de la biografía de don Manuel José Arce.

Todas esas medidas de rigor que nunca podrán disculparse encontrarán explicación en el espíritu estrecho del fanatismo político-religioso que dominaba á Aycinena. Hasta queremos creer que al ver amenazada su ciudad natal por las fuerzas de las provincias que tanto la odiaban tuvo un destello patriótico que le dió fuerzas para elevarse sobre su propio nivel. En las siguientes palabras que vamos á copiar de una de sus proclamas se revela el hombre apasionado, orgulloso, y no se oculta el fanático ni el aristócrata.

Morazán había ceñido ya los laureles de Gualcho y de La Trinidad. El partido liberal centro-americano tuvo la fortuna de encontrar en él al adalid que haría morder el polvo á los enemigos de la república, encastillados en la ciudad de Guatemala como en un ba-

luarte inexpugnable. El torrente de la guerra cuyos cauces habían abierto los serviles los amenazaba impetuoso. En ese momento supremo, Aycinena saca fuerzas de su propia debilidad y dice á los fanáticos que aún quedaban fieles á su causa lo siguiente:

“Compatriotas: Si no queremos ver destruida esta hermosa capital, arruinados los departamentos, aniquiladas las propiedades; si no queremos que Guatemala sufra la espantosa humillación de ser sojuzgada por un puñado de miserables; si no queremos que desaparezca la religión, el culto, la moralidad y la decencia; si no queremos que á la regularidad de nuestro orden sucedan los horrores de la anarquía desenfrenada: la fuerza, la fuerza sola nos librará de tantos males. Y qué ¿Guatemala podría nunca temer las facciones armadas que tiranizan á San Salvador? No, guatemaltecos, vosotros no seréis capaces de semejante abatimiento. Tomemos las armas:

opongamos la fuerza á la fuerza y el enemigo que tantas veces ha huido de nuestras sombras no osará insultarnos con sus pretensiones temerarias, ni pisará impunemente nuestro territorio. Por mi parte yo os ofrezco que moriré con vosotros antes que abandonar la causa del Estado ....etc. etc."

Esas palabras eran puras baladronadas, pero en aquellas horas de conflicto revelan un espíritu viril, digno de admiración. El que defiende su patria merece siempre los aplausos de la historia y nosotros no se los escaseamos en estos momentos y por esa causa á Aycinena. Lo que nos subleva el espíritu es que conjurado el peligro, aquel hombre se haya dado á perseguir fría é implacablemente á sus adversarios emitiendo decretos de proscripción, levantando el cadalso por doquiera, confinando á climas malsanos á aquéllos á quienes la cuchilla del verdugo no pudo alcanzar, confiscando los bienes de los ausentes y en

fin, dando el espectáculo por primera vez en la república, de un terrorismo exaltado que ha servido de precedente en nuestra prolongada guerra civil y del cual con el tiempo él y los suyos fueron víctimas.

Y sin embargo, preferimos á Aycinena en sus horas de energía á aquellas en que, á la sombra de su gabinete, desarrolla su política tortuosa y de mala ley.

Preferimos al Aycinena de las proclamas incendiarias al de la siguiente carta:

"Guatemala, diciembre 9 de 1827.

(Muy reservada).

Mi querido Antonio: (1).

He recibido tu grata del 6 que equivocadamente me diriges con esta fecha. Por ella veo las ocurrencias acaecidas en el ejército. Veo también las observaciones que me haces respecto de su

(1) Don Antonio de Aycinena.

jefe y te aseguro que me mortifica en extremo la sola consideración de no haber encontrado hasta aquí un extranjero que nos sirva con fidelidad. Tu sabes mejor que ninguno los buenos oficios que nos debe este hombre (1), á quien nunca creí tan ingrato como me lo pintas y él es en efecto. Piensas muy bien sobre su ineptitud para mandar el ejército, diciéndome que corre parejas con el imbécil é ignorante de Arce. Pero es conveniente el disimulo y prudencia mientras tengamos enemigos que combatir y dificultades que vencer. Hemos sacrificado los pueblos para librarlos de la férula de los guanacos y fiebres. Ellos están irritados contra nosotros, no sé si con justicia, y debemos prevenir su rencor á fuerza de firmeza y de una política desconocida aun en Maquiavelo. Las dificultades que hasta ahora se han cruzado

(1) Don Francisco Cáscara que tomó el mando del ejército después de los escándalos de Jalpatagua, sucediendo á Irisarri.

no deben de arredrarnos. El *centralismo* se establecerá, yo te lo aseguro, sobre bases muy sólidas; y deja que el *fantasmón* de Cáscara gaste su humor jesuítico y dominante á las veces contigo, que llegará tiempo de hacerle sentir, muy á pesar suyo, *que él no es más que un italiano encerrado en su corbatín.* Vamos á otra cosa.

"No puedo ocultarte mi cuidado por la suerte que podrán correr ustedes y esa columna en el caso que el *botarate* colombiano (1) se atreva á atacarlos. Yo sé que él no es capaz de nada y lo convencen las noticias fidedignas que comuniqué á ese general el 19 del pasado. Pero cuando se acercan los instantes en que uno espera ver el desenlace feliz de una ardua empresa, se agolpan mil ideas y mil presentimientos todos funestos. Yo confío, sin embargo, en la providencia que tanto nos protege, en la buena disci-

(1) El general R. Merino entonces al mando del ejército salvadoreño.

plina y entusiasmo del ejército, en tí y nuestro Montúfar que sabrá dirigir á ese *autómata en jefe.* Creo que no dejarán arrollarse en Santa Ana como en Milingo Arce y en Honduras el charlatán de Milla. Es un dolor pensar sobre todo ésto. Voy á comunicarte mis proyectos para el caso en que experimentemos un revés, lo que Dios no permita.

"Tu sabes lo bien que nos salieron nuestras estratagemas y enredos en marzo anterior. Los salvadoreños peleando tontamente de buena fe, con un jefe militar en aquella época todo nuestro, no conocen las ventajas que les hacemos. Ellos son muy niños, se llevan de teorías, sueñan en abstracciones y se olvidan de la ignorancia de los pueblos, de sus preocupaciones y creencia religiosa. Pues bien. Si perdemos con las armas, desplegaremos aquí las del fanatismo para exaltar á este pueblo devoto y levantar de nuevo un famoso ejército. Dirémosle en

nuestras proclamas que los enemigos no respetan la honestidad de las doncellas, los lazos conyugales, ni la inocente infancia; que todo lo asolan y destruyen; que todo lo violan y pisan, hasta lo más sagrado. Que su elemento es el robo, las depredaciones; sus deseos hartarse de sangre guatemalteca; que los religiosos van á perecer en sus manos, las monjas, los santos y los templos; que todo será perdido si los pueblos no salen á la defensa de su religión y de su patria; y otras mil cosas semejantes. No dejo de temer que el entusiasmo de la fanática multitud no sea como el que vimos con tanto placer allá por el mes citado de marzo, porque los malos han minado mucho y no cesan de minar; pero tampoco cesaré yo de perseguirlos, y sobre todo que nuestros frailecitos con sus exhortaciones, nuestras monjitas con sus rogativas y nuestro *ilustrísimo* con su incomparable destreza en esta clase de negocios, serán los

instrumentos que dirijan al pueblo en nuestra nueva campaña.

"Ayer te ha escrito Juan José una muy larga carta. También yo escribo ahora á Montúfar, pero nada le digo sobre política. Tu puedes mostrarle ésta y quemarla al momento. A Dios pide te guarde de los fiebres, *tu Mariano de Aycinena.*

"Adición.

"Salúdame á ese general por pura política y dile que mis grandes atenciones no me permiten escribirle, que lo haré en la primera oportunidad."

He aquí á Aycinena pintado de cuerpo entero. Jamás en nuestros estudios sobre los hombres públicos, hemos encontrado una figura más extraña y, permítasenos la expresión por más que sea dura, menos simpática.

Al leer esta carta y considerar los actos de terror y de fanatismo político de Aycinena, nos ha parecido tener á la vista á un Fouché, ó á un José Lebon

con el manto de Tartufo y la gorra de dormir de Maquiavelo.

Pasemos á cosas más generales y veamos como se iba desarrollando la reacción.

En el año de 1823 se hizo una proposición en la Asamblea para que los libros impresos extranjeros pudiesen introducirse á la república sin examen ni censura á que antes estaban sujetos, y sin pagar derechos de aduana.

La proposición pasó al dictamen de tres comisionados, todos ellos serviles y uno clérigo además; y éstos fueron de opinión de que se permitiese la entrada de los libros que estuviesen impresos en lenguas extranjeras, quedando los escritos en nuestro idioma sujetos siempre á la censura eclesiástica.

El diputado Barrundia, que era uno de los ponentes de la moción, se levantó en la tribuna manifestando la extrañeza de que hubiese representantes que la rebatiesen, y admirándose de que

estando limitada hasta entonces por la ley la libertad de escribir, también se restringiese la de leer.

La discusión fué acalorada tanto en el Congreso como en la prensa, publicándose en el alcance á "La Tribuna" número 5 un bien escrito trabajo de un autor anónimo defendiendo la libre importación de los libros que hasta entonces figuraban en el purgatorio de la inquisición, que contenía 300 páginas con sólo el nombre de las obras de lectura prohibida. Se hacía ver también que siendo tan contadas las personas que entre nosotros conocían las lenguas extranjeras por entonces, pues el que hablaba ó leía la francesa pasaba entre los criollos por algo así como un prodigio, el conceder únicamente la libre introducción de los libros escritos en otros idiomas era un cruel sarcasmo y una maquiavélica treta de los serviles.

Los liberales ganaron la partida en el Congreso; y fruto de aquella discu-

sión fué el primer inciso del artículo 175 de la Constitución federal, que prohibía á todas las autoridades cualesquiera que fuesen el coartar en ningún caso ni por pretexto alguno la libertad del pensamiento, la de la palabra, la de la escritura y la de la imprenta.

También se dió orden á las aduanas para que se importasen sin derechos ni censura todos los libros.

Pero el año 28 ya era otra cosa: los aristócratas se habían adueñado de la situación de Guatemala y descargaban mandobles á su antojo sobre la constitución que ya para ellos era letra muerta. Entonces apareció un opúsculo de 27 páginas que se dice estaba escrito desde el año 23, pero que no pudo ver la luz pública en aquella época macarrónica (la de la Contitución) y que se daba á la prensa hasta entonces, aprovechándose de una época feliz (la de la reacción).

Contiene el opúsculo ideas muy originales. Está escrito en un estilo

jocoso que revela que su autor conocía bien el idioma y manejaba la sátira con facilidad. Si no nos equivocamos el trabajo era de Cordovita ya por entonces abanderado en las filas de los serviles.

Sentimos no insertar varios trozos por no alargar este trabajo. Vaya sin embargo uno, como muestra:

"Las nociones más importantes en orden á los derechos del hombre y al grande arte del gobierno las tenemos muy cumplidas en fuentes purísimas y de la más sana filosofía y de una sublime política. ¿A qué, pues, ir á encharcarse en pozos inmundos y en cisternas rotas ....? No cree Ud. que haya sabiduría como la de Helvecio, de Hobbes, de Espinoza, del autor de las ruinas de Palmira, y de otros mil insensatos y atrevidos de la pandilla de aquéllos? Pues hagamos un ensayo: escriba usted un tratado de lo que quiera: señáleme la materia y yo dispondré otro: que se cotejen en la

Asamblea ó por una junta de sabios que usted mismo elija; y si al de usted enriquecido con los principios de sus autores, se le calificare por mejor, que me den 200 azotes en el poste público, ó que usted los lleve, mi querido, si el mío mereciere la preferencia. El partido es igual. El triunfo de usted sería muy brillante: anímese, pues, y manos á la obra: yo estoy prontísimo y aun reviento ya por verificar la apuesta."

Estas y parecidas cuestiones eran asuntos de controversia que habría sido bueno publicarlas en su debido tiempo para entablar sobre ellas una discusión razonada. Sólo que cuando se dió á luz el citado opúsculo era ya tarde: Barrundia andaba prófugo y perseguido, lo mismo que los campeones liberales de la constituyente de 24. Hubo, pues, en su autor mucha falta de caballerosidad para con su adversario y sobra de mala fe. Así y todo, volvemos á repetirlo, aquel opúsculo es digno de leerse y estudiarse porque, aunque

no contiene más que las doctrinas de la escuela teológica, su autor por lo menos se quedaba en el terreno de las lucubraciones y no llegaba á la violencia ni á la descarada reacción.

Quien no entendía de esos medios era el P. don Tomás Beltranena favorito del arzobispo, hermano, según creemos del vicepresidente y miembro por lo tanto de la aristocracia. Este buen señor, que ha sido uno de los eclesiásticos más intolerantes de Guatemala, propuso á la Asamblea un acuerdo, que cita el historiador Marure, cuyos artículos resolutivos son los siguientes:

"Primeramente: que en este Estado se impida la introducción de cualesquiera impresos ó manuscritos contrarios al dogma católico ó la moral evangélica, y de cualesquiera estampas, pinturas ó estatuas obcenas; excitándose á la potestad eclesiástica para que forme índice de los escritos que hayan de prohibirse, auxiliándole la potestad civil para recoger los prohibidos."

"En segundo lugar: Que ambas potestades procedan contra los impíos y libertinos que de palabra ó por escrito intenten descatolizar ó desmoralizar al pueblo: que la eclesiástica, según los cánones, aplique á los contumaces las penas espirituales y la civil, según las leyes, los prive de la ciudadanía y del ejercicio de sus derechos, sin perjuicio de las demás penas aflictivas á que haya lugar."

"En tercero: Que se ampare al clero secular y regular en el uso y posesión del fuero eclesiástico personal en las causas civiles y criminales."

"En cuarto: Que la admisión al hábito y las profesiones religiosas en las comunidades de ambos sexos se arreglen, como se han arreglado siempre, á las disposiciones del Concilio Tridentino, sin otras trabas ni ritualidades."

"En quinto: Que se otorgue la licencia pedida para fundar conventos de monjas carmelitas descalzas, en los cuales se observe literalmente la regla

de la primitiva fundación de Santa Teresa de Jesús, sin dotes ni limosnas mendigadas y sin más rentas que el trabajo de sus manos y su entera confianza en la Providencia divina."

"En sexto: Que se cumpla el Breve que en 21 de julio de 1795, expidió para las Américas el Sumo Pontífice Pío VI permitiendo que en los conventos de monjas franciscanas, domínicas, carmelitas descalzas, se reciban y se eduquen niñas, hijas de padres honrados bajo las reglas allí prescritas."

"En séptimo: Que se respeten las voluntades piadosas de los difuntos y el derecho de propiedad de los vivos, conservándose las instituciones de capellanías y obras pías, ya hechas y aprobadas por la Iglesia, y no estorbándose las que en adelante se hiciesen, conforme á los cánones y sin perjuicio de las sucesiones legítimas; y pudiendo asegurarse los capitales en fincas urbanas y rústicas."

"En octavo: Que se rediman á la mayor brevedad posible los principales piadosos introducidos en arcas de consolidación y que entre tanto se satisfagan sus réditos, con los cuales se sostiene una parte del culto divino y de sus ministros, y de los monasterios de monjas."

"En noveno: Que en la colución, percepción y distribución de los diezmos, se guarden por ahora las leyes que regían en el año de 1821."

Un viajero americano que visitó á Guatemala en años posteriores al del 28 que es el que en este momento nos ocupa, tuvo ocasión de asistir á una de las reuniones de un congreso de serviles. La descripción que de aquel acto hace el satírico sajón es digna de conocerse y vamos á traducirla:

"El salón era amplio, y de sus paredes colgaban varios retratos de antiguos españoles distinguidos en la historia

del país, y apenas iluminado. Los diputados se hallaban sentados en una alta plataforma construida en uno de los extremos. El presidente, aún más elevado, tenía asiento en una amplia silla, hallándose rodeado de sus secretarios. En el muro y sobre la cabeza del jefe de la corporación se veían las armas de la república que consisten principalmente en tres volcanes, emblema según creo del estado de combustibilidad del país. Los diputados sentados á uno y otro lado, y cuyo número llegaba á treinta en aquella sesión eran del estado sacerdotal, por lo menos la mitad. Usaban bonetes y vestidos talares negros, lo que hacía que aquella escena contemplada á media luz, trajese á mi memoria el recuerdo de las obscuras edades pasadas y me imaginase encontrarme en una reunión de inquisidores."

Tales eran las asambleas serviles en la primera parte del siglo que va terminando.

Figúrese pues, el lector, con cuanto agrado y simpatía se recibiría la proposición del P. Beltranena que hemos copiado. La Asamblea se puso á trabajar desde luego en el sentido que pedía el muy reverendo padre y no tardaron en expedir las leyes reaccionarias á que nos hemos referido en la biografía de Arce.

Constantemente, durante los pocos años de la república, el metropolitano había instado al gobierno y á los congresos para que se prohibiera la libre circulación de los libros; pero nada había logrado hasta que encontró en Aycinena al buen hombre que deseaba, pues éste emitió un decreto que, aunque ya conocido, vamos á reproducir de nuevo, porque no es justo arrebatar la gloria ó la censura que merezca al que tal hizo en este siglo que llaman de las luces. Hélo aquí:

"1º Que se ruegue y encargue al P. arzobispo que proceda, conforme á los cánones, contra los contumaces,

que sin respeto á sus edictos ya publicados, introducen ó retienen los libros ó estampas que se han prohibido en aquéllos."

"2º Que las autoridades civiles y militares, requeridas que sean por la eclesiástica, recojan los mismos libros y estampas del poder de sus respectivos súbditos."

"3º Que sin otra justificación que la aprehensión real, se aplique á los tenedores la multa de diez pesos por la primera vez, veinticinco por la segunda y cincuenta por la tercera; y en defecto de medios para pagar la multa, otros tantos días de arresto en la misma proporción."

"4º Que el producto de estas multas se destine á beneficio del hospital militar; y los libros y estampas se quemen en presencia de los ministros de ambas autoridades."

Con razón decía otro viajero inglés que visitó la ciudad por ese tiempo, pero que no presenció la catástrofe

de abril de 1829, pues entonces se hallaba en Londres:

" En el caso de que los salvadoreños triunfaren se establecerá allí un gobierno ultra-liberal y entonces los españoles, los jefes de las familias de la aristocracia y una gran porción del clero regular y secular, serán expatriados. Pero si triunfan los guatemaltecos y con ellos estos últimos elementos, entonces se establecerá una república central de la que don Mariano de Aycinena será el presidente y el Papa el primer jefe y protector."

Y efectivamente, si el partido reaccionario triunfa los vaticinios del escritor inglés se habrían cumplido al pie de la letra.

No sabemos por que cada vez que leemos los sucesos de aquellos días se apodera de nuestra alma una secreta melancolía. Tal nos sucedió la primera vez que lo hicimos con las "Memorias de Jalapa" de don Manuel

Montúfar, que relatan tan al vivo las escenas de aquel tiempo nefasto; y tal nos sucede toda vez que volvemos á leerlas así como con todos los documentos á esa época referentes que han caído en nuestras manos. Despojándonos de nuestras simpatías políticas particulares, hemos querido hacernos luz en aquella lúgubre historia. Guatemaltecos antes que todo, nos hemos hecho la pregunta de si en aquellos días angustiosos habríamos estado al lado del bando nobiliario, por más que nuestro origen sea tan humilde, y nuestro corazón ha protestado que no.

El ideal de la patria centro-americana, el de la justicia y el de la libertad estaba con Molina y demás emigrados en El Salvador. Ellos representaban la reivindicación de la ley y fueron en aquel tiempo lo que los congresistas de Chile en la época de Balmaceda.

En aquel tiempo existía aún la gran patria centro-americana. Morazán tenía tanto derecho á llamarse

guatemalteco como Barrundia á ser nicaragüense, ó el mismo Aycinena y sus parciales á tenerse por hondureños ó costa-ricenses. Eran aquellos unos grandes días y la nuestra una hermosa y dilatada patria. Entonces la ciudadanía estaba para nuestros padres en cualquier parte del territorio centroamericano en donde pusiesen la planta de sus pies, buscando refugio contra la opresión y amparo bajo la libertad. Hoy por desgracia ya no es así.

Jamás llorarán bastante los pueblos el mal influjo que arrastró á Aycinena á ejecutar los actos que hemos referido y algunos otros que todos conocen, hasta hacerlo digno de estar en las gemonías á donde esos mismos pueblos condenan á sus malos gobernantes.

El y los suyos con sus artimañas pusieron de tal modo las cosas que era inevitable la guerra civil. Ya hemos dicho en otra parte que Arce en sus manos no fué más que un instrumento

que arrojaron del poder en cuanto lo consideraron inútil.

Los dos años que duró el régimen de las autoridades intrusas son verdaderamente los *años tremendos* de la república. Quisiéramos como Bolívar, refiriéndose al de 26 en su patria, "ahogarlos en los abismos del tiempo."

Pero no es posible. Es necesario que la historia hable, que relate con sinceridad y serenidad los hechos pasados para enseñanza de las generaciones futuras.

¡Cuántos malos ejemplos no datan de aquella época triste!

La intriga, el dolo, la perfidia para desvanecer al gobernante y hacerlo traidor á su partido: allí tuvieron su asiento.

Volved la vista á aquellos tiempos lejanos y descubriréis dos instrumentos de siniestros contornos sobre los cuales se ciernen las aves de la muerte: son los cadalsos sangrientos de Velásquez y de Pierson. Ellos forman las

columnas sombrías que dan entrada al panteón en donde yacen las víctimas de las dictaduras que han sucedido en años posteriores á la de Aycinena.

Registrad los anales de la patria historia para indagar quienes escribieron por vez primera en nuestras leyes esta tremenda y dolorosa palabra: *proscripción.* Y la historia os contestará: los nobles.

¿Quién fué el primer dictador en Guatemala?: Aycinena.

Y los caudales que produjo el empréstito británico contratado por aquel tiempo ¿qué se hicieron, en qué se gastaron? Son dos enigmas que la historia aún no ha esclarecido.

Muchas otras preguntas podríamos hacer de este ó parecido tenor. Pero no queremos ahondar más las divisiones que nos separan desde aquella época de los demás Estados centroamericanos.

Muchos años han pasado en pos de aquellos sucesos y sus lamentables con-

secuencias: días de gloria, de progreso, de paz ó de nobles acciones guerreras han brillado en la república, y con todo, el corazón patriota no puede menos de conmoverse y sollozar al traer á la memoria los *tremendos años.*

El mismo de 29 que fué legítima consecuencia de los actos insensatos de la época anterior, nos afecta asimismo dolorosamente. Nosotros, tratándose de historia no somos de los *vengadores.*

Nos duele sí que haya necesidades tan tremendas en las revoluciones.

Nos espantan estas trágicas genealogías: Aycinena engendró á Morazán, Morazán engendró á Carrera, Carrera engendró á Barrios, BARRIOS ENGENDRO A ESTRADA CABRERA !!!

Por eso los que queremos bien á nuestra patria, los que confiamos en los santos principios del derecho y de la justicia en cualquier punto en que nos encontremos, y desde donde pueda oírsenos debemos clamar estas palabras: que los hombres civiles, que la juventud que se educa y que tiene el

triste conocimiento del pasado, hagan viable la libertad.

Mucho se ha discutido en Centro-América sobre quienes fueron en Guatemala los que por vez primera emitieron la malhadada idea de la ruptura del pacto federal. Es tan grave ese suceso, y trae aparejadas tan grandes responsabilidades para sus autores, que tanto los liberales como los serviles se lo han arrojado unos á otros como una bola candente que les quemase las manos dejándoles en ellas la indeleble cicatriz de haber sido los asesinos de su patria.

El asunto está aún en el tapete de la discusión. Permítasenos, pues, traer á él un pequeño contingente, que creemos que bastará para el esclarecimiento de la cuestión y dar á cada uno lo que es suyo.

El contingente es el siguiente suelto que tomamos íntegro del número 39 folio 170 del "Diario de Guatemala" correspondiente al domingo 2 de marzo de 1828. Dice así:

"Noticia interesante."—"En la sesión del día de ayer se dió segunda lectura al dictamen presentado por una comisión del seno de la Asamblea legislativa, *sobre separar el Estado de Guatemala de la federación y concentrar la administración de sus rentas*, mientras dura la guerra civil entre El Salvador y el Ejecutivo supremo de la Unión. Se ha fijado su discusión para el jueves 6 del corriente, en sesión pública, con asistencia del secretario del gobierno. Creemos que la sesión será muy concurrida; pues todo el pueblo debe interesarse en el negocio á que se contrae."

Desgraciadamente la colección que tenemos á la vista de ese estimable periódico no llega sino hasta la fecha en que se insertó el anuncio que hemos trascrito; así es que nada sabemos de lo que resolvió la Asamblea sobre la cuestión y cual fué la actitud del público en aquella ocasión. De todos modos queda probado que desde el año 28 los

serviles, que se creían triunfantes, que se vanagloriaban de haber hecho la contrarrevolución restableciendo el régimen de lo que ellos llamaban *buenas ideas* y el dominio del país por la *gente decente*, que así se calificaban ellos mismos, fueron los primeros en Guatemala en lanzar la manzana de la discordia para dominar á Centro-América por medio de la fuerza, y si no podían, destrozar á nuestra patria, dejar á las otras provincias sumidas en la anarquía y quedarse ellos con el girón más preciado que creían pertenecerles en patrimonio como sucesores del rey de España.

El país estaba agotado por la fiebre revolucionaria, yermos los campos, desiertas las ciudades, las arcas nacionales vacías, los pueblos desangrados. La ciudad de Guatemala en aquellos días parecía un gran convento con sus calles llenas de penitentes que iban en procesiones rodeando á los frailes y pidiendo á voz en cuello el auxilio de

lo Alto contra las calamidades que se habían desencadenado sobre la infeliz Guatemala. Sólo en las afueras se veía el movimiento agitado de los albañiles y picapedreros levantando fortificaciones para defenderse de la invasión del ejército *protector de la ley*, á cuya cabeza se hallaba el general Morazán como ya hemos dicho.

Todo era pues, miseria y duelo.

De oirse es al poeta en sus trenos.

Miguel Alvarez Castro que es una de las figuras más simpáticas de aquellos tiempos, dirigiéndose á José C. del Valle se lamentaba de las desgracias de su patria de este modo:

"¡Oh, si cuando llamado
de las leyes al templo,
á defender del pueblo los derechos,
te hubiesen escuchado
y seguido tu ejemplo....!
la angustia no afligiera tantos pechos;
ni se vieran deshechos
los lazos fraternales,
ni los altos poderes nacionales;
Y no que, ahora, sumidos
en una guerra infanda

gime la viuda, el hijo, el tierno esposo,
de miseria oprimidos;
la doncella demanda
socorro inútilmente al poderoso,
allí espira angustioso
el mísero artesano;
contra un hermano, allá, lidiando otro hermano
Tal es el cuadro horrible
de desgracias sin cuento
fruto de la ambición y la locura.
¡Oh si fuese posible,
ahora, en este momento,
volver á aquellos tiempos de ventura!
la triste desventura
los pueblos no probaran;
en dichas y contentos rebozaran
Mas baste; acaso un día
despertará risueño,
Y volaré á pedirle albricias
de que la guerra impía
depuso el fiero ceño:
Jano y Temis se harán mutuas caricias:
se inundará en delicias
la Corte y ruda aldea;
renacerá la próbida Amaltea.
...."

Pero los serviles ó no entendían de versos, ó no llegaban á sus oídos los lamentos del pueblo por las calamidades de que ellos eran causa. A sus actos arbitrarios daban por disculpa la *razón del Estado*, ó *las necesida-*

des de la alta política. Aun hablaban del derecho y de la justicia, de los cuales ellos se decían los representantes.

Afectaban en sus papeles públicos una unción mística y patriótica y ponían por testigos á los cielos de que obraban bien, cuando tan claros eran los signos de la divina clemencia manifestados á su favor.

Por aquel tiempo vivía en Guatemala un español que ha alcanzado alguna celebridad y que había salido de España, huyendo de las persecuciones de Fernando VII y de su infame camarilla.

Había redactado en Madrid un periódico satírico llamado "El Zurriago," del que aún se conserva memoria en aquella tierra.

No sabemos que vientos lo empujaron á estas playas; pero lo cierto es que el 24 de enero de 1828 sacó á luz el primer número del "Diario de Guatemala," papel periódico que aunque no estaba á la altura de otros que aquí

se publicaban por aquel tiempo, por por el tamaño y bondad de su contenido, debe ser estimable para nosotros por haber sido el primer diario que se redactó en Centro-América en los albores de la república.

El periodista se llamaba don Félix Mejía, y se conoce que no era hombre que comulgase con las ruedas de molino que los conservadores daban como pan cuotidiano al pueblo.

Hay que recordar que los campeones liberales se hallaban ó fuera de la república, ó confinados en la Antigua en donde se les vigilaba por el gobierno.

"Fray Melitón" lo mismo que "El Liberal" no hablaban, porque la censura se los había prohibido, y Aycinena no era un gobernante que dejara que se desacatasen sus leyes. Además Rivera Cabezas, que se supone fué el redactor principal del primero, se encontraba en San Salvador, y aunque Gálvez, que dicen fué autor de algunos diálo-

gos, estaba en la Antigua no era hombre que se enfrentase con la situación, porque entre sus cualidades ó sus defectos tenía la de ser previsor y muy fino en la astucia.

Indignado Mejía al contemplar la conducta hipócrita de los serviles, les dirigió desde su periódico la siguiente filípica que vamos á copiar íntegra pues bien merece se conozcan las opiniones de un extranjero sobre aquella situación y no se nos tache de exagerados.—Dice así:

"ALTA POLÍTICA."—"Ataca un gobierno la seguridad individual, quebranta sus más solemnes promesas, prescinde de los deberes más sagrados, acuerda proscripciones, castiga inocentes, se sobrepone en fin á la ley y á la justicia y se pretenden desfigurar estos actos de despotismo y arbitrariedad diciendo que han sido producidos por *razones de Estado y de alta política.* Estas razones bastan para aquietar los ánimos y tranquilizar los pueblos bár-

baros y dominados por déspotas. Pero en los pueblos ilustrados y libres, si los gobernantes quebrantan la ley son responsables personalmente á satisfacer á la ley: las voces de *razón de estado y de alta política* ya son objetos de desprecio y conocidas como sinónimas de *arbitrariedad, atentado del poder.*

"Es pues un empeño inútil pretender engañar de hoy más á los pueblos de América con semejantes voces cuyo significado conocen ya; pero, como en algunos de estos pueblos están chocando terriblemente los hábitos envejecidos con las instituciones recientes, aparecen oscilaciones políticas que eclipsan el brillo de la libertad y la presentan bajo un aspecto menos lisonjero y agradable que el que realmente le corresponde. De estas oscilaciones nacen los excesos de autoridad y abusos de poder de los gobernantes y, para desfigurarlos ante la multitud, ya que no puede usarse de las antiguas voces *de razón de Estado y alta política*, se

subrogan otras que producen iguales perniciosos resultados. Se reduce por ejemplo á un ciudadano á prisión, se le mantiene en ella sin formarle causa, se le destierra al fin, ó impone otra pena y se pretende disculpar á los autores de tales atentados diciendo ha sido preciso prescindir de la ley y sus ritualidades por *evitar mayores males*........ que *las circunstancias exigen que se obre así*........ que en *tiempos tranquilos la ley será solamente la que mande* y otras razones tan débiles é insignificantes como éstas.

"Con ellas sin embargo, logran seducir á los incautos y mantenerlos en un verdadero despotismo bajo la máscara de libertad, de orden y de bien común. Preciso es que los pueblos conozcan estas arterías y las supercherías con que se les pretende engañar para que así desaparezcan del continente americano tiranos y tiranuelos y se consoliden las instituciones liberales. Bastará al efecto recordarles la si-

guiente anécdota: Preguntáronle á Solón *¿cuál será la república más feliz del mundo?* y respondió: *Aquella en que cada ciudadano mire la ofensa hecha á otro ciudadano como suya propia*..........
...."

Este artículo, que puede calificarse de valiente para aquellos tiempos y escrito en medio de las bayonetas de aquellos hombres, le valió á su autor la supresión de su periódico y aun creemos que su expulsión del país.

Pero vamos á terminar con todos estos episodios que mientras más se estudian más indignan y desconsuelan á los que como nosotros con buena fe y el mejor deseo nos hemos propuesto conocer y describir á nuestros hombres de gobierno de á principios de la república.

Confesamos que para hacer esos estudios quisimos hacer lo que Descartes para conocer la verdad. Nos despojamos de nuestras preocupaciones de partido, creyendo que había exagera-

ción en lo que se ha escrito sobre aquella época, que la política vestida de batalladora lleva algunas veces en la mano un instrumento candente para marcar con él á los enemigos de sus ideas, y que no siempre es justa, pues como va ciega aunque algunas veces pone bien el estigma en otras obra con precipitación y falta de equidad.

El deber del que trata de escribir la historia verídica es juzgar por los documentos si aquella musa tuvo ó no razón, y así confirmar sus juicios ó salvar al inocente ó al débil de las censuras de la posteridad.

Tal hemos querido hacer cuando nos propusimos juzgar la figura de Aycinena y tal será también nuestro procedimiento en los trabajos sucesivos que vamos á emprender sobre los demás próceres, llámense como se llamaren y hayan ó no militado en el partido político á que pertenecemos.

Nuestros escritores nacionales se han ocupado con detenimiento de la inva-

sión de las fuerzas aliadas al Estado de Guatemala al mando de Morazán, de las batallas libradas al rededor de esta capital que ilustraron aquella campaña, del asedio de esta plaza, de la energía desplegada por Aycinena y los suyos, de los sacrificíos de los habitantes de la ciudad sitiada, de los horrores inherentes á todo sitio, de la falta de víveres y de agua, de las familias amedrentadas de los serviles refugiándose en los conventos, de las bombas enviadas por el enemigo desde sus puntos fuertes que caían en el centro y destrozaban hombres y casas, de aquellos gritos de odio iracundo que se lanzaban sitiadores y sitiados olvidando que eran hijos de una misma patria, y en fin, de todas las calamidades de una guerra civil tanto mas fiera y sañuda cuanto que era por decirlo así el despertar de un pueblo hasta entonces pacífico y tranquilo á esa vida malhadada de las revoluciones y de las guerras intestinas, que ha consu-

mido lo más precioso de nuestra existencia y nos mantuvo por largos años en un estado desesperante.

Cuando se estudian esas cosas no puede, no, quedar el espíritu tranquilo, ni es fácil entrar en detalles de tan dolorosos sucesos.

Por fortuna para este caso no los necesitamos, pues abundan y pueden leerse con fruto las Memorias de Jalapa, los partes documentados del coronel Raul. Las Memorias firmadas en David, del general Morazán, el 1er. tomo de la Reseña histórica del doctor Montúfar, y la obrita muy estimable del licenciado don José A. Beteta, que tiene por título: "Morazán y la Federación."

Ya notará el lector que llevamos nuestra imparcialidad hasta el grado de citar como fuentes de estudio de este asunto interesante, autoridades tan diversas como las del coronel Montúfar, que tanta parte tomó en los episodios de aquella guerra civil, que fué en el ejército, por decirlo así, el

niño mimado de los serviles y que murió en Mexico desterrado, á consecuencia de los acontecimientos que hemos narrado, y las de los otros autores cuyas ideas políticas son bien conocidas en la América Central.

Sólo sí diremos que, gracias á un amigo cuyo nombre todavía no daremos á conocer, nos será dado dentro de poco tiempo publicar un documento original del mismo coronel Montúfar, en que éste confiesa que las Memorias que publicó en Jalapa de México no son imparciales; y por lo tanto decimos nosotros que no son merecedoras á toda la fe que el partido conservador les ha concedido hasta hoy.

Dicha confesión honra verdaderamente á su autor.

Sigamos en nuestra relación.

La plaza de Guatemala fué ocupada por el general Morazán y el ejército aliado el 13 de abril de 1829.

Ese día se tiene por nefasto en nuestros anales patrios. Nosotros crecimos

oyendo en el hogar la relación dolorosa de los acontecimientos á que dió lugar la invasión.

Hubo excesos, no cabe negarlo.

Las casas de los aristócratas más notables fueron saqueadas, arruinándose con tal motivo muchas familias pudientes, aunque en verdad eso dió lugar á que otras hasta entonces desconocidas se enriquecieran, rescatando las alhajas y las monedas de oro extraídas de las casas señoriales, cuyo valor no conocían los invasores, á muy bajo precio.

Pero, sin tratar nosotros de disculpar éstos y otros abusos semejantes, con toda la impasibilidad que requiere la historia preguntamos: ¿qué comparación tiene todo lo que se relata que en esta capital sobrevino con estas aterradoras y frías palabras del coronel Arzú, jefe de las fuerzas serviles que invadieron al Salvador algunos meses antes de la ocupación de Guatemala?

"Se pinta al ejército federal, decía Arzú, incendiando los pueblos, violando la honestidad de las vírgenes y la santidad de los altares, talando los campos y reduciéndolo todo á polvo. Esta es, en efecto la imagen de la guerra; y estos son los males que los gobernantes sin patriotismo traen sobre su país............"

Jamás hemos leído aquellas frases sin sentir en nuestra alma una mezcla de espanto é indignación.

¡Oh sí, esa era la imagen de la guerra civil que azotó á nuestra desventurada patria en aquellos tristes años!

El mismo día de la ocupación de esta plaza fueron arrestados Arce, Beltranena, presidente y vicepresidente respectivamente de la Federación, don Mariano de Aycinena y los secretarios del Despacho. Mas no se crea que fuesen estos señores sumidos en las mazmorras, como lo acostumbraban los serviles con sus enemigos, sino que fueron detenidos, primero en el edifi-

cio del Congreso que hoy ocupa la Escuela de Derecho y después trasladados á la casa del mismo Aycinena.

Lo que nunca ha sido perdonado á Morazán por sus enemigos son los acontecimientos que tuvieron lugar el 19 del mismo abril.

Citó para ese día al palacio del gobierno que él ocupaba á todos los que habían sido diputados, consejeros, jefes políticos, magistrados y algunos otros vecinos que aunque sin cargos públicos habían ejercido alguna influencia en la revolución del año 1826.

Todos estos señores fueron puntuales á la cita y como no se indicaba el objeto de ella tuvieron á bien vestir sus mejores trajes de etiqueta; pero cuando estuvieron reunidos en los salones y las galerías de palacio un jefe les anunció que de orden superior quedaban presos; y en efecto, entre dos filas de soldados, así vestidos como estaban con todas sus galas y arreos fueron condu-

cidos al indicado edificio del Congreso que se les señaló por prisión.

Gran escándalo en la sociedad y grandes lamentos de las señoras de aquellos desgraciados que comenzaban á sufrir los resultados de la revolución.

Qué motivó aquel acto que no podemos calificar de cruel, pero que sí tuvo todo el aspecto de traicionero?

Pues que según dice Raul, lo confirma Morazán y lo comprueba el doctor Montúfar, Aycinena y su gobierno no cumplieron con el pacto de capitulación del día 12, bajo cuya fe las tropas victoriosas ocuparon la plaza. Por ese pacto el gobierno caído debía entregar todas las armas que tuviese en su poder, y no lo hizo, pues escondió las mejores en las bóvedas de Catedral de donde algunos años después las extrajo el general Carrera, y enterró otras en los panteones de los conventos de frailes, que también se descubrieron posteriormente.

Ese y otros motivos que no enumeramos por no ser prolijos dieron por resultado las prisiones del 19 y otros rigores de que ya hablaremos.

Dicen que Aycinena sufrió con estoica resignación todas estas desgracias, y nosotros no lo dudamos porque el tenor de las palabras que vamos á copiar, manifiestan que su alma en aquel entonces estaba en toda su entereza.

El 26 de abril dirigió una nota al general Morazán desde su prisión protestando de ella y de la ruptura del pacto á que nos hemos referido, y entre otras cosas le dice: " Protesto que no he dado ni podido dar motivo para su quebrantamiento, cualesquiera que sean los fundamentos que se aleguen y las apariencias en que pretenda apoyarse un concepto contrario. Cuando esto no fuese tan cierto, tan indudable como lo es: cuando hubiese una intensión decidida de desfigurar los hechos y la verdad, y resultase justificado por

estos medios que yo hubiese violado la capitulación; ann entonces, *yo solo, y no el pueblo de Guatemala, sería culpable de esta falta: yo solo, y no una ciudad inocente, debería snfrir las consecuencias de ella."*

La cuchilla de la ley estuvo suspendida durante algunos meses sobre la cabeza de los culpables; con justa razón se temió que por lo menos Arce y Aycinena pagarían con la vida los crímenes de que se les acusaba. Estos eran manifiestos. El primero al dar su golpe de Estado destruyó la constitución federal; el segundo violó todas las leyes, atentó contra todas las instituciones, dió leyes inicuas que respiraban sangre y las aplicó con toda severidad, encarceló, desterró y se burló de los hombres como se ha visto por los documentos que hemos trascrito.

A haber habido entre los vencedores un encono ciego contra los aristócratas que tanto los despreciaban y habían he-

cho sufrir, de seguro caen algunas cabezas en el patíbulo, y una de ellas habría sido la del ex-jefe. Pero no; al general victorioso lo rodeaban hombres de mucha integridad y de gran corazón: allí estaban Barrundia, Molina, Valle, Rivera Cabezas, que tienen la gloria de no haber manchado jamás sus manos con sangre, y que no podrían menos de recordar que aquel hombre que se hallaba en la desgracia había sido su compañero de trabajos en los días de la independencia. El mismo Morazán no era cruel, y Gálvez que ya figuraba entre los liberales, por cuyo motivo había sufrido, tampoco era un espíritu malévolo capaz de dar negros consejos.

Cerca de siete meses duró la prisión de Arce y Aycinena. Sus compañeros de infortunio habían sido condenados la mayor parte, á la expatriación, y sólo ellos quedaban aguardando los decretos del destino. Durante ese tiempo parece que sus ánimos habían decaído, pues no se explica de otro

modo la siguiente exposición que hicieron al Congreso y que á la letra dice:

"Manuel José Arce y Mariano de Aycinena respetuosamente suplicamos al Congreso de la Federación, que en uso de sus soberanas facultades se digne concedernos indulto, para expatriarnos perpetuamente, al punto que se tenga á bien designar, cuya gracia impetramos, esperando conseguirla, para minorar nuestro infortunio y el de nuestras infelices familias.—Manuel José Arce. —Mariano de Aycinena."

A consecuencia de esta petición se les concedió el destierro coma una gracia, destinándolos á vivir en los Estados Unidos para donde salieron escoltados en septiembre de 1829. La condición era que no se moviesen de esa república y menos que se dirigiesen á la mexicana, so pena del embargo de sus bienes.

Arce que no tenía que perder no cumplió su palabra y al poco tiempo

se dirigió á esta última república á conspirar contra su país como ya lo hemos dicho.

Aycinena que aun poseía en Guatemala bastantes bienes se quedó en los Estados Unidos durante seis años, relacionándose con algunos obispos y otros eclesiásticos que eran los hombres de su devoción; creemos que no conspiró allá y que llevó una vida metódica y retirada. Tampoco escribió nada en su propia defensa ó en la de su partido. No como su sobrino el marqués que por allá por el año 34 publicó tres opúsculos con abundancia de ideas, gran erudición y buena forma literaria, contra el federalismo Estos opúsculos fueron leídos en Centro-América con mucha avidez, y á no dudarlo contribuyeron en gran parte á la disolución del pacto federal, cosa que al doctor Montúfar, cada vez que lo dice y lo repite en su historia, le causa profunda indignación.

El destierro de don Mariano duró seis años, y de él no pudo regresar sino á instancias y ruegos de su familia con las personas influyentes en el gobierno de la época; pero algo de nuevo y de serio debe haberse fraguado á su llegada cuando á los pocos meses recibió orden de salir otra vez del país. Esta vez fijó su residencia en Comitán, Estado mexicano fronterizo de Guatemala.

No tuvo que aguardar mucho porque ya los asuntos del partido liberal se hallaban bastante nublados y estaba muy próxima la gran catástrofe del 37.

Gálvez cayó; lo mismo le sucedió á sus opositores al poco tiempo.

Triunfó Carrera y con él la reacción y, naturalmente, el puesto de Aycinena ya no era el destierro sino la capital de su patria, de donde los liberales habían sido á su vez expatriados dejando el puesto á los montañeses feroces, á los frailes que fueron llamados de nuevo á tomar posesión de sus conventos y á dominar la conciencia em-

brutecida de las masas ignaras, á los jesuitas que faltaban del país desde el siglo pasado, y en fin, á otros serviles que no murieron en la emigración ó no renegaron de su patria en el extranjero.

Esos círculos revolucionarios de ir y venir de unos y otros, de subir al poder, perderse en él, caer y algunas veces levantarse de nuevo, son verdaderamente dantescos.

¡Cuántas lágrimas derramadas, cuánta sangre vertida, cuántas existencias sacrificadas y cuántos hombres útiles perdidos para el país!

Poco nos falta que decir de Aycinena. Después de su regreso ya no tomó parte en la política de una manera influyente. Fué sí diputado y consejero; pero su figura se esfuma y se presenta borrosa é indiferente.

Fué también prior del consulado de comercio, hermano mayor del hospital general, síndico del Colegio de Cristo, prefecto de una congregación de arte-

sanos en el templo de la compañía de Jesús; y en fin, todo lo que podía ser un seglar por aquel tiempo en la iglesia ó en los conventos.

Murió el 22 de enero de 1855 á la edad de 65 años y cuatro meses.

Está enterrado en la capilla del antiguo cementerio general de esta ciudad.

Tal fué la vida y la muerte del célebre personaje cuya biografía acabamos de bosquejar.

El cuadro en que lo hemos presentado nos resultó, lo confesamos, muy amplio para tan pequeña persona; pero quisimos dar á conocer ó recordar los antecedentes de la *aristocracia* guatemalteca, y así tuvimos que extendernos demasiado á riesgo de fastidiar á nuestros lectores.

Don Mariano de Aycinena es la viva encarnación de lo que ha sido y sería la *aristocracia* en el poder. Dos años y unos pocos meses le bastaron para dejar un nombre objeto de la animadversión pública.

Don Manuel Francisco Pavón, su amigo, pariente, partidario y admirador, dice á este repecto lo siguiente:

"Durante su mando de más de dos años hasta abril de 1829, mostró en el gobierno una firmeza de carácter y un valor incontestable, sosteniendo lo que en su conciencia creía justo y conveniente al público, y conforme á los principios religiosos que profesaba. Sacrificando las inspiraciones de su corazón á las exigencias del deber, tuvo que ordenar actos de rigor que demandaba la seguridad pública que le estaba encomendada, y que imponer cuantiosos y repetidos sacrificios pecuniarios para sostener las fuerzas que defendían á Guatemala, lo que le atrajo entonces y aún despues odiosidades políticas, hasta el punto de desconocerse su verdadero carácter."

¡Desconocerse su verdadero carácter! Cosas de don Manuel Francisco. ¡Vaya si se conoce á Aycinena!

ESTADO

Anexo.

de los empleos provistos en individuos que por sus enlaces forman una familia.

	NOMBRES	EMPLEOS	Sueldos
1	Exmo. Sr. don José Ayzinena, hijo del Sr. don Juan Fermín Ayzinena que casó con las Sras. doña Micaela Náxera, en 2as npcias. con doña Micaela Piñol y Muñoz, después; y viudo de la Sra. doña Josefa Micheo y Náxera	Consejero de Estado: Madrid	$ 6,000
2	El Sr. Marqués de Ayzinena, Piñol y Muñoz, sobrino del anterior	Promotor Fiscal: en esta Curia	...... *
3	El mismo	Cura interino del Sagrario	...... *
4	Don Manuel Beltranena, Ayzinena y Náxera, casado con doña Manuela Ayzinena, Piñol y Muñoz, cuñado del segundo y sobrino del primero	Asesor de la Intendencia de León	1,500
5	Don Pedro Beltranena, Llano, Ayzinena y Náxera, hermano del anterior	Asesor de la Intendencia de Sonora	1,500
6	Don Tomás Beltranena, Llano, Ayzinena, hermano de los precedentes	Promotor Fiscal de esta Curia	...... *
7	Don José María Ayzinena y Barrutia	Guarda de Acajutla	360
8	Sr. don Manuel Arzú y Náxera, tío de los Beltranenas y primo político del Sr. Ayzinena	Comandante del Cuerpo de Artillería	2,800
9	Don Pedro Náxera y Barrutia, primo del anterior	Contador de estas Cajas	2,500
10	D. Xavier Barrutia, Cróquer y Muñoz	Cónsul de este Cousulado	300
11	El mismo	Secretario de la Junta de Censura	...... *
12	D. Manuel Barrutia, Cróquer y Muñoz	Cura de San Sebastián en la Antigua	...... *

* Los empleos marcados con asterisco no gozaban de sueldo fijo sino que percibían derechos por razón del mismo empleo.

	NOMBRES	EMPLEOS	Sueldos
13	Don José Náxera, Batres y Muñoz, primo del anterior y de don José Ayzinena	Alcalde Mayor de Sonsonate	1,200
14	Don Miguel Náxera, Batres y Muñoz, hermano del anterior	Asesor de Popayán	1,500
15	Sr. don Juan Batres y Náxera, primo del anterior	Intendente de Chiapas	4,000
16	Don Antonio Batres y Nájera, hermano del anterior	Alguacil Mayor de esta Audiencia	2,757
17	Don Diego Batres y Nájera, hermano del anterior	Vocal de esta Junta de Censura	------ *
18	Don Ignacio Batres y Muñoz, primo de los anteriores	Alcalde Mayor de Chimaltenango	2,100
19	Don Miguel Batres y Muñoz, hermano del precedente	Prior de este Consulado	500
20	D. Antonio Batres y Muñoz, hermano del precedente	Tesorero de México	6,000
21	Don Salvador Batres y Muñoz, hermano del precedente	Administrador de Alcabala de Guadalajara	6,000
22	Don José Mariano Batres y Asturias, primo de los antecedentes y casado con una Montúfar	Contador de San Salvador	1,500
23	Don Manuel Antonio Batres y Asturias, hermano del anterior	Escribiente de las Cajas de San Salvador	300
24	Don Ignacio Batres y Asturias, hermano del anterior	Escribiente de la Aduana	300
25	Sr. don Miguel Saravia, casado con doña Concepción Batres y Náxera	Intendente de Leon	3,000
26	Don Manuel Pavón y Muñoz, casado con doña Micaela Ayzinena	Tesorero de diezmos	1,500
27	Don José María Pavón y Ayzinena, hijo del anterior	Escribiente de diezmos	300
28	Sr. don Bernardo Pavón y Muñoz, hermano del precedente y tío del anterior.	Chantre de esta Santa Iglesia	3,000
29	Sr. don Antonio Cróquer y Muñoz primo del anterior	Magistral de esta Santa Iglesia	2,400

NOMBRES	EMPLEOS	Sueldos
30 El mismo	Rector del Colegio Seminario	700
31 D. Antonio Palomo, Manrique y Muñoz, primo de los anteriores	Chanciller de esta Audiencia	200
32 Don Fernando Palomo y Muñoz, hermano del precedente	Contador de Propios	1,500
33 Don Miguel Palomo Enrique y Muñoz, hermano del precedente	Factor de tabacos en Quezaltenango	1,500
34 Sr. Don José Ignacio Palomo. Enrique y Muñoz, hermano del precedente y viudo de doña Magdalena Montúfar	Oidor de esta Audiencia	3,300
35 Don Felipe Romaña y Manrique, primo de los anteriores	Portero del Consulado	300
36 Don Rafael Montúfar y Coronado, cuñado de Batres y Palomo	Sargento Mayor de Chiquimula	1,200
37 Don José María Montúfar y Coronado, hermano del anterior	Oficial 3º de Correos	600
38 Don Manuel Montúfar y Coronado, hermano del anterior	Ayudante de estas Milicias	600
39 El mismo	Escribiente de sección del Gobierno	300
40 Don Juan Montúfar, hermano de los anteriores	Escribiente en la Contaduría de Propios	300
41 Don Pedro Arrivillaga y Coronado, primo de los Montúfares	Alcalde Mayor de la Verapaz	2,594
42 Sr. don Antonio Larrazábal y Arrivillaga, primo del anterior y pariente de Ayzinena	Penitenciario de esta Santa Iglesia	2,400
43 Don José Ignacio Larrazábal y Arrivillaga, hermano del anterior	Sargento Mayor de esta plaza	$ 1,000
44 Don Francisco Larrave y Arrivillaga, hermano del anterior	Interventor de Correos de Oaxaca	600
45 Doña Micaela y doña Clara, hermanas de los anteriores	Pensión en Correos	500
46 Don Juan Sebastián Micheo, cuñado de don José Ayzinena y primo de Náxera	Tesorero de Bulas	1,500

NOMBRES	EMPLEOS	Sueldos
47 Don Joaquín Letona y Beteta	Oficial Real de Comayagua	1,500
48 Don Manuel Letona y Montúfar	Oficial 1º de Alcabalas	700
49 Don Mariano Letona y Montúfar	Interventor de Quezaltenango	600
50 Don Pablo Matute	Alcalde Mayor de Suchitepéquez	1,346
51 Don Atonio Aguado, casado con doña Teresa Cróquer y Muñoz	Oficial Real de León	1,500
52 Don Manuel Zepeda, cuñado de Arrivillaga	Oficial de estas Cajas	500
53 Señor don José del Barrio, cuñado de los Larrazábal	Oidor de esta Audiencia	3,300
54 Don Manuel Olaverri, pariente de los Ayzinenas y Náxeras	Vista de esta Aduana	1,500
55 Sr. don Luis Aguirre, marido de doña Isabel Asturias y cuñado de don Pedro Arrivillaga	Asesor de este Consulado	500
56 El mismo	Id. de Cruzada	50
57 El mismo	Presidente de la Junta de Censura	*
58 Don Juan José Batres y Muñoz, hermano de los expresados Batres	Cura de San Sebastián	2,000
59 El mismo	Vocal de la Junta de Censura	*
60 Don Miguel Manrique y Barrutia	Tesorero de Fábrica	500
61 Don Francisco Pacheco, casado con doña María Josefa Arzú y Náxera	Alcalde Mayor de Sololá	1,501
62 Don Manuel Lara, casado con doña Mercedes Pavón y Muñoz	Id. de Totonicapam	1,670
63 D. Juan José Echeverría, casado con doña Ignacia Arrivillaga	Id. de Quezaltenango	1,247
64 Sr. don José Gabriel Vallecillo, yerno de don Manuel Pavón y deudo del Excmo. Sr. don José de Ayzinena	Oidor de Santa Fe	3,300
	Total (S. I.) sin incluir derechos	$89,025

Nota.—El anterior estado se publicó como anexo al número 3 de "El Amigo de la Patria," periódico redactado en 1820 por el célebre literato don José Cecilo del Valle.



BIBLIOTECA DE "EL PROGRESO NACIONAL"

RAMÓN A. SALAZAR

N 3

STELLA



PEDRO SCHLEMIHL

GUATEMALA
TIPOGRAFÍA NACIONAL



Ramón A. Salazar.

Á Domingo Estrada,

mi amigo más íntimo y querido.

Ramón A. Salazar.



STELLA



RAMON A. SALAZAR

Con setenta y ocho páginas de lectura impresa, en tipo elzeviriano, mano de obra, en que la limpieza campea, como todo lo que sale de la Imprenta Nacional, y edición neoyorkina, va á la publicidad *Stella*, narración fantástica, por Ramón A. Salazar.

Inteligencia trabajadora de artista moderno, Salazar ha dado en estos últimos tiempos, las únicas obras que se puede llamar de creación literaria; todos conocen *Alma Enferma*, *Tiempo Viejo*, y hoy verán á *Stella* que brillará, no hay duda, en el cielo aún oscuro de nuestras letras.

No es *Stella* una creación primaveral de fuerza, calor y vida y tendencias, que marcaran carácter de literatura nacional; son páginas otoñales; pero sin hojarasca, que la ha llevado lejos el soplo del talento, el buen gusto literario y la sabia doctrina del artista.

Hay también allí frutos maduros de Filosofía leopardina y simientes que entrañan promesas de producciones nuevas y porvenir glorioso para Ramón Salazar.

Parece que *Stella* guarda todos los sueños secretos, vaporosos é íntimos de mi amigo, el Doctor Salazar, como guardan las mariposas los secretos de las rosas y de las margaritas. Por ahí se oye una queja de la raza india, adelante el festín del sibarita parisiense, más allá una conclusión á lo Schopenhauer, y todo eso entrelazado con cierto misticismo de artista, á lo nuevo; vagos rumores de las orillas del Ganges y muy poca esperanza en el porvenir de esta pobre humanidad que no, en vano, debe haber llorado y sufrido largos treinta siglos.

Ramón Salazar ha estudiado mucho, ha hecho viajes, ha aprendido ciencias y artes. Ese es el producto. Cual antiguo alquimista, ha estado espiando en el fondo de la retorta, durante largas noches, los misteriosos secretos de las cristalizaciones; ha sorprendido en la espantosa realidad del laboratorio, las ocultas citas de las composiciones orgánicas, y encarando la lente de aumento hacia abajo, como. Shawammerdan, se ha deleitado con el infinito viviente microscópico y quiere arrebatarle la causa lógica del cuerpo enfermo.

En su biblioteca rica y compacta, escogida con habilidad de ultimista, se encuentra casi todo lo mejor que la humanidad ha pensado y escrito. Todo lo que simboliza las grandes caídas, los grandes errores, los vuelos inmensos hacia el porvenir, el gemido eterno, la nota alegre y todas las especies de risas y carcajadas, están allí como evocados por un conjuro. El conjuro del artista sabedor.

En aquellos estantes de palo de caoba, están dormidos, como en los camarotes de los buques, unos al lado de otros, Santa Teresa de Jesús y don Francisco de Quevedo, Santa Catalina del Sena, la blanca vestal que evitó el último cisma de la cristiandad, y *Nana*, ese monstruo de liviandad y de insaciable carne; Platón y Baudelaire, el Padre Balmes y Hartman, el pesimista alemán, todos se abrazan en aquel aquelarre.

Y toda aquella biblioteca ha sido leída, y más aun, estudiada por su propietario.

Su modo de escribir es así: la impresión se produce en su cerebro, y su temperamento de artista, la modifica, la abstrae, la escoge, le da vida, la personaliza y la acentúa; sistema de escritores de *pure sang.*

Stella es la producción de un sociólogo más que la de un novelista.

Ramón Salazar no producía nada; pero desde que abandonó el *politiquismo*, enfermedad que esteriliza la inteligen-

cia, su labor ha sido continua y de éxito. Lo mejor que tiene es que cuando se le lee, siempre se quisiera seguir leyendo; se corre tras aquella lectura, en que con cada párrafo se puede formar un cuadro de pintor delicado.

***

Pues el *politiquismo* es una enfermedad hispano-americana, de carácter canceroso, roe el cerebro, perjudica el hígado; hay veces que quita la razón y el sentido común y hasta apaga la conciencia y la encadena á ajenas ambiciones y mata los ideales. . . . .

Ella es la que nos ha arrebatado más talentos que el alcohol, más actividades que el opio, más energías que el oro. Ella es la que se complace en encerrar la ilustración en la asquerosa oficina del covachuelista. Ella conquista la dignidad, arrojando saliva al rostro en forma de billetes de banco.

Ella, tenebrosa y aviesa, se ha complacido en no dejar brillar nuestras glorias, en arrojar al lodo la vergüenza; le ha cortado á la idea sus alas de luz, al cerebro le ha ordenado que no piense y á la voluntad que no quiera.

Ella dice á la raza latino-americana: no trabajes, no luches, no esperes.

Decadencia.

***

Trabajar, luchar y esperar, esto es lo que hace Ramón A. Salazar, y hace bien: es el credo de todos los que van derramando la luz por el mundo.

Hay que recordar siempre el proverbio del poeta árabe: "La araña teje su tela en los alcázares de los reyes; y el buho solitario, entona su lúgubre cántico en las abandonadas torres de Afreziab."

La araña tejedora es la escuela, el trabajo, el mejoramiento social, el ferracarrilero, el industrial, el pensador, y sobre todo, el artista.

El buho que canta lúgubre, ya sabemos quién es; es el pasado que huye, como pesadilla horrible que tuvo la humanidad.

Labora pugna specta.

CARLOS ALBERTO ALEGRÍA.



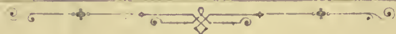
STELLA

—

✶ NARRACION FANTASTICA ✶

POR

RAMON A. SALAZAR



STELLA

NARRACIÓN FANTÁSTICA.

I

El Club de los desequilibrados, que existió en otro tiempo en Guatemala, lo constituía un grupo de individuos, cuya edad no debía de pasar de treinta años.

Procedían todos sus miembros, de los cuatro puntos cardinales del espíritu y del dolor.

Eran los unos, estudiantes reprobados en las aulas; los otros, poetas noveles silbados por haberse atrevido á salir del molde clásico, tan del gusto de esa época; otros, amantes calabaceados en su primera empresa amorosa; otros, que eran ó se creían artistas y que sintiendo vibrar la inspiración dentro del cráneo, cuya armonía escuchaban en las soledades de su alma, no les era dado, sin embargo, el poder traducirlas en notas. Se decían ellos los despreciados de Euterpe, la bella Musa, objeto de sus adoraciones.

Celebraban sesiones cada quince días, reuniéndose en la bóveda de un templo arruinado de la Antigua.

Y allí, iluminados apenas con unas pocas velas de cera y algunas lámparas de aceite, de forma griega, se entregaban en fraternidad, durante dos días, (sábado y domingo) á ejercicios muy conformes con sus inclinaciones artísticas.

Vestían los unos, traje de betlemita, con la capucha calada; los poetas usaban vestidos de paladines románticos de la Edad medioeval; los artistas, jubones del mismo corte de los que usaron Rubens y Van Dyck; y los estudiantes, hopalanda y sombrero igual á los de los discípulos de la Universidad de Salamanca.

Y cuando después del saludo lánguido y de las confidencias mutuas, habían vaciado sus secretos en los pechos de unos y otros, se dividían en grupos según sus inclinaciones.

El que entonces hubiera entrado en el cenáculo, no siendo iniciado, habría creído ver en aquellos grupos una reunión de locos, dominados por la pasión artística.

Los poetas, por ejemplo, melenudos y pálidos, de ronca voz y de mirar ceñudo, se recitaban entre ellos sus composiciones, adoptando posturas trágicas.

Habitaba por entonces entre nosotros, el poeta español don Fernando Velarde, maestro de retórica y autor de algunas composiciones. en que campean el más refinado gusto romántico.

El poeta formó escuela y le salieron discípulos que, exagerando las notas del modelo, cayeron en el ridículo de una imitación pedestre y servil: tal así, como ha sucedido en tiempos posteriores con los poetas J. J. Palma y Rubén Darío, cuyos imitadores, que se han aumentado como las arenas del mar, no hacen honor á sus maestros, y ay!, ponen en ridículo á sus modelos.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, que Don Quijote, enfermo ya de cascos, se deleitaba con aquella prosa clara de los romances de caballería, y que nada era para él más de su agrado, que las cartas de desafío, en que hallaba párrafos como éste: "la razón de la sin razón, que á mi razón se hace, de tal manera, mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura."

Pues bien, el bardo romántico español, de quien me ocupo, había escrito en Lima y publicado aquí en Guatemala una composición que dice lo siguiente:

Un eco vago fugaz *retumba*
De *tumba* en *tumba*.....

Y como á los discípulos no les parecía bastante retumbante aquel repugnante cañoneo, ensayaban á disparar versos

más tumultuosos que los estampidos que timbalearon en los tímpanos de los hijos de Tyndal. en la tremenda y tempestuosa batalla de Waterloo.

En grupo separado se encontraban los músicos, ensayando arrancar de sus instrumentos sonidos espeluznantes, que remedaran los ecos de la marcha fúnebre de Chopin, en que se oyen trepidar en el aire ayes mortuorios, y en la tierra se repercuten las pisadas acompasadas de los que van pensando amargo en las angustias del cementerio, al tiempo que acompañan un cadáver, á su última morada.

Eduardo Degollado, Presidente del Club, era el mayor entre los del grupo, el más rico y el más desgraciado. según él aseguraba.

Pálido, silencioso, siempre triste y sombrío, sin un asomo siquiera de sonrisa en sus labios, escuchaba las quejas y recogía las lágrimas de sus amigos; mas al hacer el resumen de la cantidad de infortunios que pesaban sobre aquellas almas desgraciadas. meneaba él la cabeza triste, diciendo:

"No, no, no son bastantes vuestras penas, con ser tan grandes, para igualar á la mía! Vosotros podéis rediniros; quizá tornaréis á la dicha, por el arte ó la ciencia que os abran los brazos. ó por el olvido; mas á mí, no me queda, ¡ni aun la esperanza! Mi amor, porque yo sufro de amores, cuyo secreto no os puedo revelar, mi amor no es de esta vida."

Y no pasaban de ahí sus pláticas y confidencias.

II

Eduardo desfallecía cada vez más, hasta causar alarma á sus amigos. La causa de su enfermedad, era un misterio, y su tristeza profunda, objeto de la curiosidad general.

Un día reunió el Club y dijo á sus socios:

—Me abruma esta naturaleza americana, á fuerza de ser bella, y me cansa esta civilización occidental á fuerza de ser vieja y mentirosa. Yo me muero y me consumo de angustias, pues guardo un secreto que no me es dado revelaros.

Quiero ir á donde no se vea al sol por largos meses y donde reine la noche helada y silenciosa.

Quiero ir allá en donde se pierden de vista, esos variantes del eterno azul de los cielos y el verde de las montañas que tan fatigada tienen mi vista, á fuerza de contemplarlos. Quiero envolver mi alma en la visión de lo blanco de las nieves y los cambiantes de las auroras boreales.

Necesito borrar de mi fantasía, las imágenes engañosas de las Vírgenes, de las Venus, de las Sirenas, Anfroditas y Ledas, estatuas de carne ó de mármol provocadoras, que habitan las ciudades y los bosques, para caer de hinojos ante la "Dama Blanca," cuyo palacio se halla entre los ventisqueros y témpanos del país del Septentrión, que tiene por guardianes á centenares de lobos hambrientos, y millares de osos polares, que aman la sangre, no tanto por su sabor calentito y licoroso, cuanto por que con ella, después de opíparo banquete, en que la busínea boca ha penetrado hasta el fondo de las entrañas de la víctima, se tiñen sus vestiduras blancas, con manchas rojas del líquido que circula por nuestros vasos.

No más murmurios de fuentes, ni dríadas, ni silenos; no más flores ni perfumes, pájaros ni cantos. Quiero huir de este mundo de ruidos y armonías, de luz y de cambiantes, para irme á aquél de la eterna calma, en donde no existen

las gamas del color ni del sonido y en que es posible que vuelva á encontrar la dicha que *perdí en la tierra.*—

—Lo dejaron ir, no sin rubor ni pena, por no poderlo acompañar en su aventura.

Retenerlo, no era posible.

Aducir razones en contra del viaje habría sido ridículo.

Al contrario, la resolución del jefe se conceptuaba heroica. Feliz de él, que se libraba de estas cadenas que ataban á los pobres mártires del dolor, y que iba á aquel país del ensueño, en el cual tanto habían pensado, estos hijos del trópico.

Y Eduardo se marchó, sin que durante mucho tiempo se supiera de él ninguna palabra.

Pasaron varios años, cuando un día se anunció el regreso de Degollado.

Venía precedido de una alta reputación de hombre de sport y de gran mundo.

Baden-Baden fué para él como una mina de oro, pues logró hacer saltar la Banca varias veces, con asombro y lágrimas de los concurrentes á aquel lugar de perdición.

Como quiera que después de habitar en las regiones heladas del Norte se decidió á ir á la moderna Babilonia, le tocó en suerte asistir á los días de esplendor de Napoleón el Chico y fué testigo y partícipe de las saturnales del Imperio.

Rico, extravagante, bello, exótico, era el *americano* predilecto en los grandes círculos del placer y del vicio. No un *rastaquouére* vulgar, sino un joven pálido, trigueño y elegante como Brumel, y misterioso como Acharat.

El era el comensal del gran Dumas, quien se decía que lo convidaba á la cueva de Montecristo, en donde lo inició en los misterios del hachich.

Sólo una cosa chocaba á todos: su desvío por las mujeres. Se contaba que habían estado celosas de él Adelina Patti y la Rosita Maury, entonces en toda la altura de su gloria.

Asistía á los salones de la duquesa de Meternich, la embajadora austriaca, protectora de Wagner y musa de Napoleón, y allí encontraba lo más granado y alto de la nobleza europea, que agasajaba al hijo del trópico, oriundo del país en donde se cría la cochinilla, florece el cafeto y dan aroma los citroneros.

Frecuentaba asimismo la tertulia de aquella reina del talento de su época, que se llamó Delfina Gay, que poseía, según Lamartine, la doble celebridad del genio y de la belleza, que fijaba, desde que aparecía en los teatros, en las fiestas y las academias, todas las miradas y era saludada por todos con murmullos de admiración; y tampoco allí pasó desapercibido nuestro compatriota.

Evidentemente algún ser misterioso lo cubría con una atmósfera bienhechora.

La catástrofe del 70 en Francia nos devolvió á nuestro compatriota. Y aquí lo vimos llegar por aquel tiempo, rico, es verdad, mas siempre pálido é impenetrable. Contrario á las esperanzas de todos, Eduardo, en vez de una vida rumbosa, de trenes y comilonas que había lugar á esperar que aquí llevase, dado el género de vida que usó en París, se encerró completamente, haciendo vida de anacoreta

Pocas ó ningunas veces se le veía en el teatro ni en los paseos.

—Es un orgulloso, un presumido, murmuraban en voz baja en los corrillos y las tertulias los dandys de la época.

—Como ha estado en París, quizá tiene á menos visitar nuestros salones señoriales, decían las viejas aristócratas. ¡¡ Vaya con el plebeyo ! !

—Porque heredó de su padre rica fortuna, amasada á fuerza de comprar y vender zurrones de añiles y grana, y de asolearse en los caminos de las ferias de Chalatenango ó Esquipulas, el muy perdido huye de nuestra compañía y de nuestra casa, que por gracia le habíamos abierto y prometido!

Y para consolarse sacaban sus escudos heráldicos, que yacían por ahí llenos de polvo, en algún rincón, y que no sacudían sino en las grandes ocasiones.

Las jóvenes cuchicheaban en grupos. El retrato de Eduardo andaba de mano en mano. Algunas lo encontraban muy pálido y ojerudo. Otras llegaron á descubrir no sé qué sombra de mancha negra sobre la frente, que le daba el aspecto de un vampiro, como á Lord Roswen; pero con todo, es muy simpático decían algunas, no pudiendo negar la partida.

Simpático, gritaba el coro, pero peligroso. El P. Parraondo nos ha dicho que ese hombre debe de estar excomulgado, pues lo han visto leyendo á Voltaire y á Renán.

—Jesús, Jesús, ¡ qué barbaridad! pobre joven, gritaba el cotarro.

—Pues aunque no fuera más que por eso, decía tímidamente una niña anémica, yo me comprometería á rescatar á esa alma perdida para el cielo.

—Y para tí, decían todas, entre burlonas y celosas.—

Lo cierto es que se formó al rededor de Eduardo una leyenda, en que había mezcla de todas las pasiones lugareñas: curiosidad, envidia, despecho, miedo.

El joven lo sabía todo y alzaba los hombros, con una especie de desdén adolorido y de indiferencia británica.

Recibía á muy contadas gentes en su casa, antiguos socios del Club, y algunos jóvenes, curiosos de las novedades científicas que él había importado. Eduardo era teósofo y espiritista. Gustaba de la Física y de la Química, que practicaba en su laboratorio, y tenía una biblioteca bien surtida de libros raros, en que al lado de muchas obras de ciencia, figuraban todas las que Hoffman, Chamisso, de La Motte Fouqué, Gauthier y Baudelaire han producido sobre asuntos fantásticos.

Tuve la fortuna de ser recibido en su intimidad, y pude sondear aquella alma tan profunda como transparente, que sufrió tanto en la vida porque nadie pudo comprenderla.

¿ Y cómo comprender aquel caso raro, si yo mismo que le estudié de cerca y sobre el cual he reflexionado tantos años, aun no me explico todavía si aquello efectivamente fué realidad ó una perturbación cerebral de mi pobre amigo?

Muchos años han pasado antes de que me decidiese á publicar el manuscrito que me confió Eduardo. El temor de cometer una indiscreción, la esperanza de que aun viviría y lo volveríamos á ver curado de su pena, la desconfianza de que no se creyese auténtica la relación que sigue, todo me ha detenido.

Mas como ha pasado tanto tiempo, desde que perdí de vista al pobre enamorado, sin tener noticias de él y todo me induce á creer que ha muerto ó ha sido transportado á otro planeta, por fin me decido, saliendo garante por la prueba del escrito y por la existencia del héroe de este relato.

Dice así el manuscrito:

III.

Lo que voy á referir me pasó hace muchos años.

Era una noche del mes de diciembre. Yo había trabajado durante largas horas. Tenía el cuerpo fatigado y la mente nublada de malas visiones. Solo en mi cuarto, se apoderó de mi corazón la melancolía. Comencé á pensar en las cosas tristes de la vida. ¡ Por qué y para qué vivimos, me decía ! Tienes un corazón lleno de dulces pasiones y no hallas quien te comprenda ! Sabes lo que es la gloria, ambicionas alcancanzarla, trabajas, tienes dentro de tí algo que vibra y el mundo se te muestra indiferente ! Si lloras ¿ quién te consuela ? Quieres reir y el labio se abre, pero el alma continúa gimiendo ! Te acuestas pidiendo olvido al sueño y éste no viene, aumentando entonces las tinieblas tu dolor ! Después de muchas noches de insomnio logras dormir, y pronto tienes el dolor de volver á la vida. Duermes largo, si libas el soporífero, y mil visiones espantosas te acometen y te hacen pedazos el corazón.

No, no, esto no es vida.

Y volví la vista á un lado y otro y vi que estaba solo y en peligro. La soledad me aterró ¡ pueden hacerse tantas cosas estando uno solo y desesperado !

Qué causaba aquella mi tristeza ? Por qué lloraba y me desesperaba yo, joven imberbe, sin experiencia de la vida y á quien la suerte sonreía ?

Por una razón muy sencilla en mi concepto. Era yo, por entonces, un efebo lleno de ideales. Hervía en el pecho mío una hoguera llena de pasiones castas y puras. La mujer era por entonces para mí una promesa y un enigma. Promesa de venturas y de tiernas caricias. Ella, decía, con sus manecitas de ángel alado va á suavizar estas asperidades de mi corazón. Sufro, es cierto; pero ¿ por qué ? Porque el hombre nace á la vida imperfecto. Es una broza que allá desde los cielos se arroja á la tierra para que lo recoja un ángel que lo pula y le de luz y facetas.

Mi corazón es esa piedra bruta que encierra en su seno muchos cambiantes. Fuego de los cielos chisporrotea en él.

En dónde está mi oriente. mi ventura ?

Y como no lo hallaba sufría y me desesperaba.

Tal era nuestra educación por aquel tiempo. Los maestros, aunque serios y austeros, estaban enloquecidos por el romanticismo, y nos inficionaban con sus falsas doctrinas y sus falsos celajes de una felicidad que nunca llegaría, porque ¡ ay ! la felicidad no existe en el mundo para ciertos seres sin ventura !

La fuerza creadora. en su obra ciega, cria las almas por pares y las arroja al acaso. ¡ Feliz el que tiene la dicha de hallar á su pareja en el camino de la vida !

Mas como sucede con frecuencia que busca y no encuentra, que lanza reclamos al viento, llamando en las soledades á la que es la compañera de su alma y no le responde, de ahí que el hombre sufre y se desespera; y él. que si hubiera hallado á la que buscaba habría sido un ser distinguido y bueno, se convierte en un cerdo, sumergido en los banquetes pantagrüélicos. de esta sociedad tan llena de vicios y de miserias.

Tales eran mis ideas por entonces sobre la vida y sobre la organización social. ideas de que por desgracia aun no he podido libertarme.

Afuera zumbaba el viento con chirridos quejumbrosos. El cuarto estaba calentito, pero aun así y todo, no quise quedarme en casa.

Tomé mi gabán. me lo puse, alcé el cuello para resguardarme más del frío y con un sombrero de anchas alas y un garrote, me lancé á la calle.

La noche estaba oscura como boca de lobo. Por entonces la ciudad se hallaba malamente alumbrada con candelas de sebo, de cuadra en cuadra y unos pocos farolillos que las devotas encendían ante algunas imágenes de santos que

tenían sus repisas en las paredes de las casas solariegas. No se veía ni una alma en la calle. Dormía la ciudad su sueño de miedo, así como los serenos, embozados en sus capotes negros, tirados en el suelo gozaban el sueño de los hombres justos, roncando su vigilia obligada, de cuatro reales de sueldo.

Recuerdo no haber encontrado más que á un trasnochador que había perdido el juicio y que iba haciendo équises con las piernas.



IV

La ciudad silenciosa me abrumaba. Mi pena tomaba proporciones de abismo y no atreviéndome á regresar me lancé al campo á oir de cerca el ruido de las cigarras y el de los grillos, que tienen ecos tan conmovedores en la noche.

No sé cuanto anduve por aquellas soledades. El frío había producido en mis carnes una completa insensibilidad. Los ecos del Universo moderaron mi melancolía, y seguí caminando sin punto fijo.

Me dirigí por el potrero de don Antolín Cáceres, en donde hoy se encuentra la Escuela de Medicina, pasé por la finca de "Larrave" y sin conciencia de lo que hacía, huyendo de mí mismo, huyendo de aquella ciudad en donde el hastío me mordía el corazón, y la muerte me hacía muecas como de arpía que de mí se hubiese enamorado. Llegué á aquel llano misterioso, cementerio ó fortaleza de los indios anteriores á la conquista, en donde en líneas bien estudiadas y en una inmensa extensión, se elevan varios montículos cónicos, llamados *teocalis*.

Probablemente en el fondo de esos monumentos primitivos y relativamente grandiosos, reposan los cadáveres de algunos héroes, de la época legendaria de la América indiana.

Probablemente allí duermen el sueño eterno algunos caciques y guerreros, que tuvieron la fortuna de no ver á su patria hollada por la planta del extranjero.

La luna de Diciembre, muda y pálida, brillaba en aquella soledad misteriosamente, y no sé si eran la tierra ó los cielos lo que se meneaban, pero lo cierto es que aquellos montículos y los árboles cercanos alargando y extendiendo sus ramas, tomaban formas indecisas, como de fantasmas. A lo lejos se me figuraba ver que pasaban, calladas y con paso reposado, muchas indias con *huipiles* blancos como el armiño y con peinados de formas artísticas, altos, llenos de

cordones y cintas, tales como los usan aún, aunque más moderados las matronas del cercano pueblo de Mixco.

Comprendía que mi imaginación deliraba.

Comprendía que el amor que he tenido siempre á la raza indígena, cuya sangre circula por mis venas, y la curiosidad que en mí despierta la civilización de mis antepasados, de la cual no quedan sino despojos borrosos por el tiempo y perdidos por la mano destructora de los hombres, me hacía ver aquellos falsos fantasmas, de vírgenes indias cruzando por la noche, camino á no sé donde por el panteón en donde están enterrados nuestros mayores.

Me senté en la base de un teocali, y dejé que mi fantasía se remontase á los tiempos prehistóricos de nuestra civilización.

Mientras ella vagaba á sus anchas, el labio mío pronunciaba frases vagas é ininteligibles aún para mí mismo.

Poco á poco aquellas palabras fueron tomando cuerpo y espíritu (porque las palabras cordinadas por el pensamiento tienen uno y otro) y salió de mi boca una bella invocación, joya de nuestra literatura.

Era la poesía sentida é inimitable que nuestro poeta don Juan Fermín Aycinena, acababa entonces de publicar, y que comienza así:

Ninfas del delicioso Pensativo
¿ Por qué adornáis vuestra marchita frente
con ramas de ciprés ?
del pueblo de Ki-Kab, triste y cautivo
las glorias que empañó la hispana gente
llorando vais con él ?
Alegres otros tiempos, bellas ninfas
Al son del arpa, de las cuerdas de oro
sobre el terso cristal;
corriendo en pos de bulliciosas linfas
celebrabais con cántico sonoro
los triunfos de Utatlán ...

Me parecía efectivamente que al salir los versos de mis labios y evocar aquellos dulces y tristes recuerdos, las palabras tomaban forma humana y que las ninfas en torno de mí encordaban sus instrumentos, cantando no tristes, sino sonrientes y felices, los bellos amores suyos, con los monteros del bosque americano, antes que fuera profanado por la planta del conquistador.

V

De repente y cuando más profundo era mi éxtasis oigo á lo lejos una voz plañidera, un lamento profundo, lastimero, con eco femenino.

Lleno de pavor me pongo en pie, presintiendo en aquel grito una amenaza y el principio de uno de esos acontecimientos que deciden para siempre de la suerte de un hombre.

Despierto ya y vuelto del sueño á la realidad de la vida, este solo movimiento basta para que desaparezcan de mi vista y se desvanezcan como entre un cendal las encantadoras visiones que hacía poco halagaban mis sentidos y me habían hecho olvidar mi pena.

¿Qué infeliz sería la que así se quejaba? La intensidad del dolor se mide por la profundidad del sollozo, y aquellos gritos revelaban un abismo de amarguras.

Sin querer se me vino á la memoria el recuerdo de una leyenda que escuché en el hogar cuando niño. Se contaba entonces por las viejas de la casa, que en las noches calladas los hombres que entraban tarde á su casa oían gritos, iguales á los que yo estaba escuchando, que los daba una mujer desgraciada, enemiga de los hombres, por las penas que le habían causado estando en vida.

La imaginación del niño es hondamente impresionable, y jamás oí esa leyenda sin que se me erizaran los cabellos y dejara de soñar por las noches con íncubos y súcubos.

El recuerdo de la niñez se hizo vivo en el hombre; y debo confesarlo, tuve miedo.

Qué hacer? ? Huir? Pero á dónde? si había perdido todo derrotero. Quedarme á la intemperie no era posible. Lo más prudente quizá era abordar el peligro. Además, á mí siempre me ha subyugado el misterio; me atrae éste hasta tal grado que estando una vez al borde de la catarata del Niágara, estuve á punto de dejarme caer en el abismo

para explorar lo que hay y lo que se dicen aquellas espumas mugidoras.

Me encaminé, pues, con paso resuelto al lugar do brotaban los gemidos.

El espacio entero estaba lleno con sus ecos. Las estrellas desde lo alto parecían pestañear de miedo. La luna con ser tan bella, tenía aspecto cadavérico. Yo me aproximaba más y más, anhelante y tembloroso. Muchas veces caí de hinojos porque faltaban fuerzas á mis piernas. No sé como no se trituraron mis dientes unos con otros al entrechocarse entre sí, pues los músculos que mueven la mandíbula estaban atacados de convulsión, y yo no podía contenerlos.

Al fin llegué, y vi un bulto negro sentado bajo de un árbol. Un bulto, digo, como de una mujer llena de misterio, del fondo de cuya sombra, surgían dos luces pálidas, proviniendo seguramente de los ojos.

Al verme calló y se puso en pie é irguióse lentamente como un fantasma que surgiese de la tumba. Tuve que apoyarme en mi garrote para no caer de nuevo.

Quería hablar, pero no podía. Huir, mas sentí que tenía aprisionados los pies en la tierra.

Ella dió un paso más para acercarse, y entonces pude ver la figura de una mujer enlutada de pies á cabeza, con el rostro únicamente descubierto y en el cual lucían aquellos ojos que me fascinaban y me hacían un mal horrible.

—¿Quién sois, me dijo, qué queréis?

—Oí vuestras querellas, contesté, y condolido me acerqué á ver si puedo seros útil en algo.—Ella se sonrió y noté en el acto que la temperatura había descendido muchos grados, casi hasta llegar á cero.

Me puse á tiritar y ella también. Cuando entré de nuevo en calor, Señora, le dije, á mi vez me permitiréis que os pregunte ¿qué hacéis aquí tan sola y tan llorosa, qué motiva vuestras penas y si puedo remediarlas?

—Tengo frío, me contestó, tengo hambre; estoy perdida no sé en donde, no sé en que astro me encuentro, ni que horas son en la eternidad. ¿Vivo, estoy muerta, decídmelo vos? y me alargó una mano que yo me atreví á tocar con el índice. En el acto éste se desprendió de mí, pues el de ella era tan frío que desorganizó en un segundo á aquel pobre curioso.

—Fría estáis en efecto, señora; y quitándome mi gabán se lo arrojé sobre los hombros para prestarle algún conforte.

Bien, pues, no podemos continuar aquí; si queréis os guío á la ciudad, y dándome la dirección de vuestra casa os acompañaré hasta ella.

—Casa, exclamó, ¡si yo no tengo casa!

—Pero al menos la de vuestros padres, amigos ó conocidos.

—No tengo padres, ni jamás conocí amigos, dijo secamente.

—Pues en mí tenéis desde ahora uno que no os abandonará.

Seguidme bella desconocida, mas antes dignaos darme vuestro nombre.

—Tampoco tengo nombre.

—Entonces permitidme que os dé el nombre de Stella.

—Me es indiferente, murmuró.

Emprendimos marcha, camino de la capital, callados ambos y yo guardando distancia respetable, porque, á decir verdad, no me las tenía todas conmigo.

Me puse en marcha el primero, proponiéndome guiar á mi bella y misteriosa aparición.

Temblaba de emoción y de curiosidad.

Para ser mujer de la tierra, era muy bella; para ser un fantasma, era muy humana.

Lloraba, luego sentía.

Y sentir es un buen síntoma. No conozco nada más monstruoso en la tierra que una mujer sin corazón. Dicen que ama la araña con ser tan repugnante y que también es

amada, lo que parece imposible. Ama el pájaro á su hembrecita y la canta y la enamora, como poeta del bosque, con sus trinos y sus arpegios.

El león, con ser tan fiero y tan temible, se vuelve rey en la hora de su amor. Las calandrias se tornan en cajillas de dolor y de melancolía, cuando el hombre *inhumano* ó sea cuando la bestia humana las priva de los ojos y con ellos de la luz del sol y de la vista de su amante alado.

Que el amor aletee en nuestras almas y reíos de la vida y sus dolores. Que éstos nada valen cuando á vuestro lado tengáis una personita que á un arrullo, ó á un reclamo, y entre dos besos y una caricia, os diga ruborosa.... sí!

Oh! cuántas ilusiones se forjaba la mente mía en aquella noche temblorosa y callada.

La has libertado de la soledad y de su dolor. Tú sufres como ella. Dios te la manda para que alivie tus penas. Tu serás su esclavo y su señor. Os comunicaréis ambos vuestros dolores, vagos, y fundiéndoos en un solo ser, haréis que los cielos se iluminen al reflejo de las alegrías que os producirán vuestras venturas. Así me decía fantaseando. ¡ Somos los hombres tan fáciles para el engaño!

No sabía el nombre de aquel ser desconocido, no había visto sus facciones, ignoraba si era ser incorpóreo ó material, si era mujer, ángel ó demonio y ya me estaba forjando un paraíso á su lado y un cielo de inefables dichas en su seno.

Y seguí caminando, alígero y esperanzado. Mas como no oía pasos, volví la vista tras de mí y ¡oh desencanto! mi bella desconocida había desaparecido.

¿ Qué digo desencanto? horror, terror! La escena había cambiado completamente.

Estaba yo por ese tiempo embebido en la lectura del gran poema del Dante Allighieri; y en el acto se me vino á la memoria, ilustrado con la pavorosa realidad de lo que me

pasaba en aquel momento, los primeros tercetos del canto decimotercio de la Divina Comedia, que en la lengua inmortal florentina, dicen:

Non era ancor di là Nesso arrivato,
Quando noi ci mettemmo per un bosco,
Che da nessun sentiero era segnato.
Non frondi verdi, ma di color fosco,
Non rami schietti, ma nodosi e involti,
Non pomi v'eran, ma stecchi con tosco.
Non an sì aspri sterpi nè sì folti
Quelle fiere selvagge, che in odio hanno
Tra Cecina e Corneto, i luoghi colti.
Quivi le brutte Arpie lor nido fanno.....

La llanura y los teocalis se habían hundido ó evaporado. Me hallaba en el interior de una selva negra, en donde, como dice el amante de Beatriz, no había señal de camino alguno.

Vuelvo la mirada de un lado á otro y veo á una forma escúalida, con ojos arrojando llamas, levantarse ante mis ojos, dando gritos de cólera.

A aquella voz pavorosa se unen cien más, con aullidos más estridentes.

El bosque se ilumina con los fuegos intermitentes de los ojos de aquellos seres, que evidentemente son arpías; y á sus reflejos veo descender de los árboles, desenroscarse de los troncos y surgir de las fosas legiones de gorgonas, que me amenazaban de muerte con sus arpones.

Al compás de ese ruido entónase un concierto infernal de canes, que ven al diablo; los vampiros me azotan la frente con sus alas sedosas, y los buhos y las lechuzas entonan un canto de agonía desde los árboles vecinos.

Yo me quedé enclavado en la tierra, con las facciones crispadas, representando la estatua del miedo.

Al fin se echaron algunas sobre mí, y agarrándome de las manos, tiraron de mi cuerpo para hacerme caminar, mientras que las de atrás me arponaban y las de los lados danzaban bailes macabros.

Me dejé arrastrar, moribundo, aterrado. Anduvimos mucho, mucho; quiero decir, anduvieron ellas, porque yo no caminaba sino que era arrastrado por el suelo, en donde dejaba girones de mis vestiduras y destrozos de mis carnes.

VI.

Habría pasado una hora de sufrir aquel suplicio, cuando ví venir una manada de machos cabríos barbudos que envistieron contra mí y me molieron á cornadas, imprimiéndo el sello de sus pezuñas sobre la frente desangrada, y los cuales cogiéndome por medio de sus cuernos, me levantaron en alto y colocándome sobre sus lomos, me condujeron algún trecho hasta dejarme á la puerta de una caverna sombría.

Entonces me hicieron poner en pie, sostenido en brazos de las viejas.

Había en la entrada del antro dos figuras de hombres altos y de figura lúgubre. Tenían el rostro siniestro y la mirada desolada.

Hablaron no sé qué, y creí que sus mandíbulas iban á desprenderse como de la cabeza de muertos. Quisieron verme y como no distinguieran bien, sacaron sus ojos de las órbitas alargándolos hasta mí, como lo haría un pulpo con sus tentáculos.

Yo callaba y temblaba.

Después de una disputa que no entendí, nos dejaron entrar.

Atravesamos bóvedas sombrías iluminadas tan sólo por las reverberaciones de los ojos de las gorgonas: Mis pies iban manando sangre, porque creo que caminábamos sobre guijarros, hasta que llegamos á la rotonda central, en donde había fiesta.

Estaba iluminada aquella pavorosa sala con candiles, en los cuales los recipientes eran cráneos humanos y el combustible grasas de cuerpos de niños recién matados.

Las llamas eran fuliginosas y el olor insoportable.

De la bóveda del techo caían gotas de sangre que producían un sonido mate sobre el suelo y de las cuales muchas salpicaron mi frente.

—Prepárate á la muerte, hombre curioso, me dijo una de las arpías. Mañana pasarás á la nada, al través de nuestros intestinos.

Por hoy asistirás con nosotros al banquete de despedida que en tu honor celebraremos. Y haciendo con las lenguas un sonido estridente, como de llamado, crujieron algunas puertas mohosas, dando paso á otras viejas más feas aún, que calzaban suecos, y vestían harapos, las cuales formaban en procesión, con candilejos humeantes, sostenidos por manos flacas como de aves de rapiña, alumbrando á una de sus compañeras que traía en una sartén el cuerpo de un niño humeante y bien frito; y así como esa, entraron al mismo tiempo por otras doce puertas, otras tantas theorías de demonios con igual carga, la cual depositaron sobre la tierra en medio de la sala.

Se sentaron todas al rededor de aquel banquete siniestro, obligándome á que las acompañara en su infernal orgía.

Escanciaron sangre pura en cacharros desvencijados; y comenzó la comilona.

Inútil es decir que allí no había ni manteles, ni agua, ni vino, ni sal, ni cubiertos.

Carne y sangre: he ahí todo, y demonios para devorar.

Se avalanzaron á la vez sobre los cadáveres, y tirando unas por un lado y otras por otro descuartizaron á las víctimas, que comenzaron á devorar.

No pude sufrir aquella escena por más tiempo; me inundó un sudor frío la frente y caí desmayado.

VII

Al despertar me encontré en las más profundas tinieblas, oyendo únicamente los ronquidos y eruptos de gentes borrachas.

De repente veo surgir una figura luminosa, alta, pálida, la que acercándose me dijo: "levántate y camina."

Reconocí á Stella en seguida y la seguí como pude, no dejando de ver al paso á aquellos seres malvados que dormían profundo sueño enroscados unos con otros.

Cuando salimos y pude columbrar de nuevo el cielo estrellado, me quejé muy amargamente.

—¿Qué mal os he hecho, le dije adolorido, para que me tratéis de ese modo? Ved mi cuerpo ensangrentado y mi alma llena de espanto, y todo ¿por qué? Por procurar complaceros.

—¿No dicen que quien quiere atormenta?

—Sería posible, ¡oh mi St....

—Calla, imprudente; y me tocó con no sé qué sobre la cabeza, y al solo contacto me sentí aliviado, rejuvenecido, alegre, sonriente, olvidando completamente lo que hacía pocos momentos me había pasado.

Pero hubo más. Stella puso su mano sobre mi hombro y sentí que me transformaba en una especie de arcángel, que adquiría alas, que volaba con mi acompañante como al través de un eterno crepúsculo: y Stella se puso á cantar.

Cantaba la redención de mi especie, no por el amor, sino por el consuelo y la luz.

Dada la hora actual de la civilización, lo que los hombres necesitamos, antes que todo, es CONSUELO.

Vivimos en la tierra desesperados. Casi nos hemos convencido que todos nuestros afanes han sido vanos y estériles; que después de tantas luchas y fatigas nada hemos logrado y que nos encontramos rodeados de incertidumbres.

Por eso la situación presente es tan amarga.

Y aquellos cánticos eran arrobadores.

Ambos nos cerníamos en el espacio tibio.

De la garganta de mi ángel bueno, salía una voz melodiosa que al ir á chocar con las cuerdas de las arpas, liras y laúdes invisibles, producía murmullos de ángeles.

No era música de quejas ni de dolores. Tampoco se trataba de cosas del corazón triunfante ni quejumbroso; ni de idealizar las penas hasta evaporarlas entre lágrimas; ni de tormentos condensados á fuerza de analizarlos y que producen la angustia, en la que algunos se recrean; no, aquello era una especie de bálsamo beatífico que producía los chisporroteos de la armonía, y cuyo efecto es ver el mal que nos aqueja y no sentir sus dolores; poseer fuerza interior para vencer todas las dificultades que pudieran sobrevenirnos en la vida; gozar sus placeres moderadamente; quitar toda nota de enfermiza sensibilidad á las pasiones; en fin, poseernos á nosotros mismos y en medio de esa posesión gozar de la vida, dando la preferencia al espíritu sobre el cuerpo y á las ideas sobre las sensaciones.

—Pero eso no es música, dirán algunos, eso es filosofía.

—Pues bien, sea; filosofía puesta en música por una hada. Tal así como la soñó Platón.

VIII

A todo esto ya estaba muy entrada la noche, y cuando hubimos llegado á las puertas de la ciudad, aquel ser tan extraordinario volvió á adoptar su aspecto huraño, esquivo y misterioso. Entonces volví á tener miedo, mas tuve que seguir en mi papel de cicerone.

Entramos por las calles solitarias. Los perros al vernos se pusieron á aullar con gritos largos y en un falsete que crispaba los nervios.

Algunos burgueses, cansados de dormir, asomaban la nariz por las vidrieras entreabiertas, que volvían á cerrar con estrépito. Sin duda nos tomaban por fantasmas.

Después de un silencio que duraría no sé cuanto me dijo: no soporto el frío ni el hambre. Dadme de comer y de beber.

Por fortuna nos encontrábamos cerca del célebre hotel de Variedades de don Julián Rivera, á donde nos dirigimos y en el que nos proporcionaron un cuarto reservado.

Bien iluminada estaba la estancia; pero las lámparas daban luz amarilla, en tanto que las fulguraciones de los ojos de aquel ser misterioso eran blancas, como de luz eléctrica, pero sin rayos.

Descubrióse el rostro todo entero.

—¡Es Venus, dije para mí, que finge indiferencia!

Se me quedó viendo y creí que me iba á desplomar al influjo de aquellas pupilas heladas.

Nunca artísta alguno soñó más prodigiosa belleza. Era blanca, blanca, tanto que en sus venas, en vez de sangre, parecía que circulaba nieve.

No hablaba, mas se percibía que el calor del cuarto bien caldeado le hacía bien, pues no temblaba tanto. Ordené un *menú* exquisito, acompañado de los mejores vinos. Vino tinto y blanco, de edades añejas; jerez, que tiene diluido en él la quinta esencia del sol de Andalucía; champagne, cuyos globulillos encierran en sí el néctar que produce la risa y la

alegría; café, que aviva el espíritu y enloquece la lengua; chartreusse, que entona el cuerpo y produce visiones en el cerebro.

Tomó al principio de todo un poco, muy discretamente. La hice saborear los vinos en sendas copas. Tuvo miedo del rojo por el color que le era antipático; pero después la cosa cambió y me causó pena. Se bebería una botella de vino blanco, dos de champagne y muchas copitas de chartreusse, que sólo por lo artísticamente labradas convidaban á apurarlas.

Yo procuraba entretenerla hablando como mejor podía. Achispado ligeramente, pero siempre temeroso, le recitaba los versos más apasionados que me venían á la mente.

A cada rato decía: tengo frío.

—Pues beba Ud. Stella; así pasará.

Y el vino pasaba por su garganta como de una botella á otra.

¡ Qué mujer es ésta, que no se ríe, á quien no embriaga el vino, ni le entusiasma el verso, ni la despierta el hombre ?, me preguntaba.

Veremos el enigma.

—Stella, le dije, es tarde; preciso es que nos retiremos.

—Por mí..........

—Dígame Ud. á donde la conduzco que estoy á sus órdenes.

—Hay aquí un cementerio y en él un sepulcro abierto ?

—Cierto que sí, y bien cerca.

—Pues vamos allá, juntos.

—A hacer qué al cementerio ?

—A dormir.

—No, Stella, hace rato yo me dolía de la vida, se lo confieso; el dolor de ella me arrojó al campo, en donde tuve no sé si la desgracia ó la fortuna de haber encontrado á Ud.; mas desde este momento estoy encariñado con la existencia, y no es en el cementerio en donde debo celebrar mi reconciliación con ella.

—Pues entonces volvamos al campo.

—Mucho menos. Mire Ud., si carece de albergue iremos á una santa mansión de vírgenes, tocaremos á las puertas de un convento y allí acabará Ud. de pasar la noche.

—No dice Ud. que no quiere ir al cementerio de los muertos? Pues yo tampoco quiero ir al cementerio de los vivos. Los conventos son sepulcros blanqueados por fuera; penetre Ud en ellos y verá cómo agonizan allí las pasiones.

—¿Qué hacer entonces..........?

—Tiene Ud. casa? Vive solo?

—Tengo casa, sin más compañía que mis libros, ni más auxilio que mis sirvientes......

—Pues bien, deme Ud. alojamiento en ella.

—Pero Stella, vivir los dos juntos, bajo el mismo techo; ¿ignora que los hombres tenemos corazón?

—Qué cosa es esa de la cual oigo hablar por vez primera?

—Ah, Stella, el corazón ¿no sabe Ud. lo que es?

Pues nada menos que el órgano más complicado y admirable para el sér sensible. Lo llevamos dentro del pecho, mas su acción se extiende á todo el organismo. Por él vivimos, él es el eterno incansable que trabaja día y noche para tener encendida la luz de la existencia. Mientras los demás órganos duermen, él vela; para él no hay descanso ni de día ni de noche. Eso en cuanto á la vida material.

Pero es más que eso. También es el regazo más dulce de las pasiones. Es el palacio en donde anida el amor. El amor sabrá Ud. que es un niño travieso y sin freno. Pequeño en la forma, pero nos avasalla por completo. Se alimenta de dulces caricias, de besos, de promesas, de suspiros, de cosas vagas y etéreas, pero esto proporcionado por seres distintos del sexo de aquel de que es dueño.

Tiene por servidores á los ojos y á la inteligencia que buscan al sér amado, y por mensajera á la palabra.

Si la preferida corresponde á los dulces afectos, él se está allí regocijándose y causándonos inefables placeres; si es

ingrata y nos desdeña ó nos olvida, el niño se enfurece y muerde al corazón y lo estropea y cava profundas cavernas, en donde se dan banquete los dolores, con incendios de desesperación.

Stella, mi corazón está enfermo ya; no, no venga conmigo, por piedad.

—Y qué tendría yo que temer de todo eso, cuando no entiendo una sola palabra todavía? Y Ud. mismo es acaso tan osado é imprudente que se atreviese á poner la vista en mí, en mí que con solo una mirada lo dejaría, si quisiese, convertido en una estatua de hielo?

Qué me habla Ud. de fuego y de incendios, cuando tengo bastante frío en el alma para apagar al mismo sol el día que se me antoje?

—Desde hoy uno á Ud., no mi suerte, sino mi antojo.

—Cree acaso que su imprudencia de acercárseme, de manchar mi blancura, aunque sea sólo con la idea, debe quedar sin castigo?

Yo cantaba á mi modo en el bosque, ¿por qué me perturbó? Hablaba con las estrellas de cosas del infinito y Ud. fué á hacerme bajar de lo alto, atrayéndome hacia la tierra con el sonido cavernoso de su voz.

Y entonces sentí frío y hambre. Y en cambio de la comunión de luz de los astros, Ud. me ha dado carnes sangrientas, ostras vivas, cangrejos muertos por el agua hirviente, vegetales arrancados á la vida, vinos embriagantes que son la misma sangre de los demonios, que enardecen las entrañas y dan vida á todas las concupiscencias .....

Y poniéndose en pie, como loca, con la cabeza descubierta, se mesó la cabellera, en cuyas extremidades lucían estrellitas de fuegos fatuos y estuvo á punto de arrojarse sobre mí y abismarme.

Yo estaba en un rincón, lleno de espanto.

—Y no sólo eso ha hecho Ud., continuó poseída como Casandra.

A qué hablarme á mí de amor, á mí que vengo de los cielos, en donde únicamente se ama? Yo soy la prometida de los ángeles rebeldes, y Ud., vil gusano, espíritu demoniaco encarnado en ese cuerpo monstruoso; con ojos rojos, boca como abismo para dar salida á la mentira y al mal; con dos patas, una caverna en medio llena de las serpientes del intestino; arriba dos fraguas en que arde el carbono y en la cima un abismo que llama Ud. el cerebro, repleto de tinieblas, que han bautizado los hombres con el pomposo título de ideas!!!........

—Stella, le dije, todo eso será muy cierto; pero yo tuve compasión de Ud. ignorando quién fuese, y Ud. no la tiene de mí y me insulta y me destroza. Stella, sus palabras me producen un mal infinito; quiero llorar y no puedo; encolerizarme y no puedo; morir ahora mismo y no puedo.

Máteme Ud., anonádeme, pero tenga de mí compasión.

Se volvió á sentar y apuró otra botella de Champagne. Yo apenas me atrevía á acercármele. Ella refunfuñaba cosas como del otro mundo.

Por fin se levantó y me dijo con tono imperativo: vamos á casa.

Yo la seguí, ignorando á dónde me llevase.

Lo único que sabía era que caminaba con la prometida de un ángel rebelde. Quizá vamos al cementerio para entrar al infierno por boca del sepulcro, me dije. Estoy perdido. Adiós mundo, empecé á decir, cielo estrellado, días de sol y sombras, árboles amados, dulces céfiros, arroyuelos murmuradores, libros queridos!

Adiós, que no os veré más! Y miraba para lo alto y esa visión me espantaba, porque me hacía comprender la profundidad del abismo á donde iba á desprenderme.

Y entonces me vino el deseo loco de vivir. Yo soy joven, reflexionaba, aún puedo amar, pensar, hacer el bien. Muchas penas hay en el mundo terrestre, pero también muchas

alegrías. Yo no he gozado la dicha de ser padre, que dicen que es un placer infinito. No he podido ser útil á mi patria ni á nadie, ¡por qué morir?..........

Me extrañó que no tomase el camino de la mansión de los muertos y pude respirar con más desahogo.

Ibamos despacio: pensativa ella, yo medroso. Los perros al oir nuestros pasos despertaban y nos saludaban con sus aullidos funerarios. Parvadas de buhos y lechuzas azotaban nuestras frentes.

IX

Cuando llegamos á mi casa, me mandó que abriese, y lo hice sin hablar palabra.

Entramos á mi despacho, el que, aunque á oscuras al principio, reververaba con la luz fosforescente de aquellas miradas de que ya he hablado. Siquiera aquí moriré entre los míos, entre mis libros, pensaba. Encendí luz y desperté al servicio. Los criados estuvieron pronto en pie y al verme acompañado con una señora, á tan altas horas de la noche, me dirigían miradas de dulce reconvención.

Eso me ponía furioso. ¡Si supiesen lo que me estaba pasando!

Yo usaba con mi acompañante de la más exquisita cortesía.

La trataba como lo haría un vasallo con una reina orgullosa, su dueña y señora. Stella apenas hacía caso de nosotros, lo que despertaba más la curiosidad de los fámulos.

Evidentemente que yo estaba representando un papel ridículo. Había cuchicheos, risitas bajas, tirones de sayas: ¡figuraos mi tormento! Si lo ve, pensaba, estamos perdidos todos.

Dormía Stella, soñaba, qué hacía?

Al cabo de media hora, dijo, levantándose, con voz reposada ya:

—Necesito descansar, ¿en dónde está mi alcoba?

Ví el cielo abierto.

Y en el acto di orden á Gertrudis, vieja criada de confianza, de que arreglase el cuarto que en mi casa reservo, á usanza alemana, para los huéspedes.

—Sobre todo, mucho fuego en la hoguera, ordenó Stella, porque vuelvo á sentir frío, dijo dirigiéndose á mí.

—Mandad, Señora, que estáis en vuestra casa—dijo el vasallo.

—Bien lo sé, refunfuñó la tirana.

Pronto estuvo listo todo y la acompañé hasta la puerta de la alcoba y regresé á mi despacho.

Al cabo de un rato volvieron las sirvientas informándome que había rehusado toda ayuda para su toilette de la noche. Que se había acostado sola y mandado que la arropasen muy bien. ¡ Qué brazos, señor, qué brazos ! Aquello no es carne, es alabastro, es leche pura congelada. Cerca de ella se siente frío, decían, tiritando.

—Bien, les dije, id á descansar; mas antes os advierto que no habeis de pronunciar jamás una palabra de lo que habeis visto ú oído esta noche. Confío en vuestra discreción.

Me quedé solo y meditabundo. ¿Qué hacer? Huir de mi propia casa? Pero á dónde?

Estaba seguro que aquel sér incorpóreo me perseguiría, aunque me fuese á esconder en el antro más recóndito.

Y además estaba poseído de una inmensa curiosidad. Aquello no era una mujer, estaba seguro. Tampoco era ángel ni demonio. ¿ Sería una estrella que hubiese tomado formas femeninas ?

Oh! qué dulce hacerse amar por una estrella, libar su luz y dormirse entre el titilar de sus irradiaciones!

Me había dicho ella misma que yo la perturbé en su plática con sus hermanas del cielo, cuando horas antes ocurrí al llamado de sus lamentos.

Sea una estrella; pero qué trabajo de gigante necesitarás para conquistarla! Cómo ascender hasta ella? ¿ qué lenguaje hablarle para no incurrir en sus cóleras?

Salí de puntillas hasta las puertas de mi escritorio, y aunque era todavía de noche en esta parte del mundo, ví que en la estancia clareaba luz vespertina que traspasaba los muros, como la luz catódica de Roetgen.

En el acto me entré, temiendo sorprender el misterio.

Y para distraerme, tomé un libro cualquiera, que comencé á hojear, sin entender palabra de lo que leía.

Y así me pasé el resto de la noche, con la cabeza llena de visiones y el corazón repleto de angustias.

Por fin, después de larga espera, se dignó visitarnos de nuevo el sol. Saludé regocijado á la aurora y me salí á un mirador para esperar á Febo y consultarle mis penas. Hacía ese día la luz papel de Libertadora. ¿Qué temer luciendo el sol? La veré bajo sus resplandores, pensaba, admiraré su belleza, imploraré, rogaré y, quién sabe, quizá se apiade de mí ó me abandone.

X

Me hice la toilette de la mañana, lo mejor que pude, olvidado de sus burlas y de sus insultos.

Preparé mi espíritu, procurando adquirir una máscara que encubriese mis sentimientos de afección y de temor, y llamé á mis criados, para ordenar que preparasen el desayuno para dos; para la *Señora* y para mí.

La señora no se levantará hoy, me dijo Gertrudis. Anoche ordenó terminantemente que no se le molestase durante el día, por ningún motivo, aunque se viniese el mundo abajo, porque no saldría sino por la noche.

Mandó además, que se dijese al señorito, que podía salir á la calle, y que lo aguardaba á las siete de la noche sin falta.

—¡Nuevo misterio!

Me conformé tristemente con desayunarme solo, y preso de un malestar indefinible, me lancé á la calle, sin rumbo determinado.

Vagué por todos lados. Me fuí al jardín á refrescar mis sienes bajo los árboles; asistí á un concierto, leí los periódicos del día, pedí en la Bibloteca un libro sobre "Cálculo infinitesimal," llegué al Club y bebí ajenjo.

Mis compañeros de *ecarté* exclamaron al verme: chico ¿de dónde sales? tienes la palidez de un cadáver. ¿Estás enamorado? y se rieron en coro, pues conocían mi desvío por las mujeres.

—Ven, juega.

—Hoy no, que no me encuentro de humor.

Pues confiésate, gritaron, que se ve que estás en la agonía.

Venga ajenjo, grité, champagne, todo; pero no os burléis.

Y cuatro botellas Clicot, dispararon sus ruidosos cañonazos de corchos, cuyo contenido libamos todos entre las carcajadas de mis *amigos*, á quienes les regocijaba verme afligido.

Por algunas horas estuve atontado viendo jugar billar, y entrechocarse unas bolas con otras, que es lo más estúpido que en la vida he hecho.

Á cada rato volvía la vista al cielo, viendo qué camino llevaba el sol. Comimos todos, y no logré reir una sola vez de las sandeces de mis compañeros de mesa. No bebí más vino, pero estaba temblando porque se acercaba la hora deseada y temida.

A las seis y media emprendí camino hacia mi casa, á donde llegué minutos después, con el corazón palpitante. Algunas veces me venían deseos de no entrar, de irme al teatro, para pasar la velada.

Mas la curiosidad me atraía.

Llegué y fuíme luego y derecho á mi escritorio.

Las siete sonaban en el reloj, cuando oí que las puertas de la alcoba de Stella se abrían y que ella, con pasos aéreos, se dirigía á donde yo estaba.

Al entrar la saludé ceremoniosa y tímidamente, preguntándole si había descansado y manifestándole mi pena, porque no se hubiese hecho servir alimentos, aunque fuese en su lecho.

—No hablemos de alimentos. Yo soy huésped poco incómodo, vivo del aire, y no gusto de los manjares de la tierra, que producen furores, como á U. le consta.

—Sea en buena hora, Stella.

—Me hablaba U. ayer de los poetas, los genios, los semidioses, según les llamaba en su entusiasmo. Hágame conocer algunos.

—En los anaqueles de mi librería están en legión. Vea U. á Homero, Ovidio, Petrarca, Shakespeare, Byron, Lamartine, Schiller, Hugo, para no hablar sino de los más grandes.

—Cualquiera me es indiferente, sea el primero.

—Homero, el padre Homero; dije ya entusiasmado.

Y ella: nada de elogios ni de ditirambos. Lea U.

—Y comencé á leer en griego el primer canto de la Ilíada.

No pestañó al oir lo que leía. Pasé al segundo canto dando entonación al verso, y haciendo marcar la armonía. Lo mismo; el tercero, el cuarto, la mitad, y todo produjo idéntico efecto, hasta que como colérica y cansada, me dijo: ¡basta, basta! ¿qué es eso? ¿qué tiene de bello? Amores adúlteros, raptos, sacrificio de inocentes, guerras, vicios de reyes, matanzas: á otro, á otro.

—Pero Stella: el verso, el símbolo, la intención....

—Verso, dijo con sonrisa fría, ya oyera U. los que se cantan allá donde yo vivo. A otro.

—Virgilio, Petrarca, Tasso, decía yo leyendo los títulos..

—No, uno más moderno.

—Byron, dije.—Quién es Byron? preguntó.—Un cojo ilustre que amó y sufrió mucho.

—Oigámoslo.

—No sabía que escoger. Por fin me decidí por *Good by my native land*, que á mí me arranca tantas lágrimas cada vez que lo leo.

Y lo leí de nuevo. Cuando concluí, dijo desperezándose: como no he sido madre y no tengo patria, tampoco me gusta.

—Mas entonces qué quiere U? quién es U?

—Quiero algo que despierte mis sentidos, quiero algo que de verso se convierta en alma y me anime. Yo no tengo alma.

—Salté de la silla horrorizado.—Calma! exclamó, ya le he dicho que no gusto de aspavientos ni payasadas.

Bajé otro libro.

—Aquí está Lamartine, dulce, sentimental, bucólico á las veces, siempre luminoso y etéreo.

—Lea,—Y leí todo el libro de las Meditaciones, pieza tras pieza y como no me interrumpió durante varias horas, decía yo al tomar aliento, dentro de mí: éste sí que le gustó; mas el rostro pálido, no revelaba ninguna impresión.

Cuando concluí, dije victorioso, ¿qué tal, Stella, no es verdad que este es un poeta?

Un declamador dirá U., un mentiroso. Cree U. en lo que dice de su casa de Saint-Point? Pregúntele á Víctor Hugo y él le dirá que lo que el bardo describía como jardín encantado, no era más que un viejo caserón gótico, sin belleza ni poesía. Y Hugo debe de saberlo, pues visitó á su amigo en su residencia paterna y él y De Vigny, se burlaran de lo fino del célebre llorón.

Cruel es U. Stella; pero supongamos que sea cierto, eso no quita el que Lamartine haya sabido poetizar hasta la mentira.

—La poesía es la verdad, y nada más que la verdad.

¿Oye U. el susurro del bosque, ve U. las radiaciones armónicamente pálidas de la luna, me contempla á mí?: pues bien, susurros del bosque, rayos de luna, languidez mía: eso es poesía.

—¿Poesía U. que hiela todo lo que se le acerca, que mata toda esperanza con su mirada, que aleja lleno de dudas á quien se le acerca de hinojos y ansioso?

—Sea poesía negativa, replicó, ¿qué culpa tengo yo que U sea tan poco inteligente para no inspirarse en mi beldad marmórea, y en vez de llantos y plegarias, ponerse á cantar himnos que despierten al sér dormido que llevo dentro de mí?

Y me refirió que Ariel su amante, tenía el poder de encender su alma en ardores, al solo contacto de una mirada.

Yo agaché la cabeza abatido.

Pues verá U. Stella, si no le gustan nuestros poetas, gustará de los prosistas. Voy á leer á U. algo maravilloso en el terreno del corazón: es la obra de una mujer, portento de su siglo, admiración de las edades, objeto de culto de todos los que aman en la tierra. Fué amante, poetisa, ánacoreta.—Soportó toda esta botada sin pestañar, y cuando aca-

bé de hablar, volví á tomar asiento, con las cartas de Eloísa en las manos.

Las leí todas, haciendo comentarios á cada paso; los párrafos que á mí más me gustaban volvía á repetirlos para marcar la profundidad de ellos.

¡Mujer admirable, decía yo á cada rato, ángel, deidad: así se ama, ¿no es verdad Stella?

Pobre niño, respondióme: deje eso que es monstruoso, Estáis tan encenagados los hombres en este pícaro mundo. que ni aun maliciáis lo que es el amor.

Al solo hablar de él lo profanáis; si os vieseis con los ojos del espíritu, cuando entre vosotros conversáis ó razonáis sobre la sublime pasión, aun cuando lo hagáis con las palabras más dulces, os espantaríais de vosotros mismos. En vez de frases os salen serpientes inmundas de la boca.

—Yo me callé avergonzado.

Oigamos vuestra música. ¿Qué instrumento es ese?

—El pianoforte.

—Bien feo es, negro y *timbudo;* más me parece un monstruo, que no una caja que guarda la armonía. Tocad.

—Aquí sí que voy á lucirme, dije entre mí: porque sin modestia, soy un buen pianista de la escuela clásica.

Y comencé á tocar muy quedamente una tiernisima balada, con todo sentimiento según creía, y que es la que me reservo para las grandes ocasiones.

Mas ella se levantó como loca, tapándose los oídos y gritando: callad, callad hombre asesino y sin entrañas que me estáis destruyendo los tímpanos.

Ay, decía: ya tengo jaqueca para tres días.

—Tuve que retirarme de nuevo, corrido y avergonzado.

Vió un laúd, y me mandó se lo alcanzase. Obedecí en seguida y fuí de nuevo á sentarme despechado y colérico.

Ella pulsó el instrumento, y los primeros arpegios me hicieron caer en un éxtasis doloroso.

Era aquella una música vaga, aeriforme, que hacía presentir en algunos pasajes la de Mascagni, aunque muy superior á ésta. Se oían las quejas de los céfiros, al quebrarse sobre las lirios; las de las linfas al deshacerse en espumas; las de la luz, al entrechocarse sus rayos; las del éter, al vibrar sus átomos. Y luego entonó una melodía que hizo que mi corazón callase, que muriesen en mi alma todas las ilusiones y se desvaneciesen todas las esperanzas, que se extinguiese todo deseo de vida y felicidad en mi mente, y me quedé hecho un idiota, un muerto, teniendo sólo conciencia de que aquella mujer se complacía en martirizarme con el eco de una música, no sé si de los cielos ó de los infiernos.

Estuve enfermo por varios días, y creo que habría muerto, á no ser por los maternales cuidados de la buena Gertrudis.

Cuando volví en mí, pregunté por Stella y me dijeron que estaba encerrada en su cuarto; pero que durante mi enfermedad había demostrado la más tierna solicitud por mí, velándome y haciendo veces de enfermera, tocando el arpa, que había sido la única medicina que permitió me propinasen.

Efectivamente, yo en sueños creí haber oído cantos de ángeles y armonías de paraíso, que me proporcionaban beatífico alivio.

XI.

Poco á poco me fuí reponiendo. Tenía ansia de verla; pero ella no se aparecía de noche ni de día.

Cuando estuve bueno del todo, salí á la calle de nuevo, y al verme mis amigos se regocijaron, pues me dijeron que apenados por mi repentina desaparición, y no teniendo noticias mías ni acceso á mi casa, cuyas puertas encontraban siempre cerradas, estaban dispuestos á dar parte á la autoridad para que indagase mi paradero.

Les dí las gracias por su solicitud, y les aseguré que durante el mes había emprendido un viaje de recreo á la Antigua Guatemala y á los Altos.

Estoy seguro que no creyeron palabra; pero tuvieron la cortesía de no insistir.

A las siete de esa misma noche ya estaba yo en mi casa, y cuando sonó la última campanada de esa hora, salió Stella de su cuarto, deslumbradora.

Vestía como siempre de negro, mas esta vez estaba adornada su cabeza con una diadema de brillantes.

Era aquel sér un prodigio de hermosura, sólo que el color de cera mate de su rostro, le daba no sé qué de misterioso.

No me dijo una sola palabra de lo pasado, ni yo me atreví á hacerlo tampoco

—Vamos al teatro esta noche, dijo con voz de mando.

—Al teatro? Y quién osaría presentarse á vuestro lado, reina de la belleza, diosa más que mujer? ..... Ved mi porte, ved mis modales; dirían de seguro al verme á vuestro lado, que Tersites acompañaba á Venus.

—No me repliquéis, murmuró lánguidamente. Quiero conocer á vuestro Shakespeare en acción, y es preciso que vayamos.

—Sea pues, y corrí á tomar abono en una tribuna.

Representábase por entonces en nuestro Coliseo la gran obra del insigne dramaturgo inglés. Los carteles anuncia-

ban para el abono, á Ottello, King Lear, Romeo y Julieta, el Mercader de Venecia, Hamlet, en fin, lo más admirable de la dramática moderna.

Durante varias noches fuimos los más asiduos concurrentes al Coliseo. Desde luego causó furor de admiración en el público. Su sola llegada era un acontecimiento; y señoras y hombres dirigían en masa los binóculos para contemplar á mí beldad.

Ella no se dignaba ni aun contestar con miradas aquella apoteosis de admiración que le rendía el público. Al contrario hacía muecas, sólo de mí perceptibles, de que le causaba repugnancia esa curiosidad rayana en ofensiva.

Me indicó desde luego que no permitiría visita alguna en su palco, y tuve que tener cerrada la puerta de él á mis amigos.

La prensa se ocupó de lo que socarronamente llamaban mi recomendada. Cuando salía á la calle, lo que raras veces sucedía, mis conocidos me felicitaban por lo que desvergonzadamente calificaban de mi triunfo.

Yo callaba ¿Cómo descubrir un secreto que no me pertenecía sino á medias?

La representación de las indicadas obras nada dejó qué desear. La *troupe* era excelente y se interpretó á gusto de todos y entre atronadores aplausos para el autor y los actores, la obra prodigiosa.

Yo siempre me he afanado por estudiar aquellas obras maravillosas. Cada una de ellas es un monumento. Me parecen las pirámides de Egipto plantadas en el desierto de la vida, como inmensas moles, representando cada una de ellas el estudio más profundo que se haya hecho sobre las pasiones. Otello, no puede encarnar mejor los celos del alma ardiente de un negro enamorado de una bella veneciana á quien cree infiel. Y adviértase que sólo hablo de los protagonistas de aquellos dramas.

¿Cuándo ha habido amores más intimos, más apasionados, más ideales que los de "Romeo y Julieta?"

¡Cuán odioso es el judío avaro del "Mercader de Venecia!"

Superior á toda ponderación es la ingratitud de las hijas del Rey Lear, y admirable el desinterés de la pura virgen que sigue á su padre ciego y hambriento, por los caminos de la miseria!

En fin, aquella obra del ingenio humano merece simplemente el nombre de prodigiosa.

Repartí mi atención durante las representaciones entre los actores y Stella, y muchas veces estuve á punto de estallar en iras, cuando en los pasajes más interesantes y conmovedores, la veía sonriendo impávida é indiferente, como haciendo burla de mi corazón que latía al unísono del actor.

Lo único que noté que la conmovía era la extraña figura del nebuloso y frío soñador, Hamlet.

La escena de la calavera en el cementerio, valió al actor una inclinación de cabeza de mi acompañante.

Esa noche me hizo explicaciones que me helaron la sangre, diciendo que era lo único pasadero que había conocido, como obra de hombre.

Tal vez la comedia, reflexioné, cause en ella mejor efecto— y la invité á un segundo abono en que se darían piezas de Aristófanes, Moliére, Beaumarchais y Bretón de los Herreros.

Fuimos en efecto, y entonces la ví triste y pensativa. Escuchaba, mas no sonreía siquiera. Tomaba sí el jugo filosófico de la obra, la segunda intención, y me lo explicaba correctamente, dándome miras que hasta entonces no había alcanzado; mas todo en serio.

Evidentemente aquella era una extraña criatura.

Cuando llegaron las últimas representaciones, me dijo una noche: qué estúpidos y feos son vuestros compañeros los hombres!

Ved cómo me miran esos séres monstruosos.

—No lo serán tanto cuanto os lo imagináis, cuando tienen el buen gusto de admirar vuestra belleza.

—*Hipopótamos*, murmuró encolerizada, y sacando del pecho una fiola que contenía un licor espeso, bebed, me dijo, para que sepáis lo que son vuestros hermanos.

Y bebí en efecto, con toda confianza, volviendo en seguida la vista hacia la platea.

XII.

Dí un grito que todos oyeron, y levantándome de la silla como movido por un resorte, estuve para salir huyendo, Ella me asió del brazo y me hizo sentar á la fuerza. Cuando hubo pasado el escándalo del grito y apaciguádose la curiosidad, abrí otra vez los ojos y me atreví á fijarme de nuevo, y ví un espectáculo horrendo.

Los hombres que por lo general tienen pequeña talla, se habían transformado en gigantes. Sobre la cabeza llevaban bosques de pelos hirsutos, en los que se veían circular los jugos mortecínos. Alcanzaba á ver la raíz de aquellos pelos que parecían un árbol corpulento cada uno, y allí se veían los malos bichos que viven en algunas cabezas de gente desaseada, tamaños como toros, y la caspa, como rocas de nieve ensuciadas por los cosméticos; traspasé el cráneo y me espantaron las negras ideas de casi todos; lo obtuso de muchos, y la ignorancia de los demás.

Bajé un poco más la vista y me fijé en el rostro y ¡horror! ví una legión de endriagos sentados en sus butacas, riéndose inocentemente de las gracias de la comedia y dejando ver al abrir la boca unos abismos sanguinolentos, entre los cuales se meneaban las lenguas, del tamaño de cetáceos.

Los bigotes parecían pajonales lanzados sobre el abismo de las bocas para proteger su entrada de los enemigos; los dientes, láminas amarillas y achatadas de marfil, tan grandes como los colmillos de los elefantes.

Los ojos semejaban inmensas bolas con un mar de líquidos por dentro, que apagaban el brillo eléctrico de las retinas.

Pero lo que me pareció más repugnante fué la piel, escamosa, embadurnada de productos sebaceos, con costras que se desprendían como ruinas y hoyos profundos en que anidaban millares de microbios de formas las más variadas.

Los vestidos parecían redes lanosas de mallas anchas que dejaban al descubierto las carnes.

Volví la vista á los palcos y la aparté en seguida, no queriendo perder aquella mi última ilusión.

Stella, supliqué, por lo que más ame, libérteme usted de esta visión maldita.

Y viéndola á ella de nuevo frente á frente, me pasó otra cosa, aún más extraña; en lugar de haber sufrido la misma transformación que los hombres, había sucedido lo contrario. Lo que ví no podría explicarlo: tenía ante mi un sér aéreo, incorpóreo, que despedía efluvios de luz y de hermosura. La Venus de Milo se hubiera avergonzado ante ella, los ángeles habrían encogido las alas de entusiasmo ante tanta hermosura. Iba á echarme de hinojos, cuando deteniéndome otra vez con imperio me alargó otra fiola, y sorbí en seguida el líquido anaranjado que contenía, con lo que mis sentidos recobraron sus primitivas proporciones, y tuve la conciencia de renacer de nuevo al mundo y percibir las impresiones tal como siempre las había recibido, excepto en aquel momento de suprema angustia, que tuvo por compensación el haber vislumbrado el rostro más maravilloso que Dios, el Supremo Artífice, haya modelado en la creación.

Stella, la dije entonces, hasta hoy no comprendí toda la inmensidad de mi desgracia. Si ese líquido me ha proporcionado tan horrendas visiones cuando dirigí la vista á mis hermanos los hombres, ¡cómo os pareceré yo á vos, sér privilegiado! ¡dejadme, os lo ruego, nosotros no podemos vivir juntos, puesto que no somos de la misma especie!

—Cierto que no lo somos. ¿Crees que yo veo ni oigo como tú?

Crees acaso que yo conozco la forma de tu cuerpo, tu color, tus facciones?

Oyeme: lo único que distingo en tí es el alma.

Sé lo que piensas. Veo almacenados en las células del cerebro tus recuerdos, que dormitan, y que se despiertan al conjuro de un espíritu que vosotros no habéis descubierto. Conozco el origen de todas tus ideas y su desarrollo, sus parentescos y sus enlaces. Tu cabeza es un mundo, en donde viven y se agitan los pensamientos. Veo que tuvistes algunos en la juventud, y que murieron, por lo que los has olvidado. Sé á dónde llegarán los que hoy viven Distingo á esas mujeres malas, que se llaman *las dudas*, y que con sus orgías negras te atormentan.

Así es que no temas por tu físico, que me es indiferente; piensa bien, y ya veremos........

Lo único que tienes que hacer es prescindir de tu albeldrío, obedecerme, seguirme, no hablar, cuando yo lo mande, no temblar ni espantarte de nada, echarte al fuego si es preciso, matar si yo lo quiero, morir......

Y nos retiramos á casa departiendo casi fraternalmente, sintiendo que en mi corazón renacía la esperanza.

Más que nunca quedé convencido que amaba á Stella.

XIII

Pues bien, le dije otra noche en que hablabamos de asuntos del espíritu, puesto que no encuentra Ud. agradable á los poetas y que los escritores eróticos tampoco son de su agrado, fácil nos será conocer á los pensadores allí en donde viven resplandecientes.

Las Bibliotecas son templos erigidos al Genio. En ningún otro centro se comprendió mejor la igualdad del respeto ante el talento. Allí encontrará coleccionado todo lo que ha producido el ingenio humano en sus diversas manifestaciones. Allí verá reunidas todas las razas y todas las escuelas. Allí los Padres de la Iglesia en unión de los librepensadores; los ateos y los místicos; los hombres de ciencia y los bufones; los comediantes, magos, los Bolandistas, los de la Enciclopedia, las Biblias y sus comentadores é impugnadores.

En fin, el mare mágnum del espíritu humano, con mareas, luz y sombras, tempestades y huracanes, en cuyas ondas boga el hombre en busca de esa eterna desconocida que se llama la Verdad.

—La verdad, dijo Stella, decís vosotros que está en el fondo de un pozo.. Mas yo os aseguro que únicamente se encuentra en lo alto. Ella no es de este mundo; mas en fin, vamos allá que quiero conocer á vuestros sabios en su propia casa.

Y salimos una noche á las 12, camino de la Biblioteca.

Como las puertas estaban cerradas, tuvimos que escalar los muros é introducirnos por las ventanas.

Dormían los Genios su sueño, que para muchos ha durado centenares de años. Un silencio de sepulcro reinaba en aquel templo, velado por la oscuridad misteriosa de la noche.

Mas al poner nosotros los pies en la tierra, se oyó un murmullo como de desperezos y gritos de alegría de volver

á la vida. Pronto zumbó el ruido de la existencia, tal así como deberá oírse en Josafat cuando nos reunamos á esperar el Juicio definitivo.

Los libros se hicieron hombres; el espíritu de los autores iluminó los cerebros de los resucitados y una claridad de alegrías lució en aquellas galerías hacía poco tan mudas y silenciosas.

Todos tenían figuras hieráticas de hombres severos. Estaba dividido el establecimiento en innumerables compartimentos que fuimos recorriendo mientras alcanzó la noche.

Nos tocó visitar primero las aulas de los filósofos. Allí estaban Pitágoras y sus discípulos, divididos en grupos de iniciados y aspirantes. El maestro ocupaba el centro de su escuela y tenía la frente límpida rodeada de una aureola de luz. En sus ojos centelleaba la divina inspiración. No hablaba sino por símbolos de pocos conocidos, y decía que los dioses le habían concedido el escuchar las armonías siderales. Profesaba la ciencia del número y enseñaba la doctrina extraña entonces del movimiento de los astros en derredor de la Unidad ó sea Dios.

—Pasemos, me dijo Stella, que para representar este grupo la ciencia en su infancia, no está tan atrazado; mas te advierto que no quiero hacer un curso de filosofía sino llegar hasta donde se enseña la verdad.

—La verdad, la dije, ¡oh, dichoso el mundo si algún día llega á poseela! No hace sino pocos miles de años que la humanidad cultiva la ciencia y en la senda hermosa apenas ha dado los primeros pasos. Principió el hombre, precisamente por donde debía acabar, y de ahí sus grandes dificultades. Los caldeos conocieron el secreto de los cielos, observaron el movimiento de los astros, dieron nombre á las estrellas, atisbaron la hora de su emergencia y de su ocaso, y mientras sabían tantas cosas de lo alto, ignoraban la extensión del mundo que habitaban, su forma y sus encantos. Lo mismo les sucedió con el espíritu.

Quisieron descubrir el misterio del Creador de los mundos, su esencia, sus atributos; creyeron que habían descubierto las leyes de la creación y el destino final de los seres, é ignoraban qué cosa es este ser pensante que se llama hombre, qué resortes mueven su vida y cual el secreto de las fuerzas que lo rodean.

Por eso es que en ciencia pura casi todos los esfuerzos humanos ha sido pura pérdida y que en el día, á pesar de nuestra civilización material tan avanzada, apenas sí damos los primeros pasos en la ciencia psicológica.

—Siempre es interesante conocer las locuras humanas y á los autores de ellas. Señálame á tus filósofos por sus nombres y márcame en breves palabras el punto culminante de sus doctrinas. Adelante.

—Ese grupo que véis allí es el de la Escuela Eleática con Xenófanes á la cabeza como maestro y Parménides y Zenón como sus discípulos más distinguidos. El maestro fué el primero de los panteístas griegos. Creía que Dios tenía la forma de una esfera y negaba la creación y hasta la reproducción.

—Pues que buen provecho le haga, dijo mi Stella sonriendo. Pasemos.

—Allá está otro grupo interesante: Leucipo, fundador de la doctrina corpuscular y dos hombres que la historia considera como gemelos: Demócrito, el eterno chancista y Heráclito, el atribiliario. Decían ellos que el Universo se formó por la combinación de átomos infinitamente pequeños que revoloteaban en el espacio en agitado torbellino. Y decían que el alma humana era también un conjunto de átomos de fuego.

Demócrito que se reía de que todo, quizá aun de su misma doctrina, es el venerable abuelo de los escépticos modernos.—Heráclito se mantenía llorando y regañando, y aunque tuvo pocos discípulos sentó por base que la razón es el único juez de la verdad, y los sentidos testigos de autoridad dudosa, mientras no lo confirme la misma razón.

—Pues bien se entendían esos compadres: y tus Enciclopedistas y tu Voltaire y tu Rousseau y tu Diderot y tus Grimn y Raynal no deben negar su progenitura, que deriva intelectualmente de aquellos hombres—dijo Stella.—Así es, le contesté, son ellos nuestros maestros y padres intelectuales. Y Stella se rió de mí á la manera de Demócrito, mientras yo lloré con lágrimas de Heráclito, de despecho y de vergüenza por no saber qué contestarle.

En legión separada, disputando como energúmenos, aullando, insultándose, estaban los escépticos y los sofistas con Protágoras de Abdera á la cabeza. Discutían y probaban el pro y el contra de las cosas con la mayor facilidad y desfachatez, y negaban la existencia de todo, hasta la de Dios y la de ellos mismos.

—¿Y á esos llamáis sabios, vosotros los hombres? me dijo mi curiosa, entre airada y desdeñosa. No habías acaso inventado casas para locos cuando tales *sabios* vivieron?

—No, le dije, pero los atenienses pusieron á precio la cabeza de Diágoras, desterraron á Protágoras y sus libros fueron quemados en la plaza pública.

—¡Buena razón por cierto, la del fuego contra el error!, murmuró alzando el hombro con desprecio.

—Y aquellos que están en la altura, separados del resto de la turba?—Oh, aquella es la familia de los filósofos de que habla Dante. El de la cumbre es el "maestro de los que son sabios y á quienes todos admiran": es Aristóteles que tiene cerca de sí á Sócrates, el justo y á Platón, el divino.

—Pues bien harías en bajar del puesto á tu Aristóteles.—Ya lo hicieron; el pobre tuvo dos desgracias en medio de su sabiduría. Fué maestro de Alejandro el Conquistador y le salieron discípulos, entre los monjes cristianos de la Edad Media, que lo desollaron vivo.

—Pues con tales discípulos lo extraño es que no se execre su memoria.

Mas démonos prisa que ya me voy convenciendo que no hallaremos aquí lo que buscábamos. Y así fuimos pasando entre un mundo de Escuelas y de Sectas á cuales más extravagantes. Allí vimos á los cínicos, á los epicureistas, á los estoicos y á los pirronianos.

Aquello era un cáos. Temblaba la atmósfera con ruido precursor de catástrofe.

—¿Qué motiva esa algazara, me dijo mi hada?

—Es el eco que se repercute, del que hubo en el mundo antiguo, cuando la civilización romana se hundía al paso de los bárbaros del Norte.

—¡Ah vaya! ya sé; los bárbaros del norte que llegaban á destruir á los bárbaros del sur- Sí, Atila que iba é ponerse en vez de César; Alarico y Genserico que vengarían á Annibal y Mitridates. Sí, sí.

Y las luces de la Biblioteca se apagaron, dejándonos como en una noche oscura, que duró largo rato, hasta que clareó de nuevo. No sé si el teatro se cambió por si mismo ó si nosotros anduvimos á tientas y á ciegas; pero lo cierto es que cuando pudimos ver otra vez, nos encontramos con gentes distintas de las que habíamos visto al principio y en escenario diverso. Ya no se hallaban los hombres en los Liceos ni se paseaban en las Academias, sino que aquellos seres demacrados por el ascetismo y las largas vigilias, barbudos y vestidos de lana se encontraban en celdas apenas iluminadas, con la cabeza inclinada sobre tamaños infolios.

—Quiénes son esos salvajes pacíficos? preguntome asustada Stella.

—Callad, le dije, son los sabios de una nueva Escuela que meditan sobre las grandes verdades que pretenden descubrir al través de esas páginas llenas de geroglíficos. Están ellos pensando por el mundo que duerme. Efectúan el trabajo de gestación de la verdad. Son los Nominalistas, los Realistas, los Peripatéticos y los Escolásticos. Ved, allí están el

Doctor Iluminado, el Angélico, el Seráfico, el Sutil, el Universal. Más allá el muy Resoluto, el Auténtico, el Cristianísimo.

—Pero qué algarabía es esa? Acaso el mundo se ha convertido en un manicomio de doctores? dijo mi Stella.

—Esos son unos sabios que los hombres han bautizado con tales calificativos para hacer resaltar las cualidades predominantes de su espíritu. Por ejemplo, Santo Tomás, es el Angel de las escuelas; San Buenaventura, es el Doctor seráfico por sus ideas verdaderamente seráficas.

—¿Y qué cosa es eso de Santo?

—Pues Santo es un hombre que habiendo hecho mucho bien en la tierra, cuando murió se fué al cielo y está allí intercediendo con Dios por los que aquí nos hemos quedado.

—Ajá, de manera que todos los sabios son Santos?

—No tanto, no tanto. Hay duda de que Juan Duns, el *Doctor Sutil*, lo sea, y lo mismo pasa con Raimundo Lulio, el *Doctor iluminado* y Durardo de San Purcaño, el *Doctor muy resoluto* y Orígenes, el DIAMANTINO.

—Y cuántos Santos hay en el cielo?

—Seis grandes y uno pequeño, y son *Santo* Tomás apostol, *Santo* Domingo, *Santo* Toribio, *Santo* Dominguito, *Santo* Tomás de Villanueva, *Santo* Domingo de Silas y el pequeño que es *San Tito*.

—Y tan despoblado está el cielo?

—No, que está lleno de los bienaventurados que tienen el simple título de San, como San Tiago, San Vito, etc., etc.

—Y San Cullot vive allá?

—*Non faciamo confusione*. Los Sans Cullots son los santos de la revolución y esos no entran, no son de la cuenta.

—Y todos los que allí viven son santos?

—No todos. Los que llevan tales nombres en el calendario son una cosa así como nobles del cielo, lo demás es puro pueblo.

—De manera que aún en el cielo existe la aristocracia?....

—Pero, Stella, ¿qué sé yo de esas cosas? Hablemos de filosofía, que es asunto de la tierra y no de problemas de iglesia que es cosa del otro mundo.

—Bueno, pues, me dijo la picaruela; salgamos de este sitio tan lleno de llorones y escépticos, de sutiles y de serafines, de doctores y de Santos y vamos á otro departamento en donde oigamos algo de más interés.

—Aguarde Ud. que aún no es tiempo. No hemos hecho sino dar los primeros pasos en el inmenso bosque de los iluminados de la ciencia. Si á Ud. le chocan esos hombres, cosa que no me extraña porque á mi me sucede lo mismo, la llevaré á distintos lugares, en donde se formará otro concepto de la sabiduría.

Mire Ud., allá á lo lejos se distingue la ciudad de Florencia, á orillas del Arno. Lorenzo el Magnífico ha formado á su alrededor corte de sabios y elevado á Platón un templo ¡qué grupo tan hermoso! Al lado de Bessarión, Demetrio y Chalcondyles, los maestros, se hallan Angel Policiano, Lorenzo de Valla y el divino Pic de la Mirandola, portento la humanidad; acerquémonos y oirá Ud. en la lengua ritmica y sonora del ática, que ha sido trasladada á Italia por los maestros fugitivos, los diálogos de Platón; oirá Ud. cómo se expresaba aquel genio portentoso cuando describía la vida y la muerte del sabio é inculcaba á los hombres el amor á la verdad, á la patria y á la humanidad.

Y arrastrados por mi entusiasmo llegamos en seguida á donde estaba el grupo clásico y allí estuvimos algún tiempo embebido yo ante el prodigio del renacimiento de las letras clásicas que presenció el siglo XV.

Adelante, me dijo Stella sin hacerme esta vez ninguna observación. Y yo por orientarla, le propuse mi programa. Iremos primero á aquella altura, en donde habita solitario Bacón de Veruliamo, el maestro de la filosofía moderna. Conocerá Ud. en él á un gran sabio y á un gran concusiona-

rio; no se fije en el hombre de Estado, que no vale nada, mas oiga su sistema y su doctrina del *Novun organum* que nos servirá de mucho, si es que quiere formarse concepto claro de la concatenación de la ciencia moderna.

—Bueno, bueno, respondió, déjame á mí entre ese laberinto en donde vamos á entrar; no chistes tú palabra, oye tan sólo. Seré yo la que inquiera, la que demande y la que arguya, y tú cuando salgamos te encargarás de resumir la doctrina y las enseñanzas que aquí hayas adquirido.

Ay, que no sabía que la hada maligna me tendía una pieza, en la que caí como un niño inocente.

Sin duda era de la familia de aquel viejo Micromegas de que nos habla Voltaire; y aunque no tenga el mérito de la invención en lo que hizo esa vez, á mí me la pegó de lo lindo y me dejó corrido. Después he leído en las obras de Arouet, la aventura del habitante del Sirio y confieso que esto me ha abochornado más, porque aquella mujer ante quien yo pretendía aparecer interesante, se debe haber burlado de mi ignorancia y puerilidad.

Entramos, pues, entre un grupo de filósofos que pertenecían á las diversas escuelas de la filosofía novísima.

Stella, con aquel carácter imponente y seductor, dijo á los sabios que nosotros éramos unos seres que andábamos por el mundo en busca de la resolución de un enigma; que mientras no la hallásemos tendríamos que andar sin descanso ni tregua; que habíamos visitado las Escuelas, interrogado á los sabios de los tiempos antiguos, pero que nada habíamos logrado sacar en limpio de todas nuestras investigaciones.

—¿Tenemos alma? ¿Qué es el alma? preguntó candorosamente la curiosa. Podrías vosotros ¡oh sabios! contestarnos?.........

—De seguro, dijeron todos á la vez. haciendo una mueca que indicaba la certeza de la doctrina que iban á exponer.

—El alma, dijo un discípulo de Aristóteles, es una *entelechia* y una razón, porque ella tiene el poder de ser lo que es!!

—*Entelechia*, dijo Stella, no entiendo el griego.

—Ni yo, dijo el peripatético.

—Y porqué es Ud. tan *pedante* de hablar en lengua que no comprende?

—Porque así conviene hablar á los tontos

—Gracias por el cumplido.

—No lo digo por Ud.; por ahí anda alguien que pudiera explicarle mejor mi procedimiento.

Tomó entonces la palabra un discípulo de Cartesio y dijo: "El alma es un espíritu que ha recibido en el vientre de su madre todas las ideas metafísicas, y que saliendo de allí necesita ir á la escuela y aprender de nuevo lo que ha sabido tan bien y que ya no sabe."

—No, no, os equivocáis de medio á medio, respondió un leibnitziano, "el alma es una aguja que marca las horas, mientras el cuerpo toca la campana."

—Habráse visto ignorantes! dijo un discípulo de Berkelay. No hay ni entelechias, ni espíritus, ni relojes que valgan. Todo es ilusión, mentira. La materia no existe. El mundo es una falsa creación del entendimiento.

Pidieron la palabra Hume y Condillac para contestar, más por fortuna no les fué concedida, porque á ese tiempo se acercó un hombre bajito, flaco, melenudo, que dijo que llegaba de Königsberg.

—Yo me llamo Emmanuel Kant, dijo el filósofo, y he dejado mi retiro para haceros conocer la verdad.

—Aquí estoy yo para comprobar su aserto, dijo Krauss.

—Y yo para traducirlos á lengua humana, dijo Sanz del Río.

—Hable Sanz, mandó Stella; y Sanz del Río habló de esta manera:

—"*Yo* me distingo de mi cuerpo como *yo* mismo ...... yo me reconozco ser el mismo sujeto, aun sin mirar mi cuerpo, como el opuesto á mí, quedando todavía yo mismo subsistiendo en mí propio, y en esta pura percepción de mí propio me llamo yo espíritu, *el espíritu.*"

Bien dicho, gritó la caterva alemana. Maestro, habéis puesto el fundamento, sí, el fundamento.—¿Sabéis qué es el fundamento?

—No, no!

—"Fundamento es lo que da y tiene en sí lo fundado. Luego lo fundado es del fundamento y en él, y según él y la relación de fundar dice propiedad, continencia y conformidad de lo fundado al fundamento. Lo particular es del todo, en y según el todo; luego lo fundado es, respecto de lo fundante, lo limitado, lo finito."

—Acabarémos, murmuró Stella, y tomándome de la mano se lanzó á fuera diciendo que aquellas doctrinas *fundamentales* le daban *fundamento* para creer que aquellos seres estaban *fundamentalmente* trastornados.

Le iba á contestar explicándole el alcance de aquellas admirables doctrinas, que á mí me parecían claras como el agua, pero no me dejó. ¡Lástima grande, pues me habría lucido echando el párrafo de erudición germánica!

XIV

Salimos de la Biblioteca, porqué por más que hice no quiso Stella que siguiesemos visitando el Establecimiento.

Entonces, en lugar de encaminarnos para el poniente, nos dirigimos en sentido opuesto.

Pasamos por aquel triste barrio de Candelaria, cuna de esta ciudad naciente, en donde nuestros mayores se refugiaron y construyeron sus primeros albergues después de la catástrofe de 1773.

En aquellas viejas baldosas se repercutían bien nuestros pasos.

Las fraguas y las herrerías que tanto abundan por el lugar, lanzaban al cielo sus abanicos chisporroteantes de las partículas de hierro puestas en contacto con el oxígeno.

Maestros pálidos, de brazos fornidos, daban al yunque martillazos, sobre el hierro hecho ascuas en las fraguas de Vulcano.

Y caminábamos, ella en silencio, yo ansioso por saber á donde íbamos. Llegamos al "Guarda del Golfo," la puerta del *octroi*, por donde por otros tiempos pasaban los géneros y demás mercaderías que los galeones nos traían anualmente de España.

Todo callaba. Los hombres dormían, soñaban los gallos en su harem, sólo los perros velaban y refunfuñaban á nuestro paso. Bajamos la cuesta empedrada que conduce á la hondonada, en donde está el puente de cal y canto, tendido sobre el río de las Vacas, que arrastra arenas de oro. La noche estaba tibiecita y era el tiempo en que el suquinay en florescencia, en la época ideal de sus amores, hacía compartir á la tierra sus placeres, deshaciéndose en perfumes de miel ática. Las floripundias, las flores de la cruz, los geranios, todos velaban, llenando la atmósfera de gratos aromas.

Stella no decía palabra. Yo no la temía. Me había visto con una mirada, prometiéndome un cielo.

Y caminábamos. Llegamos al fin al pie de la sierra de Canales, esas montañas andinas que dividen tan cerca de nuestra capital las cuencas de ambos mares, haciendo á los habitantes de este lado tributarios del gran océano, y á los que viven tras las montañas, hijos del Atlántico.

Se acercó á las espaldas de la montaña y tocándola con su abanico, dijo una cosa así: ¡Abrete! y la montaña abrió su seno.

Ella, Stella, con voz imperativa se dirigió á mí, diciéndome: "sígueme"; y la seguí.

La seguí contento porque iba á sondear el seno de Isis.

Pasamos por un callejón largo, angosto, frío. De cuando en cuando unos cíclopes ciegos y de anchos hombros, adelantaban sus brazos con antorchas encendidas, iluminando aquel sendero que iba en descenso.

Allá, muy á lo lejos, se oían músicas celestes. De repente me quedé á oscuras. Me causó espanto la soledad.

En la puerta que daba á la tierra divisaba vislumbres; alcé la vista al cielo y ví allá, entre capas de nubarrones, titilar opacamente las estrellas. Si dirigís la vista á la tierra encontraréis fosforescencias. Cantáis vuestro dolor y la voz al modularse produce para el oído armonías, chisporroteos para la vista. Y si estiás triste y con la garganta ronca y el corazón enfermo, y en vuestro abandono y soledad no tenéis por compañero en vuestra prisión sino al grillo, acercaos á él y veréis cómo el roce estridente en sus patas posteriores con su abdomen produce ruido y luz. Pero allí no había nada de eso. La obscuridad se tocaba con las manos. Era una cosa así, pesada, intensa, que me abrumaba. Con ser tan negros mis pesares, veía al interior de mi sér y lo encontraba radiante.

Aquello fué para mí una impresión suprema.

Cuando menos lo esperaba, surgió un ser vestido de luz azulada y que no os extrañe, olorosa.

¡Azul y olorosa! dirán algunos. El azul huele mal como la llama que da el azufre, y el diablo, á quien estamos acostumbrados á figurarnos despidiendo emanaciones sulphídricas.

Aquel ángel ó demonio me dijo: empuja; y empujé y la vista quedó deslumbrada. Me encontré repentinamente en una sala de mármol blanco, llena de columnatas alabastrinas; en el centro había una fuente con surtidores de líquidos, lechosos unos como el benjuí, amarillentos otros, como el Kananga, irisados los más y dejando todos exhalar perfumes lascivos.

Estaba horadado aquel salón encantado? No lo sé, pero lo cierto es que de sus paredes refulgentes salían soplos armónicos que, convergiendo hacia el centro, formaban una música deleitosa y mágica.

En dónde me hallaba? Sería aquel un rincón del paraíso? Embelesado el oído con la música, el olfato con los deliciosos perfumes, la vista con la luz opalina y rutilante, no pude menos de dejarme caer sobre un hermoso cojín que hallé al alcance y me quedé en éxtasis. Dormía? Soñaba? No lo sé. Se abrió una puerta y después las demás y por cada una fueron entrando como theorías de vírgenes locas, con instrumentos extraños; una de ellas me tocó en la frente con una varita y me fué revelado en el acto el secreto de las lenguas extranjeras.

Supremas voluptuosidades de un mundo desconocido y no soñado!

Mi corazón se transformó en una lira rítmica y pude entonces comprender el arte sublime de la música celeste.

El amor es como la música: da al espíritu vibraciones delicadas é intensas, y purificando al cuerpo, presta alas al alma y hace que ésta se asemeje á la de los dioses.

Un coro de vírgenes extrañas se acercó á mí y haciéndome levantar quedamente y vistiéndome con un traje oriental, me condujo de la mano á una segunda estancia, en donde en-

contré á Stella, radiosa, sobrepasando en hermosura á todas aquellas beldades.

Me sonrió cariñosamente. Por aquella sonrisa, si se le hubiese puesto precio, habría dado mi vida eterna. Me hizo seña de que me recostase á sus pies en el cojín que se hallaba cerca de ella, que estaba echada en su triclinio, provocante y bella como Cleopatra cuando se engalanaba para perder á Antonio.

Pasaron unas bayaderas vaporosas que encendieron los pebeteros de oro y malaquita que se balanceaban en el aire, pendientes del techo, y se derramó por el ambiente un perfume que me producía hormigueos y sensaciones inefables; y cuando aquellas huríes terminaron, dejáronse caer por el suelo, adoptando formas clásicas y provocadoras.

Entraron entonces unas vírgenes tocadoras de flautas, seguidas de multitud de doncellas griegas del archipiélago, las que acompañadas de las flautistas se pusieron á recitar los amores de Isis y describir sus trasportes de amor que enervan á los hombres más robustos.

Oí de boca de unas mujeres fenicias las leyendas de Aschtoreth y Adonis, que enloquecían á las bacantes de Lesbos. La música, más que las palabras, prometían no sé qué cosas que sólo los hombres del Oriente han soñado y que Mahoma promete realizar en los Campos Elíseos á sus adeptos.

Lleno de indignación y de rubor, dije á Stella: ¡vámonos de aquí, oh mi tirana!

Y fué tal el tono imperativo con que pronuncié aquellas palabras, que no tuvo más que seguirme en medio de la admiración atónita de aquellos seres que trataban de halagarme.

—Mal me comprende Ud., Stella, mal me comprende, si cree que yo sea capaz de dejarme fascinar por los amores locos y livianos.

Dice Ud. que lee en mí los pensamientos más recónditos, y no ha alcanzado á ver que dentro de mi corazón arde una llama viva y pura, que no puede apagarse con estas cosas vulgares de la tierra.

Yo soy un desgraciado, bien lo sé, pues voy persiguiendo un fantasma vano. He libado en los nectarios del arte y he quedado más sediento aún. He pasado vigilias y tormentos durante varios años demandando la verdad á los libros, y los libros no me han respondido.

Siento en el corazón un abismo sin fondo, en que hay unos ángeles llorosos por la ausencia de mi prometida que no llega, porque no la encuentro por más que la he buscado; y Ud. que sabe mis penas, que quizá tenga remedio para aliviarlas, que podría prestar un átomo de su luz para que mi alma se hiciese radiosa, se burla de mí, de mis ideales, vilipendia con sus sonrisas á los favoritos de mis ensueños, y para colmo de ingratitudes, me trae á esa sentina depravada ....

Y me arrojé al suelo, desesperado, creyendo que la dicha soñada no existía en la tierra para mí y que era preferible morir, sí, morir á vivir de ese modo.

Y acercándose con el rostro regocijado y la mirada radiante, me atrajo á si y la *boca mi bació tutta tremante.*

Entonces, no se que pasó en el mundo, ni en mí mismo. Sentí que todos nos abismábamos en el seno del Universo; que de este punto oscuro había caído abrazado con Stella en la región de la luz y de las eternas armonías.

Las Bacantes, purificadas al brillo de nuestro amor, se habían transformado en ángeles, y ellos y miriadas de niños bellos, como los que soñaron Rafael y Murillo, vagando en nimbos de oro liquidificado y de amatistas en fusión, al rededor nuestro, entonaban himnos y cánticos, para celebrar nuestras bodas, y la redención de nuestras almas.

Nunca hubo una unión más pura entre dos seres que hubiesen pasado por la tierra. La llama en que ambos está-

bamos ardiendo, era la de un éxtasis prolongado y sin fin. Yo me sentía abismado en la contemplación del ideal hecho mujer. La que tenía enfrente era mi esposa, por el corazón; mi hermana por el espíritu. No sentía en mi pecho la pasión bravía, ni en las carnes el deseo depravado, sino que me sentía calmado de aquellos dolores y ansias que me atormentaban en la tierra; ya mi corazón no era la caverna de los dolores, sino el arpa cuyas cuerdas vibraban finamente, con tales armonías, que me causaba el deliquio! Y esto había durado una eternidad....

XV

Un día que creí fuera el siguiente de las memorables escenas que dejo relatadas, me desperté sobresaltado.

Estaba recostado en un sillón de enfermo y solo en mi alcoba.

Llamé en seguida y á mi voz acudieron todos mis criados, los cuales al verme despierto empezaron á dar saltos de alegría y gritos de júbilo.

Gertrudis me besaba maternalmente la frente; los otros me palpaban los miembros, me hablaban y se fijaban en mis ojos abiertos.

—Pero, que os pasa, canallas, para hacer tales aspavientos; estáis locos ó me he convertido en algún animal raro?

—Ah, señorito, dijeron todos, gracias á Dios que habéis vuelto al fin á la vida; tres meses hace que estáis durmiendo....

—¡¡Tres meses!! dije incorporándome. ¿Cómo, acaso no he estado ausente durante algún tiempo?

—Oh, no; señorito, contestó Gertrudis con lastimoso tono. Cuando la última vez que salisteis con la señora, regresasteis tarde...

Parecíais entonces muy fatigado y os recostasteis en ese sillón.

La señora nos llamó aparte diciéndonos que tenía que ausentarse por algún tiempo por asuntos urgentes que la llamaban á otra parte, que cuidásemos de vos y que si algo especial notábamos no nos alarmásemos, que eso pasaría.

Se fué.

Al siguiente día no quisimos incomodaros y seguisteis durmiendo durante él. Llegó la noche y lo mismo; amaneció el tercero y siempre en la misma posición. Que estabais vivo, era evidente por vuestra respiración tranquila y la sonrisa de vuestros labios que denotaban que gozabais interiormente. Aguardamos un día más, hasta que viendo que

no despertabais llamamos á vuestros amigos y al doctor N. quien dijo que estabais en un estado cata...... ¿qué?

—Léptico, dijo Juan el cochero.

—Eso es, cataléptico; que no había más que aguardar. Sois un enfermo admirable, señor; no habéis hecho más que recitar versos y versos; largos, largos. No sé cómo os caben tantos en la cabeza.

Cuando os oía comenzar y que nunca acababais me parecía estar viendo á Mr. Bosch, aquel diablo de hombre que nadie me quita de la cabeza que es un brujo y que cuando empieza en el teatro á sacar cintas de un sombrero vacío y tira y tira y tira y tira cintas, y así se estaría hasta la consumación de los siglos si el público no le dijera, basta.

Y cuando os cansabais de versear cantabas con voz que no os oí antes; no creí que la tuvieseis tan buena.

Hablabais de ángeles, de consuelo (¿se llama así la señorita?), de dicha y yo no sé de cuántas cosas más....

Nosotros no sabíamos si afligirnos ó estar contentos. Puesto que es feliz, aunque sea en sueños, que duerma, decía Juan.

Pero á mí se me hacía cargo de conciencia y agarrandoos del brazo, os decía: señor, señor, despertad; aquí estamos nosotros vuestros siervos, aquí estoy yo Gertrudis, quien os tuvo en brazos, que os alimentó con su leche cuando niño y á quien mi difunta señora me permitió que os llamara hijo.

Hijo mío, os decía, ¿estáis muerto? vuelve á la vida; y nada, y todos llorábamos.

Entonces vos cantabais de nuevo y nos quedábamos arrobados escuchandoos.

En fin, que anoche regresó la señorita, preguntó por vos y viéndoos aún dormido, se os acercó hasta tocaros la frente con la mano, retirándose en seguida.

—Ya despertará, nos dijo.

Y efectivamente, mi señor, mi hijo, ha vuelto á la vida y yo no sé como no muero de alegría viendo que él vive.

Y todas aquellas buenas gentes se pusieron á bailar de gozo.

Yo comprendí en seguida que Stella, por un acto de compasión afectuosa, me había dejado por ese largo tiempo sumido en las regiones del ensueño.

Alguien ha dicho con razón que para ciertas almas complexas de estos tiempos, hay dias en que la vida se presenta tan hostil, el ambiente tan asfixiante, que tiene que refugiarse irremisiblemente en el sueño. Y entonces, durante meses y meses el alma vive en una existencia anormal y grandiosa; las ideas se exasperan y se deforman; los sentimientos toman una intensidad formidable; las sensaciones se impregnan de sufrimientos voluptuosos; el Yo abandona su principio divino; la voluntad no es más que un océano tempestuoso en que bogan las galeras locas.

Si durante tal período, gloria del demonio, la Fatalidad quiere que una idea fija se apodere del alma, que se encuentra fuera de su órbita; si por ejemplo, el deseo apasionado de una aparición femenina se implanta y la domina hasta el punto de *encarnarse* esta idea fija, estalla entonces una embriaguez *solitaria* que llega hasta los umbrales de la demencia. Pero el Yo acaricia su locura; para perpetuarla y hacerla tangible, penetra en el dominio luminoso y criminal que le proporcionan los *exitantes*, se olvida del mundo y *no quiere ser curado*. Es necesario una casualidad violenta—algunos dirán milagro—para que el alma vuelva á su estado normal, recobre su equilibrio y sea salvada de ese modo.

Tal me estaba pasando á mí. Hacía varios meses que no me daba cuenta perfecta de mi existencia.

¿Atravesaba por un espíritu lúcido; poseía mi raza perfecta?

Existía realmente Stella ó no era más que un sueño de mi imaginación delirante?

Eso es lo que iba á averiguar en seguida. Un impulso ciego é imprudente me empujó hacia la alcoba de Stella.

Con fuerza centuplicada por la locura, di tal envión que las cerraduras se hicieron trizas, la puerta se abrió y sorprendí á Stella en su toillete.

Estaba enteramente desnuda; es decir, que vi una estatua de luz refulgente que, al ser sorprendida, brilló aún más, y que se ocupaba en dar colores á la piel exterior que había escogido para poder aparecer con forma humana en la tierra.

Me quedé anhelante y fascinado en el umbral, sin proferir palabra.

Ella se vistió en seguida con su piel exterior, iracunda y avergonzada, diciéndome:

—Desgraciado, Eva, la madre de tu raza, perdió el Paraíso por su curiosidad maldita, cuya pena pesa aún hoy sobre sus descendientes.

Bien se conoce que perteneces á esa menguada progenie.

Tú también pierdes, por tu curiosidad, otro Paraíso que te reservaba entre mis brazos.

Yo soy la Estrella que proporciona el consuelo á las almas desesperadas.

Mas tú no eres digno de mí ....

Y se evaporó.

XVI

Considérese cuál sería mi amarga pena, mi desaliento, mi angustia.

Yo no podía consolarme de haber perdido á mi hada bienhechora, en el preciso momento en que por fin iba á ser feliz.

No, no, eso no era posible.

Y me di durante largo tiempo á buscarla por los campos y los montes aun á riesgo de volver á caer en las garras de las arpías.

Entonces adquirí este aire de noctámbulo que aun conservo y que asusta á los que me ven por primera vez.

Durante largos años se ha oído á media noche una voz dolorida y acongojada que llamaba á alguien desde las montañas vecinas.

Era la mía que reclamaba de los cielos á Stella.

Pero no la he vuelto á ver más

Y hé ahí cómo desde entonces vivo *enamorado de una Estrella.*

Y hé ahí porqué considero mi pena sin consuelo en la tierra.

Y hé ahí porqué deseo con tantas ansias la muerte, para irme á unir en los espacios siderales con aquel ser que me hizo entrever la esperanza.

XVII

Durante mucho tiempo no me di cuenta de mí mismo.—No supe si vivía en la tierra ó en el infierno.—Perdí toda noción de la existencia corporal.

¿Qué era yo? Cuál efectivamente mi verdadera existencia, ésta que vivía en la hora actual, en que reflexionaba, respiraba y me sentía la carne, ó aquella de penas, de sobresaltos, de quejas, pero que había terminado en una felicidad suprema?

No lo sabía ni me atrevía á consultar con nadie mi caso. Fué entonces cuando presidí á aquella reunión de locos que se llamó el "Club de los Desequilibrados," que me divertían por sus necedades y que me proclamaron por su rey.

Pero yo meditaba un plan en silencio. No era posible quedarme en aquella incertidumbre mortal. El recuerdo de mi vida feliz me aguijoneaba.

Había oído hablar de la "Dama Blanca del Norte," ser misterioso como Stella, cuya existencia es un hecho bien probado, aunque ningún hombre que yo sepa haya dado noticia al mundo de lo que en realidad es aquel ser fantástico.

Sabía que habitaba las regiones polares, inaccesibles á los hombres; y que los que se habían atrevido á acercarse á su vivienda se habían perdido, sin que se tuviese más noticia de ellos.

Pues bien, me dije, yo me atreveré á ir en su busca. No sé porqué aquel ser debe de resolverme mi enigma, más desesperante que la misma realidad.

Y entonces decidí mi expedición al Norte, siendo uno de los compañeros de aquel pobre Capitán Ross que tuvo un fin tan trágico entre aquellas heladas regiones de las nieves perpetuas.

La mayor parte de mis compañeros habían perecido de frío ó de la enfermedad del escorbuto, y yo me hallaba en el

mayor peligro cuando recibí á una mensajera de la Dama á quien buscaba, diciéndome que tenía órden de conducirme hasta su alcázar de nieve, en donde se me aguardaba tiempo hacía.

Sin temor alguno acepté la invitación y pronto me hallé en un hermoso trineo, arrastrado por dos hermosos renos.

Como iba arrebujado entre armiños y plumas de alciones y mi bella acompañante me había confortado con un líquido aromático, que no se destila sino en el palacio de mi desconocida, sentí recobrar todas las energías de la vida y todas las esperanzas del corazón, y lleno de contento llegué al alcázar, en donde su dueña me recibió afable y sonriente, tratándome como de la familia.

—Que no te extraña lo que pasa, me dijo.

Te aguardaba y sé tus penas y tus dudas.

—Yo soy la hermana de tu Stella. Ambas fuimos desterradas del cielo por una causa que tú sabrás cuando allá vivas con nosotras.

Á mí me tocó habitar en las regiones polares. Á Stella, en la zona tórrida. Nuestra sentencia fué: "que no volveríamos á nuestra patria celeste hasta que una y otra encontrásemos en la tierra un hombre que nos amase" como tú amas á Stella, á pesar de sus rigores contigo, de sus genialidades y sus provocaciones.

La última prueba de la gruta, fué la capital. Si en medio de aquella escena de bacantes, embriagado por el incienso y los demás perfumes y las lascivas miradas de ella, la hubieses amado como lo hacen los hombres, os habría visto perdido, aumentando el número de las víctimas de mi hermana, y retardando la liberación de ésta quién sabe cuánto tiempo más!

Pero la pureza de tu corazón te salvó y la salvó á ella.

Yo no he tenido aún la dicha de encontrar á mi libertador. Ay! cuántos hombres yacen allí víctimas de su concupiscencia!

Tu martirio se prolongará aún, algunos años. Tendrás el pesar de vivir algún tiempo más en la tierra porque no te es permitido precipitar los acontecimientos, ni cortar por ti el hilo que te une á este planeta.

No pierdas la esperanza!

—Por algún tiempo habité en compañía de mi hermana aquel palacio encantado, fabricado con témpanos de hielo, en que la luz se reflejaba con brillo de piedras preciosas gigantescas. Todo era nuevo ahí para mí: las comidas, las habitaciones, el perpetuo silencio, al que con dificultad me acostumbré, pero en el que al fin logré descubrir melodías no traducibles en notas humanas.

No faltaban allá ninfas, ondinas y sirenas blanquísimas, de ojos azules, ideales, que me estaban agradecidas porque decían que el fuego de mi mirada, en que estaba encerrado el calor del trópico, les producía grato ardor. Algunas hubo que enloquecieron á mi vista. Yo no me daba cuenta de aquella extraña propiedad, pero trataba de evitar encuentros con ellas para no mortificarlas.

Poco á poco fué entrándome la nostalgia de la tierra templada, lo que adivinado por mi buena hermana Nívea, me dijo: "conozco lo que pasa en tu corazón. Á la tristeza de Stella se ha agregado la tristeza de los hombres, tus hermanos.

Anda, vive entre ellos lo que te falta de vida en la tierra. Estúdialos y compadécelos. Goza como puedas de las pocas venturas mundanales y espera"...

Y me condujo ella misma hasta las regiones habitadas, despidiéndonos tiernamente y dándonos cita para el cielo, deseándole que hallase ella cuanto antes á su libertador.

Viajé por toda Europa, en donde como por encanto se me abrían todos los salones y era el objeto de una verdadera curiosidad. Salvo las mujeres, de quienes me alejaba cuanto más podía y lo permitía la buena educación, llevé una

vida de aventuras como las del célebre veneciano Cassanova de Seignalt, cuyas "Memorias" son tan leidas.

Lo demás de mi vida es conocida en Guatemala.

Que esta narración sencilla explique el género de existencia que he llevado en los últimos años en esta sociedad.

No soy orgulloso ni misántropo, ¡ay de mí! Lo que sucede es que estoy *enamorado de una estrella*!!.........de mi Stella!!!

FIN



HISTORIA MARAVILLOSA
— DE —
PEDRO SCHLEMIHL

ESCRITA EN ALEMAN POR

ADALBERTO DE CHAMISSO

Y TRADUCIDA POR

RAMON A. SALAZAR

SEGUNDA EDICION





HISTORIA MARAVILLOSA

— DE —

PEDRO SCHLEMIHL.

I

Después de un viaje, feliz en general, aunque para mí un poco fatigoso, llegamos al puerto de nuestro destino. Tan luego como puse pie en tierra cargué yo mismo con mis balijas de mano, que eran mi único equipaje, y abriéndome paso con alguna dificultad entre la multitud apiñada, llegué á la ciudad. Ví en ella una casa de muy modesta apariencia, que por la muestra que colgaba sobre la puerta conocí ser un mesón, y dirigiéndome á ella pedí alojamiento; un criado que se hallaba por allí me midió, con mirada rápida y protectora, de pies á cabeza y me indicó que entrase. Pedí agua fresca y al mismo tiempo la dirección de Herr Thomas John á quien iba recomendado.—"Antes de llegar á la puerta del Norte, me dijo, encontrará Ud. una casa de campo, grande y nueva, de mármol blanco y rojo y adornada con muchas columnas de la misma piedra."—Bueno. Era aún muy temprano; abrí mi balija, saqué de ella mi levita negra, me cambié de ropa interior, revisé la carta de recomendación que coloqué en mi bolsillo y me puse en camino en busca del hombre que esperaba me fuese útil en mis modestas aspiraciones.

Marché calle arriba, llegué á la puerta del Norte y ví entre las verdes ramas de los árboles las columnas de que me había hablado el sirviente. Allí es, pensé. Me sacudí el polvo de los zapatos con el pañuelo, me arreglé la corbata y con ánimo resuelto toqué la campanilla. La puerta se abrió por sí misma; entré y encontré en el zaguán al porte-

ro á quien indiqué mis deseos. Fué éste á anunciarme con su amo y después de un rato de espera tuve la honra de ser llamado al Parque, en donde encontré á Herr John rodeado de una pequeña sociedad. Reconocí desde luego á mi hombre en el brillo de su no oculta satisfacción. Me recibió muy bien, tanto como un rico puede hacerlo con un pobre diablo; se dirigió por un rato á mí, sin descuidarse del resto de sus huéspedes y tomando de mis manos la carta que le presenté dijo: ¡ah! de mi hermano! Nada sé de él hace tiempo. ¿Se conserva bien? "Allá," continuó dirigiéndose á sus amigos sin aguardar mi respuesta y señalando con la carta una colina, "allá, es en donde estoy construyendo el nuevo edificio." Rompió el sello de la carta y sin dejar el uso de la palabra, dijo: "Quien no sea dueño por lo menos de un millón, ese, perdóneseme la palabra, no es sino un miserable."—¡Ciertamente!, contesté yo íntimamente convencido de esa verdad. Parece que le agradó mi respuesta pues me dirigió una sonrisa y me dijo: "Quedaos aquí, querido amigo, quizá después tenga tiempo de deciros lo que pienso de esto, señalándome la carta que metió en el bolsillo y se dirigió de nuevo á los circunstantes. Ofreció el brazo á una hermosa señorita; los otros jóvenes hicieron lo mismo con el resto de las bellas y nos encaminamos todos en dirección á una colina, no lejana de allí, en cuyas faldas florecían las más variadas rosas.

Yo que no conocía á nadie y de quien nadie se cuidaba me fuí tras ellos encerrado en mis propios pensamientos. Todo el mundo estaba alegre: chanceaban unos y otros sobre cosas frívolas; ya se hablaba de asuntos ligeros gravemente; ya se trataban cuestiones importantes de la manera más superficial ó ya se empleaban los rasgos más agudos del ingenio para burlarse de los amigos ausentes.

Llegamos al fin á la colina. La bella Fanny, que parecía ser la heroina de la fiesta, quiso por capricho arrancar por sí misma una rama de hermosas rosas, se lastimó con algu-

nas espinas ocultas y como de las rosadas flores, salió púrpura de sus suaves manos. El accidente puso en movimiento á todos. Una tira de tafetán inglés habría podido contener aquella preciosa sangre, pero ¿en dónde hallarlo? Un hombre silencioso, flaco, macilento, largo, viejo que iba cerca de mí y en quien no me había fijado, metió inmediatamente la mano en el estrecho faldón de su vieja y descolorida casaca y sacando de su bolsa una pequeña cartera la abrió y extrajo de ella el solicitado tafetán. Lo recibió la joven sin hacer caso del que tan oportunamente le hacía aquel servicio, ni aun darle las gracias. La herida fué vendada y el paseo continuó, ascendiendo la hermosa colina desde cuya cima se divisaban los inmensos laberintos del Parque, que iban á perderse allá á lo lejos hasta las orillas del océano.

La vista era en verdad grandiosa y admirable. En el horizonte lucía un punto brillante entre el oscuro confín del mar y el azul sereno de los cielos. "Un anteojo," gritó Herr John, y antes de que los sirvientes se pusiesen en movimiento á la voz de su amo, el viejo se inclinó respetuosamente ofreciendo al dueño de la casa un hermoso Dollond que había sacado presuroso de la bolsa. Acercóse Herr John el catalejo á los ojos, comunicando á los presentes que el buque que se tenía á la vista era uno que se había dado á la vela el día anterior y que quizá regresaba por causa del mal viento. El anteojo pasó de mano en mano excepto á las de su dueño; yo no podía menos de admirar, sin podérmelo explicar, cómo fuera posible el que hubiese salido aquella máquina de las estrechas bolsas del viejo. Parecía por lo demás que nadie se ocupaba ni del hombre misterioso ni de mí mismo.

Se sirvió un *lunch* en el que lucieron las frutas más raras de todas las zonas contenidas en bajillas de las más ricas y costosas. Herr John hizo los honores de la manera más cumplida, y se sirvió dirigirse á mí por segunda vez, con

estas palabras: "comed, que de esto no habréis tenido en vuestra navegación." Me incliné por toda respuesta, pero él no lo vió, pues ya hablaba con otro que á su lado tenía.

El césped de la colina convidaba á recostarse un rato para contemplar el paisaje admirable que estaba á la vista, sólo que lo impedía la humedad del suelo.

—Sería encantador, dijo uno de tantos, si fuera posible conseguir algunas alfombras de Turquía. No bien había sido expresado el deseo, cuando ya el hombre del vestido gris tenía la mano en la bolsa y con modestos y humildes movimientos sacaba de ella un rico tapiz bordado de oro. Los sirvientes lo tomaron por los lados y lo extendieron convenientemente, acomodándose los presentes lo mejor que pudieron sobre ella: yo, todo ojos, no sabía que admirar más, si el hombre, ó la bolsa, ó la alfombra de veinte pies de largo y diez de ancho, qne tenía á la vista, no sabiendo tampoco qué debía pensar sobre ese prodigio, particularmente viendo que los otros no manifestaban hallar nada de particular en el asunto.

Habría querido preguntar quién era ese hombre extraño, pero no sabía á quien dirigirme, pues en verdad temía más á los señores sirvientes, que á los mismos amos. Por fin hice ánimo y me dirigí á un joven que, por su apariencia, me parecía ser el más modesto entre todos los presentes y á quien muchas veces había visto que se quedaba solo, sin que otros le dirigiesen la palabra. Me le acerqué y en voz baja le rogué me dijese quién era el hombre del vestido gris.—¿Cuál? me preguntó. ¿Ese que parece el cabo de un hilo que un sastre hubiese ensartado al ojo de una aguja?—Sí, el que está solo.—No lo conozco, me contestó; y como si quisiera evitar más larga conversación conmigo, se dirigió á otro lugar y se puso á platicar con otro caballero sobre cosas insignificantes.

El calor del sol comenzaba á ser insoportable para las señoras; la bella Fanny se dirigió al viejo á quien nadie has-

ta entonces, que yo sepa, le había hablado, y con estilo negligente y un poco burlesco, le preguntó si no tenía consigo, por casualidad, una tienda de campaña. El contestó con una profunda reverencia, como si con esa pregunta recibiese grande honra, y al mismo tiempo metió la mano en la bolsa, sacando en seguida, á mi vista, perchas, cordones, herrajes, mantas, en una palabra, todo lo perteneciente á una riquísima tienda de campaña del más refinado gusto. Los jóvenes ayudaron á armarla, se colgaron los tapices...... y nadie halló nada de extraordinario en semejante admirable improvisación.

Aquéllo iba siendo para mí algo horrendo y me parecía que se trataba de una cosa *non santa*, cuando mi terror subió de punto al ver que, según un nuevo deseo de uno de tantos, el horrible hombre sacó de su bolsa tres caballos, sí, os lo aseguro, tres hermosos caballos con sillas y todos sus aperos. ¡ Si no os asegurara yo mismo el haberlo visto tendríais razón de dudar lo que os digo !

Por más humilde que fuese la presencia de aquel hombre y por más que pareciesen pasar por inadvertidas sus dudosas habilidades, para mí, aquella cara pálida sobre la cual no podía fijar mis miradas, era tan insoportable que no pude permanecer por más largo tiempo en aquella compañía.

Resolví por lo tanto retirarme, lo que me fué tanto más fácil cuanto más insignificante había sido el papel que yo representaba.

Quise regresar á la ciudad, determinado á volver al siguiente día para hablar con Herr John sobre mi asunto y preguntarle, si tenía valor, quién era el hombre de la casaca.

¡ Y ojalá que tal cosa hubiese sucedido ! Había avanzado por el Parque después de descender la colina y estando en una plazoleta, temiendo extraviarme, volví la vista para orientarme bien. ¡Considérese el terror que se apoderaría

de mí al ver al hombre del vestido gris que venía tras de mí como siguiéndome.

No había duda, él quería hablarme, y yo, sin ser grosero, no podía evitarlo. Se quitó el sombrero é hizo una reverencia tan profunda como ningún otro hombre la había hecho jamás ante mí. A mi vez, me quité también el sombrero y me incliné quedando así como clavado en mi puesto bajo un sol abrasador. Me sentía aterrorizado, y, como el pájaro ante la culebra, sufría la influencia de aquella mirada magnética. El mismo parecía estar turbado; no levantaba la mirada del suelo y apenas se atrevía á hablar; por último se me acercó más é inclinándose repetidas veces, me dirigió la palabra, con voz baja y pausada, casi en el mismo tono que el de un mendigo.

—"Sírvase el caballero perdonar mis molestias; soy para él un desconocido y me atrevo, sin embargo, á rogarle un favor. Excuse bondadosamente...."

—Pero, caballero, por amor del cielo, le contesté lleno de ansiedad, ¿qué puedo hacer yo por un hombre que?...... ambos nos conturbamos aún más y nos pusimos rojos.

Después de un instante de silencio tomó de nuevo la palabra.

"—Durante los pocos momentos que gocé de la dicha de estar al lado de usted, caballero, observé varias veces...... permítame que se lo diga.... observé, decía, con inexplicable admiración, la hermosa, muy hermosa sombra que, sin notarlo usted mismo y con noble indiferencia, arroja usted de su cuerpo y que se delínea allí en el suelo, á sus pies ... perdone usted mi atrevimiento.... ¿No se sentiría inclinado á cederme esa sombra?"

Calló, y yo sentí como si una rueda de molino diera vuelta dentro de mi cráneo. ¿Qué debía contestar á la extraña demanda de ceder mi propia sombra? Debe de estar loco, pensé, y cambiando de tono contestéle:

—Ah! ah! buen hombre, no tenéis bastante con vuestra

propia sombra?....Lo que me proponéis es un negocio de los más raros......El me replicó en seguida: "tengo en la bolsa muchas cosas que no creo estimará usted sean indignas de poseerlas;....por esa inapreciable sombra cualquier precio para mí es insignificante."

Entonces sentí otra vez como escalofríos, acordándome de aquella bolsa y no supe como me atreví á llamarle "buen hombre." Tomé de nuevo la palabra y traté de hacerme perdonar mi osadía con los mejores cumplimientos.

Perdone usted á su más humilde servidor; no comprendo bastante bien lo que usted desea, que yo......El me interrumpió: "pido á usted su consentimiento para tomar en este lugar mismo la noble sombra de usted; el cómo lo haga, eso corre de mi cuenta. Por lo demás, como manifestación de mi reconocimiento dejo á la elección de usted el que escoja entre las pequeñeces que llevo en la bolsa: "el dado saltón," "el dado que cabe en todas partes," "el peso ladrón," "la servilleta del escudero de Rolando," "un hombrecillo ahorcado á un precio cómodo." Si no le conviene nada de eso aquí tiene usted "el sombrerillo adivinatorio," ultimamente restaurado, ó "el bolsillo de la dicha de Fortunati."

—¿ El bolsillo de Fortunati ? interrumpí, sintiéndome desde ese momento prisionero de aquel hombre.

Me vino como una especie de vahido y ví que brillaban hermosas piezas de oro ante mis hojos. "Pruebe usted mismo, señor, las virtudes de este bolsillo," y metiendo la mano en su faltriquera, sacó de ella una bolsa de cardobán grande, fuerte y bien cosida, á cuyas extremidades estaban unidos dos cordones del mismo cuero y cuya bolsa puso en mis manos; ya la cogí, metí la mano derecha entre ella y saqué diez ducados y otra vez diez y aún diez más; detuve la operación y gritéle: trato hecho! ¡por esa bolsa tiene usted mi sombra ! El convino, se arrodilló ante mí en el acto y con admirable habilidad ví que desprendía mi sombra del césped, desde la cabeza hasta los pies; en seguida la levan-

tó, la enrolló, dobló y por último se la metió en la faltriquera.

Se puso en pie, se inclinó ante mí ligeramente y se volvió por el camino por donde había venido. Me pareció oir que se reía solo al alejarse. Agarré la bolsa por los cordones: al rededor de mí la tierra reververaba los resplandores del sol y yo estaba como fuera de mis sentidos.

II

Después de algún rato volví en mí y me apresuré á dejar ese lugar en donde esperaba no tener que volver á hacer. Llené mis bolsillos de oro, até el cabo de los cordones á mi cuello y escondí la bolsa dentro del pecho. Pasé el Parque y la puerta sin que nadie me viese; llegué á la calle principal y tomé el camino de la ciudad. Ensimismado iba en el pensamiento de lo que acababa de pasarme, cuando oí una voz detrás de mí que decía: "joven, eh, joven escuche." Volví la cara y ví á una vieja que corría asustada, gritándome: "vea para adelante, que ha perdido su sombra." Gracias buena vieja; y le arrojé algunos puñados de oro y traté de llegar cuanto antes al cercano bosque para meterme bajo los árboles. Al pasar por la puerta de la ciudad el centinela se puso á decir: "¿ En dónde habrá perdido su sombra ese caballero?"; y unos pocos pasos más adelante un par de mujeres: "¡Jesús María! el pobre hombre que va allí sin su sombra."

Esto comenzaba á molestarme y procuré cuidadoso el evitar le sol. Sin embargo, no era posible lograrlo siempre, sobre todo en la calle ancha por la que tenía que andar y que por mi desgracia tuve que hacerlo precisamente en el momento en que salían los muchachos de una escuela. Un malvado jorobadito, á quien me parece aún estar viendo, descubrió el primero lo que me faltaba y empezó á gritar; á él se agregaron los demás rapaces y juntos todos se pusieron á insultarme y á arrojarme piedras.—"Las gentes de bien, gritaban, debe dar sombra cuando está debajo del sol...." Para librarme de ellos tuve que arrojarles oro á manos llenas, y mientras se ocupaban en recogerlo salté en un coche de alquiler ayudado de unas pocas gentes que se compadecieron de mí.

En cuanto me encontré solo en el carruaje, me puse á llorar amargamente. En ese momento comencé á compren-

der que de nada bueno sirven en el mundo las riquezas sino están balanceadas por la virtud; que debemos estimar en más nuestra propia sombra que el oro mismo. Pero como yo acababa de sacrificar mi sombra á las riquezas, como yo había cambiado mi conciencia por oro ¿qué iba á ser de mí sobre la tierra?

Iba envuelto en estas amargas dudas cuando el carruaje se detuvo á la puerta de la hostería en que me había alojado por la mañana. Me asustó sólo la idea de entrar á aquel mal mesón. Hice que me bajaran mis cosas, que arrojè con desprecio á un rincón del carruaje, y dejando varias piezas de oro en pago de mi corto alojamiento, ordené que se me condujese al hotel más elegante y suntuoso de la ciudad. La casa á donde me llevaron estaba situada hacia el Norte, y por lo tanto, nada tenía que temer del sol. Dí al auriga una buena propina; pedí los mejores cuartos del piso principal y me encerrè en ellos lo más pronto que pude.

¿Qué piensas que hice cuando estuve solo? Oh, mi querido Chamisso, sólo el confesarlo me hace subir la sangre al rostro, de vergüenza. Saqué la desgraciada bolsa de mi pecho y con una especie de fiebre de ambición, comencé á extraer de ella oro, y oro, y oro y siempre oro; y lo desparramaba por el pavimento y corría tras las piezas fugitivas y sonaba unos escudos contra otros embriagándome con el dulce retintín que producían, alimentando mi alma con el brillo resplandeciente de aquel montón de monedas y sus sonidos que apagaban la ambiciosa sed que me estaba devorando. Por último, cansado de aquella fatigosa escena, me arrojé sobre aquella pila de ducados, hundí mi cuerpo entre ellos y bañé mi cabeza en tañ sabrosas aguas. Así pasé todo el día; la noche me encoutró reposando aún sobre el oro y en esa postura se apoderó de mí el sueño.

Entonces me puse á delirar; soñé que te estaba observando, colocado yo detrás de la mampara de tu cuarto de trabajo; se me figuró que te veía entre los esqueletos y tu

colección de plantas secas: delante de tí se hallaban sentados y adormecidos Haller, Humboldt y Linneo: en el sofá había un libro de Goethe y el anillo encantado. Largo tiempo estuve observándote, así como todos y cada uno de los objetos de tu cuarto; y tú no te movías, ni aun alcanzaba á ver que respirases. Estabas muerto.

Me desperté. Parecía ser aún muy temprano. Mi reloj estaba parado. Me sentía como descoyuntado y además hambriento y con una sed devoradora; desde la mañana anterior no había probado un solo bocado.

A puntapiés y lleno de desagrado é indignación aparté los montones de aquel oro con el que mi insensato corazón, pocas horas antes, había hartado su insaciable codicia. No sabía qué hacer con él. Desde luego no podía permanecer allí tirado; probé á colocarlo otra vez en la misteriosa bolsa. Inútil afán. Ninguna de las ventanas caía al mar. Debí decidirme al fin á arrastrar, á fuerza de sudor y trabajo, un armario que se hallaba en el cuarto para colocarlo dentro de él lo mejor que pude. No dejé en el suelo sino unos cuantos puñados de oro que no cupieron en dicho mueble. Cuando hube concluído mi trabajo, me arrojé en una silla, rendido de fatiga y aguanté con impaciencia á que la gente de la casa se levantara.

En cuanto fué posible, hice que me sirviesen algo que comer y mandé que llamasen á mi cuarto al dueño del hotel.

Arreglé con este hombre la instalación de mi casa. Me recomendó como muy á propósito para el servicio inmediato de mi persona á un tal Bendel, quien me agradó desde luego por su fisonomía inteligente. Este muchacho me consoló más tarde en las miserias de mi vida, y acompañándome fielmente, me ayudó con su amistad á soportar las tristes horas de la existencia. Emplee todo el día en mi cuarto en tratos con zapateros, sastres, comerciantes y sirvientes sin acomodo; ajusté algunos y compré piedras finas y muchí-

simas preciosidades de alto valor, con el objeto sólo de desembarazarme del oro que había extraído de la bolsa tan profusamente el día anterior; pero parecía que aquéllo era inagotable, pues por más que gasté no daba señales de disminuir.

Mi espíritu mientras tanto se revolvía entre las más angustiosas dudas; sin atreverme á dar un paso á fuera de mi cuarto, hice al acercarse la noche que encendiesen en mi habitación cuarenta velas de cera. Pensaba con terror en la malhadada escena de los muchachos de la escuela. Por fin, haciendo de tripas corazón, me decidí á probar de nuevo la opinión pública. En el tiempo en que esto pasaba, hacía luna llena. Avanzada un poco la hora me embocé en una ancha capa y calándome el sombrero hasta los ojos, me lancé fuera de la casa, temblando como un criminal. Me dirigí por una calle angosta, abrigándome cuanto pude con las sombras de las casas, y por último me adelanté sereno hacia la luz de la luna para escuchar por boca de los que por allí pasaban, la sentencia del destino.

Ahórrame, querido amigo, el doloroso relato de todo lo que en esa noche sufrí. Las mujeres manifestaban la más profunda compasión al contemplarme; manifestaciones que traspasaban mi alma tanto como las burlas de los niños y el desprecio de los hombres, particularmente el de aquéllos que por panzudos ó barrigones arrojan tan ancha sombra, y que parecen ir tan complacidos de su persona. Una virgen tierna y bella, que acompañaba á sus padres, me dirigió una mirada y al mirar que yo carecía de sombra se notó que eso le impresionaba fuertemente.

No pude soportar por más tiempo. Abundantes y amargas lágrimas corrieron por mis mejillas, y con el corazón despedazado y pasos vacilantes me dirigí en busca de sombra. Muchas veces tuve que detenerme para no caer, tanto me flaqueaban las piernas; hasta que al fin llegué á casa, tarde y despacio.

Pasé el resto de la noche sin poder dormir un instante. Al siguiente día fué mi primer cuidado llamar á Bendel y ponerlo en seguimiento de la pista del hombre de la horrenda casaca. Quizá, pensé, logrará encontrarlo y entonces ¡qué dicha si alcanzo á hacerlo convenir en que deshagamos nuestro contrato! Bendel parecía poseer despejo y habilidad. Le describí con todos sus rasgos al hombre en cuyo poder se hallaba mi tesoro sin el cual la vida no sería para mí sino un continuo tormento. Le indiqué el lugar y el tiempo en que le había visto, así como la mayor parte de lo que entonces había pasado. Aún llevé más adelante mis señas; debe, le dije, poseer un telescopio sistema Dollond, una alfombra turca ribeteada de oro, una hermosa tienda de campaña y tres caballos, que le describí minuciosamente, ocultándole el modo como habían sido adquiridos aquellos objetos y sobre todo el malhadado contrato que, según sentía, me amenazaba con arrebatarme la tranquilidad y la dicha de mi vida.

Cuando hube acabado de hablar, cogí puñados de oro, muchas piedras finas y joyas del mayor precio. Bendel, le dije, esto allana muchos caminos y hace fácil lo que antes parecía imposible; no economices nada y sé dadivoso como yo lo soy: anda y alegra á tu amo con noticias en las cuales reposa su ventura.

Se fué. Por la tarde volvió triste. Ninguno de los sirvientes de Herr John sabía absolutamente nada sobre el hombre del vestido gris; lo mismo les sucedía á los huéspedes de aquel señor. El telescopio, la alfombra y la hermosa tienda se encontraban en la colina; los sirvientes ponderaban las riquezas de su amo, pero nadie sabía de qué modo ni cuándo habían sido adquiridas. El mismo John experimentaba complacencia en poseerlas, pero no se cuidaba de averiguar como habían llegado á su poder. En cuanto á los caballos, habían sido regalados por Herr John á tres de los jóvenes presentes el día de la fiesta. Tal fué el resultado de

las investigaciones de Bendel, quien comprendí que había hecho todos los esfuerzos para salir airoso de su comisión, y, aunque ella quedó sin fruto, no pude menos de darle las gracias. Entonces le hice señas de un modo sombrío para que me dejase solo.

—He pospuesto, señor, una noticia secundaria y la que me parecía ser para usted de la mayor importancia. Fáltame decirle que esta mañana, cuando salí á cumplir sus órdenes, encontré frente á la puerta á un caballero que se dirigió á mí en los siguientes términos: "diga usted al señor Pedro Schlemihl que no me volverá á ver en este lugar: que me embarco hoy mismo y que pronto me daré á la vela aprovechando el buen viento que corre. Que dentro de un año y un día tendré el honor de buscarlo para proponerle un nuevo negocio. Recomiéndeme á su amo de la manera más expresiva y asegúrele que voy muy reconocido de él." Le pregunté quién era y él me dijo "que usted bien lo conocía y no había necesidad de dar su nombre."

¿Qué aspecto tenía ese hombre?, demandé lleno de ansiedad. Y Bendel me describió al hombre del vestido gris, facción por facción, rasgo por rasgo.

Desgraciado, grité amenazándole con las manos. ¡Era el mismo!; y como si le cayese una venda de los ojos: sí, exclamó espantado, ciertamente, era él mismo! y yo ciego é imbécil no lo he conocido. Ay, ¡no lo he conocido y he traicionado á mi señor!

Comenzó en medio de su aflicción á lanzarse improperios y á llorar copiosamente, y tanto que aún en medio de mi pena, tuve lástima de él. Consoléle, le aseguré repetidas veces que no dudaba de su fidelidad, y lo mandé en seguida al puerto á fin de ver si era posible encontrar las huellas de aquel hombre.

Pero en la misma mañana muchos buques, á los que el viento había detenido, se habían dado á la vela en todas direcciones; todos con punto fijo de llegada, con su rol y lista de pasajeros en forma: sólo del hombre del traje gris no se hallaba rastro alguno y se había desvanecido como una sombra.

III

¿De qué le servirían las alas al que tuviese fundidas á sus pies cadenas de hierro? Mayores serían sus penas y su desesperación. Como Fafner sobre su roca, lejano de todo socorro y consuelo de los hombres, así me encontraba yo con mi oro, convidándome á todos los goces, pero no pudiendo concebir éstos sin mi sombra, yo maldecía el aborrecido metal por cuya causa me iba á ver separado para siempre de los placeres de la vida. Conociendo yo únicamente mi terrible secreto, tenía miedo hasta del último de mis criados, á quien por miserable que fuese, tanto tenía yo que envidiarle, puesto que poseyendo una sombra, podía dejarse ver bajo la luz del sol.

Pasaba en mi cuarto los días y las noches solo, con mis tristezas y aflicciones, sintiendo que el pesar iba devorando poco á poco mi pobre corazón.

Había, sin embargo, uno que sufría á mi vista: era mi fiel Bendel que no se consolaba ni dejaba de martirizarse echándose en cara el haber engañado la confianza de su bondadoso amo. ¡No haber reconocido á la persona en cuya busca había sido enviado, y con la cual creía que estaba vinculado estrechamente mi propio destino! Yo, sin embargo, no podía culparlo pues reconocía en todo lo ocurrido la fabulosa historia del hombre misterioso.

Para no dejar nada por probar, envié un día á Bendel con una sortija de brillantes, hacia el pintor más célebre de la ciudad, á quien mandé rogar se dignase visitarme. Vino, hice que se alejasen las gentes de mi servicio, cerré las puertas, me senté cerca del artista y después de haberme deshecho en elogios sobre sus talentos, me aventuré, no sin pena, á hacerle ciertas revelaciones sobre mi secreto y pedirle su voto sobre el particular.

Señor profesor, le dije, ¿podría usted pintar una falsa sombra á un hombre que, por el más desgraciado de los acontecimientos del mundo, hubiese perdido la suya?

"¿Un toque oscuro querrá usted decir?"—Eso mismo.—"Pero, preguntóme él en seguida, ¿por qué descuido, por qué inhabilidad es posible que haya perdido esa persona su sombra?"—Es muy sencillo, le contesté desvergonzadamente. Hallándose viajando en Rusia en uno de los inviernos pasados, heló de una manera tan espantosa que su sombra se quedó fija en el suelo de un modo tan tenaz que no le fue posible desprenderla de allí."

"El falso toque oscuro que yo podría pintar, contestó el profesor, sería de tal naturaleza, que se perdería al más ligero movimiento, especialmente en el cuerpo del hombre que llevaba tan poco fija su nativa sombra, como puede comprenderse por lo que usted acaba de contarme; por lo demás el que carezca de propia sombra, lo mejor que podría hacer es no exponerse al sol: esto es lo más razonable y lo más seguro." Se puso en pie y se alejó lanzándome una mirada penetrante, que no pude soportar. Me arrojé de nuevo en la silla y me cubrí dolorosamente el rostro con las manos. Así me encontró Bendel cuando entró.

Levanté la vista y bajo el doloroso peso de mis tormentos, sentí la necesidad de comunicar mis penas. Bendel, le dije, Bendel, tú, el único que ves mis sufrimientos y que en vez de tratar de averiguar sus causas, das muestras de participarlas conmigo, silencioso y lleno de compasión, ven á mí y sé el depositario de mis secretos. No te he ocultado el tesoro de mis riquezas; no quiero tampoco ocultarte el de mis dolores. Bendel, no me abandones. Bendel, tú me ves rico, bondadoso, magnífico; tú te imaginas que el mundo debiera glorificarme, y me ves, sin embargo, repudiado de todos, y aun tú mismo quizás me darás la vuelta cuando sepas mi terrible secreto. Bendel, soy rico, bondadoso munífico, pero ¡oh Dios mío! ¡carezco de sombra!—¡No tenéis sombra! exclamó espantado el pobre muchacho derramando copiosas lágrimas. ¡Ay de mí que he nacido para servir á un amo sin sombra! Calló, y yo detuve mi cabeza agobiada entre mis manos.

"Bendel, le dije después de un rato de silencio, eres dueño de mis secretos y puedes traicionarme, si quieres." Anda y atestigua contra mí. Parecía que sostuviese ruda lucha consigo mismo; al fin se precipitó de rodillas á mis pies y tomándome una mano que regó con sus lágrimas: no, gritó sollozando, piense lo que quiera el mundo yo no abandonaré á mi amo por una simple sombra; quizá no obre cuerdamente, pero yo permaneceré á su lado para prestarle la mía y ayudarle como pueda, y cuando no pueda, llorar con él. Caí en sus brazos admirado de intenciones tan generosas y convencido de que no se me sacrificaba por interés.

Desde entonces cambió mi suerte y mi modo de vivir. Es indescriptible la manera cuidadosa con que Bendel, en todos los momentos, trataba de ocultar al mundo mi imperfección. Siempre se le hallaba á mi lado inspeccionándolo todo y tomando toda clase de precauciones; y al ver el menor peligro, se me acercaba para cubrirme con su propia sombra, pues era más grande y fuerte que yo.

Poco á poco y con esa protección, me atreví á mezclarme otra vez entre los hombres. Verdad es que tuve que fingir ciertos caprichos é irregularidades, pero como era rico, las gentes los tomaban por adorno mío; y todo marchó perfectamente mientras la verdad permaneció oculta, logrando obtener esa estimación y respeto que sólo las riquezas proporcionan.

Aguardaba tranquilo el que pasasen el año y un día, á cuyo término me estaba anunciada la visita de aquel hombre misterioso.

Bien comprendía que no era prudente permanecer muy largo tiempo en un lugar donde me habían conocido sin sombra y en el que podía ser traicionado fácilmente; pero al mismo tiempo pensaba en la manera como me había presentado en casa de Herr John y quería hacer una nueva prueba á fin de desvanecer la mala impresión que entonces

hubiese causado. Además, quería medir mis propias fuerzas para ver hasta donde me ayudarían éstas en el caso de que me decidiese á frecuentar la buena sociedad en el lugar de mi definitiva residencia.

La bella Fanny, á quien encontré en otro lugar, me distinguía con toda clase de atenciones, sin acordarse de haberme visto en ninguna otra parte. Parecía como si yo hubiese adquirido de repente ingenio y agudeza. Cuando hablaba todo el mundo me escuchaba atentamente; y yo mismo no me daba cuenta de cómo había logrado adquirir el arte de dirigir la conversación y dominarla. La impresión que había hecho sobre la bella joven me volvía loco, que supongo era lo que se proponía; y me decidí á seguirla con mil dificultades y trabajos entre sombras y crepúsculos, única manera con que podía llevar adelante aquella mi aventura.

¿Pero para qué repetir, querido amigo, la historia entera de un juego cuyas peripecias adivinarás tú? Recuerdo que he oído de tus propios labios el relato de cosas semejantes, ocurridas á personas de mayor edad que la mía y más formales. Mas en el viejo y conocido entretenimiento en que yo me proponía no seguir más que los senderos trillados, vino una catástrofe inesperada por todos.

Invité una noche, según mi costumbre, á varios amigos á una fiesta en mis jardines, y aprovechando una buena ocasión me alejé de mis invitados llevando del brazo á mi pretendida y tratando de hacérmela propicia. No recuerdo qué dulces boberías le decía al oído, pero es lo cierto que una de tantas, no pudiendo soportar mis miradas, clavó las suyas en el suelo y por toda respuesta me apretó suavemente la mano que tenía entre las suyas. De improviso salió la luna de entre las nubes, cayendo su luz sobre nuestras espaldas y ella vió únicamente su sombra que se extendía á sus pies. La mía faltaba como adivinarás. Me dirigió una mirada consternada, luego, inclinó otra vez los ojos hacia el suelo como para indagar asustada y curiosa en

dónde se encontraba mi sombra, retratándose fielmente en su semblante lo que en ese momento pasaba en su interior; y á la verdad que yo habría soltado la risa si no hubiese sentido que corrían por mis espaldas como chorros de agua fría.

La dejé en el suelo desmayada, me disparé como una flecha entre mis convidados atónitos, llegué á la puerta, arrojéme en el primer carruaje que hallé á la mano y me hice conducir precipitadamente á ia ciudad, en donde por mi desgracia había dejado esta vez á Bendel, no previendo lo que pudiera acontecerme. Al verme éste en el estado que llegaba, se espantó; una palabra mía se lo explicó todo. Ordené que en el acto se buscasen caballos de posta é hice que me acompañase únicamente uno de mis sirvientes, un refinado bribón llamado Rascal, que había sabido hacérseme necesario por sus habilidades, y que ignoraba absolutamente todo lo que acababa de sucederme. Caminé esa noche treinta millas. Bendel tuvo que quedarse en la ciudad, desmontando mi casa y proveyéndose de lo que necesitaba yo para instalarme en otra parte.

Cuando me alcanzó al siguiente día se arrojó en mis brazos, conjurándome á ser más previsor en lo futuro, y á no exponerme á accidentes como los de la noche pasada. Continuamos nuestro camino, pasando la frontera y subiendo unas montañas, y cuando hubimos llegado á la falda opuesta y estuve seguro de hallarme bien lejos de aquel punto en donde perdí mi dicha, me decidí, después de pensarlo bien, á dirigirme á un lugar de baños que se hallaba cercano y que, por ser poco frecuentado, me pareció el punto más á propósito para reposar de todas mis fatigas.

IV

Pasaré ligeramente en mi relato sobre un tiempo en que quisiera detenerme si me fuera dado hacer que, á fuerza de conjuros, reviviese en la imaginación con todos sus colores.

Pero, ¡ay de mí! que cuando golpeo mi pecho queriendo dar vida á aquel dulce sueño que un día tan poderoso allí se arrulló, golpeo inútilmente, pues es como si diese sobre una roca esterilizada en la que Dios hubiese agotado toda lozanía.

¡Cuán distinto me siento hoy de como era en aquel tiempo!

Debí representar un papel trágico-heroico; pero novicio en la escena, olvidé la lección y me enamoré de veras de un par de ojos azules. Ilusionados los padres con aquel juego lo tomaron á lo serio y lo que no debió ser sino un agradable chiste, degeneró en escarnio, del que yo fuí la víctima. Y eso es todo, todo. Lo que un día llenó mi corazón y fué la fuente de mis dichas; lo que tan rico en colores se presentó en mi fantasía, hoy, al través de los años y los desengaños, me parece estólido y ridículo, y me reiría de ello si no viniese en el acto á la mente el punzador recuerdo del ángel que sacrifiqué.

Mina, así como lloraba en aquel tiempo en que os perdí, así lloro aún, por haberos perdido. ¡He envejecido tánto! ¡oh tristes recuerdos! ¡Si me fuera posible sentir alguna palpitación de aquellos tiempos, un momento sólo de aquellas dulces ilusiones!.... pero no, abandonado en el desierto de la vida, he apurado hasta la última gota de aquel néctar, y no me quedan sino lágrimas y los más amargos recuerdos.

Había mandado á Bendel que se adelantase con algunos sacos de oro para que alquilara una casa y la amueblase conforme á mis gustos, que él tan bien conocía. El buen muchacho gastó bastante dinero, y tuvo la maña de hacer que corriese la noticia de que servía á un extranjero de dis-

tinción que no quería ser conocido; lo que hizo que se despertase en los habitantes de la villa las más extraordinarias suposiciones.

En cuanto estuvo lista la casa, vino Bendel á buscarme é inmediatamente nos pusimos en camino.

Como á una legua del lugar y en una llanura expuesta al sol, el camino se hizo intransitable con motivo de que lo llenaba una multitud de gente vestida de gala que salió á nuestro encuentro. El carruaje en que yo iba tuvo que detenerse. Vivas atronadores, músicas, fanfarres y cañonazos llenaban los aires. Un coro de vírgenes vestidas de blanco y de la más extraordinaria belleza se acercó á donde yo estaba, distinguiéndose una entre ellas, que eclipsaba á sus compañeras, así como el sol desvanece con su luz la de las estrellas, la cual se acercó hasta las puertas de mi carruaje púdica y sonrosada. La dulce y suave criatura se arrodilló y presentándome en un rico cojín una corona tejida de olivo, laurel y rosas, murmuró ciertas palabras entre las que distinguí majestad, amor, respeto, cuyo sentido no pude comprender, pero fué dicho todo con una voz tan argentina y pura que halagó mis oídos y embriagó mi corazón. El coro de vírgenes comenzó á cantar en alabanza de un buen Rey y por la felicidad de su pueblo.

¡Y todas estas escenas, querido amigo, bajo del sol!!

La joven que me presentó la corona se volvió á arrodillar á dos pasos de mí; ¡y yo sin sombra no podía traspasar la puerta para caer también de rodillas ante aquel ángel! Oh! cuánto hubiera dado en ese instante por una sombra! Debí ocultar mi vergüenza, mis ansias, mi desesperación en el fondo del carruaje. Viendo Bendel mi angustia, saltó por la puerta opuesta; al comprender lo que iba á hacer lo llamé y le puse en las manos lo primero que encontré: una rica corona de brillantes que había destinado á Fanny. Se adelantó hacia el coro y comenzó á hablar á nombre de su amo, manifestando que yo no aceptaba tan espléndidas ovaciones

porque había de haber en el asunto alguna equivocación; pero que sin embargo, agradecía muy sinceramente á los habitantes de la villa su buena voluntad. Tomó del cojín la corona con que me obsequiaban y puso en su lugar la diadema de brillantes. Alargó la mano llena de dignidad á las jóvenes para ayudarlas á ponerse en pie y con una inclinación despidió á los sacerdotes, magistrados y demás diputaciones. Rogó á la multitud que abriera campo para que pudiese pasar el carruaje, se colocó otra vez á mi lado y al galope dos dirigimos á la ciudad, pasando bajo multitud de arcos y entre una lluvia de flores. Los cañones continuaban lanzando sus atronadores saludos.

Detúvose el carruaje frente á mi casa; yo salté de él pasando entre la multitud de curiosos que se agolpaban para verme entrar. Lanzó el pueblo entusiastas vivas bajo mis ventanas y yo hice que se le arrojase dinero. Por la noche hubo luminarias en toda la villa sin necesidad de órdenes de la Municipalidad.

Yo continuaba ignorando lo que aquello significaba y por quién me habían tomado. Envié á Rascal á que recogiese datos. Le dijeron que, según noticias fidedignas, el buen Rey de Prusia viajaba bajo el nombre de cierto Conde: que su ayudante había sido reconocido en Bendel y que su regocijo era inmenso, teniendo entre los muros de la villa á un huésped tan distinguido; que por lo que había pasado el día anterior yo daba pruebas manifiestas de querer conservar el incógnito, y que respetando mis deseos les pesaba haber descorrido el velo, cosa que me rogaban tuviese la bondad de dispensar.

Al pillo de mi mensajero le cayó tan en gracia esta burla que hizo todo lo posible por confirmar en sus dudas á aquellas buenas gentes. Me dió parte de su comisión y debo confesar que no dejó de entusiasmarme la sola idea de ser tomado por una persona tan principal.

Hice preparar para el siguiente día una gran fiesta en los

jardines que rodeaban mi casa, é invité sin distinción á todas las gentes de la villa. El poderoso secreto de mis riquezas, la diligencia solícita de Bendel y el astuto poder inventivo de Rascal, hicieron posible que en el corto tiempo que les dí, arreglasen aquella espléndida fiesta. La suntuosidad y la abundancia que por todos lados brillaban, me causaron satisfacción; agréguese á esto que las luces estaban colocadas de un modo tan prudente que yo me sentía bastante seguro.

Comenzaba la noche á oscurecer. Los convidados aparecieron á la hora de la cita y me fueron presentados unos después de otros. No se habló más de majestad; pero con profunda humildad y respeto me llamaban todos el señor Conde. Qué hacer? Acepté el título y desde ese momento me llamé el Conde Pedro. Pero mi alma no reposaba al ver que algo, y lo más notable, faltaba en la concurrencia. Apareció al fin, ella, que era para mí como un sueño desde el día anterior. Seguía modestamente á sus padres ignorando quizá ser la más bella entre todas las invitadas. Me fueron presentados el señor jefe de los Guardabosques, su esposa y su hija. Encontré frases bastante agradables que dirigí á los padres, pero frente á la hija me quedé como uno de esos jóvenes que ven por primera vez á una mujer y no se atreven á dirigirle siquiera una palabra. Balbuceando al fin le rogué que honrase la fiesta como reina y señora que era de ella. Me contestó con una mirada ruborosa. Más ruborizado que ella misma le rendí antes que á todos mis más respetuosos y profundos homenajes y la conduje de la mano, la presenté en todos los círculos y estimulé á mis huéspedes á que honrasen en aquella deidad á la señora de la fiesta.— Reinaron en la reunión la gracia y la belleza, unidas á la majestad y la inocencia. Los padres de Mina estaban entusiasmadísimos y yo me sentía preso de una embriaguez indescriptible. Mandé que trajesen todas las joyas, todas las piedras preciosas y las perlas que me restaban de aquella

compra que hice para desembarazarme de mi oro y se las presenté á Mina rogándole que las repartiese entre las convidadas. Al mismo tiempo dí orden de que arrojasen al pueblo todo el oro que hubiese en mis cajas.

A la mañana siguiente, Bendel me refirió en secreto que las sospechas que desde algún tiempo abrigaba contra la honradez de Rascal, se habían confirmado hasta la certeza. El pícaro había sustraído durante el día anterior varios sacos de oro. Dejémos á ese bribón, contestéle, que haga su agosto; yo mismo ordené anoche que arrojasen dinero á la multitud; y ¡por qué no le ha de tocar á él también su parte? Ayer tú, él y los nuevos sirvientes que me buscasteis, me habéis ayudado á dar una fiesta de lo que estoy bastante agradecido.

No se habló más del asunto. Rascal siguió siendo el primero de mis sirvientes y Bendel mi amigo y confidente. Este se había acostúmbrado á considerar como inagotable mis riquezas, sin cuidarse de donde provenían; y siguiendo mis inclinaciones, no se ocupaba sino de buscar los medios más á propósito para que yo las disipase. Conocía casi todo mi secreto con aquel desconocido, el cadavérico hipocritón; sabía que únicamente él podría librarme de la maldición que pesaba sobre mí, y que sin embargo temía al hombre en quien fundaba mi única esperanza. Por lo demás, yo estaba convencido de que el ente misterioso podría encontrarme en cualquier punto en donde me hallase, mientras que yo á él en ninguno; así es que aguardaba ansioso el día señalado, habiendo prescindido de toda investigación.

La suntuosidad de la fiesta y mi conducta durante ella confirmaron á los habitantes de la villa en sus primitivas suposiciones respecto á mi persona. Verdad es que se dijo en los periódicos que el fabuloso viaje del Rey de Prusia no había sido sino un rumor, que no tenía fundamento alguno; pero, sin embargo, yo debía seguir siendo un Rey, y á la verdad uno de los más ricos y espléndidos que hubiesen

e xistido, aunque no se sabía á punto fijo cual de todos. Por respeto á lo que creían mi voluntad, continuaron sin embargo, llamándome Conde Pedro.

Una vez apareció entre los bañistas un comerciante que había hecho bancarrota para enriquecerse y que gozó por breves días de la atención general, si bien que arrojaba ante sí una ancha pero pálida sombra. Mina era verdaderamente una niña digna de amor, buena y virtuosa. Yo me había enseñoreado de su propia fantasía hasta el grado de que en su humildad no podía comprender sus propios méritos para que yo no me fijase sino en ella. Correspondía á mí pasión con todas las fuerzas de su alma inocente y me amaba como raras veces saben hacerlo las mujeres, olvidándose de sí misma, entregándose con todas las ternuras de su corazón y comprendiendo que el amor es la vida y que á él debemos sacrificarle todas nuestras facultades.

Y yo, ¡ oh terribles horas, terribles y dignas, sin embargo, de vivir en la memoria! yo he llorado amargas lágrimas en el pecho de Bendel cuando después de las primeras desacordadas embriagueces del inmenso amor que consumía mi alma, he vuelto en mí, examinado mi conciencia y echádome en cara que yo, un miserable sin pasado, sin sombra y con tan oscuro porvenir, al alentar ese amor sin esperanza no hacía sino empañar con mi aliento el claro espejo de aquella alma purísima. Entonces decidía descubrirme prometiéndome con amargos y dolorosos juramentos el separarme de ella tan luego como le revelase mi doloroso secreto.

Otras veces, acordándome de la próxima visita del hombre desconocido, fundaba todas mis esperanzas de salvación en ella; pero cuando reflexionaba que podía ser inútil, entonces caía de nuevo en brazos de Bendel con llantos tan amargos, que jamás olvidaré.

Los padres de Mina eran unos buenos viejos que amaban entrañablemente á su hija, y apenas podían darse cuenta de

su ventura, pues como tal conceptuaban el amor que yo la profesaba. Jamás se habrían podido imaginar que un día su hija fuese amada por un Conde. La vieja se atrevía algunas veces, con esa vanidosa ternura que las madres profesan á sus hijas, á pensar en la posibilidad de un enlace de Mina conmigo; pero el padre con su recto y sano juicio no llegaba á tanto. Ambos estaban persuadidos de la pureza de mis intenciones, y no hacían otra cosa sino pedir á Dios por la felicidad de su hija.

Tengo á la mano una carta que Mina me escribió por aquel tiempo. Sí, son sus propios rasgos. Voy á trascribirla íntegra:

"Soy una muchacha débil é insensata figurándome que el amado de mi alma, porque le adoro con todo el corazón, no pudiera causarme pesar. Ay, tú eres bueno, inexplicablemente bueno, pero no te equivoques respecto á mí. Tú no querrás sacrificárteme. ¡Dios mío! llegaría á odiarme yo misma, si tal cosa hicieseis. Conozco mi suerte ¡ay de mí! el Conde Pedro no me pertenece, pertenece al mundo. Seré dichosa cuando oiga que él ha vuelto, que ha sido restaurado, que lo rogaron y que después lo han endiosado. Mira, cuando pienso en esto creo molestarte, pero temo que no te perdonarás el haberte olvidado de tus altos destinos por una inocente criatura. Sólo este pensamiento me hace más desdichada que feliz, y bendecida me siento en este instante. Os llevo en el corazón y allí os mantendré; no temas separarte de mí; por tí moriré dichosa, por tí moriré feliz."

Ya comprenderás cómo desgarraban esas palabras mi corazón. Le expliqué que no era quien ella se imaginaba, que era rico, en verdad, pero infinitamente desgraciado, que pesaba sobre mí una maldición, que sería el único secreto entre ella y yo, pero que no había perdido la esperanza de rescatarme de ella. Que era el veneno y tormento de mi existencia el considerar que podía arrastrarla al abismo con-

migo, á ella, la única luz, la única felicidad de mi vida. Y la pobre niña se ponía á llorar al saber que yo era desgraciado. Era tan buena, tan amorosa, que estoy seguro de que se habría sacrificado por rescatarme del dolor.

Una vez le dije: Mina, el día último del mes que viene puede cambiar mi suerte; si eso no sucede yo moriré, porque no quiero hacerte desgraciada: llorando escondió su frente entre mis manos.—Si se cambia vuestra suerte, déjame saber únicamente que eres dichoso, que nada pretendo de tí. Si eres desgraciado, lígame á tu destino para que pueda ayudarte á soportarlo.

Criatura, criatura, recoge tus palabras, las ligeras é insensatas palabras que acaban de pronunciar tus labios! ¿Conoces acaso mi desgracia, conoces á fondo mis miserias.... y aun por ventura, sabes quién soy, quién es tu amante?.... No me ves enfermo, pensativo y ocultándote cuidadoso mis secretos? ...Sollozando cayó en mis brazos, repitiéndome sus ofrecimientos.

El padre entró en esos momentos y yo me dirigí á él manifestándole mi intención de pedirle la mano de su hija á principios del entrante mes..... y que si fijaba para entonces ese plazo, era porque antes aguardaba acontecimientos que podrían influir en mi vida, pero que lo único que quedaría ardiente y vivo en mi corazón, cualesquiera que fuesen esos acontecimientos, sería el amor que yo abrigaba por Mina.

El buen hombre se manifestó bastante sorprendido por mi revelación; se arrojó á mis brazos, pero en el acto se separó de ellos como avergonzado de tanto atrevimiento.—Entonces comenzó á dudar, á indagar, á tantear: habló de dote, de seguridad, del porvenir de su querida hija. Yo le agradecí que pensase en eso y le autoricé á que comprase, en nombre de Mina, las posesiones mejores que se ofreciesen en el país, girando contra mí. Le indiqué, además, que no encontraba persona más á propósito que él mismo, para que

se ocupase de asuntos que tanto interesaban á su hija. Esto dió al buen hombre bastante que hacer, pues era lego en estos asuntos; sin embargo, en pocos días compró por cerca de un millón en bienes raíces.

Debo confesar que al ocuparlo de ese modo, usaba de una astucia inocente con objeto de retirarlo de nuestro lado, y que en otras ocasiones y con el mismo objeto había usado de medios parecidos, pues á la verdad el tal hombre era para mí un poco cargante. Por el contrario la madre era una buena vieja, condescendiente, algo sorda y poco celosa, en lo que no se parecía á su marido, de distraer al señor Conde con sus pláticas.

Llegó la madre y todos juntos me suplicaron me detuviese un poco más, al menos esa noche; yo sin embargo no quise retardarme ni un minuto, pues ví que los rayos de la luna empezaban á brillar en el horizonte y creí que era tiempo de retirarme.

A la noche siguiente volví á casa de Mina, como de costumbre. Cuando me vió, noté que mi presencia causaba en ella un involuntario movimiento: en el acto se me vino á la memoria aquella triste noche en que fuí sorprendido que no tenía sombra, á la luz de la luna. ¿Acaso también ella lo habría descubierto? Le hablé, le rogué que me dijese qué pasaba en ella, pero permaneció pensativa y silenciosa, no me dió ninguna respuesta satisfactoria y yo sentía como si sobre mi corazón pesase una carga inmensa. Me retiré esa noche casi desesperado.

Muchas veces, al volver los otros días, la hallé bañada en lágrimas; mi alma se fué poniendo cada vez más triste; los padres sin embargo parecían gozar del mayor contento.

El día terrible se aproximaba cada vez más, y sobre mi cabeza pesaba como una tempestad. Por previsión hice que apartasen varias cajas llenas de oro.

Y llegó al fin el día tan ansiado y tan temido. No salí de casa, sino que me senté en una silla, fijos los ojos en el reloj,

siguiendo la manecilla que señala los minutos y contando los segundos. A cada ruido que oía me levantaba á indagar quien era ó qué lo producía. Pasaron las horas unas tras otras. Fué medio día, llegó la tarde y entró la noche; los minutos tardaban como siglos en pasar. Por fin sonó la primera campanada de media noche y sentí mortales escalofríos y que los pelos del cráneo se me erizaban: sonó la última campanada y.... nadie apareció: caí en el suelo sin alientos y bañado en lágrimas. Mañana, me dije á mí mismo, seré un hombre sin sombra para siempre, y ¡ay de mí! tendré que prescindir de la mano de Mina; y lloré más aún contemplando sin consuelo mi inmensa desgracia. Cerca de la aurora un sueño lleno de visiones y temores vino á aletargarme.

V

Era aún muy temprano, cuando me despertaron unas voces descompuestas que salían de la antecámara. Me puse á escuchar y oí que Bendel se oponía á que Rascal entrase á mi cuarto; Rascal juraba que no admitiría nunca que un igual suyo, un sirviente, le diese la ley ni le impusiese órdenes. El bueno de Bendel le hacía observaciones prudentes, respecto á que en caso de que semejantes palabras llegasen á mis oídos se exponía á que yo le separase de mi servicio. Rascal furioso lo amenazó con pasar á vías de hecho, si no se separaba de la puerta.

Mientras tanto, yo me había medio vestido y tirando colérico de la puerta, me dirigí á Rascal: "¿qué quieres bellaco!"... El dió dos pasos atrás y me contestó fríamente: "suplicar muy rendidamente al señor Conde, me deje ver por un instante su sombra.... en este momento el sol luce hermoso allá en el patio y es ocasión de que...."—Sentí como si un rayo se hubiese desencadenado sobre mí. Pasó algún tiempo antes de que pudiese recobrar el uso de la palabra. "¿Cómo puede un sirviente contra su amo?...." El contestó calmadamente: "Un sirviente puede ser muy bien un hombre honrado y no querer servir á un amo que carezca de sombra; pido por lo tanto mi exoneración." Debí cambiar de táctica. "¿Pero, querido Rascal, quién te ha metido en la cabeza, cómo puedes creer....? no me dejó continuar y dijo: "Hay quien diga que usted no tiene sombra y, para acabar de una vez, ó usted me la enseña para sacarme de dudas, ó me concede el retiro de su casa."

Bendel pálido y tembloroso, pero más dueño de sí mismo que yo, me hizo una seña que comprendí desde luego; tomé puñados de oro y de joyas para ofrecérselas, pero aun eso había perdido su poder.... me lo arrojó á los pies, diciéndome que de un sin sombra no recibía él nada. Por fin me volvió las espaldas, se puso el sombrero y salió del cuar-

to sin decirme una palabra más. Bendel y yo nos quedamos como petrificados.

Comprimiendo á duras penas mis lágrimas, y con la muerte en el corazón, me dirigí ese mismo día á casa de Mina á retirar mi palabra, y con el temor de presentarme ante el Guardabosques, como un criminal ante su juez. Me introduje por entre el follaje del bosque, por un camino que me era conocido, y á donde ella me venía á esperar muchas veces por la tarde. La madre me salió al encuentro, alegre y cariñosa; Mina se hallaba sentada pálida, y bella como las primeras escarchas que en otoño besan las últimas flores. El Guardabosques se paseaba impetuoso de un lado para otro con un papel en la mano, pareciendo como si algo le oprimiese dentro del pecho, pues su rostro cambiaba de color violentamente, desde el rojo subido, hasta la palidez cadavérica. Al verme se acercó á mí y con palabras entrecortada, me dijo que deseaba tener una conferencia á solas conmigo. Me invitó á que lo siguiese á una parte del jardín, despejada de árboles y expuesta al sol. Me dejé caer sobre un asiento sin pronunciar una palabra, y se siguió un largo silencio que la buena madre no se atrevió á interrumpir. El Guardabosques continuaba dando largos paseos, hasta que al fin se detuvo delante de mí, vió el papel que tanto parecía molestarle y echándome una mirada escudriñadora, me preguntó: "¡Señor Conde conocerá usted por casualidad á un tal Pedro Schlemihl".... Yo callé.... "Un sujeto de excelente carácter y muy especiales dotes." Aguardó mi respuesta.... ¿Y si yo fuese ese hombre? Entonces dígame usted, "qué ha sido de su sombra?" me dijo él impetuosamente." "Oh, padres míos, padres míos, exclamó Mina, ya sabía yo hace tiempo que no tenía sombra!" y se arrojó en los brazos de su madre que aterrorizada y con espasmos le dirigía amargos reproches por haberle ocultado tan terrible secreto. Pero ella estaba como *Aretheussa*, bañada en lágrimas y yo no pude consolarla á pesar de todos mis esfuerzos.

El padre se dirigió á mí furioso, diciéndome: "y no ha tenido usted ningún escrúpulo de engañarnos á ella y á mí con un descaro tan inaudito; y dice usted que ama á esa criatura á quien tanto ha rebajado? oh eso es terrible, terrible!"

Yo me sentía fuera de mí y comencé á hablar como un insensato, diciéndole: que al fin y al cabo no se trataba sino de una sombra, nada más que de una sombra y que, por lo tanto, no valía la pena de hacer tanto ruido por tan poca cosa. Comprendía la debilidad de mis propios razonamientos, y no creyéndolos dignos de una contestación, continué: "además, lo que una vez se ha perdido por qué no se podría recobrar?"

Y él colérico: confíe usted, vamos, confiéseme, de qué manera ha perdido usted su sombra?—Yo debí volver á mentir. "Sucedió que una vez un hombre ordinario se paró de un modo tan brusco sobre ella que le hizo un gran rasgo y tuve que mandarla remendar. El oro todo lo facilita y ayer mismo debía haberla recibido."

Bien, caballero, muy bien, contestó el Guardabosques, "usted corteja á mi hija y otra persona hace lo mismo; yo, como buen padre, tengo que ver por su felicidad. Le doy á usted tres días de plazo, entre los cuales debe tratar de rodearse de una buena sombra; si usted la consigue será muy bien recibido en esta casa; pero si al cuarto día no lo ha logrado, sépalo, mi hija será esposa de otro."

Quise dirigir algunas palabras á Mina, pero creo que no las escuchó porque sollozando tenía escondido el rostro en brazos de su madre, y ésta me hizo un gesto severo para que me alejase. Me dirigí vacilante hacia á fuera, sintiendo como si las puertas del mundo se hubiesen cerrado tras de mí para siempre.

Huyendo de los auxilios del excelente Bendel me dí á vagar por los bosques y los campos. Un sudor amargo corría por mi frente, de mi pecho se exhalaban sordos gemi-

dos y sentí con espanto que la locura iba invadiendo mi cerebro.

No sé cuánto duraría mi desvarío, pero me desperté de él aterrorizado, cuando al pasar por una pradera iluminada por el sol, sentí que alguien me tiraba del brazo.... .Me detuve y volví la vista al rededor mío, buscando quien fuese....no era otro que el hombre del vestido gris, quien jadeante por la carrera que había dado para alcanzarme, me saludó y dijo en seguida:

"Me había hecho anunciar á usted para el día de hoy, pero, según parece, usted perdió la cuenta. Mas eso no importa. Tome mi consejo, recoja su sombra y vuelva pronto á casa de Mina, de quien será bien recibido, y todo se habrá reducido á una simple chanza, puesto que Rascal que ha traicionado á usted y que pretende virlarle la novia, es un bribón que está ya maduro y á quien me comprometo á llevarlo.

Yo sentía como si estuviese soñando....¿Anunciado para el día de hoy....? Sí, tenía razón....me había equivocado en un día. Busqué la bolsa entre mi pecho....comprendió él mi intención y dió dos pasos atrás.

"No, señor Conde, está en buenas manos, consérvela usted...." Me le quedé viendo con ojos espantados como interrogándolo, y continuó: "no quiero sino una pequeñez como recuerdo. Sírvase tener la bondad de firmar este billetito."

En el pergamino que puso en mis manos estaban escritas las siguientes palabras:

> "En virtud de la presente traspaso la pose-
> "sión de mi alma al portador, tan pronto co-
> "mo ésta se haya separado naturalmente de
> "mi cuerpo."

Con asombro profundo me puse á ver al horrible viejo y el escrito....Mientras tanto tomó él, con una pluma bien

cortada que traía consigo, unas gotas de sangre que me salían de la mano por una herida que me había hecho con unas espinas y así mojada me la presentó.

Pero, al fin, ¿quién sois? le pregunté.—"Qué importa eso," contestóme, y "sobre todo, ¿no me ve usted? Un pobre diablo, parecido á cierta clase de sabios y físicos, que en pago de su arte no reciben de sus amigos sino ingratitudes, y que no tienen en la tierra otra entretención inocente sino la de hacer algunos pequeños experimentos.... pero, firme usted abajo, á la derecha, Pedro Schlemihl."

Menee la cabeza y le dije:

—Perdonad caballero, pero yo no firmo eso ......"—No?, admirado, y por qué no?"

—Porque me parece muy comprometido cambiar mi alma por mi sombra...

"—Ah, ah... contestó, muy comprometido......" y se puso á reir descaradamente de mí....Y, si me es permitido preguntar, me podría usted decir qué clase de cosa es su alma?..... La ha visto usted?....qué piensa hallar que sea cuando muera? Alégrese de haber encontrado á un *amateur* que le deje el uso de esa X durante su vida, de ese enigma, de esa fuerza galvánica, de esa acción polarizadora ó cualquier tontería que sea, y que en pago le ofrece la devolución de su sombra, con la cual podrá usted obtener la mano de su amada y la satisfacción de todos sus deseos."

"Prefiere usted acaso que el bandido de Rascal se haga dueño de la pobrecita joven? No, eso se adivina desde luego. Venga, le prestaré mi *tarnkappe* (*) (y sacó algo de la bolsa) con él podremos llegar al bosque de la casa de Mina y presenciar lo que allí pase, sin ser vistos."

Debo decir que me indignaba sobre manera que este hombre se riese de mí. Me era profundamente odioso y creo

(*) Tarnkappe.—Velo que, puesto sobre la cabeza, hace invisible á la persona que lo lleva.

que la personal repugnancia que me causaba impedía, más que todo, el que yo rescatase mi sombra que me era tan necesaria. Del mismo modo me era insoportable el pensamiento de emprender un viaje junto con él. La idea sólo de ver colocada entre mi amada y yo á este odioso pícaro, á este sarcástico duende, sublevaba mi alma. Tomé lo sucedido como una desgracia irreparable y como una última prueba me volví á él diciéndole: "caballero os vendí mi sombra por esta bolsa y bastante me he arrepentido de ello. ¡En nombre de Dios! es posible deshacer el trato? Meneó la cabeza é hizo con la cara una mueca tenebrosa. Yo proseguí: "pues entonces no quiero venderos ninguna otra cosa de mis bienes, aunque sea al precio de mi sombra; y por lo tanto no firmo nada. Debo deciros, además, que no me conviene acompañaros en el viaje que me proponéis; tenedme, pues, por excusado y puesto que nada más tenemos que hacer.... separémonos."

"Siento mucho, Monsieur Schlemihl, que usted rechace caprichosamente el negocio que le propongo tan amistosamente. Quizá en otra ocasión sea yo más afortunado. Con que así, hasta muy pronto. Y á propósito, permítame un momento más. Quiero mostrar á usted que no dejo enmohecer los objetos que compro, sino que los conservo con cuidado."

Dicho esto, sacó mi sombra de la bolsa y arrojándola sobre la pradera, se puso de rodillas á extenderla cuidadosamente. Se colocó entre ella y yo y comenzó á pasearse de un lado para otro, siguiéndole mi sombra en todos sus movimientos tal como si fuese la suya propia.

Al volver á ver mi sombra después de tan larga separación y al encontrarla haciendo un servicio tan ruín, en el momento preciso en que por su causa yo me hallaba en una situación tan amarga, no pude más y me solté á llorar. El hombre odioso se paseaba seguido de su presa orgullosamente y renovó con desvergüenza su propuesta.

"En la mano de usted está el recuperarla; un rasgo de pluma y usted liberta á la desventurada Mina de las garras de aquel pícaro....con que lo dicho, una plumada!"

Mi llanto se renovó más copioso aún y dando la vuelta le hice seña que se retirase.

Bendel, que lleno de cuidados había seguido mis huellas hasta allí, se presentó en ese momento. Al encontrarme llorando mi cariñoso y fiel amigo y al ver mi sombra en poder del viejo desconocido, se dirigió á él y sin más ni más y con palabras bastante agrias, le ordenó que en el acto me la devolviese. El hombre sin contestar una sola palabra al pobre muchacho, le volteó la espalda y se puso en marcha. Bendel levantó por alto el garrote que traía y siguiéndole de cerca le ordenó de nuevo que me restituyese mi sombra si no quería sentir en las espaldas las fuerzas de sus nervudos brazos. Pero, como si el malvado tuviese costumbre de tales amenazas, bajó la cabeza, alzó los hombros y continuó su camino con pasos calmados, robándome al mismo tiempo mis esperanzas, mi sombra y á mi fiel sirviente. Oí durante algún tiempo los roncos gritos de Bendel, pero al fin se desvanecieron éstos y perdí de vista á mi amigo y al viejo execrable.

VI

Abandonado en aquel campo desierto dí libre curso á mis lágrimas para aligerar de ese modo el peso inmenso que oprimía mi corazón. Yo no veía ningún límite á mi desgracia ni encontraba para ella solución posible; además, sentía escozores por el nuevo veneno que el desconocido había derramado en mis heridas.

Al evocar en mi alma la imagen de Mina, se me aparecía aquella dulce creatura, pálida y llorosa, como la ví la última vez, y junto á ella la sombra del desvergonzado Rascal burlándose de mí: entonces, hundiendo la frente en mis manos, me ponía á huir gritando por aquellas soledades, sin que la horrenda visión se desvaneciese, sino que me perseguía hasta que yo, sin aliento después de mi larga carrera, me arrojaba al suelo para humedecer la tierra con mis inagotables lágrimas.

¡Y todo nada más que por una sombra!

Y esta sombra podría haberla adquirido con una plumada.

Pensaba en la extraña proposición y mi negativa; y luego caía de nuevo en la desesperación, sintiendo el vacío dentro de mi pecho y el desierto en mi cráneo, pues me faltaban el valor y la razón.

Así paso el día; aplaqué mi hambre con frutas silvestres y sacié mi sed en el arroyo próximo que corría en la montaña. Vino la noche y me acosté bajo de un árbol. El fresco de la mañana me despertó de un pesado sueño, en el cual estuve oyendo los estertores de mi agonía. Bendel debió haber perdido mis huellas, cosa de que me alegraba. No quería volver á estar entre los hombres de quienes huía como las fieras recelosas y espantadizas que habitan las montañas. De esa manera viví tres días.

Me encontraba en la mañana del cuarto en una llanura, sentado sobre unas ruinas, gozando de la luz del sol del que por tanto tiempo me había visto privado. Silencioso y casi

conforme con mi suerte alimentaba mi alma con mis dolores, cuando de repente oí un ruido que me llenó de espanto. Presto á la huída volví la vista al rededor mío para ver qué lo motivaba, pero no ví nada. Reflexionando estaba en lo que debía de hacer cuando de repente ví una sombra humana que se arrastraba por el suelo, muy semejante á la mía, y que parecía que vagase en busca de su dueño.

Sentí que se despertaba en mí una repentina inclinación hecia ella: sombra, le dije, buscas á tu amo? aquí le tienes; y salté para apoderarme de ella, pensando que si lograba poner los pies entre su órbita, podría lograr muy bien el que se pegase á mi cuerpo y con el tiempo acostumbrarla á mi servicio.

Al moverme, la sombra se puso á huir y lleno de ansiedad y temores me puse á jugar una especie de caza con la fugitiva, dominándome el pensamiento que si me apoderaba de ella podría libertarme de la angustiosa posición en que me hallaba. Se encaminó á un bosque que se divisaba á lo lejos y tuve que aligerar la carrera, temiendo que, si llegaba á él antes que la alcanzara, se perdiese entre las sombras del follaje. Saqué fuerza de mis flaquezas y corrí desatentadamente; cada vez ganaba más camino, era visible que al fin lograría alcanzarla, pues era más ligero que ella. De repente se detuvo y con un veloz movimiento se colocó á mis espaldas. Entonces me lancé sobre ella, como el león sobre su presa.... y me encontré con una resistencia corpórea. No creo que hombre alguno haya sentido jamás tan espantosos sacudimientos como los que en ese instante sufrió mi cuerpo y que venían de lo invisible. Horrorizado de aquella escena, se cerraron mis brazos convulsivamente, como tratando de abrazar aquella cosa que estaba delante de mí y que no podía distinguir qué fuese. Por un momento me sentí agobiado bajo un peso enorme, pero al fin logré en la lucha sobreponerme y ¡oh espanto! ...ví que debajo de mí yacía un cuerpo humano.

Pasé un momento de terrible angustia, pero me vino en seguida la reflexión.

Todo era claro para mí. El hombre aquel había arrojado en la lucha un nido que traía en las manos. El nido debió haber hecho invisible su persona, aunque no su sombra. Exploré con la vista al rededor mío y distinguí la sombra de un nido, saltè en busca de él, lo hallé y cogí gozoso mi cara presa.

Me observé á mí mismo y ví que me había hecho completamente invisible por efecto del nido.

El hombre se puso en pie buscando ansioso á su vencedor.... pero ya era tarde. pues no pudo distinguir en la llanura mi cuerpo ni mucho menos mi sombra. Le ví husmear por todas partes, crecer sus ansias al no distinguirme, y cuando se convenció que todo vestigio mío se había perdido, comenzó á mesarse los cabellos, á golpearse rudamente la cabeza con las manos y á dar gritos espantosos cuyos ecos repercutían las próximas montañas. El tesoro que yo acababa de conquistar despertó en mí el deseo y me proporcionó la facilidad de poderme mezclar otra vez entre los hombres. No me faltaron pretextos para cohonestar ante mi cònciencia la vil acción que acababa de ejecutar; y, para decir verdad, ni ǹecesitaba esos pretextos, pues me apresuré á alejarme sin dar importancia ninguna á los clamores y quejas del desgraciado á quien arrebaté su tesoro.

Ardía en deseos de dirigirme á casa del Guardabosques para convencerme de la verdad de lo que el hombre odioso me había anunciado; pero no sabía ni en dónde estaba ni que camino tomar; me dirigí á un cerrito inmediato, subí hasta su cúspide y ví al otro lado la villa en que yo habitaba y la casa de Mina. El corazón me palpitaba impetuosamente, y mis ojos lloraban lágrimas muy distintas de las que hasta entonces había derramado.

Iba á volver á verla.... Inquietas ansias aceleraron mis pasos. Me acerqué, sin ser visto, á unos aldeanos que

ha hecho es economizar prudentemente."—"Pero un hombre que ha usado librea. . ."—"Bueno, la ha llevado, pero al al fin tiene una sombra irreprochable."—"Tienes razón, mas. . . ."

El hombre de la levita gris se me quedó viendo, riéndose. La puerta se abrió y entró Mina. Iba apoyada en el brazo de una doncella de cámara, derramando un raudal de lágrimas, que corrían por sus pálidas mejillas. Se sentó en una silla, bajo de un tilo; el padre se le acercó y tamándola cariñosa una de las manos, la dijo:

"Mina, tú eres mi buena, mi querida niña, y estoy seguro que no querrás causar pesares á tus ancianos padres, que no desean otra cosa que tu felicidad: comprendo muy bien que el hombre aquel haya logrado causar alguna impresión en tu alma, pero veo con gusto que has soportado paciente y admirablemente el golpe que descargó sobre nosotros. Sé también que le amaste con ternura antes de descubrir su perfidia; mira, Mina, lo sé muy bien y no te hago ningún reproche. Yo mismo, querida niña, lo he estimado mientras creí que fuese un gran señor; pero. . . . hasta los perros tienen su sombra, y, sería posible que mi querida niña fuese la esposa de un hombre que. . . ? ah, no!. . . . tú no piensas más en él, no es así?. . . . Escucha, Mina. . . . hoy te corteja un hombre que, á la verdad, no es un príncipe, pero que al menos no huye de la luz del sol; es hombre que posee diez millones, es decir, diez veces más que tú; un hombre que espero te hará feliz. No me contradigas, no te opongas á mis deseos, sé la cariñosa y obediente hija de siempre; deja que tu padre cuide de tu felicidad y que procure secar tus lágrimas. ¿Me prometes ser la esposa de Rascal y que no harás oposición alguna á entregarle tu mano? Quieres prometérmelo?

Contestó ella con voz angustiada: "Yo no tengo ninguna voluntad ni más deseo sobre la tierra. Hágase lo que mi padre disponga." En este instante anunciaron al señor

Rascal, quien se presentó en aquel círculo de familia de una manera descarada y petulante. Mina se desmayó. Mi odioso acompañante me miró colérico y me dijo al oído: "Es posible que usted soporte eso? qué cosa le corre á usted en las venas en lugar de sangre? Me hizo una ligera herida en la mano, antes de que yo pudiese evitarlo; salió sangre de ella, y él continuó: "Sangre, sí, sangre roja. Entonces, firme usted." Sin saber cuándo ni cómo, yo me encontré con el pergamino y la pluma en las manos.

VII.

Deseo, mi querido Chamisso, que juzgues este negocio y me des tu opinión sobre él: mal podré, pues, ocultarte nada. Yo mismo, al recordarlo, me he juzgado muy severamente, y aún hoy día no puedo hacerlo revivir en la memoria, sin profundo arrepentimiento. Siento aún que el gusano roedor de la conciencia me muerde el corazón.

Estoy convencido, querido amigo, de que el que, aunque sea por descuido, tiene la desgracia de apartar sus pasos del camino del honor y la virtud, será conducido sin remedio por una senda resbaladiza y se verá arrastrado al fin hacia el abismo. De qué le servirá entonces ver la claridad del cielo y distinguir la luz del planeta que rigió su destino? De qué las quejas amargas, si los ecos están mudos, y él irremediablemente perdido?

En esa situación me encontré yo un día, y no ví otro remedio que sacrificarme en aras de la severa Némesis.

Yo había arrastrado en mi ruina y unido á mi destino á un ser inocente. Pesaba sobre la cabeza de ambos una maldición; pero comprendía que solo debía purgarla. ¿Qué culpa tenía aquel ángel de que yo, en un momento de irreflexión, me hubiese dejado extraviar? Con tal de salvar á Mina, cualquier precio era insignificante; tanto más cuanto que la hora fatal estaba próxima y no cabía ni aun regatear.

Yo no sé si deba atribuir á esas reflexiones, ó á la tensión de mi alma, motivada por tantas y tan distintas sensaciones, ó al estado de profunda debilidad en que me hallaba, con motivo de no haber comido durante tantos días, ó en fin, á la influencia que aquel malvado ejercía sobre mí, lo cierto es que me decidí.... é iba ya á firmar, cuando caí en un profundo desmayo, y así estuve largo tiempo, sintiéndome como en brazos de la muerte.

Al volver en mí, llegaron á mis oídos el sonido de las

pisadas de un hombre que se paseaba rabioso y que me insultaba y maldecía. Abrí los ojos, y entre la oscuridad distinguí á mi odioso compañero que, injuriándome, se me acercó para ver lo que se me ofrecía. "Eso es conducirse como una mujer! Levántese, vuelva en sí, y cumpla lo que voluntariamente había acordado; ¡ó ha pensado otra cosa y prefiere seguir llorando!" Alcé trabajosamente la cabeza, me incorporé silencioso y me puse á observar por todos lados. Era muy tarde de la noche; al través de las ventanas del salón del Guardabosque brillaban las luces de una fiesta; escuché los alegres ecos de una gran orquesta; y entre muchos grupos de gente alegre que iban y venían por todos lados del jardín, se acercó uno á donde yo estaba. Fijé mis oídos para escuchar de qué se hablaba, y logré distinguir que se ocupaban en la boda del rico señor Rascal y la heredera de la casa, efectuada ese mismo día.

Así, todo había pasado.

De una manotada separé el *tarnkappe* que me cubría la cabeza, me levanté, y sin decir una palabra, me dirigí al través de la profunda oscuridad de los matorrales, en busca de la puerta del jardín más cercana á mi casa.

Mi espíritu atormentador me perseguía invisible lanzándome los más amargos reproches. "¿Esos son los agradecimientos que uno recibe, señor de los débiles nervios, por los largos días que se ha estado á su cuidado? Y debe uno contribuir á las estúpidas humoradas del caballero? Bien, señor terco, señor de la cabeza dura, señor insolente, huya de mí, pero no olvide que somos inseparables. Usted tiene mi dinero y yo su sombra. Jamás se ha oído decir que la sombra se halla resignado á abandonar á su señor; así es que yo lo seguiré por todas partes, hasta que le venga el deseo de tomar posesión de ella otra vez. Si hoy no la aceptó por bien, al fin la tomará á fuerza de cansancio y de fastidio, pues no es tan fácil evadirse del destino!" De esa manera me siguió largo rato: yo huyendo y él insultándome, y hablando de oro y de sombras.

Me encaminé por unas calles desiertas, y llegué por fin á casa. Me detuve á ver por todas partes, y trabajo me costó reconocerla. Las ventanas todas se encontraban cerradas, y no se distinguía detrás de ellas una sola luz. Las puertas estaban á piedra y lodo, y ninguno de mis criados daba señales de vida. El hombre mil veces odioso se puso á reir en alta voz, cerca de mí.... "Sí, sí, así van las cosas!; pero no tema, que Bendel está adentro esperando á su amo." Se puso á reir otra vez. "Parece que el buen muchacho tendrá que contar á usted algunas historias divertidas. Adiós, pues, por hoy; pase usted muy buena noche. Hasta muy pronto."

Toqué repetidas veces, hasta que brilló una luz por dentro. Bendel preguntó quién llamaba, y cuando reconoció mi voz, apenas pudo contener su alegría. Abrió la puerta precipitadamente, y caímos llorando uno en brazos del otro. Lo encontré flaco, débil y enfermo; yo tenía el cabello completamente blanco.

Me condujo por los salones desiertos hacia un cuarto interior; preparó alguna comida, me dió que beber, nos sentamos á la mesa y nos pusimos á llorar de nuevo. Me contó entonces que después de la escena que había presenciado con aquel hombre á quien él quería quitarle mi sombra, se dió á seguirlo, y que no habiendo querido devolverla por buenas razones, se puso á garrotearlo hasta haberse cansado; pero que ni por esas logró arrancarle la sombra y tuvo por lo tanto que regresarse sin ella; que habiendo perdido completamente mis huellas, había decidido venirse á casa, en donde se hallaba descansando, cuando el populacho de la ciudad, incitado por Rascal, asaltó la casa, rompió á pedradas los vidrios de las ventanas y destruyó los muebles y cuanto hubo á la mano. Así se portó aquel ingrato con su bienhechor. Asustadas las gentes de mi servicio, se pusieron en fuga. La policía, tomándome como persona sospechosa, me expulsó del lugar, concediéndome

sólo veinticuatro horas para salir del territorio. Aún me contó muchas otras cosas más que yo ignoraba, fuera del casamiento y de las riquezas de Rascal. Este pícaro que había sido la causa de todo lo que me había pasado, debió conocer desde muy al principio mi secreto, y atraído por mis riquezas había tenido la maña de hacérseme indispensable; que estaba seguro de que se procuró una segunda llave de la caja en donde yo guardaba mis tesoros, y que con lo que me había robado desde entonces, puso el fundamento de su grande é improvisada fortuna, aumentada desvergonzadamente con lo que saqueó en el asalto del día anterior.

Me relató Bendel todo esto en medio de copiosas lágrimas; y volvió á llorar de nuevo, esta vez de alegría, por haberme vuelto á ver, por tenerme otra vez á su lado, después de tantas angustías porque había pasado al ignorar á donde me había conducido mi suerte.

Concluídas las primeras pláticas, yo debí reflexionar qué iba á ser de mi persona. Vi ante mis ojos el espectro de mi espantosa desdicha, sin poder exhalar una queja más: estaban secos mis ojos y mi pecho moribundo, de tanto sentir y llorar.

Entonces dije á Bendel: "Amigo mío; tú conoces mi suerte y no debo ocultarte que el castigo que hoy sufro es debido á yerros de mi juventud. No debes, por lo tanto, tú, hombre inocente, unir tu suerte á la mía desgraciada; no lo quiero. Parto esta noche; ensilla mi caballo. Tú te quedas. Debe haber todavía algunas cajas de oro; guárdalas para ti. Yo me lanzo al mundo, acompañado únicamente de mi miseria. Si acaso vuelve á lucir una hora serena en mi existencia, y si me sonríe otra vez la dicha, aunque sea un momento, entonces pensaré en ti, en tu fiel amistad y en los consuelos inmensos que encontré en tu pecho, en las terribles horas en que habría muerto de angustia, si no te hubiese tenido á mi lado."

Él debió acatar con el corazón desgarrado las últimas órdenes de su amo; fuí sordo á sus súplicas y ciego para sus lágrimas. Me trajo el caballo. Estreché repetidas veces entre mis brazos á mi acongojado amigo, que me ayudó á montar, gimiendo y dando gritos que atormentaban más mi alma. Por último solté las riendas al caballo y dejé que me llevase por donde quisiese, pues todo era para mí igual, desde el momento en que no tenía en la tierra ninguna esperanza más, ningún deseo, ningún objeto final que me alentase á vivir.

VIII.

Pronto se reunió á mí un hombre que caminaba á pie, y me suplicó, después de haber seguido largo trecho al trote de mi caballo, que ya que llevábamos el mismo camino le permitiese colocar su capa á la grupa de mi caballo. Dejéle hacerlo sin decir una palabra. Agradecióme con palabras corteses aquel pequeño servicio, y se puso á elogiar mi montura, tomando pretexto de este incidente para encarecer la felicidad que proporcionan las riquezas; cayendo, no sé cómo, en una especie de monólogo, en el cual yo no era sino un simple oyente.

Desarrolló sus ideas sobre la vida y sobre el mundo, y se engolfó en el terreno de la metafísica; pretendiendo probar que todo enigma es una solución. Sentó el problema con claridad, resolvió sus términos con precisión y hasta llegó á demostrar brillantemente su acertijo.

Tú sabes muy bien, mi querido amigo, que estoy convencido, desde que recorría los claustros universitarios, de que no nací para los estudios filosóficos, y que, por lo tanto, he tenido siempre por sistema el huir del campo de las lucubraciones metafísicas. Desde entonces renuncié á indagar en qué consisten tantas cosas inexplicables que hay en el mundo; y en los asuntos ordinarios, siguiendo tu consejo, no he hecho sino confiarme á mi propia razón, escuchar sus dictados y seguir el camino que me indica la conciencia.

Aquel hombre me parecía un declamador de talento, que después de levantar edificios engalanados con la apariencia de la verdad, se complacía en irlos desmoronando poco á poco. Le escuchaba con gusto, pues con su elocuencia arrobadora, hasta me hizo olvidar mis propios pesares, y creo que en ese instante habría confiado mis secretos á aquel hombre si hubiese dado siquiera una señal de quererlos conocer.

Mientras tanto, caminamos toda la noche, pasándose el tiempo sin sentirlo, cuando vá con terror los primeros rayos de la aurora iluminando el horizonte y que anunciaban la próxima salida del sol. Dirigí una mirada á mi compañero de viaje, y ¡oh horror! no era otro sino el hombre de la casaca gris.

Se puso á reir, al ver mi estupefacción, y me dijo: "Puesto que nadie nos lo impide, unamos por algún tiempo nuestra suerte, en provecho de ambos: para separarnos siempre habrá tiempo. El camino que seguimos por la falda de esta montaña es el más cómodo y menos peligroso para usted, puesto que no querrá, de seguro, seguir por esa llanura, ni mucho menos subir á la cúspide, tan expuesta al sol. Tampoco creo que le convenga regrasar, pues ya sabe que la policía le obligará á salir de nuevo, cuando no le sucediese otra cosa peor. Así, pues, marchemos; y para salvarlo de apuros le prestaré á usted su propia sombra, mientras dure nuestra sociedad, y usted me permitirá estar á su lado; aún más, ya que Bendel lo ha abandonado, yo le prestaré mis buenos servicios en lugar suyo. Ya ve, pues, que no es tan negro el diablo como lo pintan. Cierto es que ayer me puso usted de mal humor; pero deseo que hagamos las paces, y ya ve que yo mismo se lo propongo y que hago todo lo posible por obtenerlo. Conque, tome usted su sombra, siquiera como una simple prueba."

El sol había salido, y en dirección opuesta á la nuestra venía mucha gente. Yo escuché la propuesta con marcada repugnancia; pero él, con la sonrisa en los labios, se puso á extender mi sombra en el suelo y ésta se colocó en su lugar, amoldándose perfectamente á mí, como si jamás se me hubiese separado. Á este tiempo pasó frente á nosotros una cuadrilla de aldeanos, los cuales, tomándome por una persona distinguida, se pusieron á saludarme con el sombrero en la mano, de la manera más respetuosa. Anduve un poco, y no pude menos de contemplar, con mirada cariñosa

y corazón palpitante, mi sombra que iba al lado mío; pero reflexionando que si al fin la tenía, no era sino en calidad de préstamo, y esto de un extraño, ó más bien de un enemigo.

Éste caminaba tranquilo á mi lado, silbando una cancioncilla que no me era desconocida. Iba él á pie, yo á caballo; de repente se apoderó de mí un vértigo; la tentación fué grande, y soltando las riendas aguijonee al caballo, el cual se puso en carrera tendida por un largo trecho..... pero la sombra se deslizó y luego se quedó inmóvil, como aguardando á su dueño legal. Tuve que regresar avergonzado. El hombre de la casaca gris, después de terminar impávido su canción, se puso á reir, me arregló otra vez la sombra al cuerpo, y comenzó á explicarme que si yo quería poseer de nuevo mi sombra en propiedad y que ésta quedase fija para siempre, tenía él que hacerle algunas composturitas. "Yo lo tengo á usted en mi poder por su sombra, y no se me escapará," dijo, y continuó: "Un hombre rico necesita siempre una sombra, no hay que dudarlo, y no se explica como no lo haya echado de ver usted antes."

Proseguí mi camino; sentía como que hubiesen renacido para mí todas las comodidades de la vida: podía moverme libre y fácilmente, pues, aunque prestada poseía otra vez una sombra. Por doquiera que fuera gozaría de las consideraciones que proporcionan las riquezas; pero yo llevaba la muerte en el alma. Mi astuto acompañante, que decía ser el indigno sirviente del hombre más rico del mundo, era de una pasmosa actividad, como cortado á la medida del más excelente camarero. No se separaba de mí, ni dejaba de aprovechar la menor ocasión para indicarme que esperaba confiado que yo me convenciese de la necesidad del trato que me tenía propuesto, siquiera no fuese más que por lograr el que se separase de mí. Me era tan pesado como odioso; además, comenzaba yo á dudar de mis fuerzas y á temer que al fin cometería una debilidad. Conocía que se

me había hecho necesario y que yo le estaba como subordinado. Cuando yo había querido huir de las gentes, él me había vuelto á hacer gozar de las delicias de la sociedad. Casi me había convencido con sus elocuentes demostraciones. Ciertamente, el hombre rico debe poseer una sombra; pero cuando reflexionaba á qué costa podría recobrar la mía, me afirmaba de nuevo en mi primitiva resolución. Por ningún precio del mundo me comprometería con esa abominable criatura, mucho menos cuando había sacrificado mi amor y perdido para siempre la dicha de mi vida.

Estábamos sentados un día al borde de una caverna, que era el objeto de la mayor curiosidad para los extranjeros que viajaban por aquellas montañas, por los remolinos estrepitosos, cuyos ecos repercutían entre las concavidades de aquel antro. Colocado uno á la orilla, se oía el sonido de una corriente, que debía pasar á una inmensa profundidad, pues arrojando piedras al interior, éstas rodaban y rodaban sin que pudiese oirse cuando alcanzaban el fondo. Mi acompañante se puso entonces, como de costumbre, á pintarme con imágenes escogidas y colores brillantes el porvenir inmenso que me ofrecía el saco aquel de riquezas inagotables, si yo llegaba al fin á tener una sombra. Cruzadas las piernas, apoyado el codo sobre la rodilla y cubierto el rostro con mis manos, escuchaba las seductoras palabras de aquel hombre falso, sosteniendo una lucha dentro de mí mismo, entre seguir aquellos consejos ó los impulsos de mi conciencia. No pude soportar más, y comenzó de nuevo la batalla.

"Parece, caballero, le dije, que habéis olvidado que si os permití permanecer á mi lado, fué con la condición de que me prestaseis vuestros servicios, reservándome yo mi entera libertad."—"Si usted lo ordena, empaco." Las amenazas eran en él familiares. Guardé silencio, y se puso él á enrrollar mi sombra. Palidecí, pero lo dejé hacer. Se

siguió un rato de silencio; por último tomó él de nuevo la palabra.

"Usted no me soporta, usted me odia, caballero, bien lo sé; y ¿por qué me odia usted? Será acaso porque una vez se lanzó sobre mí en un camino público para arrebatarme mi nido de pájaro? ó, quizá, porque creyendo en su honradez, le confié no ha mucho su sombra, con la que usted quiso fugarse de una manera poco decente? Por mi parte, yo no odio á usted. Natural es que para sacar de mí la mayor ventaja trate de emplear todas sus astucias, aunque según tengo entendido, usted posee ciertas máximas fundamentales sobre la honradez y la virtud, de las cuales yo me cuido poco. No soy muy severo en esas materias; pero sí cumplo lo que prometo y jamás me aprovecho de mi posición. ¿Acaso la vez que lo tuve debajo de mí, hice el menor esfuerzo para arrancarle el alma, á la que por entonces me sentía muy aficionado? Ó he procurado alguna vez, por un servicio extraordinario, el volverme á apoderar de mi saco?" Nada tenía yo que contestar en contra; él continuó: "Muy bien, caballero, muy bien; usted no me puede sufrir, ya lo comprendo, y no le molestaré más. Debemos separarnos, está claro: usted mismo se me estaba haciendo ya un poco cargante. Para evitarle en lo de adelante mi presencia, aconsejo á usted por última vez: cómpreme la cosa...." Saqué presuroso la bolsa, preguntándole: "¿Cuánto quiere....?"—"No, por dinero, no." Gemí de nuevo fuertemente, y le dije: "Entonces, caballero, separémonos, y que esta vez sea para siempre, rogando no os presentéis más en mi camino, pues el mundo es amplio y espero que tendrá lugar bastante para ambos sin que tengamos necesidad de embarazarnos."

Se puso á reir, y contestó: "Antes de marcharme quiero decir á usted de qué manera debe llamarme cuando necesite de mis servicios. Menee fuertemente el saco en el aire, y el sonido de las piezas contenidas en él me hará aparecer

en el acto. Reflexione cada uno sobre las ventajas que puede proporcionarse en este mundo. Usted ve que yo, siempre cuidadoso de usted, le descubro un nuevo secreto." ¡Oh, la malvada bolsa! — "Y aunque la polilla se hubiese comido su sombra, siempre habría vínculos entre nosotros. Conque así usted me tiene á mí con su dinero; ordene á su humilde servidor, aunque me encuentre lejos, pues ya sabe que soy entendido en cosas de servicio, y que los ricos, sobre todo, caminan de acuerdo conmigo, como usted mismo lo habrá visto."

En este momento vinieron á mi memoria recuerdos de otros días, y le pregunté en seguida: "¿Tenía Herr John algún compromiso escrito con usted?" Se rió.— "Con tan buen amigo jamás tuve necesidad de semejante cosa."— "En dónde está? por Dios, quiero saberlo." Metió poco á poco la mano en el bolsillo, y sacándola por los cabellos, apareció ante mis ojos la figura pálida y cadavérica de Herr Thomas John, cuyos labios azulados pronunciaron las siguientes palabras: *Justo judicio Dei judicatus sum; Justo judicio Dei condenatus sum*. Me espanté al ver aquella terrible cosa, y arrojando inmediatamente el saco á tierra, le dirigí por última vez estas palabras: "En nombre de Dios, os conjuro, malvado, á que descendáis á las regiones infernales y no volváis á presentaros jamás ante mis ojos. Me volvió las espaldas, taciturno y tenebroso, y se hundió como por encanto, entre los peñascos de la caverna.

IX.

Me quedé sentado sin sombra y sin dinero, pero contento y como aliviado de un gran peso. Si no hubiese perdido mi amor, ó si no hubiese tenido que hacerme reproches por mi vida pasada, habría creído volver á ser feliz.

Registré mis bolsillos y encontré en ellos unas pocas monedas de oro, las conté y no pude dejar de reirme. Había dejado en el hotel mi caballo, pero me avergonzaba de regresar, estando el sol todavía en medio de su carrera. Me recosté á la sombra de un árbol que estaba cercano, y me dormí.

Pronto comencé á soñar: los cuadros más apacibles y deleitosos empezaron á engañar mi fantasía. Mina, coronada de flores, estaba frente á mí, sonriendo y saludándome cariñosamente. Bendel, coronado también, estaba allí. Ví muchas cosas más, y aún me parece que á ti también, querido Chamisso, allá á lo lejos, entre alegres resplandores y arcos de flores, rodeado de coros que cantaban canciones de amor, de amistad y de alegría. No pude en mi sueño fijar bien aquellas simpáticas figuras, que formaban el fondo del cuadro encantador; pero teñiendo conciencia de que soñaba, procuré prolongar cuanto más pude la duración de aquel deleitable cuadro. Desperté al fin; pero aún mantuve cerrados los ojos para contemplar por última vez las bellas imágenes, hasta que fueron desapareciendo poco á poco.

Entonces me incorporé: el sol estaba aún en el cielo, pero esta vez en Oriente, lo que me probó que había dormido durante toda la noche. Tomé esto como un signo que me indicaba que no debía regresar al hotel; dí por perdido lo que allí había dejado, y resolví dirigirme á pie, por un camino que conducía á una montaña bien cuajada de árboles, á buscar mi suerte en el trabajo. Ni siquiera volví la vista atrás, ni pensé en Bendel, á quien había dejado rico y á

cuyo lado podía pasar el resto de mis días. Me examiné á mí mismo, y me encontré vestido muy modestamente. No sé como vino á mis manos una capa vieja que había usado en Berlín en otro tiempo. Tenía, además, una gorra de viaje en la cabeza y calzaba un par de zápatos bastante usados. Corté, de uno de los árboles cercanos, un bastón de viaje, como recuerdo de aquella hora, y comencé de nuevo mi peregrinación.

En el bosque alcancé á un viejo labriego que me saludó amistosamente, y con quien seguí mi camino conversando de un modo familiar. Me indagué con él, como un viajero curioso, primero sobre el camino, después sobre las villas cercanas, sus habitantes y la industria á que se dedicaban. Me contestó á todas mis preguntas de un modo que manifestaba que conocía muy bien el país. Llegamos al vado de un río que, un poco más abajo de la montaña, se extendía torrentosamente y asolaba aquella región. Temiendo la luz del sol, dejé que pasase el aldeano delante de mí. Después de atravesar un paso peligroso, mi acompañante se detuvo para contarme la historia de las devastaciones que había causado aquella corriente. En el acto notó lo que me faltaba, y olvidándose de proseguir la historia comenzada, me preguntó: "Pero, caballero, ¿cómo es posible que le falte á usted su sombra?" ¡Ay de mí! le contesté suspirando, durante una enfermedad perdí los cabellos, que he recobrado, aunque canos; las uñas, que me han crecido después, y mi sombra, que no hay modo de que vuelva á aparecer. "¡Válgame Dios!" contestó el anciano moviendo la cabeza; "¡no tener sombra!" malo, malo; debe de haber sido una terrible enfermedad!...." Se quedó callado y pensativo, y así marchó hasta que llegamos á una vereda, por la cual se dirigió sin despedirse ni decirme una sola palabra. De nuevo volvieron á correr por mis mejillas lágrimas amargas que hicieron que perdiese mi alegría.

Continué mi camino tristemente, resuelto á no buscar más la compañía de los hombres. Me detuve muchas veces en el bosque, aguardando largas horas mientra pasaba el sol, para atravesar algunos senderos desabrigados. Por las noches buscaba albergue en las aldeas. Mi objeto era llegar á una mina que se explotaba en aquellas montañas, para pedir trabajo en sus profundidades, pues estaba convencido de que no podía vivir más en la superficie de la tierra.

Llovió durante dos días seguidos, que supe aprovechar por la ausencia del sol, pero esto fué á costa de mis zapatos que estaban hechos para el Conde Pedro y no para un infeliz viajero que tenía que caminar á pie. Me ví en la necesidad de abandonarlos y caminar descalzo; pero esto era para mí insoportable y debí buscar nuevo calzado. Á la mañana siguiente me dediqué á este negocio en una aldea, en la que se celebraba una feria, y en la cual hallé una venta de zapatos nuevos y viejos. Escogí algunos y regatee su precio. Me gustó un par de botas nuevas, muy adornadas; pero me parecieron caras. Al fin tuve que decidirme por unos zapatos á medio uso, de regular forma, pero con muy buenas suelas y bastante fuertes, cuyo valor pagué en el acto. El blondo mozuelo que despachaba en la tienda, me los entrégó sonriendo; y al despedirme me deseó felicidad en mi viaje. Salí satisfecho de mi compra y me dirigí á las afueras de la villa.

Iba pensando en que esa noche llegaría á la mina, y buscaba en mi imaginación el mejor modo para anuncirme y darme á conocer en ella. Ni siquiera me fijaba en donde ponía los pies. Habría marchado doscientos pasos, cuando noté que iba extraviado del camino; volví la vista y caí en la cuenta de que me hallaba entre un bosque primitivo, en donde parecía que jamás se había sentido la pisada de un hombre. Dí unos pasos más y me encontré en una región rocallosa y árida, en donde no se descubrían sino unos

raquíticos musgos, entre los cuales se había amontonado la nieve que caía del cielo. El aire estaba muy frío; volví la vista y el bosque había desaparecido. Marché un poco más y sentí que el silencio de la muerte reinaba alrededor mío: la nieve había borrado todo sendero y la atmósfera nebulosa no me dejaba conocer en donde me encontraba. Á duras penas pude distinguir la luz mortecina del sol, allá en el confín del horizonte. El frío era cada vez más insoportable. No me daba cuenta de lo que me pasaba, pero es lo cierto que el frío intenso me hizo acelerar los pasos y que pronto me hallé en las riberas del mar, sobre las cuales iban á azotarse las olas tumultuosas. Infinidad de canes marinos me enseñaban sus fauces desde las playas, á donde llegaban empujados por la marea. Seguí entre las rocas y promontorios de esas riberas y llegué á un bosque, y apenas lo hube pasado cuando me encontré en una región caliente: volví la vista y ví por todos lados campos bien cultivados, sembrados de arroz y de moreras. Me puse á descansar bajo la sombra de una de éstas; vi en mi reloj qué hora era, y apenas hacía quince minutos que había pasado por el villorrio en donde compré mis zapatos. Creí que soñaba, me mordí fuertemente la lengua como para ver si estaba en mí; pero no había duda de que no soñaba y que estaba efectivamente despierto. En eso oí la pronunciación nasal de un lenguaje silábico que no comprendía; levanté los ojos y ví á dos chinos, reconocibles por su fisonomía y sus vestidos, que estaban parados delante de mí saludándome á la moda de su país. Me levanté y dí dos pasos atrás. Quise ver á mis interlocutores, pero habían desaparecido, y me hallé en medio de un paisaje muy distinto, rodeado de árboles y bosques en lugar de los arrozales. Me bajé á examinar las yerbas que florecían á mis pies y conocí en ellas plantas que sólo crecen en la parte Sur del continente asiático: quise acercarme á uno de los árboles.... y otra vez cambio de escena. Entonces comencé á caminar lentamente sin darme cuenta de lo que me sucedía, y fuí pasando al través de las más variadas tierras y dejando atrás campiñas, dehesas, montañas, estepas, desiertos.

No había duda: calzaba zapatos de siete millas.

X.

Caí de rodillas en acción de gracias, lleno de mudo enternecimiento, pues se iluminó de repente mi alma, comprendiendo mi destino futuro. Separado de la comunicación de los hombres por mis faltas pasadas, adiviné que se me daba la tierra en compensación, á fin de que pudiese entregarme al estudio de la naturaleza, al cual había sido aficionado desde niño.

Los sucesos posteriores de mi vida me han confirmado en mi primera suposición.

Me levanté, y, sin detenerme, ascendí de un paso hasta las alturas del Tibet, para contemplar desde allí el campo en que debía operar en lo futuro. El sol, que pocas horas antes había yo visto salir, se inclinaba majestuoso hacia su ocaso. Bajé de nuevo y me puse en marcha, atravesando el Asia de Este á Oeste, siguiendo la misma carrera del sol. Entré en África y me puse á medir y á examinar ese continente en todas direcciones. Contemplé, lleno de admiración, las pirámides de Egipto y sus antiguos palacios; descubrí el desierto no lejos de Tebas, la de las cien puertas, y llegué al lugar á donde los antiguos ermitaños se retiraban á llevar una vida de penitencia. He aquí tu casa, me dije á mí mismo, y, pensando en eso, escogí entre las cuevas la más amplia y cómoda y menos expuesta al asalto de los chacales, para hacer de ella mi definitiva habitación, después de lo cual agarré de nuevo mi bordón de peregrino.

Llegué á Europa, pasando por las columnas de Hércules; hice un simple viaje de inspección por las provincias del Sur y las del Norte, salté los montes Urales, atravesé los ventisqueros septentrionales del Asia, llegué á América, visité la Groelandia y recorrí las dos partes de aquel continente. El invierno que reinaba en el hemisferio del Sur, hizo detener mis pasos en el Cabo de Hornos y me impidió seguir adelante.

Descansé un rato, haciendo tiempo para que amaneciera en el Norte de Asia, después de lo cual continué de nuevo mi peregrinación. Esta vez exploré la cordillera americana, que contiene las más altas desigualdades de nuestro globo. Despacio y cauteloso, salté de cima en cima, ora sobre volcanes en plena erupción, ora sobre cúpulas extinguidas, coronadas eternamente de nieve; y habiendo llegado al volcán de San Elías, pasé al Asia otra vez, saltando sobre el estrecho de Behring. Seguí por todas las desigualdades y vueltas de la costa oriental del Asia, investigando atentamente cuales de las islas que estaban próximas me eran accesibles. De la península de Malaca, mis zapatos me llevaron á Sumatra, Java, Babí y Lamboc; probé, á menudo con peligro, pero sin resultado, el hallar un camino sobre las pequeñas islas y rocas, en que abunda este mar, que me condujese á Borneo y otras islas de ese archipiélago. Debí perder toda esperanza; me senté en la punta más saliente de Lamboc, y dirigiendo mis miradas tristes hacia el Sur lloré amargamente al ver que mi peregrinación había llegado á su límite por ese lado. Me sentía allí como el prisionero tras la reja de una cárcel que no puede traspasar.

El mar del Sur con sus islas caloríficas, y la Nueva Holanda, con sus interesantes especies de plantas y animales, eran para mí inaccesibles. Así, pues, mis colecciones, mis observaciones y mis estudios estaban condenados desde el principio á no ser sino un simple fragmento de la historia y la organización del Orbe. ¡Ay, mi Adalberto, á qué fin conducen todos los afanes y sacrificios de los hombres!

Frecuentemente, en lo más rigoroso del invierno del hemisferio Austral, contemplando aquellas tierras de Van Diemen y la Nueva Holanda, de las cuales estaba separado como por doscientos pasos, he deseado dirigirme á ellas, pasando sobre los témpanos y los precipicios, sin cuidarme

del regreso ni de los locos peligros á que me exponía y resuelto á lograr mi objeto ó á que aquellas tierras ingratas me sirviesen de sepulcro; pero todos mis esfuerzos han sido vanos, pues me lo ha impedido la inmensidad del mar.

Desesperado de no poder alcanzar mi intento por aquel lado, regresé de nuevo á Lamboc para hacer otra prueba, pero todo fué inútil.

Me decidí, por último, á retirarme de aquellos lugares, y regresé al interior del Asia con el corazón desconsolado; me puse á seguir el crepúsculo de la tarde, y llegué, siendo noche, á la Tebaida, en donde descansé por un rato en la habitación que había escogido el día anterior.

Tan luego como me hube tranquilizado un poco y que calculé que ya era de día en Europa, resolví dirigirme allá para proveerme de los artículos que más necesitaba.

Antes que todo, me decidí á comprar unas rozaderas, pues estaba covencidido de lo desagradable que era no poder acortar los pasos cuando lo deseaba; luego algún objeto á propósito para forrar mis zapatos. Un par de pantuflas llenaron mis deseos; y desde entonces tuve el cuidado de llevar algunas otras de reserva, pues me sucedió algunas veces, que estando ocupado en hervorizar, me sorprendieron algunos hombres, leones ó hienas, de quienes tuve que salir huyendo, sin tener tiempo de recoger alguna que por descuido se me zafó del pie. Mi excelente reloj me servía de cronómetro; pero necesitaba, además, unos sextantes, otros instrumentos de física y algunos libros.

Las ciudades de Londres y de París, por sus nieblas, me permitieron que llegase á ellas sin temor, y allí compré mis efectos. Como el resto de mi tesoro encantado se había agotado, escogí en África algunos colmillos de elefante, los más livianos, que me sirvieron como objeto de cambio. En ambas ciudades me dí á conocer como maestro privado, y logré obtener la consideración de las personas con quienes me relacioné.

Crucé la tierra en todas direcciones, midiendo sus alturas y su temperatura; hice observaciones cronométricas; tomé nota y razón de ciertas fuentes, y descubrí el nacimiento de algunos ríos; observé los animales más variados é investigué con curiosidad las virtudes y propiedades de nuevas plantas. Ya me dirigía del Polo al Ecuador, ya de un mundo á otro, haciendo comparaciones experimentales. Mi alimento consistía en huevos de avestruces africanos, pájaros marítimos del Norte y frutas tropicales, como bananas y otras que dan las palmeras de aquellas regiones. La nicociana me compensaba la ausencia de diversiones y alegrías; un perro fiel hacía las veces de compañero y amigo, cuidaba mi casa durante mi ausencia, y cuando me veía regresar cargado de tesoros naturales, salía alegre á mi encuentro, saltaba sobre mí, ladrando de júbilo, como para recordarme que no me hallaba aislado en el mundo. Solamente una aventura desgraciada pudo llevarme otra vez entre los hombres.

XI.

Me encontraba una ocasión en una tierra del Norte, coleccionando líquenes y algas, cuando de un rincón de las rocas se alzó sobre mí un oso blanco. Tenía, para mayor comodidad, mis zapatos sujetos, y no tuve tiempo sino para aflojar uno de ellos y dar un paso hacia una isla cercana, separada del continente por algunos riscos batidos por las olas. Logré alcanzar tierra de la isla, con un pie; pero como el otro había quedado sujeto con la rozadera, caí desplomado entre la nieve.

El intenso frío que hacía me caló hasta los huesos, y sólo con grandes esfuerzos pude salvar la vida. Tan pronto como pasé otra vez al continente, me dirigí al desierto de Libia, para secarme al calor del sol. Estuve allí algunos momentos, pero era éste tan ardiente, que me sentí como borracho, y tuve el vértigo de volver hacia el Norte otra vez.

Traté de procurarme alivio con movimientos impetuosos, y me puse á dar violentos pasos de Oeste á Este y de Este á Oeste. Tan pronto me encontraba en pleno día, como en la oscuridad de la noche, tan pronto en verano, como entre los fríos del invierno.

No sé cuánto tiempo duró esta mi locura. Sentía la ardiente fiebre circular por mis venas y que la enajenación mental invadía mi cerebro. Para colmo de desgracias, atropellé á un individuo en aquellas idas y venidas. Debí hacerle mal, pues me asestó en las espaldas un fuerte golpe que me derribó al suelo.

Cuando recobré el conocimiento, encontréme en una buena cama, que formaba hilera con muchas otras en un hermoso salón. Á mi cabecera estaba una persona velándome. Muchos hombres iban de cama en cama. Llegaron á la mía y se pusieron á conferenciar sobre cosas que no comprendí. Me llamaban el "número 12." Cuando se

fueron y yo me hube despertado completamente, ví en la pared de enfrente una pieza de mármol negro, y en letras de oro mi nombre:

PEDRO SCHLEMIHL,

bastante bien escrito. Abajo había otras dos líneas de letras más pequeñas, que no pude descifrar por motivo de mi debilidad.

Cerré de nuevo los ojos y me dormí otra vez. Al cabo de un rato me despertó el ruido de las voces de unas personas que hablaban de Pedro Schlemihl. Abrí los ojos y ví en frente á mi cama á un hombre de figura simpática y á una mujer hermosa vestida de negro. Aquellas personas no me eran desconocidas, pero no pude recordar quienes fuesen.

Pasé algún tiempo, hasta que recobré de nuevo mis fuerzas. Yo me llamaba "número 12," y número 12 pasaba por ser un judío, con motivo de su larga barba, sin que por eso dejase de estar muy bien cuidado.

Mis zapatos se hallaban guardados en un armario, junto con todo lo que me habían encontrado, según me aseguraron, y á mi disposición en cuanto me restableciese. Parece que nadie había notado que me faltaba mi sombra. El lugar en donde yo me hallaba enfermo se llamaba Schlemihlio; lo que diariamente se decía en Schlemihlio eran súplicas y oraciones por el alma de Pedro Schlemihl, fundador y protector de aquel asilo de caridad. El hombre simpático que había visto á la cabecera de mi cama era Bendel; y Mina, la hermosa mujer.

Permanecí desconocido en el Schlemihlio, y supe que me hallaba en la ciudad natal de Bendel, en donde éste había fundado, con el resto de mi fortuna, dicho hospicio, dándole mi nombre y haciendo obligatorio á los que allí recibían socorros, rogasen á Dios por mí. Mina estaba viuda, pues un proceso criminal le costó la vida á Rascal, y á ello la

pérdida de su fortuna. Sus padres habían muerto también; por lo que, como viuda temerosa de Dios, se había retirado del mundo para pasar el resto de sus días ejerciendo, en aquel asilo obras de caridad.

Platicando frente á la cama del número 12 una vez, le preguntó Bendel: "Señora, por qué causa se expone usted tan á menudo á la influencia del mal aire que aquí se respira? Acaso la suerte ha sido tan dura con usted que prefiera morir?"—"No, Bendel, después que yo he soñado largo tiempo y que he despertado, me siento mucho mejor; desde entonces no deseo ni temo la muerte; desde entonces pienso tranquila en el pasado, y no me arredra el porvenir. Y á usted, por ventura, no le sucede que siente una especie de fruición interior, al pensar en su amo y amigo, á quien sirve de una manera tan santa?"—"Á Dios gracias, sí, noble señora. Nos ha sucedido tanto á usted como á mí, que hemos apurado, sin sentirlo, la copa en la que se hallaban combinados muchos bienes y amargos dolores. La copa está vacía, y si uno pudiese obtener el convencimiento de que todo lo que nos ha pasado no fué sino una prueba, al mismo tiempo que un aviso, podría uno esperar confiadamente lo que la suerte le depare. Tranquilo como me siento, no tengo sino un deseo, y es: que á nuestro antiguo amigo le favorezca más el destino y le vaya hoy mejor que en otro tiempo."—"Yo lo mismo," contestó la hermosa viuda; y continuaron ambos su visita á las camas de los otros enfermos.

Esta plática causó en mi alma una profunda impresión, y estuve dudando algunos días sobre si me daba á conocer de mis amigos, ó si me retiraba, dejándoles en su ignorancia. Por último me decidí. Hice que me diesen papel y un lápiz, y escribí lo siguiente:

"También á vuestro antiguo amigo le va mejor que antes. —Rogad por él, para que vuestras oraciones le alcancen el perdón de que tanto necesita."

Sintiéndome bastante fuerte, pedí mi ropa y me vestí. Encontré en orden y completos todos los objetos que me pertenecían. Me puse mi ropa y colgué de mi hombro la caja botánica, en la cual encontré algunos líquenes que había recogido en el Norté; me calcé los zapatos, y, aprovechando una ocasión en que nadie me veía, coloqué el papel que había escrito, sobre la cama, y me deslicé por la puerta de salida, bastándome unos cuantos pasos para alejarme de aquel sitio y dirigirme á la Tebaida.

Yendo por la costa de Siria, en el mismo camino por el que había pasado, cuando me ausenté de casa la última vez, ví á mi pobre Fígaro que venía á mi encuentro. Parece que el excelente perro, cansado de aguardarme, se había decidido á seguir mis huellas. Me detuve, y le llamé. El animalito se lanzó sobre mí, ladrando de placer y haciendo mil manifestaciones de regocijo. Lo alcé de la tierra y me lo puse bajo del brazo, ya que no le habría sido posible seguirme, y así me dirigí con él á casa.

Encontré en ésta todo en orden; cuando hube recobrado completamente mis fuerzas, volví de nuevo á mis ocupaciones y á mi antiguo modo de vivir. Salamente una vez tuve que modificarlas, pues adquirí un terrible catarrro en el polo, y durante un año me privé de viajar por aquellas heladas regiones; pero, por fortuna, ya estoy curado, y he vuelto varias veces por allá.

Y así vivo hoy, mi querido Chamisso. La lectura de la célebre obra de Teckius, *De rebus gestis pollicelli*, me hizo temer por algún tiempo que mis zapatos se arruinaran, á fuerza de úso. Por fortuna conservan su poder como el primer día. Únicamente mis fuerzas van en decadencia; pero tengo la esperanza de que mis trabajos no sean infructuosos.

En cuanto me lo han permitido mis zapatos, he estudiado la tierra, su configuración, sus alturas; he tomado nota de todas sus temperaturas, y he medido la presión atmosférica,

con todos sus cambios; he observado las manifestaciones de la fuerza magnética, y por último, he sorprendido los secretos de la vida, particularmente la del reino vegetal, pudiendo decir que he estudiado fundamentalmente las leyes de nuestro mundo, como ningún otro hombre lo ha hecho antes que yo. En varias obras que tengo escritas he procurado hacer resaltar con la mayor claridad y exactitud la explicación de todas las causas que hasta hoy parecían misteriosas. He fijado definitivamente la geografía del interior del África, la de los mares y las tierras polares del Norte, lo mismo que la del interior del Asia y sus costas orientales. Mi *Historia stirpium plantarum utriusque orbis*, no es más que una parte de la *Flora Universales terrae*, que á su vez lo es de mi gran obra *Sistema naturae.* Creo que no sólo he aumentado en un tercio el número de productos útiles, sino que he hecho mucho de fundamental respecto de la geografía de las plantas. Trabajo activamente en el libro que llamaré *Fauna*, y tendré cuidado de que todos estos manuscritos lleguen antes de mi muerte á la Universidad de Berlín. Y á ti, mi querido Chamisso, te hago depositario de esta dolorosa confesión de mis infortunios, á fin de que, cuando haya desaparecido de este mundo, puedas, si á bien lo tienes, hacerla publicar para provecho de los hombres. Y ya que tú, mi querido amigo, tienes que vivir entre ellos, escucha mi consejo: aprende á honrar, antes que todo, tu sombra, que vale más que las riquezas. Pero bien sé que tú no necesitas de consejos para vivir bien y honradamente.

EXPLÍCIT.


JORGE AGUIRRE MATHEU
ANTIGUA GUATEMALA
GUATEMALA, C. A.

APÉNDICE.

Adalberto de Chamisso á Julio Eduardo Hitzig:

"Querido amigo:

"Tú, que no olvidas á nadie, recordarás probablemente á un tal Pedro Schlemihl, á quien en otro tiempo vistes un par de veces en casa; un mozo alto y huesudo que pasaba por orgulloso entre algunos, porque era retraído, y á quien se tenía por perezoso á causa de su indolencia enfermiza. Yo le quería.... Te acordarás que una noche le llevé conmigo á una de aquellas reuniones del Serapium, y que, mientras todos nosotros nos divertíamos y aun componíamos versos, él se quedó dormido. Jamás olvidaré una chanza tuya, con motivo de ese incidente. Tú habías visto á mi amigo, Dios sabe dónde y cuándo, envuelto en la capa negra que llevaba aún por entonces, y que mucho tiempo después continuó usando, y dijiste: "Esta buena alhaja sería dos veces más estimable cuando su alma fuese tan dura como lo es su capa." Yo le quería.... Á ese mismo Schlemihl, á quien he perdido de vista hace algunos años, se refiere el cuaderno que te remito.

"Á ti, Eduardo, mi querido y más íntimo amigo, mi segundo *yo*, á quien no puedo ocultar cosa alguna, os comunico este secreto, lo mismo que á Fouqué, quien, como tú, tiene echadas tan profundas raíces en mi corazón; pero á este último lo hago en concepto de amigo, á tí como tal y como poeta.

"Comprenderéis que me sería muy penoso y desagradable que el secreto que un hombre honrado confió á mi amistad apareciese en la picota de la publicidad como una chanza de mal género, ó como una invención ingeniosa, siendo así que la cosa es real, y que ni es ni puede ser objeto de burla.

"Debo de confesar, sí, que ha perjudicado á la historia el que haya sido escrita por mi pobre amigo, de cuyas manos ha salido un poco sandia y del género llorón; y que habría valido mucho más el que hubiese sido confiada á la pluma de algún escritor más hábil, para que la presentase con toda la fuerza cómica que forma el fondo de la verídica historia. ¡Cuánto partido no habría podido sacar de ella nuestro Juan Pablo!

"Una palabra más sobre el modo con que estos pliegos han llegado á mis manos.

"Al despertar ayer temprano, mi ayuda de cámara me anunció que un hombre extraño, de barba larga y cana, que vestía un traje gris, una capa negra y vieja, que llevaba un estuche colgado al hombro y que usaba pantuflas sobre los zapatos, había preguntado por mí, y como le dijeron que dormía aún, rogó que me entregasen dicho manuscrito en cuanto me despertase. Venía de Berlín, y se había detenido aquí sólo con ese objeto.

"Kunnesdorf, 27 de septiembre de 1813.

"Adalberto de Chamisso."

Al mismo Hitzig, de Fouqué:

"Creo que debiera conservarse oculta la historia de Pedro Schlemihl, absolutamente oculta, al menos para aquellas gentes, como hay tantas, que no sean capaces de comprenderla. Pero me parece más fácil decirlo que hacerlo. ¿Qué mortal podría asegurar la suerte de un manuscrito, más difícil de guardarse, que el cumplir una promesa?

"En semejante trance, hago lo que el que padece de vértigos, que al verse al borde del abismo salta hacía él, como atraído por el vacío. Así, pues, he hecho imprimir la historia de nuestro Schlemihl.

"Además, querido Eduardo, tengo otros motivos para justificar mi proceder. Ó mucho me engaño, ó existen en nuestra querida patria corazones capaces y dignos de comprender al pobre Schlemihl, y estoy seguro de que, fuera de algunas sonrisas que provoque esta historia, habrá muchas mejillas por las cuales rodarán lágrimas de compasión al conocer el secreto de aquel desgraciado.

"Por último; hay (y de ello estoy íntimamente convencido por multitud de ejemplos), hay, decía, un genio para los libros impresos, que los lleva á buenas manos, mientras los mantiene separados de las personas que no pueden comprenderlos.

"Á ese genio, mi querido Schlemihl, confío tus lágrimas y tus alegrías, y que Dios disponga....

"Nennhaussen, á fines de mayo de 1814.

"FOUQUÉ."

